

ANTIGUO

recuerdo

NEREA PANTIGA



ANTIGUO RECUERDO

Serie Keller 1

Nerea Pantiga

Derechos de autor © 2024 Nerea Pantiga

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[1.KRYSTAL](#)

[2. KRYSTAL](#)

[3.KRYSTAL](#)

[4. KRYSTAL](#)

[5.COLDEN](#)

[6.KRYSTAL](#)

[7. KRYSTAL](#)

[8.COLDEN](#)

[9.KRYSTAL](#)

[10.COLDEN](#)

[11.KRYSTAL](#)

[12. COLDEN](#)

[13.KRYSTAL](#)

[14. COLDEN](#)

[15.COLDEN](#)

[16.KRYSTAL](#)

[17. KRYSTAL](#)

[18. KRYSTAL](#)

[19. COLDEN](#)

[20. KRYSTAL](#)

[21. COLDEN](#)

[22. KRYSTAL](#)

[23. COLDEN](#)

[24. KRYSTAL](#)

[25. KRYSTAL](#)

[26. COLDEN](#)

[27. KRYSTAL](#)

[28. KRYSTAL](#)

[29.COLDEN](#)

[30. KRYSTAL](#)

[31. KRYSTAL](#)

[32. COLDEN](#)

[33. COLDEN](#)

[34. KRYSTAL](#)

[35.KRYSTAL](#)

[36.COLDEN](#)

[37. KRYSTAL](#)

[38. KRYSTAL](#)

[39.COLDEN](#)

[40.KRYSTAL](#)

[41. COLDEN](#)

[42.KRYSTAL](#)

[43. KRYSTAL](#)

[44. COLDEN](#)

[45.KRYSTAL](#)

[46.COLDEN](#)

[47. KRYSTAL](#)

[48. KRYSTAL](#)

[49. COLDEN](#)

[50.KRYSTAL](#)

[51. COLDEN](#)

[52.KRYSTAL](#)

[53.KRYSTAL](#)

[54. KRYSTAL](#)

[55. COLDEN](#)

[56.KRYSTAL](#)

[57. COLDEN](#)

[58. KRYSTAL](#)

[59. KRYSTAL](#)

[60. COLDEN](#)

[EPÍLOGO](#)

[Antes de que te vayas:](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

1.KRYSTAL

¿Quién podría quejarse de vivir en Nueva York? Mientras el olor rancio del metro se mete por mis fosas nasales, el pensamiento que lleva meses, incluso años, asentado en mi estómago, comienza a tomar fuerza. Nueva York es una ciudad idílica; todos ansían vivir bajo la luz de los altos rascacielos, rozar con los dedos el sueño de ser grande entre miles de estrellas. En realidad, es un paraíso de oportunidades, siempre y cuando te lo puedas costear.

Me bajo en la estación que todos los días me recibe con el cántico de varios cantautores con un gusto digno de elogiar. Al revisar el reloj de mi teléfono móvil reparo en que vuelvo a llegar tarde a la primera hora de estudio. Nada importante, no me voy a sulfurar ni a preocupar.

Hace tiempo que he dejado de dar importancia a estar en la puerta a primera hora de la mañana. El primer día que tuve ese pensamiento, la preocupación llegó a mí como un tsunami. Nunca llegaba tarde a mis tareas, siempre ansiaba ser la primera para no perderme nada, pero cuando las cosas no están bien, nada puede salir como esperas.

Accedo al enorme edificio de la universidad con parsimonia.

Hace cuatro años, cuando conocí por primera vez cada rincón de este lugar, mi único comentario al respecto fue: ¿qué pinta este enorme edificio entre dos rascacielos? Y es que, si creía que lo había visto todo, en el instante en que comencé a ser estudiante de la carrera de economía y finanzas en la universidad oficial de Nueva York, todos mis pensamientos se fueron por el retrete.

Mi tía y yo hemos tenido varias semanas de conversaciones acerca de este hecho. Llevamos once años siendo residentes americanas, pero eso no nos salva de alucinar con lo diferentes que somos los europeos de los americanos. Aunque, siendo sinceros, mi tía sí se ha acomodado muy bien al libertinaje y a la vida rápida que tenemos en Nueva York.

Giro por un pasillo diferente al que habitualmente tomo y descubro un nuevo lienzo de los estudiantes de arte que llama mi atención. Las ganas de sacar la cámara de la mochila pica entre mis manos, pero pararme a capturar la imagen podría suponer que, en lugar de perder solo la primera hora, también lo hiciera con la segunda. Guardo en mi cabeza el recordatorio para volver y tomar el tiempo necesario con esa belleza.

—¿Eso de ahí son las sábanas pegadas a tu cara, Krystal?

Uno de mis compañeros de clase, el mismo que es el capitán de fútbol y la persona más conocida en el mundillo estudiantil, rebasa mi cuerpo mientras suelta el comentario. No es mal intencionado, o no desde que lo ayudé unos meses atrás con uno de los trabajos de estadística. Desde entonces, hemos compartido varias frases en las que él intenta ser gracioso y yo lo ignoro soberanamente.

Estudiar finanzas no es mi objetivo en la vida, al igual que la mayoría de mis compañeros. Todos hemos elegido esta carrera con el fin de que nos dé luz para nuestros emprendimientos. En mi caso, quiero poder hacer negocio con mi pasión por la fotografía y la captación de momentos. El arte y las matemáticas no están para nada relacionados, de ahí a que mi rechazo por la universidad se incremente a cada paso.

Camino detrás de Jack pensando cómo es el aula al que me dirijo y buscando un hueco mentalmente en el que depositar mi trasero por la próxima hora y media. Mis pensamientos no pueden opacar la razón para la que estoy aquí. Tengo que sacar partido a la beca estudiantil que, aunque escasa porque solo cubre los gastos de libros, me ayuda a continuar hacia adelante.

Llegamos al aula, Jack encuentra un asiento en la última fila junto con el resto de sus amigos de equipo, mis ojos recorren las filas más cercanas a la pizarra que son las únicas libres. Nadie me guarda un hueco con una sonrisa esperando que le cuente todo lo emocionante que ha sido mi fin de semana. Aquí tampoco he conseguido encajar con nadie, aunque ninguno de ellos conozca mi pasado o de dónde provengo. La mayoría son deportistas, o provienen de familias millonarias que han criado a hijos igual de estirados que ellos mismos.

Estos últimos no son de mi agrado, ni mantengo una conversación fluida con ellos, pero debo ser realista y ser consciente de la oportunidad, como siempre me recuerda mi tía, que supone estudiar con personas influyentes. Alguno de ellos descubrieron mis redes sociales donde, además de subir todo el contenido fotográfico que creo, también cuento con miles de seguidores alrededor de todo el mundo. Les gustó el modo que capturaba la realidad, y eso me ha dado un pase directo para hacer trabajos como fotógrafa en fiestas soñadas para muchos.

«Sonreír y callar», ese es el lema que he aprendido en casa si quiero alcanzar mi sueño, y así lo hago, aunque en mis entrañas prefiera conseguir un par de amigos que varias sonrisas que me abran puertas en el futuro.

Cuando la campana de inicio de clase suena, mi cuerpo aún sigue en el quicio de la puerta sin decidir qué asiento voy a tomar.

Intento evitar el maldito sentimiento que voy conociendo al detalle. Ese calor que sube por mi garganta hasta que aprieta fuerte y me corta la respiración.

Todo ha vuelto.

Camino varios pasos hacia atrás y corro hacia los aseos cuando nadie me ve hacerlo. No puedo.

No puedo volver a encerrarme en la jaula de cristal.

La puerta del servicio se cierra con fuerza a mi paso. En cuanto la pared de ladrillo blanquecino enfría la piel de mi espalda, puedo volver a respirar con tranquilidad.

Ansiedad.

Ese fue el diagnóstico del médico siete meses atrás.

Añadió unas pastillas para que el dolor cesara y me permitiera tener una vida normal. Solo con ver la cara de angustia que se había impreso en mi tía, y todos los recuerdos que removía, las rechacé en un acto de valentía o de temeridad, nunca me ha quedado claro cuál de las dos opciones era la correcta.

Al batiburrillo de emociones que me impiden llevar una vida normal dentro de los estudios, hay que añadirle la presión de ocultárselo a la única persona que tengo en mi vida. Mi tía cree que estoy muy bien, que he superado el bache y que todo entra dentro de la normalidad. Ella, más que nadie, se merece ser feliz al cien por cien. No puedo darle más preocupaciones, ya han sido suficientes para toda una vida.

Cuando mi respiración se ha estabilizado, saco mi cámara y reviso con tranquilidad todas las capturas que hice la noche anterior. Es la única forma en que la calma vuelve a mi cuerpo y me permite ser una persona funcional. En el proceso, varias chicas entran a asearse, solo un grupo de tres llama mi atención.

—¿Vas a ir a la fiesta de mañana?

—Creo que sí, Jack me invitó ayer por Instagram y...

—Tía, tienes que dejar de hacerte ilusiones con él, no es la clase de tío que buscas.

Ay, las ansiadas fiestas universitarias.

Me recuesto aún más contra la pared mientras la tranquilidad que había encontrado poco a poco se esfuma al escuchar la conversación ajena.

Otro de mis intentos y temores: las fiestas universitarias. Había acudido en el primer año a un par de ellas; parecían interesantes, o al menos así las vendían mis compañeras más fieles. Hice el intento, juro que puse todas mis ganas, pero nada me fascinaba tanto como perderme en la noche de las luces de los rascacielos con mi cámara de fotos.

Ser una medio adulta incomprensida no ayuda a que mi cabeza asuma que el problema no es mío, sino que no estoy en el lugar adecuado.

Tener veintitrés años, estudiar una carrera que no favorece a mi salud mental y sentirme la rara de mi alrededor no es el plan de vida que imaginé con doce años cuando me mudé al otro lado del mundo.



Antes de entrar en el pequeño piso que comparto con mi tía, dibujo una sonrisa que no llega a

mis ojos, pero que me permite tener acceso libre a ser una mujer muy normal y sin problemas de cara a mi único familiar cercano.

Busco la llave de entrada en la mochila y la introduzco en la cerradura. Mientras, proceso la mentira que puedo contar sobre la mesa a la hora de la cena.

No tengo que dar una vuelta de muñeca porque Holly abre la puerta desde dentro, dándome la bienvenida con una cálida sonrisa que ella sí siente.

—Estaba ya preocupada, has tardado más de la cuenta.

Desecho la idea de darle muchas explicaciones. Dejo la mochila en la percha y la sigo de camino a la cocina, donde el olor a pastel es lo único que nos rodea.

—Sí, ha sido un día intenso y me he entretenido más de lo previsto en la estación de metro.

—¿Algo que capturar? —pregunta.

—Una pelea, los rostros de las personas enfadadas son mi fascinación, ya lo sabes.

Lucho para evitar una sonrisa de orgullo mientras Holly deja que sus manos reposen sobre las caderas en un toque de enfado.

—Ya sabes que no me gusta que te metas en esos sitios, puede ser peligroso. Las fotografías de los edificios son las más hermosas.

Eso es una tremenda mentira, no hay nada más hermoso que capturar un gesto que sale sin ser meditado.

—He estado a una distancia prudencial, lo juro.

Levanto la mano moviendo los dedos en una postura africana que meses atrás vimos en una película. La hemos añadido a nuestras tradiciones cuando queremos jurar algo.

Holly deja la postura regia y vuelve a sonreír.

—Está bien, ayúdame a poner la mesa que la cena ya está lista.

Ambas nos movemos en una coreografía que hemos trabajado a diario durante los últimos once años. Más allá de los sentimientos complejos y de mi verdadero ser, mi tía y yo nos comprendemos a la perfección; tenemos una convivencia tranquila, y eso se hace evidente en todas nuestras conversaciones durante las cenas.

Para cuando los platos están ya frente a cada una, Holly hace la pregunta que todos los días deja caer sobre la mesa.

—¿Qué tal has estado hoy?, ¿ha vuelto a aparecer?

—Ha sido un buen día, ya te lo he dicho, todo controlado, como siempre.

Muestro mi mejor cara de actriz y sorbo la sopa de la cuchara que se ha enfriado en el camino de nuestra conversación. Le hago de vuelta la pregunta; es mucho más sencillo escuchar que hablar.

Holly es muy joven, no ha alcanzado aún los cuarenta y cinco años y vive una vida todoterreno en Nueva York mientras saca adelante una galería de arte con una de sus grandes

amigas.

A ella le fascina esta vida, mucho más que la vida pastoril, según sus palabras, que llevábamos en Lellos.

Recordar cómo hemos cruzado el charco aún duele, y eso que la herida hace años que ha cicatrizado.

La vida en Lellos, Europa, era de lo más tranquila y apacible, aunque no para todos los miembros de mi familia. Mi madre sufrió una depresión no tratada desde el parto. Había acudido a profesionales, mi padre lo había intentado todo con ella, pero nada surtía efecto. Se sumaban las malas relaciones con los psicólogos y psiquiatras con la actitud pasiva de ella. En mis recuerdos no puedo diferenciar un amor más profundo que el de mi padre hacia ella. Lo hizo todo y más por verla feliz, aunque eso supusiera que mi cuidado cayera en manos de su hermana, Holly, durante la mayor parte del tiempo.

Había sufrido tentativas de homicidio por parte de mi propia madre en varias ocasiones, y todos lo entendían, necesitaba ayuda. Uno de esos días, nadie comprende si fue un acto de rebeldía, lucidez o hartazgo, pero finalizó con su vida de la forma más estrambótica posible. Cuando mi padre volvió de trabajar, la escena era dantesca.

Aún no había llegado el invierno en Lellos, las carreteras seguían utilizables, pero las primeras olas de frío ya comenzaban a suceder y la carretera era peligrosa por el riesgo de hielo.

Mi padre conocía cómo actuaba el equipo sanitario en esos momentos. Si no había helicópteros, nada podría salvarle la vida a mi madre, así que tomó el coche y aceleró hasta llegar al hospital más cercano.

Nunca llegaron, su destino estaba escrito contra una roca saliente y una placa de hielo adosada al asfalto.

Perdí a mis padres en un parpadeo, perdí una vida para comenzar otra.

Holly y su, por aquel entonces marido, mi tío Edur, se hicieron cargo de mi cuidado y de la empresa familiar de los Muller. Los peores momentos los pasamos unidos.

Antes de que sucediera el accidente, mi padre tenía un plan B. Un cambio de aires, salir del pequeño pueblo y volar hacia una ciudad grande que permitiera a mi madre volver a soñar y a mí tener más oportunidades. Con esa misma idea, Holly hizo las maletas. Quería que se cumpliera el último deseo de su hermano y abandonó toda su vida por mí, por mi futuro, el mismo que yo odio con todas mis fuerzas.

Durante los primeros años la adaptación fue complicada, viajábamos de visita, incluso Edur había volado un par de veces para conocer nuestra vida neoyorkina, pero nada se mantuvo en el tiempo. Holly se sintió liberada, se divorció años después, y nuestra vida anterior, nuestros recuerdos, se quedaron atrapados en la maleta que llevábamos años sin abrir, escondida en el fondo del armario.

2. KRYSTAL

El fin de semana me alcanza sin apenas darme tiempo a procesar los cinco días anteriores. Llevo varias semanas en una rutina cansina y agobiante de la que soy incapaz de salir. Es mi día libre para hacer fotos por la ciudad, pero la cámara lleva un par de días dándome problemas con el objetivo y no soy capaz de resolverlo por mí misma. Hago una búsqueda rápida por internet y descubro que, no muy lejos de nuestra manzana, hay una tienda especializada en cámaras analógicas, así que mi objetivo del día, o el primero de ellos, es dirigirme hacia allí. Si tengo que dejar la cámara en reparación, es mejor transportarla en su bolsa particular, por lo que dejo de lado la mochila que llevo habitualmente como bolso y busco en el armario la de mi pequeña cámara.

Cuando salgo por la puerta, mi tía está en una reunión telemática. No me preocupo por darle explicaciones; ella mejor que nadie conoce mi afición. Si me necesita, hará una rápida llamada.

El camino hasta la tienda se me hace más lento de lo que esperaba, las distancias en esta ciudad son lo peor.

Vislumbro el letrero que previamente había memorizado en internet y accedo con la esperanza de que el problema sea lo menos costoso.

Media hora después descubro que la mujer responsable de la tienda de cámaras resulta ser toda una mina de sabiduría. Es una aficionada a cambiar configuraciones, probar planos y regalar consejos útiles.

Me quedé tan fascinada con ella que, cuando salgo por la puerta con la cámara arreglada y una sonrisa impresa en mi cara, ni me percaté de que llevo más de dos horas dentro y que, además, todo el tiempo he tenido el teléfono en silencio. Es cuando tengo que buscar una ubicación y el peso de la realidad cae sobre mis hombros.

La pantalla evidencia que Holly ha intentado ponerse en contacto conmigo en diez ocasiones, todas fallidas. No es una práctica habitual en ella; más allá de nuestro pasado, la educación con ella no se ha basado en el control. Antes de poder dar un paso más, le devuelvo la llamada. En el primer tono, su voz ocupa toda la línea.

—Krystal, ¿estás bien?

Parece nerviosa.

—Sí, ¿ha ocurrido algo?

—No —duda—, o creo que no. Ven a casa cuanto antes, por favor.

Esa súplica también es muy poco usual en ella. Dejo todos los planes de lado y cojo la primera línea de metro que me llevará de vuelta a casa. El trayecto dura apenas diez minutos, en todos esos instantes un pensamiento fúnebre se me viene a la cabeza. Tengo miedo de volver a revivir pesadillas en cada paso que doy en la vida.

La mirada de mi tía en cuanto cierro la puerta de nuestro hogar augura problemas, y problemas serios. No tengo que preguntar, ella simplemente levanta el bote de pastillas. Son las mismas que rechacé cuando acudí al médico con ella, y que hace unas semanas compré en una farmacia para comprobar si me ayudaban a aliviar la carga.

—¿Qué es esto, Krystal?

No es una mirada de reproche, aunque en su voz sí hay un tono de dolor. Imagino lo difícil que es para ella revivir todo lo que sucedió con mi madre, de ahí que siempre le quite importancia delante de ella.

No me gusta lo que estudio, mis problemas se quedan ahí, nada más.

Tengo lo que muchos de mis compañeros llaman, entre risas, una crisis existencial en medio de la vida adulta.

—No está abierto. Y no es mío, se lo estoy guardando a una compañera de clase que tiene problemas.

La rigidez de mi tía se eleva, y todo su semblante cambia.

—No estás en el instituto para esconderle cosas a nadie; no tienes amigas en la universidad, y llevo un par de semanas siguiendo tus pasos. Tenemos que hablar, sin medias tintas. Deja la careta junto al abrigo y ven a la cocina.

Trago saliva con fuerza. Las piernas me tiemblan. Para ser sincera todo mi cuerpo tiembla. No quiero encerrarme en una terapia que me desinhiba de quién soy, de lo que quiero hacer. No me quedan muchas asignaturas para finalizar los estudios; en apenas unos meses, como mucho un año, mi negocio fotográfico será rentable, podré implementar todo lo que he aprendido en mi paso por la universidad y...

Camino resignada hacia el lugar que mi tía me ha indicado. Ella ya está sentada, el bote de pastillas sobre la mesa, en medio de las dos sillas que se sitúan frente a frente. Cojo fuerzas para quedar cara a cara.

—Tienes problemas que no me has contado.

No es una pregunta, es una afirmación. Y mi silencio lo único que consigue es reafirmar sus pensamientos.

—Sé que me estás evitando un disgusto, pero te prometo, Krys, que la mentira es el mayor de los disgustos que me puedes dar.

Está a punto de romperse, por eso extendiendo la mano derecha para poder aliviar su dolor. No tarda en apretarla fuerte. Siempre hemos estado solas ante el mundo, nuestro mundo; este bache será superado en el siguiente parpadeo.

—Lo siento, lo siento mucho, Holly. Las cogí en un momento de debilidad, pero no he ni abierto el bote. —Freno mi discurso para bajar la voz por la vergüenza que siento al decir lo que estoy a punto de soltar—. Me daba miedo repetir errores, hacerme adicta y perder mi libertad.

Holly asiente, aunque es un gesto para intentar evitar que las lágrimas inunden sus ojos. Falla en el intento.

—Sé que la vida aquí no es para ti, pequeña. Tú no eres como yo, Krystal. Te gusta la vida tranquila, odias las aglomeraciones y no te encuentras cómoda en la rutina que has tomado. Lo sé, y he sido una egoísta haciéndome la loca sin poner los problemas sobre la mesa.

—Ey, Holly, eso es mentira. Yo no odio nuestra vida, solo ha sido un tiempo difícil. No es cuestión de encontrar culpables.

Aunque vuelve a asentir, mis palabras no calan hondo en ella.

—Quiero ayudarte. —Cambia el talante a otro más duro. Quita la mano que no sostiene la mía de su boca y se pone más cómoda en la silla—. Necesito hacer las cosas bien contigo.

Esa ha sido la frase de mi vida.

No es el momento de rebatir. Mi tía está angustiada, se la ve presionada, y es lo que menos quiero: más problemas para los demás por mi culpa.

—¿Y qué propones? —planteo con una fuerza que no siento.

Medita sus palabras, pero un gesto, el simple acto de mover el mechón que siempre decora su frente hacia atrás, rodeando la oreja, me indica que lo que va a decir no es un impulso, sino un acto premeditado y pensado al detalle.

—Que vuelvas al origen. Allí hay calma; allí puedes encontrar recuerdos bonitos que te den luz para volver con fuerza.

Rompe a llorar antes de poder acabar el discurso.

Odio ver a los demás llorar, es como el vomitar, mi cuerpo repite la misma acción como un espejo.

Me levanto con lágrimas en los ojos para abrazar a mi tía con fuerza.

Volver a Lellos. Mi casa, mi origen.

Pocas cosas quedan de esa primera vida allí. Mi familia tiene una empresa desde hace años. Tras la muerte de mi padre, he heredado la mitad de ella; la otra mitad la tiene Holly; sin embargo, es su exmarido, el tío Edur, quien se hace cargo de ella ya que es el único que vive allí y conoce todos los rincones del paraje.

También cuento con una casa de menor tamaño que ha sido alquilada años atrás a una familia condal.

No hay nada más. Bueno, sí, el tío Edur, pero los años han hecho mella en nuestra relación y apenas hablo con él. Lo hago solo en las fechas señaladas, donde siempre tengo una llamada por su parte invitándome a volver, o por lo menos a visitarle.

Al principio, fue sencillo. Holly y él mantenían un contacto estrecho, incluso después del divorcio. Eran dos personas totalmente opuestas; Holly es puro fuego, mientras que Edur es un hombre tranquilo y de tradiciones. Desde que se volvió a casar las cosas entre ellos se han tensado, ya no comparten llamadas telefónicas más allá de las necesarias respecto a la empresa.

Es una locura, una auténtica locura lo que me plantea Holly. Si me siento sola en casa, ¿cómo voy a conseguir recuperarme en el lugar donde todo ha comenzado y que, además, está aún más desértico?

Me separo de su cuerpo, y un hipo nervioso toma mi palabra.

¿Y si mi tía tiene razón?

¿Y si así puedo aliviar el peso del pecho y el que acabo de depositar sobre ella?

Ambas nos volvemos a fundir en un abrazo.

—Medita la idea, ¿vale? —me dice mientras la aprieto con fuerza entre mis brazos.

Solo soy capaz de asentir.

Esa noche, el sueño nos pilla en el sofá de nuestro apartamento, viendo una película de comedia romántica y callándonos nuestros miedos más profundos. Cuando la luz del sol me despierta bien entrada la mañana, el cuerpo de mi tía no me acompaña en el mullido mueble, en cambio, hay una nota y un billete de avión.

“Hazlo, no lo pienses más. Cubre todas las posibilidades antes de que la oscuridad lo haga por ti”.

Reviso el billete con manos temblorosas. Parece que dentro de dos días volveré al valle de Lellos.

3.KRYSTAL

Lo que ayer, en un principio, me parecía una idea un tanto descabellada pero adecuada, hoy me está volviendo loca. No tengo ningún acto al que acudir como fotógrafa, solo lo he hecho en ocasiones muy puntuales. Esto no quita que mis seguidores en redes sociales, especialmente en Instagram, me sigan por el simple motivo de ver otra cara de Nueva York, de sentir la ciudad cerca aunque estén tan lejanos que ni siquiera la puedan ubicar en el mapa.

Cambiar la ubicación podría echar por tierra todo en lo que he trabajado, los cimientos de mi proyecto. Lellos es bellissimo, pero es pura naturaleza, no hay rascacielos, ni vida idílica.

Busco desesperada todas las tarjetas de memoria que he acumulado con los años. Lo mejor sería hacer un buen porfolio con todo mi contenido y dejarlo programado hasta que vuelva. Holly no me ha puesto fecha, pero dudo que esté más de un mes.

Mi cabeza niega, dándome la razón a mi propia pregunta, y la ansiedad desacelera unos pasos. Mientras busco más tarjetas de memoria en los armarios de mi habitación, me encuentro con la maleta que, aunque aún no está hecha, es el último de mis problemas. Meteré toda la ropa de invierno y listo, tampoco me preocupa mucho mi aspecto físico en mi día a día. Ya no, por lo menos.



Nunca antes dos días me habían transcurrido en un salto de tiempo tan efímero. En un momento estoy recogiendo el billete de avión, y al siguiente estoy cenando con mi tía por última vez antes de cometer la mayor locura que he contemplado en los últimos once años de mi vida.

La cena se basa en una sopa con fideos al más puro estilo oriental, pero con un toque que solo Holly sabe ponerle.

—Oye, Holly, ¿crees que...?

Corto la pregunta en cuanto su mano suelta con un fuerte golpe la cuchara sobre el plato y comienza a temblar, ocultando su cara tras las manos en una posición de defensa.

—Prométeme que volverás más fuerte.

Trago saliva. No le puedo prometer eso ni a ella ni a mí misma, pero aun así lo hago mientras corro a su lado.

Mientras la abrazo, busco alguna broma para quitarle un poco de hierro al asunto.

—Has sido tú la que me ha echado de casa —mi risa sale vacía—, ¿es que tengo que volver?

Las manos de mi tía vuelan de su rostro para enseñarme que he conseguido mi objetivo, le ha hecho gracia. Explora una unión conmigo y le tiendo mi mano. La aprieta sin pensarlo. Siempre hemos sido más de actos y pequeños gestos que de hablar de nuestros sentimientos. Ella quizá tenga miedo a mi reacción y yo a la suya.

—El tiempo que necesites, ¿vale?, pero te quiero de vuelta, a la verdadera Krystal, no soporto verte así.

Y yo no soporto que ella esté preocupada por mí. No es tan importante, todo se basa en que no me gusta la universidad, una vez tenga mi proyecto en marcha irá de maravilla, ¿no? Ahí está la eterna duda de mi cabeza. ¿Y si no consigo salir del bucle como le pasó a mi madre?

—Te lo prometo —le respondo a Holly mientras aprieta fuerte nuestro agarre.

Y si algo tenemos los Muller, es que nunca faltamos a una promesa.



La llegada al aeropuerto está marcada por la temprana hora y también por los nervios de ambas. Ser precavida con el tráfico en una ciudad como Nueva York es jugar un pulso con la suerte porque, aun con horas de margen, casi pierdo el primer avión.

En la entrada acristalada apenas hay pasajeros. El furor y las visitas por Navidad aún no han llegado con fuerza, pero el frío sí, así que las únicas personas que caminan temprano por las inmediaciones del aeropuerto están refugiadas en las salas cálidas. Holly no puede acudir a ellas, debe dar la vuelta en esa locura de carretera para llegar al trabajo.

Busca algo en su bolso y saca una pequeña bolsita que me tiende con rapidez.

—Es una tarjeta para el teléfono móvil. Es la única que te funcionará allí, así podrás llamarme. Hazlo, por favor.

Asiento rápidamente para rebajar sus nervios.

—Edur me ha comentado que las cosas allí están un poco más frías. Ha caído una gran nevada y se prevé que ya estará solucionado para cuando llegues, pero, por favor, extrema todas las precauciones.

Mis tíos, aun con sus diferencias, siguen manteniendo un contacto habitual con temas de la empresa. Había supuesto que con mi reciente viaje esas comunicaciones se hubieran incrementado, pero no deja de sonar extraño escucharlo de boca de Holly como un acto cotidiano.

Aunque la curiosidad pica en mi pecho, no le pregunto a mi tía lo que siente al saber que voy a volver a casa, a su casa, con su exmarido, y a la que fue su vida. Me da un fuerte abrazo y se despidе antes de que las lágrimas, que ya han surcado sus ojos, se derramen por las mejillas.

—Ten cuidado y mantente en contacto.

—Lo haré. —Holly cabecea ante mi respuesta—. Haré todo lo que esté en mi mano.

Asiente de vuelta pero con otro toque de ilusión. Ha entendido lo que esconden mis palabras. No solo voy a procurar llamarla todos los días, también voy a intentar buscar mi rumbo, aunque sea a más de seis mil kilómetros de distancia.



El avión abre sus puertas sin retraso.

Me ha tocado el asiento de la ventanilla y he elegido una música relajante para cuando llegue el despegue. La sensación de vértigo ante la velocidad lleva años instaurada en mi estómago, y hace mucho tiempo que no me subo a un avión. Tengo la suerte de tener un compañero que se duerme antes de que apaguen las luces.

Pego mi frente a la ventana y respiro hondo.

Cierro los ojos cuando el avión corre por la pista. Hay un suspiro encogido entre los pasajeros que acaba cuando las ruedas del avión se despegan del asfalto.

Abro los ojos en ese instante y experimento una mezcla de pánico y libertad que desconocía.

Aterrizamos varias horas después en Londres sin ningún tipo de problema, tengo margen para cambiar de terminal mientras releo uno de mis libros favoritos. El segundo avión con destino a Suiza también sale a la hora, por eso cuando desciendo del avión más de doce horas después, ni yo misma me creo la suerte que he tenido.

4. KRYSTAL

Debí haberle hecho caso a la frase que mi tía siempre repite «todo lo que parece demasiado bueno no es real».

La cinta del aeropuerto lleva escupiendo maletas desde hace diez minutos. Los pasajeros, incluso los que han viajado conmigo desde Nueva York, ya han recogido sus pertenencias y se han ido con una sonrisa.

Todo viajero tiene miedo a este momento.

Sigo esperando tranquila, la cinta aún mantiene movimiento.

Cuando ninguna maleta circula por ella, frena en seco su marcha y la pantalla, en la que se diferenciaba el origen del vuelo, pasa a lucir un cartel de: *cerrado*.

Un sudor frío se instaura en mi frente. Debe de ser un error. Espero paciente, o lo más paciente que puedo, a que la recepcionista de la aerolínea con la que he volado me aporte una solución porque el tren que me llevará a Lellos sale en menos de veinte minutos.

—¿Tiene la pegatina que se le entregó cuando dejó la maleta en Nueva York?

—Sí, claro.

La he pegado en la funda de mi teléfono móvil para no perderla. Según mi tía, esa pegatina es la salvación de muchos y la muerte de otros tantos. Recordar sus frases épicas no me está ayudando en estos momentos.

Borro a Holly de mi cabeza y me centro en los dedos de la mujer que teclean el código con énfasis.

—Ha habido un error en el transbordo y la maleta figura atrapada en Londres. Tendrá que esperar un par de días, pero la aerolínea se la hará llegar a su hogar, si así lo desea.

—No, eso no es posible, no tengo más ropa que la que llevo y ahí fuera hace un grado bajo cero.

—Lo siento, señorita, no le puedo aportar otra solución.

Esto es increíble, pienso mientras la mujer pasa los papeles a la espera de que le dé una dirección a la que enviar mi maleta.

Busco la dirección que tengo de Edur y se la entrego sin hablar. No llevo muy bien el conflicto, mi lengua suele atorarse para perdición de mi cabeza que tiene voz propia en estos

instantes.

La mujer me sonríe a modo de disculpa y cambia la atención al siguiente pasajero.

Reviso mi atuendo. Pantalones holgados y cómodos para el viaje, una camiseta fina de manga corta y una sudadera. En la mochila he guardado una chaqueta para el frío y calcetines. Todo lo que no ha entrado en la maleta. Nada de todo esto me puede ayudar a salvar los siguientes días.

La ropa fue importante para mí en algún momento, verme guapa en el espejo... Hace tiempo que lo dejé olvidado en un segundo plano. Sé que mi apariencia se siente entristecida como mi alma. En cuanto llegue a Lellos utilizaré la ropa de mi tío hasta que lleguen mis pertenencias. Drama salvado.

Camino con menos gracia hacia la estación de tren. Antes de subir al vagón tengo que sacar la chaqueta de la mochila. El frío de Nueva York por esta temporada es intenso, pero nada como el gélido tiempo de mi país natal.

—¿Puedo revisar su billete, señorita? El tren está a punto de llegar a la estación.

Hacía tiempo que había olvidado el carácter más distante y serio que impera aquí.

—Claro.

Antes de que pueda leer el código QR, el tren acristalado llena el andén. He tenido suerte, viajo a media tarde; el atardecer será increíble, y los cristales tanto en el techo como en los grandes ventanales de cada vagón facilitarán que las vistas me permitan capturar más de un momento.



No me escondo al admitir que apenas he estado cinco minutos en mi asiento antes de perderme por cada vagón, explorando los rincones con la cámara en la mano. Había olvidado lo que se siente al viajar en medio de la naturaleza. El metro de Nueva York no es ni remotamente similar a las vistas que se despliegan ante mis ojos. Grandes laderas, decoradas con espesa nieve, mientras el habitáculo en el que viajo cruza puentes y lagos congelados.

Los colores de este lugar son especiales.

Estoy concentrada en uno de los tonos que más destaca, el verde grisáceo de los pinos nevados, cuando la megafonía interrumpe todos mis pensamientos.

Sentimos informar a los viajeros que una de las vías ha sido inutilizada por un desprendimiento de nieve. El viaje se retomará en cuanto sea posible. El equipo técnico les ofrecerá una solución en la siguiente parada.

¿Una solución? ¿Tendré que dormir en un tren con techo acristalado? Mi emoción se rompe como una burbuja de jabón cuando nos indican que, todos los viajeros, deberemos evacuar el

tren por precaución. Seremos ubicados en un pequeño hotel de las inmediaciones.

Morir aplastada por una avalancha de nieve no es mi plan ideal, pero habría sido muy guay poder captar el baile de las estrellas tras esos cristales.

Subo el gorro de la sudadera hacia mis orejas cuando pongo mis pies en la fría nieve y camino con el resto de pasajeros. Eso sí, con el aliciente de que yo no tengo que cargar con una pesada maleta a través de ese tedioso camino.

El desembarco de los vagones no es para nada caótico, nada comparable a la vida frenética que transcurre bajo tierra en el metro neoyorkino. Darme cuenta de ese simple detalle se siente como una bocanada de aire, aire gélido, pero aire puro. Estoy tranquila dentro del drama, que no es poco.

Ese recordatorio me lleva a darme cuenta de que no he avisado a mi tío de lo que ha sucedido.
—Por aquí, por favor.

Un hombre de mediana edad, con el logotipo de la empresa de trenes impreso en su chaqueta, nos indica la pequeña cabaña que se ve a lo lejos. No es de gran tamaño, pero mucho más de lo esperable para estar en medio de la nada. Aunque la luz ya ha bajado y no todo el paisaje puede ser captado por mis ojos, no hay ningún alma perdida por este entorno más que los animales, la naturaleza y la nieve.

Froto las manos por instinto.

Cuando nos acercamos a la casa que hace de hotel, me doy cuenta del pequeño detalle que había pasado por alto. La forma del edificio simula un barco en medio del bosque nevado, es... simplemente impresionante. Busco la cámara con rapidez. Capto cada detalle mientras todos mis compañeros de viaje entran en el lugar.

Soy la última en acceder al calor del interior y, para mi sorpresa, no está deshabitado, sino que hay varias personas sentadas tomando un café y cenando. Tendrían que estar trabajando y verse en la misma situación que nosotros por culpa de la nevada, porque para mi cabeza no entra la posibilidad de que alguien desee dar un paseo hasta aquí para tomarse un café, y eso que veo cada día muchas peculiaridades.

Un hombre cuando ve que entramos al local nos sermonea con el modo en el que se va a proceder: el tren no podrá activarse hasta que se limpien las vías, y eso podría llevar horas. Lo mejor es que nos acomodemos en las habitaciones libres y tomemos un caldo caliente para dejar atrás el frío.

Asiento con ímpetu sin abrir la boca. No he notado el pinchazo en el pecho desde que hemos despegado de los Estados Unidos. Lo he achacado a las pastillas de Holly para dormir durante el trayecto, pero quizá salir de mi zona de confort me está sirviendo más de ayuda de lo que yo creía.

Cuando el hombre da por finalizado su discurso, rebusco de inmediato el teléfono para poner

en sobre aviso a mi tío. Los primeros tonos secos y sin contestación tensan mi cuello. Suelo evitar esta vía de comunicación siempre que es posible, me resulta incómodo no ver a la otra persona, tener que entender sus silencios, sus respiraciones, o el modo de expresarse con la voz. Hablo lo justo con Holly y solo en situaciones cruciales, en esta ocasión hay que sumarle que Edur es de pocas palabras y que la conversación se puede poner tensa y...

—¿Krystal? —mi tío me saca de mis nerviosos pensamientos.

Le explico lo que ha sucedido atropellando mis propias palabras y, para mi sorpresa, él me responde con una seguridad pasmosa porque ya conocía todos los detalles. Para ser exactos, tiene mucha más información que yo.

Por sus indicaciones nos hemos quedado atorados muy cerca de Lellos, justo donde la carretera y las vías rompen la montaña.

—Ten cuidado, hace muchos años que no vives este temporal y la nieve puede ser peligrosa.

Contengo a mi lengua viperina, la misma que puede indicarle que en Nueva York nieva y que, por tanto, he venido preparada para el frío, o por lo menos, mis pies están cubiertos, mi ropa ya es otra batalla.

—Sí, lo tengo controlado.

—En la posada hay alguien esperando por ti para llevarte a Lellos. Se llama Colden, ha sido una maravillosa coincidencia, él podrá indicarte mejor todos los detalles. Ahora te tengo que dejar, algo está pitando en la cocina y creo que es mi cena.

Sin darme tiempo a reaccionar, la línea se corta y vuelve el pitido seco incesante.

Colden.

Solo tengo un nombre pero, si él conoce de mi existencia, ¿vendrá a buscarme, no?

Echo un vistazo a todas las personas del local. Más allá de los viajeros, hay dos hombres charlando en la barra, una mujer y su hijo en una de las mesas y un joven revisando facturas con el dueño del lugar. ¿Dónde está mi rescate?

5.COLDEN

No entiendo en qué maldito momento una neoyorquina pija puede ser la solución para los problemas de la empresa Muller, pero si Edur cree en ello, así se hará.

Iba a recoger los paquetes de esta semana cuando recibí el aviso de la gran nevada.

Están siendo días complicados. Ninguno esperaba que varias zonas se vinieran abajo con el peso de la nieve. Todo está relacionado; en los últimos años hemos perdido masa congelada, y eso ha transformado la vegetación que crece en zonas donde miles de años atrás era impensable.

Si el negocio ya funciona mal, en ciertas épocas del año es casi imposible llegar a todo. Tenemos los caballos que tenemos, y el personal experto brilla por su ausencia. Eso solo se resume en tener que hacer más viajes turísticos y menos rescates, con la diferencia de que unos dan dinero y los otros lo quitan.

El agobio de Edur lleva siendo evidente para mí desde hace un par de meses. Lo he ayudado en todo lo que he podido, pero hay asuntos que se escapan a mi control, de ahí que el pobre hombre vea con tan buenos ojos la llegada de una de las dueñas que, para más énfasis, está estudiando finanzas.

En cuanto el aviso me alerta, le hago llegar mi ubicación a Edur que no duda en darme la razón con mi plan. Lo mejor es pasar la noche en el refugio de George y, cuando el frío de la noche vuelva a congelar la nieve, ponerme en marcha a primera hora de la mañana.

He cantado victoria antes de tiempo porque, aunque él haya dado el visto bueno a mi plan, no voy a estar solo. A pesar de todo, voy a tener que compartir el todoterreno con la princesa porque ella también se ha visto atascada en el mismo lugar.

No hace falta que Edur me dé una descripción detallada de la mujer que voy a buscar, la conozco al dedillo, tengo que ver su cara en las imágenes que adornan el despacho y la casa de mi jefe.

¿Será su voz similar a la de las Kardashian? Son las únicas pijas estadounidenses que tengo en mente.

Llego antes de que oscurezca y dejo mis pertenencias en una de las habitaciones que tienen reservadas para el equipo de rescate. Las camas no son tan cómodas como las de los huéspedes, pero están bien para mí.

El propio George, el dueño del local, en cuanto me ve aparecer me anima a acompañarle en una de sus tareas. Ha perdido las gafas de ver y lleva días sin poder mirar las facturas.

—Ayuda a este viejo y deja ese entrecejo para otros.

Conozco a George desde que era un crío que visitaba la zona con la ilusión de descubrir nuevos parajes.

—Solo me utilizas a tu conveniencia.

Resopla con gracia mientras yo retiro el gorro y dejo que el calor de la habitación caliente mi cerebro.

—Deja de ser dramático, no te pega.

Sonrí para darle la razón y me enfrasco en el montón de papeles que decora la esquina de la barra del bar.

Al poco tiempo, George anuncia en un perfecto francés la llegada de varios turistas. Por esta zona muchos prefieren no ser entendidos en sus conversaciones privadas, de ahí a que siempre se anuncie en el idioma local la llegada de los turistas.

La multitud enfría el lugar en apenas unos segundos. Algunas caras están descompuestas, más por el trayecto que por el frío. Echo un vistazo prestando la atención justa, aunque haya entrado la última, no me resulta nada complicado diferenciarla entre la multitud.

Pelo rubio albino, tratado en una peluquería de postín porque ni los lugareños lucimos ese tono casi blanquecino, ropa acorde a la moda aunque con un gusto un tanto extraño. Lo atribuyo a la moda del otro lado del mundo que siempre me ha parecido un tanto rancia e inexplicable. A su favor, me sorprende que sus botas estén adecuadas al temporal que tenemos por aquí.

En cuanto entra de lleno en el lugar y la luz se posa sobre su cuerpo, cualquier duda se evapora. Mientras ella retira con delicadeza el gorro de su sudadera, los ojos, de un tono azulado eléctrico, repasan todo su alrededor y como un acto reflejo, lleva una de sus manos a la cámara que cuelga de su cuello.

Lo que me faltaba, una turista entrometida que quiere capturar todo a su paso para luego alardear en redes sociales.

Invoco a todos los dioses para que me entreguen paciencia, más cuando reparo en que sus facciones la hacen lucir mucho más joven de lo que recordaba. Evito que esos ojos de corderito perdido en la noche remuevan algún tipo de caridad en mi estado de ánimo y continúo con lo que tenía entre manos, que es mucho más interesante. Ya mañana, cuando tenga que salir de aquí con el paquete a cuestas, la avisaré de que me tiene que acompañar.

El indiscutible clic de una cámara de fotos me saca de mis pensamientos cinco minutos después. La princesita no solo ha pasado por alto la intimidad de todos los que la rodeamos, sino que ocupa el centro de la habitación para hacer fotos del techo decorado del que tan orgulloso se siente George.

—No vaya a ser que se le quede algo sin immortalizar y se lo pierdan sus amiguitos de ciudad —susurro para nadie pero con la intención de descargar la furia que se ha instalado en mi estómago.

Durante los siguientes minutos el pecho de George se infla como un pavo ante la actitud de la muchacha. Para él es importante que los de fuera opinen que su casa es bonita, y es entendible, aunque para mi cabeza solo hay zonas rojas de malhumor.

Cuando finaliza el reportaje fotográfico se acerca a la barra y pide alguna recomendación para comer.

El francés que utiliza deja mucho que desear y, aunque a mi cabeza llegan las palabras de Edur en las que me indica que no haga juicios previos antes de conocerla, fallo en el intento.

Alguien que borra sus orígenes no es una persona que pueda tener una buena relación conmigo.

6.KRYSTAL

El calor me abraza en cuanto quito el gorro de la cabeza. Destenso todo el cuerpo que había sufrido el espasmo de hacerse un ovillo para evitar el frío. La posada es una auténtica maravilla perdida en el bosque, hasta los techos son una obra de arte de la que he dejado constancia en mi tarjeta de memoria.

Me acerco hacia la barra, ya que todas las mesas han sido ocupadas, y mi estómago ruge como si tuviera vida propia. Llevo varias horas sin comer y no he estado tan nerviosa como esperaba para que se me cerrase el estómago.

El hombre, al que uno de los comensales llamó George, torna su atención hacia mí y me hace la pregunta silenciosa para conocer qué quiero pedir para cenar.

—¿Tienes algo que sea rápido de hacer? Me muero de hambre. —Señalo la enorme carta y me indica dos platos marcados como «especialidad de la casa».

—Ahora mismo doy la orden en cocina. Acomódate y yo haré el resto.

Tendrá la misma edad que Holly y Edur, eso me lleva a preguntarme si se conocerán. El lugar no debe de estar muy alejado de Lellos, y por allí la empresa de caballos es muy conocida, o por lo menos en sus mejores tiempos... Cierro la puerta a mis pensamientos cuando el plato de comida caliente se posa delante de mi cara. Guau, eso ha sido en tiempo récord.

Vuelve a sonreírme con sinceridad.

—Veo que te ha gustado la cúpula pintada.

Agradezco que deje el francés y vuelva al inglés. Llevaba tantos años fuera de Europa que he perdido el oído y el tono para pronunciarlo bien. Holly ha tenido serios problemas para adecuarse al inglés, siempre lo había rechazado cuando vivía en Lellos y después, por mi culpa, se ha visto obligada a aprenderlo. Desde que llegamos a Nueva York entre nosotras nos comunicamos en la lengua más empleada en Estados Unidos.

—¿Ha sido pintada a mano?

Mientras el tenedor se funde en las verduras fritas que tengo delante, el dueño del local narra toda la historia que explica su obra de arte. Es reconciliador encontrarse con otras personas que expresan sus emociones sin prisas, haciéndote partícipe de lo que ellos sienten como importante.

Mis sonrisas son tales que no me doy cuenta de que he pasado por alto un acompañante en la

barra. Se trata de un chico, pero no puedo verle la cara, está observando con determinación unos papeles.

—¿Y de dónde vienes, niña?

—De Nueva York, pero he vivido parte de mi vida aquí. Quizá conozcas a mi tío, trabaja en Lellos, bueno, a decir verdad trabaja y vive allí.

Hablar de Edur sin que él esté delante es un poco extraño porque siempre he tenido la sensación con él de que no lo conozco ni un tercio de lo que es.

—Todos nos conocemos por aquí, ¿cómo se llama?

—Edur.

Los ojos del hombre se amplían en un movimiento de alegría y sorpresa.

—Espera, ¿tú eres Krystal Muller?

Los sentimientos de alegría y emoción se trasladan a mi cuerpo. No soy una persona muy sociable, pero haber cruzado medio mundo y que alguien me conozca por mi nombre es... algo indescriptible.

Como un calor de felicidad que se instaura en mi pecho después de sentirme invisible la mayor parte de mi vida.

—Sí, he venido a visitar a mi tío una temporada.

—Pero ¡qué alegría!

Sonríe con verdadera sinceridad y rellena de forma sistemática el vaso de agua que ya está medio vacío. Revisa que esté de acuerdo con su movimiento y se fija en el chico que lleva desde el comienzo de nuestra conversación en la esquina. El pecho del hombre se vuelve a inflar, pero esta vez su atención no se posa en mí.

—Colden, ¿cómo no me has avisado que estaba aquí tu invitada?

El chico retira la mirada de los papeles y la posa sobre mí. Había estado preparada para este momento, al menos, me había creado una película más sencilla que la que se estaba desarrollando, porque mi querido tío no había especificado que el tal Colden no era un trabajador cualquiera, sino su hijastro.

Tras la separación de Holly y Edur, este último se había vuelto a casar años después con una mujer que tenía seis hijos. Holly me había dado pocos detalles, pero entre los que había lanzado conocía que «Edur ya podía tener los hijos que ella nunca le dio».

La información que rescaté de mi tía es que el mayor de todos, el ayudante de mi tío en el Rancho, era un chico ya mayor, no se trataba de un niño, incluso contaba con un año más que yo. Nunca le había puesto cara, un poco por respeto a Holly y también porque Edur nunca se refería a su nueva familia. En las ocasiones que hablaba conmigo, todo se centraba en mi vida, nunca en la de él.

Conocía que la mujer de Edur había fallecido dos años atrás a causa de un cáncer terminal,

hubiera sido un momento adecuado para visitarlo, pero la universidad estaba en su pleno apogeo y él me indicó que no era una buena idea. Entendí que no me querían aquí y lo acepté.

Los ojos verdes del chico contrastan con el tono pálido de su piel y con su pelo castaño casi rubio. Sus facciones no destacan con el resto de los habitantes de la zona, sin embargo, la poblada barba y su aspecto físico trabajado, sí que crean una diferencia con los lugareños que lucen cuerpos más frondosos.

En lugar de encontrarme con una mirada cálida o una bienvenida educada, esos ojos verdes se convierten en dos rayos láser que borran toda la comodidad que había desarrollado con George.

—No es mi invitada.

Es lo único que dice antes de volver su atención a los papeles.

George me hace una mueca para quitarle hierro al asunto y mueve los labios para darme a entender que tiene mucho trabajo. Ni en quinientos años me hubiese imaginado esa bienvenida por su parte.

El hijastro de Edur, que así es como lo conoce Holly en casa, había ayudado en la empresa Muller desde muy joven. Es más, es uno de los trabajadores que están en la plantilla como fijo.

La empresa es de mi propiedad, mía y de mi tía, y ninguna de las dos llevamos el peso de ella como Edur. Solo puedo estar agradecida con las personas que la cuidan como si fuera suya propia, por eso, borro el comentario de Colden y su (no) bienvenida, y voy a hablar con él para mostrarle mi agradecimiento y presentarme por mí misma, sin George como intermediario.

Sus ojos rápidamente se posan en mi atuendo evitando que nuestras miradas conecten más de la cuenta. Lo puede mantener por poco tiempo, porque me quedo a la espera de que finalice y comienzo a hablar.

—Estoy encantada de conocerte, ¡al fin, después de tantos años!

Colden mantiene su rostro perfecto sin movimiento.

—No voy a ser agradable.

—Entiendo.

El ímpetu va saliendo de mi cuerpo a pasos agigantados. Parece que el muchacho no quiere colaborar.

—Y conmigo puedes olvidar esa sonrisa falsa. No somos familia, no tienes que agradarme.

—Ya. —Voy entendiendo por dónde van los tiros. Llevo sin pisar mi casa desde hace once años, si no lo conocía era porque no había puesto intención de mi parte.

—¿Y cómo está la zona? Edur me comenta pocos detalles, ya sabes que es de pocas palabras.

A mí tampoco me gusta hablar. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo por dejar atrás la timidez y el respeto que me da enfrentarme a algo que los demás ven tan simple: la sociabilidad.

No sé en qué momento mi cabeza pensó que era una buena idea tratar a Colden como alguien conocido, pero sin duda me equivocaba. Su cabeza, gacha entre el hueco que forman sus fuertes

hombros, se gira un instante para mantener mi mirada. Tiene unos ojos verdes tan claros que se confunden con el color agua marina, las cejas, con una forma ancha y con personalidad propia, tienen el mismo color que su cabello, quizá un poco más castañas. Sin abrir la boca expresa hostilidad.

—Supongo que estás ocupado, nos vemos.

He buscado una excusa rápida para finalizar el encuentro sin que ninguno de los dos nos sintamos incómodos. No ha sido como esperaba. En realidad, nada está siendo como esperaba.

Me giro para tomar asiento de nuevo cuando es él quien toma la palabra.

—Mañana —suelta con la voz más oscura que en los momentos anteriores—, no voy a esperar a que duermas hasta que la cama te eche. Tendremos que salir a primera hora, incluso sería mejor que no hubiese amanecido. Hay rescates importantes y no quiero perder el tiempo.

¿Me acaba de decir que llevarme a casa es perder el tiempo? Sin duda, Colden no conoce ningún código de cordialidad.

—Iré con el resto de los pasajeros. Nos han comentado que el tren estará activo en unas horas.

Me vuelvo lo mínimo para no tener que enfrentar un nuevo rechazo a causa de esa mirada tosca que me lanza.

—No habrá tren.

—Eso es imposible, esta gente tiene que llegar a su destino y...

—O te vienes conmigo o te quedarás aquí tirada dos días. Tú decides.

Tomo aire sin que él escuche el suspiro.

—Dime una hora y estaré puntual.

Lo que menos quiero es hacer sentir incómodo a Edur cuando nos vea aparecer a ambos. ¿Será mi tío consciente de lo desagradable que es Colden?

—Siento interrumpiros, chicos, pero he estado escuchando la conversación y hay un pequeño inconveniente. —Ambos giramos la atención hacia un George que aparenta estar incómodo con sus siguientes palabras. —Ya tenía algunas reservas en la posada y con la llegada inesperada del tren se han llenado todas las habitaciones. He pensado que, como sois familia, podéis compartir la litera de los rescatistas por esta noche.

Me quedo sin habla mientras comprendo la situación. No me he puesto nerviosa en todo el trayecto, y eso que mis nervios aprietan mi estómago en cuanto una situación se sale de control, pero los paisajes y la novedad han calmado ese murmullo molesto. Sin embargo, el cambio de realidad me da en la cara cuando escucho a George. No voy a pasar mi primera noche en casa de mi tío, estoy perdida en medio de la montaña, con una avalancha de nieve a pocos metros y sin conocer al chico desagradable con el que tendré que compartir habitación. Todo es...

—No te preocupes, George, son cosas que pasan. Es solo una noche.

Me sorprende que Colden sea tan agradable con el camarero cuando hace escasos minutos

estaba a punto de asesinarme con la mirada.

Sus ojos buscan los míos y en lugar de encontrar presión para que acepte la invitación, descubro algo así como un lenguaje secreto que me dice: «Hazlo fácil para él».

¿Cuántas caras tiene este tío?

Suelto su mirada y vuelvo la atención hasta el buen hombre.

—No hay ningún problema, George. Por lo que tengo entendido, serán solo unas horas de sueño.

Con esa última *pullita* dejo mi posición cercana a Colden y vuelvo a mi taburete. No dice ni una palabra más durante los siguientes minutos hasta que se despide del camarero, y se introduce en la que también será mi habitación.

Quiero pensar que si no me pongo a mí misma a prueba, nunca me conoceré personalmente. Es preferible centrarme en ese pensamiento y no en el modo en el que mi mano derecha está comenzando a temblar.

No tengo apetito, pero el tenedor entre mis dedos va a aliviar el dolor, suele hacerlo.



La cena está exquisita, incluso me abre el apetito inexistente. No sé qué es ni cómo lo han cocinado, pero es un manjar de los dioses.

Mientras George atiende al resto de comensales, hago el máximo tiempo posible revisando las fotos que he hecho y lanzando alguna a puntos concretos de la posada. La realidad es que quiero evitar introducirme en esa habitación por si Colden aún está despierto.

Una hora después y sin objetivos fotografiables, asumo que, si mi plan ha fallado, es una de las consecuencias que tengo que aceptar. El viaje ha sido largo y necesito descansar.

Me despido de George y me introduzco con sigilo en la habitación a oscuras. Solo la luz de la luna se introduce a través de los ventanales que simulan ser el ojo de buey de un barco.

La estancia es de un tamaño diminuto, tiene sentido, ya que el propio George me ha comentado que es solo para que los rescatistas puedan descansar si se ven atrapados por la nieve, justo como le ha sucedido a Colden.

Dejo mi mochila a un lateral de la puerta y retiro mis zapatos con cuidado para depositarlos al lado de mis pertenencias. Camino con sigilo alrededor de la litera hasta que encuentro el cuerpo tendido de mi acompañante. He conseguido mi primer objetivo: que esté dormido, pero no el segundo. Y es que, había pensado que Colden se subiría a la parte de arriba al ser el primero en llegar, así no tendría que despertarlo con el movimiento de la subida, pero no ha sido así.

Me resigno y comienzo a caminar aún más despacio. Escalón por escalón mientras las plantas de mis pies gritan de dolor.

Cuando creo que he alcanzado el reto sin molestar a mi acompañante, un bufido rompe la

tranquilidad de la habitación.

«Perfecto», pienso. Si ya me odiaba, después de despertarlo solo puedo aumentar ese sentimiento.

Paso el resto de la noche sin moverme ni un milímetro por miedo a que la cama rechine. Tengo fama de dar vueltas y vueltas sobre el colchón hasta que el sueño me alcanza.

El tiempo perdido lo utilizo para repasar todos los detalles de ese día, más en concreto con relación al chico que duerme debajo de mi cama.

¿Cómo alguien tan joven y, por qué no decirlo, atractivo, puede tener tan mal humor con un desconocido? Edur nunca nos ha dado muchos detalles de él, pero a mi tío lo conozco lo suficiente como para saber que de él no ha aprendido esos modales.

Lo último que pienso antes de que la oscuridad me atrape es en esos ojos verdes que, si no estuvieran enmarcados en un ceño fruncido, serían preciosos.

7. KRYSTAL

Para mi cabeza solo han transcurrido unos minutos de descanso, la realidad es diferente y es que han sido varias horas.

Parpadeo para adaptarme a la luz que entra desde la ventana. En cuanto me remuevo en la cama, noto como todas mis articulaciones están molidas de haber soportado la presión de “no movimiento” después de comprobar el mal humor que se gasta mi acompañante.

Lo que me ha despertado no ha sido mi instinto, no, ese estará durmiendo hasta dentro de unas horas, ha sido la alarma del teléfono móvil que programé la noche anterior para no llegar tarde a mi cita.

Echo un vistazo con sigilo hacia abajo. En la cama inferior ya no hay nadie, y eso que la luz que entra por la ventana evidencia que es una hora intempestiva para estar en pie.

Bajo los escalones con el mismo dolor de pies con los que los subí ayer, y vuelvo a rescatar la sudadera con la que crucé medio mundo. No es mi plan ideal, es más, si mi tía me estuviese viendo me negaría el salir por la puerta, pero en circunstancias extremas hay que tomar soluciones adaptadas.

En cuanto pise la casa de Edur podré darme una ducha de horas y ponerme ropa limpia.

Por instinto, reviso si los sobacos exponen olor a muerto y, aunque no es mi mejor fragancia, es pasable.

El pelo es una leonera que ato en una coleta alta. Cuando estoy preparada, dejo atrás la habitación con sigilo, dudo que ningún viajero más con los que compartí ayer tren esté en pie.

El pasillo es más estrecho de lo que recordaba y, para mi sorpresa, está iluminado y perfumado con un riquísimo olor a tostadas. El estómago me ruge hasta que encuentro la cara sonriente de George. Un segundo después compruebo que no está solo, una cabellera castaña, despeinada por el paso de la noche por ella, también decora la barra del bar.

—Buenos días —susurro.

A George le hace gracia mi cuidado a la hora de hablar y sonrío de vuelta. Colden no dice nada, me echa un vistazo, ve que no me he cambiado de ropa y eleva una ceja.

Solo una.

¿Cómo narices es capaz de hacer eso? Si fuese un poco más agradable se lo preguntaría, pero

a las seis de la mañana nadie puede ser agradable, mucho menos él.

Me siento con dos butacas de separación, lo que menos quiero es que le espante mi mal olor. La noche anterior no le dije ni le hice nada y me trató como a su enemiga, no me quiero imaginar si a eso le añado mi peste.

—¿Quieres desayunar?

La cara de George alivia los nervios que Colden ha despertado en mi cuerpo. Antes de que pueda contestar con el mismo tono amable, el susodicho se mete por el medio.

—Que sea rápido, no puedo estar esperando a que la princesa desayune como en palacio.

Cuando vuelvo la atención al dueño de la posada, lo hago con un tono de vergüenza, él no le da importancia a las palabras del joven.

—¿Y bien? Unas tostadas son la mayor alegría para comenzar la mañana.

—No puedo decir que no a eso.

Tapo la boca con la manga de la sudadera de forma automática al hablar. No he podido lavarme los dientes y siento que es una mina de mal olor.

George desaparece en el habitáculo que entiendo que es la cocina, y me quedo revisando la pared que tengo enfrente sin intención alguna de hablar con Colden.

—Indícame dónde tienes la maleta para ir cargándola en la furgoneta.

Edur, o más bien nuestra empresa, es la única que tiene un vehículo de carga adaptado a la nieve en todo el pueblo. Podría definirse como que somos una empresa especialista en rescates y, aunque todo se hace a caballo, hay momentos puntuales como las grandes nevadas de invierno que requieren de un vehículo adaptado.

Muevo la cabeza hacia él. El pelo despeinado le queda bien, hace que su rostro simule ser más jovial, quizá más desenfadado. Algo que, con la barba y con su mirada dura no consigue mantener.

Está utilizando un tono de voz más amistoso. ¿Se habrá dado cuenta de lo idiota que ha sido un minuto atrás?

Ante mi nula respuesta, resopla, suelta el bolígrafo que mantenía en la mano derecha;

—No quiero perder más tiempo del necesario aquí, hay cosas importantes que hacer.

«Parece que no se ha dado cuenta que ha sido un idiota.»

Me impulso contra la mesa para encararlo. La butaca gira con el impulso y nos quedamos frente a frente. La fuerza mental que he recabado se ve un poco más floja al chocar con los ojos verdes que me piden a gritos que no ponga las cosas difíciles.

«¿Quién eres realmente Colden?»

—En el aeropuerto de Londres olvidaron meter mi maleta en el avión a Suiza. La compañía me comentó que hoy se pondrían en contacto conmigo y que me la enviarían a casa, así que hasta entonces no tengo más equipaje que la mochila con la que viajaba ayer y mi cámara de fotos.

Sus ojos pasan de estar atentos a mis palabras, a revisar a fondo mi cuerpo. No tiene ningún reparo en repasar mi atuendo, tanto, que siento la necesidad de coger distancia con él.

Su mirada en mí despierta algo que llevo mucho tiempo sin sentir. Y no es atracción ni nada semejante. Es algo más parecido a un juicio de alguien del que te importa su respuesta. Es una tontería porque no lo conozco de nada, pero creía que las cosas iban a ser más fáciles por aquí.

Traga saliva mientras sale del trance. Sus ojos se apartan de mi cuerpo y cuando lo hace siento frío. Asiente, sin abrir la boca, supongo que comprendiendo lo que le acabo de decir. Bebe lo que le queda del café y lanza las indicaciones como hizo la noche anterior.

—Estaré en la puerta trasera. George te indicará.

Cierra la libreta, recoge el bolígrafo y guarda el teléfono en el bolsillo trasero de su vaquero. Me quedo prendada en lo grandes que son sus manos y en las heridas que tiene en varios dedos. Sale de mi vista antes de que pueda responderle.

Creo que jamás había tomado un desayuno tan rápido y sintiéndome tan incómoda.

—Muchas gracias, George. En cuanto esté asentada volveré a visitarte, te lo prometo.

No suelo tener muestras de afecto con personas desconocidas. El hecho de que mi acompañante esté haciendo mi llegada tan molesta ha generado un vínculo con el dueño de la posada mayor del que ocurriría en una situación cotidiana, además de que ha sido muy agradable.

—No lo dudo. Edur me visita casi todas las semanas, podrás venir con él.

«Sí, porque con Colden no tengo pensado volver a estar por aquí»

Le sonrío por puro instinto.

—Me dijo que iba a estar en la puerta trasera...

No tengo que pedirle que me indique dónde se encuentra, el buen hombre sale de detrás de la barra y coloca mi cuerpo en la dirección adecuada.

—Es azul, la encontrarás al final del pasillo.

Giro la cabeza por encima del hombro y me despido de él. Encuentro la puerta unos segundos después. Es grande, de un tamaño tan imponente que estaría dispuesta a hacerle algunas fotografías si tuviera tiempo.

La empujo y la presión que tengo que ejercer hace que salga de ella trastabillando. La nieve es lo que frena mi caída. O los pies de Colden, no lo tengo claro.

—Cuidado, no vaya a ser que se te caiga la corona a la nieve, princesa.

No extiende el brazo para ayudarme, tampoco lo hubiera aceptado. Me pongo a su altura y ambos nos quedamos en silencio. Yo sin ser capaz de conocer cuánto aguantaré esta tensión, y él con los brazos cruzados inspeccionando mi rostro.

—Nos vamos —anuncia.

Se da la vuelta a la par que suelto el aire que estaba conteniendo. Me tiemblan las piernas y no

es por el miedo de subirme al vehículo que está delante de mis narices.

El todoterreno de la empresa es un vehículo grande, mucho más de lo que recordaba. En la parte delantera y trasera tiene unos encajes para remolcar y mover objetos de gran peso. Por el modo en el que Colden sube al asiento del conductor, parece que se encuentra de lo más cómodo con él.

Camino decidida hacia la puerta del copiloto. Si quisiera tocarle las narices me subiría en la parte trasera, como si fuera en un taxi, pero las consecuencias pueden ser atroces y no estoy para comenzar juegos con consecuencias que luego no podré mantener sin echarme a llorar.

No se anda con rodeos. En cuanto revisa que estoy lista, con el cinturón de seguridad abrochado, sale disparado dejando una estela de nieve molida por donde el vehículo pasa. El rugido del motor me pega aún más contra el asiento y, aunque el espacio en el interior es alucinante, mi mente solo está concentrada en respirar con normalidad y no perder los estribos.

Lo que podría ser un paseo maravilloso, tranquilo e increíble, se transforma en un borrón de paisajes. A nuestro paso comienza a amanecer y la luz anaranjada se posa en las cotas de nieve sin pisar que se han agrupado por las cunetas de las carreteras. En un mundo idílico podría capturarlo con mi cámara y mandarle algunas fotos a mi tía, pero nada de eso ocurre porque, cuanto más lo deseo, Colden más acelera.

Media hora después enfila la carretera hacia Lellos. La vía apenas se percibe debido a la cantidad de nieve. El tramo está mucho más complicado de transitar del que acabamos de recortar, es por eso que tiene que reducir las marchas. Echo un rápido vistazo a su postura, está apretando el volante con precisión, rebosa seguridad en los movimientos. Vuelvo la vista al frente y veo como las ruedas delanteras aplastan la nieve salpicándola hacia los laterales. Las subidas y bajadas a través de la montaña comienzan a marearme, ni siquiera la entrada al pueblo consigue llamar mi atención lo suficiente como para mantener los ojos abiertos.

Solo soy capaz de abrirlos cuando el coche reduce las marchas hasta apagarse. Colden baja con alegría del vehículo, observo sus movimientos y no parece que tenga ningún problema. Entiendo que la costumbre tiene que ser la clave para que no le tiemblen hasta los huesos de las piernas como me sucede a mí. Quito el cinturón de seguridad, y descubro que no solo me tiemblan las rodillas, los dedos siguen el mismo camino. Me apoyo en la puerta para descender, y por el rabillo del ojo observo que mi acompañante está revisando mi tarea. Sin echarme una mano, eso por supuesto.

Espera, ¿eso que veo es un atisbo de sonrisa? Más que una sonrisa, es un gesto de suficiencia. Me ha querido dar una lección el muy cabrón, y lo ha conseguido.

De verdad, ¿qué le he hecho a este chico para que me odie tanto?

Levanto la mirada y percibo que, la casa está igual que como la recuerdo. Aún tenemos unos metros de distancia para llegar hasta la puerta, debemos de caminar por un camino que está

helado. Ya no es nieve, es puro hielo, una pista de patinaje peligrosa.

Voy de inmediato en busca de mi mochila.

Abrir la caja del maletero no me resulta complicado, pero al hacer el esfuerzo para sacar mis pertenencias de ella, trastabillo con el hielo y me veo perdiendo el culo, la muñeca y algún que otro hueso del tronco. Para mi sorpresa el golpe no llega, y eso que se preveía grande, el agarre de Colden ha evitado el impacto. Fijo mi mirada en la suya, eso ha sido un gesto que harían los protagonistas de las comedias románticas que vemos Holly y yo. En este caso, e incluso con el buen gesto, no ha quitado la expresión de hastío. Comprueba que he vuelto a mantener mi peso por mí misma y se retira a la velocidad de un rayo, juro que si llego a parpadear pienso que me he imaginado la escena.

—¿Nos conocemos de antes, Colden?

Necesito saber por qué tiene esta forma de actuar conmigo.

Lo pillo con la guardia baja y lo sé porque estaba echando un vistazo al maletero y ha levantado rápidamente los ojos hacia los míos. Está a punto de decirme algo cuando una voz familiar nos intercepta.

—¿Krystal?

Mi tío Edur camina hacia mí sin importarle, ni tener problemas con el hielo que hay bajo sus pies. El sombrero de cowboy tiene tantos años como él. Recuerdo a Holly decir que nadie caminaba con tanta elegancia como él. Y es verdad.

Acorta la distancia y sus brazos me rodean en un sincero abrazo que he esperado y echado de menos durante muchos años. El nudito en la garganta se convierte durante unos segundos en algo más grande, algo que tiene nombre y se llama «emoción», y que intento evitar por todos los medios porque no quiero llorar en frente de mi tío y el diablo de su hijastro. La tarea no es sencilla, rápidamente siento ese dolor característico en la mandíbula al apretarla con fuerza por tragar más fuerte de la cuenta. «Cuerpo y mente, por favor alinearos y hacerlo más sencillo».

Dudo que mi tío desconozca mis problemas de ansiedad, si no Holly no hubiera podido enviarme aquí con él; eso no quiere decir que conozca el grado de la situación. Para ser sincera, eso solo lo sé yo misma. Soy yo la que convivo día a día con el murmullo cansino, el mismo que no quiero escuchar a cada paso que doy, pero que me acompaña lo desee o no.

En los brazos de Edur me doy cuenta de que echaba esto más de menos de lo que me imaginaba. Los recuerdos de niña no eran solo recuerdos, también habían sido mi vida.

Cuando me separa con cariño de su cuerpo, reviso con atención los cambios que ha habido en él. El hecho de que Edur no envíe fotos tuyas por WhatsApp, ni tenga redes sociales ha generado muchas expectativas en mi tía y en mí misma. Y, aunque es el mismo, no puedo negar que los años han pasado por él, aunque siga siendo igual de atractivo que en mis recuerdos. Creo que a Holly le gustaría su nueva apariencia ruda, mucho más que los pijos neoyorquinos con los que

tiene citas.

—¿Qué tal ha ido el viaje? ¿Ha habido muchas complicaciones?

—No, tranquilo, ha sido una experiencia nueva.

—Ya es mala suerte.

El chasquido que suelta me pone más nerviosa de lo normal. Al igual que percibo que él no quiere que me sienta incómoda, yo no quiero que piense que soy una urbanita que no sé adaptarme a las situaciones. Por ese mismo motivo evito contarle que Colden es un idiota, y que he perdido la maleta en el trayecto, son dos aspectos del viaje que es mejor ahorrarse y que ya tendré tiempo de conversar. Sobre todo, el hecho de que me va a tener que dejar prestada su ropa para salvar los días hasta que llegue la mía.

—Tranquilo, tío Edur, me adapto bien a las circunstancias.

Intuyo un resoplido detrás de mi cuerpo, y sé de quién puede provenir porque detrás de mí solo hay una persona, la misma que lleva resoplando desde que me conoce.

8.COLDEN

No he dormido en toda la puñetera noche por culpa del olor a fresa que desata la princesita. No entiendo qué tipo de perfume hacen en Nueva York, me ha quedado claro que el de ella es de categoría.

Cierro la furgoneta para que Miles la guarde más tarde y dejo a tío y sobrina en la entrada de la casa. Edur está muy emocionado por la llegada de Krystal, para él, Holly y ella son una pieza clave en su felicidad. Siempre nos recuerda que, aunque estén lejos, son felices, y eso es lo importante.

No tengo el mismo punto de vista que él.

No anuncio mi retirada, y ninguno de los dos percibe mi huida. La casa está posicionada en el punto más superior de la finca, desde aquí se ve todo, así que echo un vistazo a las cuerdas; La puerta está abierta del mismo modo que lo está la del porche. El bufido me sale natural, no tengo que interpretar el estado de enfado constante con mis hermanos porque ya es real. Ya no hay opción para la interpretación.

Entro a la casa cerrando la puerta con fuerza tras mi paso.

—¿Se puede saber qué clase de idiota ha dejado los portones del establo abiertos? ¿Es que no conocéis la temperatura que hace en el exterior como para dejar escapar el calor?

Paso la primera estancia que es el salón donde no hay nadie, la segunda es la enorme cocina con comedor en la que solemos reunirnos y en donde están los gemelos Eric y Wylan.

—¿Habéis sido vosotros los idiotas?

—No, papá.

Ninguno de los dos eleva la cabeza. Han dicho la frase a la par, como cuando eran unos mocosos tan idénticos que no se podía diferenciar quién era quién. Ni son niños ni me cuesta ya identificarlos, hace unos meses que han cumplido dieciocho años, aunque sus actitudes no demuestren su madurez.

—¿Dónde está Samuel?

—Samuel no ha sido —suelta Eric.

Fijo la atención en él. Atrás queda el interés que tenía sobre el teléfono móvil. Todo un logro.

—¿Dónde están?

No hace falta que le explique a quién me refiero. Él conoce a la perfección el tipo de hermano que es cada uno.

Los gemelos son los más pequeños y los más consentidos. Es una regla de la vida que no hace falta explicar porque ocurre en todas las familias. Eran unos niños casi adolescentes cuando nuestra madre murió y los he sobreprotegido.

Ahora soy el que carga con las consecuencias de esa acción.

El siguiente es Samuel. El mediano y el que cuida con más esmero el Rancho. Desearía poder trabajar con él cada día fuera de las cuadras, hacer los rescates con él, confiar en que todo esto puede seguir si no estoy porque él sería otra roca a la que sostenerse. Supongo que la vida nunca es como uno espera porque su sordera dificulta que pueda realizar las tareas de rescate. Es más una precaución por mi parte que una reticencia. Él lo acepta y lo prefiere de ese modo.

Y luego está mi mayor grano en el culo, los mellizos Nevan y Miles. Dos tíos de veintidós años que deberían de tener pelos en los huevos y centrarse en la vida; en realidad están peor que dos adolescentes con las hormonas revolucionadas.

La situación en el Rancho ya es compleja de por sí, como para ahora, añadirle un nuevo miembro a la familia Keller.

—Han salido a montar —expresa con temor Eric mientras lleva la taza de café a los labios.

—Les dije claramente que no era seguro, que los rescates se hacían con el coche. No quiero a ningún caballo fuera.

—Bueno es que...

—No han ido a ningún rescate —finalizo por él antes de que se meta en un lío por ser el chivato.

El silencio me confirma mis sospechas.

Mi mano derecha cae con fuerza contra la mesa de madera. Por más que intento meterme en sus cabezas, no logro entender para qué mis hermanos se pondrían en peligro por puro ocio.

—Estoy hasta los cojones de ser el padre de cinco adultos.

Salgo de la estancia más enfadado de lo que llegué. Lo único que me consuela es que, con este panorama, la princesita huirá a la seguridad de la gran ciudad más pronto que tarde.

Me dirijo hacia las cuadras por la puerta principal cuando escucho a Edur hablar con ella. Pasar la noche a su lado ha sido suficiente, por ese mismo motivo elijo escabullirme de su amabilidad impostada, cambiando el recorrido y dando más rodeo para sortearlos.

Soy consciente de que todo esto le pertenece a ella y a su tía. O parte de esto. Los Keller somos simples trabajadores que cuidan de sus caballos y del Rancho. No somos propietarios de nada más que el sueldo que me pagan a mí y a los mellizos.

Edur desde el día uno ha intentado que sintamos el Rancho como nuestro hogar, más cuando se casó con nuestra madre años atrás. Sin embargo, mi postura ha sido clara y así se lo he

inculcado a mis hermanos, nada es nuestro, salvo seis caballos que llegaron con nosotros tras la mudanza. La casa de campo, las cuadras, la zona del lago, los terrenos del alrededor, el vehículo de nieve, es de la princesita.

Entro en la cuadra rojo de ira. No es un buen día para que Nevan y Miles hagan de las suyas, es peligroso andar por ahí. La nieve ha opacado las calles y la mayoría de los senderos, los caballos pueden sufrir lesiones por culpa de sus paseos.

—Y por aquí tenemos las cuadras. Todos los caballos están cuidados y calientes las veinticuatro horas del día.

Han debido de dejar el tour por la casa para más tarde, o han seguido mis pasos, quién sabe.

No me giro para seguir el curso de la explicación que Edur le está dando a Krystal. Ella ya debería de conocer aquello que le da de comer cada día.

—¿Todos los caballos son utilizados para los rescates?—pregunta.

—Salvo Chocolate, que es el caballo de Samuel, sí. —Edur da un paso para señalar a dicho caballo.

—¿Es que es mayor?

—Chocolate es el caballo de terapia de Samuel. Ambos trabajan mejor si no salen del Rancho, más tarde lo conocerás.

—Disculpa, ¿terapia?

No soporto más este análisis cotilla que está haciendo. Me giro y el primer rostro que me encuentro es el de Edur. Intenta aliviar mi mal humor con esa mirada sosegada que porta la mayor parte del día. No funciona, lleva sin funcionar desde que me encerró con él en el despacho para comentarme que íbamos a tener a la jefa con nosotros durante un tiempo.

—Ha dicho terapia, pero no te preocupes, Samuel es un trabajador voluntario. No te roba tu riqueza, tan solo nos echa una mano. Está estudiando para salir de esta mierda cuanto antes.

Suelto la puerta de madera y dejo a ambos mirando hacia mí con la boca abierta.

Me cuesta ralentizar la tensión que se ha instaurado en mi cuerpo. En estos momentos solo tengo ganas de correr, gritar o hacer yo que sé para aliviar la puta tensión de rabia.

Rabia.

Eso es lo que siento.

Es lo que he intentado controlar desde hace cinco años. Y lo había logrado, había mantenido a mis demonios aparcados, pero por algún extraño motivo, su llegada los ha desatado.

¿Y si tenemos que volver a cambiar nuestra vida por su capricho? Si nos expulsa de la empresa volveremos a quedarnos sin nada.

Odio estar en manos del destino. Odio no tener el control de nada, y odio muchísimo más la mirada de corderito degollado que pone cada vez que la miro, como si me estuviera entregando un favor cada vez que respira.

9.KRYSTAL

—**L**o siento, no sabía que...

Colden pasa como una exhalación por mi lado sin darme opción a replicar.

Miro hacia mi tío que parece tan sorprendido como yo. Colden es el mayor de los hermanos Keller, el que lleva la carga del Rancho junto a Edur.

—No he querido ofender, no conocía la situación de su hermano.

Edur asiente. Cuando baja la cabeza lo único que percibo es el movimiento de su sombrero de vaquero.

—No es personal —comienza a decir—. Colden es muy protector con sus hermanos. Se ha hecho cargo de la familia desde que era un niño y con la muerte de Angélica se siente el responsable del futuro de cada uno de los chicos.

—Pero es muy joven para prometer un futuro a todos sus hermanos.

Capto una sonrisa de cariño y dolor en el rostro de mi tío.

—Es complicado de entender su posición, solo debes darle tiempo.

—Claro.

Tiempo. Una palabra de seis letras que recoge la mayor complejidad del ser humano. Todos queremos frenar los momentos, capturarlos, retrasarlos, congelarlos, adelantarlos, pero él sigue su curso, nunca frena. Es efímero y a la vez tan perceptible que aterra.

—Por cierto. —Edur eleva la mano para retirar el sombrero con delicadeza. Ver su cabellera después de tantos años y cómo sus ojos quedan encerrados en una perfecta conexión con sus facciones me sorprende. Es más, deseo contarle a Holly cómo ha pasado el tiempo a través de él —. No le he dicho a los chicos el motivo real de tu llegada.

—¿Ah, no?

Me sorprende tanto su afirmación que tengo que dar un paso hacia atrás para alejarme de él. No sé si por el alivio o por el temor de que el viaje pueda ser más complicado.

—Les he comentado que venías a ayudar con la empresa. Estás estudiando finanzas y por aquí siempre viene bien una mano. No he puesto tiempo, puedes quedarte lo que necesites.

—Vaya... Gracias. Es complicado, Holly ha debido de exagerar porque estoy bien, solo necesito un poco de aire fresco.

La mano que no sostiene el sombrero se acerca a mi brazo. Me toca con cariño, apretando y pasando los dedos para aliviar la tensión.

—No hace falta que me des ninguna explicación. Esta es tu casa, y yo soy tu familia. Si necesitas cualquier cosa estaré aquí. No soy Holly ni hablo tan bien como ella ante los desastres, pero sé escuchar. Se me da bien.

Siento ganas de llorar y no entiendo el motivo. He echado de menos la calidez que aporta Edur, del mismo modo que era consciente que él no se adaptaba a la vida que llevamos en Nueva York. No hay momentos para una llamada cuando el cambio horario es complicado y su trabajo ocupa toda la jornada. Han pasado los años, los problemas, las alegrías, y aun así siento que ahora mismo el tiempo no ha transcurrido a través de nosotros.

Quiero abrazarlo, decirle que lo he echado de menos y no tener que soportar las lágrimas, pero no me gustaría que él se sintiese incómodo y creo que lo haría. Un rechazo en estos momentos no me vendría nada bien.

Lo único que hago es asentir y toser para evitar que se me caigan las lágrimas.

—¿Me puedes hablar de ellos? Es para no meter la pata y ofenderlos.

Edur vuelve a colocarse el sombrero y sonrío mientras rodea mis hombros.

—Será mejor que te los presente, son unos muchachos de diez, ya verás.

Salimos de las cuadras mientras me fijo en la belleza de animales que hay a mi alrededor. Quiero pedirle a Edur que me presente también a cada uno de ellos, sin embargo, sería hacerles un feo a los hermanos de Colden al no saludarlos antes que nada.

No recordaba que el Rancho fuese tan grande, siento que con el paso de los años me he afianzado en unos recuerdos que estaban distorsionados por la visión de la niña que los capturó.

—Es por aquí.

El entorno es amplio, la nieve hace que sea complicado fijar la atención en un punto, porque la claridad de la mañana se refleja sobre ella. La casa, recubierta en una madera nueva, también tiene otro toque que había pasado por alto.

Era la casa familiar donde se criaron Holly y mi padre. Es la herencia que tuvieron de mis abuelos. En mi caso cuento con la casa en propiedad de mis padres, está más cerca del pueblo y es de un tamaño inferior de la que tengo delante.

—Los mellizos han acomodado tu casa, y han ido a calentarla durante todo el día de ayer para que puedas estar cómoda.

Freno la subida de los tres escalones que separan el césped de la entrada a la casa.

—¿No me quedaré aquí con vosotros?

No he vivido sola en mi vida. Este pueblo es muy montañoso, nieva mucho y solo con pensarlo me tiemblan las piernas. No quiero dormir sola en una casa en medio de un lugar que ya no conozco.

Algo tiene que ver mi tío en mi expresión que baja la mano que rodeaba mis hombros para aliviar algo de tensión en los músculos de mi espalda. Es el gesto cariñoso que necesitaba.

—Si lo prefieres te podemos hacer un hueco aquí.

—No quiero molestar.

El comentario sale de mi boca con facilidad, pero mi cabeza va a mil por hora en estos momentos buscando una excusa para quedarme con ellos. Debería de ser más madura y asumir que ellos tienen una vida organizada alrededor del trabajo y que puede que mi presencia desestabilice sus planes.

—No es una molestia, esta también es tu casa, Krystal. —Hace un movimiento con la boca que entiendo como frustración porque cuando miro hacia él se está llevando los dedos al lagrimal y toma aire—. Debería de haber hablado con Holly de esto. No se me da muy bien las interpretaciones.

—Tío Edur, lo digo en serio, no es necesario que estéis incómodos, yo me iré a la casa del pueblo.

—Te quedarás aquí con nosotros.

No me siento con fuerzas para rebatir sus palabras y, además, dos chicos idénticos salen al porche con una sonrisa impresa en la cara. Una cara que es muy atractiva.

Edur suelta la mirada de mi rostro para pasar al de ellos. Espera a ver cómo aguardan pacientes antes de comenzar a hablar.

—Krystal, estos son los gemelos Eric y Wylan. No intentes diferenciarlos porque hasta que no descubras los trucos, ellos harán todo lo posible para que los confundas.

Ambos levantan la mano derecha y bajan la mirada a modo de saludo coordinado.

—Encantada de conoceros.

Me fijo en que sus botas de vaqueros combinan con la ropa de cada uno. ¿No es peligroso caminar con ese tipo de calzado en la nieve?

—¿Cuál es tu talento oculto?

Uno de ellos, el de la derecha, es el primero que habla. Lo hace con una sonrisa trabajada. Lo sé porque me recuerda a Jack, el compañero rompecorazones de mi universidad que suele hacer esos movimientos cuando quiere sorprender a alguien.

Vaya, una pregunta de lo más sorprendente para hacerle a alguien que acabas de conocer.

Pienso por un segundo la respuesta, siento que estoy parpadeando más de lo habitual y que mi respuesta tarda, así que, cuando me decido a articular la verdad, me sale una frase atropellada.

—Soy buena haciendo fotos. Me dedico a ello en mi tiempo libre.

El otro hermano rompe la coordinación y se acerca a mí en dos zancadas. Hay emoción en sus movimientos y, por extraño que resulte, no me incomoda que me tome del brazo y me arrastre con él hacia la casa.

—Vas a flipar con los paisajes que tenemos aquí.

El otro hermano copia los movimientos del primero y separa a Edur de mi lado para ponerse él. Hemos quedado como un sándwich en el que yo soy el queso al que le están dando la bienvenida.

—Wylan, ella es de aquí. Estás en su propiedad para ser más exactos, ¿es que no escuchas a Colden?

No quiero saber lo que Colden dice de mí, con su forma de actuar ya me ha quedado claro que su bienvenida no va a ser tan cálida como la de los gemelos.

—Es verdad, lo siento. ¿Quieres que te hablemos como si fueras nuestra jefa? Nosotros no somos empleados del Rancho, solo lo son los mayores, pero si te mola ese tipo de trato no es un problema. Es más, te podemos ofrecer todo tipo de ayuda. Si te sientes sola, con frío y necesitas un achuchón...

—Wylan Keller, cállate la boca si no quieres que te deje durmiendo a la intemperie esta noche.

No puedo soportar la risa cuando Edur finaliza con lo que creo que era un halago por parte de uno de los gemelos.

—Es que es muy guapa.

En lugar de girarse hacia mi tío, suelta el comentario mirando hacia mi cara, fascinado. Es mi momento de reírme sin censura porque él también es muy guapo. No tanto como su hermano mayor, pero se ve que los genes en la familia son buenos. Le falta aún más músculo en el cuerpo para estar en uno de esos catálogos de vaqueros *buenorros*.

«Madre mía, ¿en qué momento me he ido a estos pensamientos?»

Miro por encima del hombro a mi tío que sonrío de vuelta cuando ve que no hay tensión en mi rostro.

—Los gemelos son los más pequeños, ten consideración con eso. —Me dice.

—Pero somos mayores de edad. Todo podría ser legal. —El otro gemelo, Eric, tira de mi brazo con delicadeza para que me fije en él.

—Lo tendré en cuenta. Solo si tengo frío —aclaro.

Me llevan por la entrada de la vivienda casi en volandas hasta unas escaleras de madera cuidadas y pulidas. Me han enseñado sin mucho detalle la reforma que Edur hizo unos años atrás de la cocina y el salón. Sin embargo, la emoción de ambos radica en que vea con mis propios ojos el estilo de decoración que tienen en su habitación.

La casa cuenta con seis habitaciones. Ellos han comentado que comparten una, por lo que entiendo que si me quedo aquí alguien se tendrá que ir de su casa. No quiero que eso suceda, estaría muy incómoda y sería peor. Hago una nota mental para hacerle ver a mi tío que estoy capacitada para llevar a cabo el plan inicial. Me quedaré en la casa en la que vivía cuando era

una niña, más tarde descubriré cómo me hace sentir eso.

Cuando giramos por el pasillo para acceder a la planta de arriba, una figura masculina desciende los escalones. Es un chico más alto que los gemelos, con el mismo corte de pelo que Colden y con unos ojos tan grandes que es a lo único que puedo prestar atención.

Wylan mueve la mano con intensidad delante de su cara. Esto llama la atención del chico que se queda mirando hacia nosotros sin decir una palabra. Está tieso, incluso diría que temeroso por mi presencia, ya que solo me está mirando a mí.

Mueve las manos delante de su pecho.

Está utilizando la lengua de signos.

Eric le responde con la misma maestría. Mi reacción deja mucho que desear porque me quedo tan sorprendida que no digo nada, solo miro de los gemelos hacia el nuevo miembro de la familia.

—Krystal, él es Samuel. ¿Sabes utilizar la lengua de signos? Tiene una discapacidad auditiva. Nosotros siempre nos hemos comunicado con él a través del canal gesto-viso-espacial porque nuestra madre nos lo enseñó desde que éramos pequeños.

—Lo siento mucho, —me llevo la mano al pecho para que él entienda mi postura— no he tenido formación, pero siempre he querido aprender.

—¡Ah! No te preocupes —suelta Eric sin darle mucha importancia—. Nosotros te enseñamos. Mientras tanto, puedes escribir notas en el móvil. Samuel siempre lo tiene a mano para estar al tanto de todo. O hablar pausado, sabe leer los labios.

Me fijo en él. Hay algo que despierta en mí las mismas emociones que me trajeron hasta aquí. No me gusta hacer juicios de las personas sin conocerlas, pero por el modo en el que parpadea y ha dejado atrás la tensión que se apoderó de él cuando se cruzó conmigo, podría decir que estaba nervioso por mi llegada.

Ahora sí que me encantaría conocer lo que dice Colden de mí a sus hermanos. Mucho más después del comentario sobre Samuel en las cuerdas.

—No hace falta que hables como una tortura. Es un crack leyendo los labios. Te entenderá, quizá eso lo haga más sencillo. —Es Wylan el que aporta el comentario.

—Encantada de conocerte.

El muchacho cabecea y me enseña una sonrisa mientras se lleva las manos al bajo de la camisa de cuadros que decora su torso. Al igual que sus hermanos, lleva unas botas de vaquero.

—He conocido a Chocolate. Me encantaría que me lo presentases cuando tuvieras tiempo.

Su rostro se ilumina. Es joven, no tanto como los gemelos, sin embargo, me da la sensación de que no porta con el peso del mundo como el idiota de Colden.

Mueve las manos y mira hacia ambos lados de mi cuerpo para que sus hermanos lo traduzcan. Es Eric (creo porque se han movido hace unos segundos) quien toma la palabra.

—Samuel parece el más bonachón de todos, que no te engañe su apariencia melancólica. ¡Me acaba de pedir tu número de teléfono!

Miro hacia el susodicho impresionada. Además de guapos, estos chicos son más lanzados de lo que esperaba. Samuel, que también se ha girado para ver los labios de su hermano, pone los ojos en blanco, se acerca hacia él y le da un pescozón. Eric sonrío de nuevo antes de hablar.

—Quiere tu número de teléfono para que «los maravillosos de sus hermanos pequeños no tengan que hacer de traductores».

Le cae otro golpe en la nuca porque me temo que lo de «maravillosos» no estaba dentro de su discurso.

Es la primera carcajada que sale de mi cuerpo. Natural y sentida.

—Por supuesto, déjame tu teléfono y te lo apunto.

En dos minutos tenemos solucionado el problema. Busco mi dispositivo y me encuentro con su mensaje.

Desconocido: *Cuando quieras te enseño al mejor caballo que vas a conocer en tu vida. Me alegra haberte conocido, Krystal.*

Acabo de leer el mensaje y lo miro. Eleva la mano y sale por la puerta.

Eso ha sido intenso y sorprendente a partes iguales.

—¿Hay alguna sorpresa más? —pregunto a los gemelos.

—Miles y Nevan son un buen colofón final.

—¿También son gemelos?

—No, mellizos —responde Eric—. Y además son los más... ¿Cómo podría decirlo?

—Intensos —responde Wylan para complementar a su hermano.

—¿Más que Colden?

Se miran entre ambos en un gesto que tienen trabajado a la perfección. No hay palabras, pero estoy segura de que se han dicho infinidad de cosas.

—Nadie supera a Colden en intensidad.

De lujo.

10.COLDEN

—¿Se puede saber a qué cojones estáis jugando? No tenéis cinco años para hacer travesuras.

Miro de Miles a Nevan y vuelvo a empezar.

Llevo llamándoles una hora y ninguno de los dos ha respondido al teléfono. Cuando los he visto entrando por la valla como si no ocurriese nada, casi me fundo a un color rojo intenso.

—Solo queríamos dar una vuelta por la zona. Ver lo que se puede hacer. La cota de nieve no es tan alta como por el norte, dentro de dos días volveremos a ver el verde. Los rescates serán seguros con los caballos.

—¿Me tomas el pelo, Miles? ¿En serio creéis que me chupo el dedo?

—No empieces con tus suposiciones —apostilla Nevan por encima de mi enfado—, Miles tiene razón, hemos ido por trabajo.

Llevarles la contraria es una batalla que he abandonado hace mucho tiempo. La relación de estos dos es la más complicada de la familia. Un minuto se odian, al siguiente no pueden estar el uno sin el otro, sin contar que, un día son profesionales y hacen su trabajo como deben, y al siguiente se pierden con cualquier idiotez que han escuchado en el pueblo.

—Vosotros sabréis lo que hacéis—. Doy media vuelta para salir de los establos cuando recuerdo el motivo por el que hoy estoy de más mal humor que otros días—. Por cierto, ha llegado.

No tengo que aportar más detalles al asunto, ellos saben quién llegaba hoy. Mejor dicho, ayer.

—¿Y dónde está? —pregunta el mellizo moreno.

Miro hacia Miles antes de salir en busca de la comida de la semana en la furgoneta.

—Con los gemelos.

—Mierda —expone Nevan sabiendo lo peligroso que son los dos pequeños juntos.

No quiero saber nada de la bienvenida que le den a la princesita.

Del mismo modo que he perdido la batalla con mis hermanos más adultos, he dejado claro que, de sus actos, solo ellos pueden hacerse cargo. Estoy hasta las narices de salvarle el culo a todos.

Echan a correr por la finca mientras mi paso es más cómodo. La furgoneta no ha sido aún

guardada. Busco las llaves en mi pantalón antes de subirme a ella pero no las encuentro en los bolsillos delanteros.

—Colden, ¿tienes un minuto?

Edur aparece por la esquina de la finca. No se encuentra solo, Brielle, nuestra querida vecina, está con él. Seguramente habrá visto a Nevan por la ventana de su habitación llegando a casa.

—Voy a hacer la compra. ¿Necesitas algo? —le pregunto.

Cuando mi madre se casó con Edur fue uno de los peores momentos de mi vida. Llevaba siendo el hombre de la casa desde que tenía uso de razón. Mi padre nos abandonó con la llegada de los gemelos, no pudo soportar la familia numerosa que él mismo había creado. Desde entonces, mi madre se mató a trabajar el doble. Ayudaba en el Rancho de los Muller y hacía la comida en el restaurante del pueblo. No tenía tiempo nada más que para trabajar, así nosotros podíamos comer y comprar ropa cuando la necesitábamos. He criado a Eric y a Wylan como si hubiesen sido mis hijos. He ayudado a Samuel con los deberes y he intentado que Nevan y Miles no se salieran del redil cuando fueron adolescentes, aunque solo nos separen dos años de diferencia.

Edur era un intruso que llegaba a nuestra vida para desordenarla.

Trabajaba con mi madre, más bien era su jefe. Y se enteró de su enfermedad cuando un día la encontré tirada en el suelo, al lado de un caballo que no dejaba de relinchar en busca de ayuda.

Por aquel entonces el cáncer ya estaba tan avanzado que no tenía cura. Le dieron un año de vida, duró cuatro. Nadie entiende cómo lo hizo, supongo que Angélica Keller estaba hecha de otra pasta.

Por extraño que resulte, Edur le pidió matrimonio ese mismo día, en el hospital. Yo estaba al lado, sujetando su mano. Por poco no me caigo de la silla cuando comenzó a hablar.

Lo hizo para ayudarla, para quitarle algo de presión sobre los hombros. Eran amigos, creo que nunca hubo nada romántico entre ambos. Sabíamos que no había posibilidad de un final feliz para ella, pero sí para nosotros. Edur podía ejercer de tutor hasta que todos fuésemos adultos, nos podía dar trabajo y de cara a la ley era más sencillo si estaban casados.

Lo hicieron en una semana.

Pasamos de vivir en una pequeña casa de alquiler a mudarnos al Rancho. Yo sabía cuidar caballos, me había enseñado mi madre, y los mellizos también. Nos contrató las horas que no estábamos en el colegio. Nos ayudó desde el primer día que supo que estábamos en problemas y yo lo castigué por ello.

Pagué con él toda la rabia de la enfermedad de mi madre. Le eché en cara que él, más que nadie, porque estaba todo el día junto a ella, no se hubiera dado cuenta antes de lo que sucedía.

Fue duro. El primer año ni siquiera le dirigía la palabra, después las cosas empezaron a cambiar.

Nunca ha intentado ejercer de padre, simplemente está cuando lo necesito.

—Sí que necesito algo, pero no lo podrás comprar en el supermercado.

Mira hacia Brielle que con semejante declaración se siente incómoda al momento. Se despide con un gesto de disculpa y entra a la casa. Edur se acerca hacia mí cuando nuestra vecina desaparece de nuestro campo de visión.

—¿Tiene que ver con tu sobrina? —Bajo el tono de voz. Nosotros dos no somos de grandes discursos, nos entendemos en los silencios.

—Sí. —Lo sabía, ha habido una mirada de melancolía desde que supo que iba a visitarlo—. Quiero recuperar el tiempo perdido con ella y siento que, si se queda en la casa del pueblo, va a poner todo tipo de excusas para no venir a visitarnos.

Guarda las manos en los pantalones marrones de pana y echa los hombros hacia delante, esperando mi respuesta.

—Quieres que me mude yo a la casa para dejarle libre mi habitación.

Edur es poco expresivo, es toda una suerte que conozca cada uno de sus gestos.

—No será por mucho tiempo.

Sé que le cuesta pedir este favor. El trabajo en el Rancho comienza pronto, siempre y cuando no tengamos rescates a horas intempestivas. Si no duermo en la casa, tendré que madrugar más y cambiar mis horarios.

—No te preocupes, después recojo mis cosas.

—Colden, se lo pediría a los demás, pero ya sabes cómo son con los cambios.

—Está todo bien. —Mantengo la mirada contra la de él. Sabe que no miento, puede que me esté guardando opiniones, pero si le he dicho que puede contar con ello, lo haré—. Vuelvo en una hora.

Encuentro las llaves y activo la cerradura para abrir la puerta.

Si la princesa tiene que estar cómoda, le aportaré toda la comodidad del mundo.

11.KRYSTAL

Hace unos minutos que los gemelos me han dejado espacio en el salón para poder llamar a Holly. Me siento extraña revisando las paredes del hogar como una detective.

—Cariño, ¿has llegado bien?

—Hola, Holly, sí, ya estoy con Edur.

—¡Madre mía! Debería haberte acompañado. Has tenido que pasarlo fatal. Tenía que haber mirado el temporal, por esperar una semana más no pasaba nada. Te he dejado sola en medio de una montaña de nieve y...

—Ha salido todo bien. Además, uno de los hijastros de Edur me acompañó en todo momento. Es un chico muy amable.

La primera mentira que le digo a mi tía y tiene el mismo sabor amargo de siempre. La conozco y sé que ha estado atacada en todo momento. Se sentirá culpable de la nevada aunque no tenga ningún poder en los temporales, Holly es así.

Escucho cómo resopla y busco una pregunta al azar para destensar sus nervios.

—¿El cliente con el que tenías una cita hoy aceptó el presupuesto?

—Ha aceptado la oferta, ahora solo queda que el artista finalice el cuadro.

Me alegro tanto que su negocio vaya cada vez mejor...

—Y bien, ya que estás sana y salva, ¿algún cotilleo que deba conocer?

Intento que la risa no salga sonora para no llamar la atención de los gemelos.

—Es diferente a lo que me esperaba, pero con un tinte positivo.

Enfoco toda mi atención a la cálida recepción del resto de habitantes de esta casa, el que me ha traído es un tema aparte.

—¿Y cómo está la casa? No soporto que tu tío no envíe fotos.

—Como siempre. La ha pintado y ha reformado una parte como nos dijo, ha quedado preciosa. Tiene mucha vida.

—Eso es lo bueno.

Hay un regusto amargo en el comentario de Holly. Supongo que para ella no es sencillo que su exmarido viva con su nueva familia en su casa.

—Envíame fotos por WhatsApp, ¿de acuerdo?

—Prometo que te pondré al día.

Se hace un silencio en la línea que no es incómodo. Noto que Holly quiere preguntar algo, sin embargo, no seré yo quien la presione porque odio cuando lo hacen conmigo.

—¿Cómo lo has visto?

Se refiere a mi tío. No hace falta que me dé más detalles.

—Como siempre. Te gustaría el look que trae ahora, es muy rudo y sexy.

Borro al instante la imagen sensual de mi tío. Lo he dicho para quitarle hierro al asunto y que ella no esté preocupada.

—Podrías hacerle una foto sin que se diera cuenta. La curiosidad me puede...

Ambas nos volvemos a reír, ella con más intensidad que yo.

—Te prometo que mañana te hago un reportaje, pero aún no he deshecho la maleta. Dame unas horas de margen.

También he decidido mantener en secreto el tema de la maleta y de que Edur quiere que duerma en la casa de mis padres y no en el Rancho. Son detalles que desde la distancia hacen daño y no quiero verla sufrir. Odiaría percibir otra vez el temor en su mirada como antes de llegar aquí.

—Está bien. Ten cuidado con la nieve, la carga el diablo.

—¿Te puedes creer que ellos siguen con las botas de vaqueros aún con el suelo congelado?

Escucho una carcajada sincera por su parte.

—Mejor no te cuento lo que era capaz de hacer tu tío cuando era joven con esas botas de vaquero.

—ADIÓS.

Entre risas cuelgo la llamada y me dirijo a la cocina donde he dejado mi mochila y mi cámara.

Camino despacio, no me gusta que la madera rechine y alerte a los demás de mi ubicación. Creo que estoy demasiado acostumbrada a vivir sola con mi tía.

Cuando estoy llegando veo por el reflejo de la puerta que hay dos hombres nuevos junto a los gemelos y que, además, están manteniendo una conversación de lo más sulfurada.

—Está muy buena. Colden es un gilipollas, nos ha mentido.

—Está tan amargado que no sabe apreciar la belleza de la madre naturaleza.

—¿Qué le habéis dicho sobre nuestra salida? Nos ha echado una bronca de dos pares de cojones.

—Solo que habíais salido.

No soporto más estar agazapada porque si me pillan no voy a saber salir de la situación, así que carraspeo mientras recorto la distancia con ellos.

Los dos nuevos habitantes se giran al compás mientras que los gemelos miran hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

Madre mía.

Estos deben de ser... ¿Nevan y Miles?

No iba desencaminada cuando aseguré que los gemelos, cuando fueran más hombres, iban a ser bellezas masculinas dignas de apreciar, porque estos dos son como el ying y el yang en el mundo de los vaqueros *buenorros*.

Uno rubio y el otro moreno. Altos y con una sonrisa de medio lado perfecta para perder la cordura a su paso.

Son una versión más juvenil y sonriente de su hermano mayor.

—Así que tú eres nuestra malévola jefa. A sus pies, señorita.

Es el moreno el que habla, pero ambos se retiran el sombrero y agachan la cabeza. El que ha hablado busca mi mano y deja un caliente beso sobre el dorso. El siguiente realiza una reverencia digna de la serie de los Bridgerton.

—No soy ni vuestra jefa, ni malévola. Me llamo Krystal, encantada.

—¡Veis! Os dije que era guapa y maja.

Ese ha sido Eric porque ya he entendido que Wyllan es más callado que su hermano.

—Miles. —Dice el chico moreno que me ha dado el beso a modo de saludo.

Le sonrío y el otro toma su puesto.

—Nevan, para servirla en todo lo que guste.

Tiene unas facciones más dulces que su hermano mellizo. La tez de un color más dorado y el pelo del mismo tono.

—Espero no confundirme con los nombres. Me despisto fácilmente y sois muchos.

Tengo cuatro pares de ojos observando cada uno de mis movimientos y mi cabeza solo puede pensar en que estaban hablando de que era guapa y maja. No sabía que era tan superficial hasta que he recibido un halago por parte de semejantes maromos. Si fuese popular en la universidad, debería de dejar constancia de esta nueva amistad para que todos envidiaran mi postura.

Una pena que no tenga nadie a quien contárselo.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

Las cabezas de Miles y Nevan se van directas a la entrada. Los sigo por puro instinto. En el quicio de la puerta hay una chica con unos pantalones holgados, las típicas botas UGG forradas de pelo y una sudadera enorme. No lleva maquillaje ni cuenta con un peinado elaborado y es guapísima.

¿Por qué si soy de aquí no tengo esta espectacular genética?

—Brielle, pasa. —Es Nevan quien la invita a entrar—. Te presento a Krystal, es la sobrina de Edur. Vivió aquí hace unos años, puede que os conozcáis.

Me siento en la tesitura de aclarar que debido a la historia familiar que porto, nunca he tenido muchos amigos. Mi madre no era muy partidaria de sacarme de casa y, tras su muerte, nos

fuimos de aquí.

Voy a abrir la boca cuando la chica viene hacia mí y me da un cálido abrazo.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte. Has sido el centro de conversación de estos salvajes durante días.

Por el modo en el que todos bufan siento que la relación con ella es estrecha.

—Soy la vecina más cercana, mi casa está a unos kilómetros de aquí. Casi entrando en el pueblo. Siempre que necesites huir de los Keller, puedes acudir a mí.

No estoy acostumbrada a este tipo de gratitud y amabilidad. En Nueva York todo el mundo va a su bola.

Intento sonreír ante mi sorpresa, lo menos que deseo es que sienta que soy una desagradecida.

—Así lo haré, muchas gracias por darme una salida.

Ella se ríe hasta que Miles comienza a hablar.

—Brielle es la vecina pesada que dentro de unas horas estará aquí de vuelta con un bizcocho en la mano.

La susodicha lo mira de tal forma que se me ponen los vellos de punta. Tanto es así que no le queda más remedio que sortear la tempestad y huir para atar a los caballos, o esa es la excusa que pone.

—No le hagas caso a Miles. Le ocurre lo mismo que a Colden, no son muy partidarios de la amabilidad.

A su vez, Nevan la abraza contra su cuerpo y deja un tierno beso en su cabeza.

—Brielle es la mejor amiga de Nevan —apunta Wylan—. Siempre está aquí. Podéis hacer un equipo de chicas. Quizá en algún momento nos superéis en número.

Todos nos reímos por la voz tierna que ha utilizado.

—Muchas gracias por ser tan amables conmigo.

Se genera un silencio que se vuelve peculiar cuando compruebo que están intercambiando miradas los unos con los otros. Me fijo en los gemelos, he entendido que son los más débiles a la hora de revelar secretos.

—Colden nos ha dicho que si somos agradables, nos dejarás en la calle. —Ha sido Eric (creo) el que se ha ido de la lengua.

Ambos gemelos tienen que ser mayores de edad, tanto el tono de voz como su cuerpo no parecen los de un adolescente. No obstante, la mirada de miedo que me está echando, similar a la de Samuel hace un rato, me da a pensar que su alma guarda muy cerca la de un niño con miedo.

—Tengo una conversación pendiente con Colden.

Paseo la mirada por la pareja de amigos abrazada. Ella eleva y sonríe con ternura, él abre la boca y el miedo se instaura en mis huesos.

—Buena suerte —me aconseja Nevan.

12. COLDEN

Parecía que el temporal había mejorado, pero por el norte la situación ha empeorado. Si la climatología sigue de este modo, vamos a estar tapados por la nieve un par de semanas.

Por una parte, es bueno que las noticias clarifiquen que la escalada ha dejado de ser un deporte abierto para estos días. Los turistas cada vez son más irresponsables en los lugares en los que se meten, y los rescatistas tenemos que ponernos en riesgo por su imprudencia.

He tenido que acercarme al bar del pueblo, el Cow, para saber si alguien necesitaba víveres. Quien no tenga un coche adaptado no podrá salir durante un par de días. Solo una de las ancianas me ha pedido comida para su gato, comanda que le acabo de llevar.

—A ti te quería ver —suelto con un toque de enfado.

Samuel cambia el enfoque, pasa de mirar mis ojos a mis labios. Me cruzo de brazos por instinto. Si se ha juntado con alguno de los chicos estará al tanto de mi mal humor. Es lo que tiene no haber dormido como debería.

—Has dejado a Chocolate sin la manta protectora durante un par de horas. ¿Qué narices os pasa hoy a todos?

Cuando he vuelto de hacer la compra, el caballo de mi hermano estaba sin la capa que tiene a modo de barrera contra el frío. Los rapamos en invierno porque son caballos de acción, no están en cuadras y, por tanto, sudan. Lo que menos nos podemos permitir es que se constipen, la salud de ellos es delicada y cualquier cuidado extra nunca está de más.

Niega con la cabeza con efusividad para pasar a explicar la situación con las manos.

—«Le he estado enseñando a Krystal su pelaje. Has llegado cuando estaba en casa preparando un café para ella. Cuando salí, no estaba, pensaba que la había asustado Chocolate por algún motivo».

—«No es un caballo de su propiedad, no tienes que hacerle la pelota. Chocolate es nuestro, no pertenece al Rancho».

Samuel pone los ojos en blanco cuando acabo mi narrativa.

—«¿Tienes veinticuatro o tres años, Colden?».

—Eres gilipollas.

Rodeo su cuerpo para dejarlo atrás. No camino lo suficientemente rápido porque toca mi

hombro para añadir un nuevo comentario.

—«El mensaje por el grupo de que se parecía a Cruella de Vil ha sido mezquino y equívoco».

—«No sé por dónde vas y creo que tampoco deseo descubrirlo».

—«Es agradable, intenta adaptarse a la situación y es preciosa».

—«¿Es que le ha parecido una monada tu caballo y ahora eres amigo de ella?».

—«Podría serlo. Es una chica maja. La cuestión es, ¿por qué la odias de esa forma si ni siquiera la conoces?»

—«No lo entenderías».

De todos mis hermanos, Samuel sería quien más entendería mi situación. Es paciente, mira por los demás como ninguno otro y ha estado ahí en todos los momentos. No puedo reprocharle nada. Bueno, ahora sí, que se haga amiguito de la princesita.

—«O quizá seas tú quien no lo entiende y por eso intentas que todos te sigamos porque así es más sencillo».

Aunque tenga razón no se va a salir con la suya. Sí que tengo motivos para rechazarla. Esa tía lo ha tenido todo y ha llegado aquí para demostrar que lo sigue teniendo. Nosotros somos sus mozos de carga, hemos intentado sacar a flote la empresa de la mejor forma posible. Cuando parece que estamos viendo la luz al final del túnel, llega ella con una propuesta neoyorkina infalible para llevarse el collar de oro. Como si lo viera.

—«Abriga a tu caballo». —Es la vaga respuesta que le entrego.

Me sorprende que hasta él haya caído en sus encantos en... ¿Tres horas que lleva aquí?

Tiene que ser el efecto de la colonia de fresas que lleva.

Mis hermanos son hombres de la montaña, acostumbrados a la gente del pueblo. Cuando han visto a la urbanita, han perdido el culo por ella.

Sigo mi camino, no sin antes apreciar cómo él me saca el dedo índice a modo de respuesta. Me adentro en el establo privado del Rancho, el que utilizamos para cuidar a los caballos que sí que son propiedad de los Muller, además de los encargados de hacer los rescates por las montañas cuando es necesario.

Voy tan concentrado en la hoja del informe de dietas de cada uno de ellos, que no reparo en que en medio del pasillo hay un cubo de agua. Tropiezo con él y uno de mis pies queda incrustado en el agua.

—¡Qué cojones es esto! —suelto a la nada con un grito que ha salido de mi interior.

Hostia puta, es que el día no puede ir a peor.

O sí, porque mientras saco el pie del metal, unos pasos se acercan corriendo hacia mí. Lo primero que percibo es una mirada de susto para después pasar a la vergüenza.

—Lo siento muchísimo, me he olvidado que lo he dejado ahí, estaba viendo a los caballos y...

Muevo la atención hacia su pecho decorado por una cámara de fotos. Lo sabía, sabía que

venía a demostrar que tiene una vida idílica a sus seguidores de redes sociales.

—¿Le has sacado fotos a los caballos?

Duda un instante, baja la mirada, sujeta la cámara con la mano derecha y vuelve la atención hacia mí. No me había percatado que tenía pecas, tampoco la había tenido tan cerca como ahora.

—¿Sabes que los caballos son sensibles al flash de tu puta cámara?

—No he...

—Eres consciente de que estos animales se pueden asustar y te pueden reventar la cabeza con una patada en un instante.

—Yo no...

—Claro, tú no. Tú has venido aquí a que todos en Nueva York conozcan lo bien que te lo pasas unos días de vacaciones en tu hogar. Lo rica que eres, lo bien que te tratan, ¿verdad?

Doy un paso hacia ella con el dedo índice en alto.

—Me conozco bien a las de tu calaña. Como también conozco de primera mano que no has llamado a tu tío en años. Que nadie por aquí te conoce porque te importan una mierda tus raíces y que, como somos de pueblo, has tenido que venir con tus aprendizajes de ciudad a ayudarnos. A mí no me engañas, princesita. Ten mucho cuidado.

Tan solo parpadea, no se mueve ni un milímetro. Si doy un paso más, estaríamos respirando el mismo aire. La diferencia de altura es considerable.

Ella no baja la mirada para soltar la mía. Sus labios se mueven, sus cejas también lo hacen. Le cuesta dar forma a las palabras que quiere expresar.

—Para tu información, no has acertado en nada de lo que has dicho. Y te pediría, por favor, que no engañaras a tus hermanos con este tipo de mentiras. Puedes pensar de mí lo que quieras, no tengo voluntad de cambiar algo que yo no he creado, pero quiero poder vivir en paz el tiempo que esté aquí.

Estoy a punto de rebatir sus palabras cuando se da la vuelta y corre por el pasillo hasta que la pierdo de vista.

El caldero es lo primero que tengo delante y a lo que le pego una patada. Lo hago volar hasta que impacta contra el heno amontonado de la pared.

13.KRYSTAL

Algo del establo sin saber a dónde dirigirme y con las lágrimas bañando mis mejillas.

He estado haciéndome la fuerte desde que el tren se quedó varado en la nieve. He apartado el dolor de mi pecho, la incomodidad de no conocer el lugar, para darme un espacio y conocer a las personas que están a mi alrededor. Creía haberlo conseguido, pero todo es una burda mentira.

Tipos como Colden siempre han rodeado mi vida. Los había en el instituto y la universidad. Te miran por encima del hombro porque sienten que son superiores a ti. Los conflictos no son para mí, así que jamás he dado alas a ese tipo de actitudes. No sé qué narices acaba de pasar, pero todo el peso de las últimas horas cae sobre mí.

Me siento incómoda, quiero volver a casa, a ocultarme debajo de la colcha caliente que Holly me compró en una tienda de mantas térmicas. Quiero sentir cómo su mano pasa por mi pelo cuando estoy nerviosa. Deseo con todas mis fuerzas ver la punta de un rascacielos, ampliar el *zoom* y experimentar las vibraciones de estar capturando algo que no hay en todas las partes del mundo.

La respiración se atora en mi pecho y tengo que dar un fuerte carraspeo para que el aire salga y entre con normalidad.

Sé que no es tan grave como parece. Si comenzara a marearme, ahí es donde tendría que ponerme a salvo porque es un buen indicativo de que el ataque de ansiedad se aproxima. Los conozco tan bien que duele.

Dejo que las lágrimas enfríen mi rostro porque hay una catarsis en el proceso que cura todos los pensamientos negativos que se han adueñado de mi cabeza.

El problema es que no sé si lo que ha dicho Colden es cierto o no. Puede que Holly me haya enviado hasta aquí por ese mismo motivo. ¿Y si en lugar de tener un futuro mejor lejos de casa, me he perdido?

Miro hacia las cuadras. Se escucha el murmullo de los caballos, pero no hay nadie a la espera de mi llegada. La nieve no me permite caminar más allá de la valla que bordea la finca, así que rodeo con calma las instalaciones que antes me han enseñado desde la ventana.

Por un extraño motivo, cuando estaba en el vuelo hacia aquí, me he imaginado que la nueva

familia de Edur me iba a dar la bienvenida con los brazos abiertos. Conozco que los chicos han sufrido la pérdida de su madre hace unos años, y como buena sensibilera, sé que en los dramas las personas nos unimos. O al menos nos sentimos comprendidas.

A fin de cuentas me he encontrado una familia numerosa y cálida, también peculiar. Y con una mirada inquisidora que no sé cómo voy a poder evitar.

Me encantaría agradar a todo el mundo. Debe de ser maravilloso no tener que tapar tu verdadera personalidad para que los demás se acerquen a ti, te admiren por lo que eres.

—¿Krystal, te has perdido?

Antes de girarme hacia mi tío, seco las lágrimas de los ojos y sostengo la cámara en alto.

—No, solo estaba haciendo alguna instantánea.

Parece que revisa con detalle mi mirada, pero no añade ningún comentario.

—Colden ha ido a hacer la compra y los chicos se han puesto a cocinar. La comida estará lista en unos minutos.

¿Cómo le digo que no tengo hambre?

—Con respecto a eso, me gustaría ayudar en las tareas mientras me encuentre aquí. No quiero ser una molestia.

Edur eleva la ceja y la mantiene hasta que vuelvo a hablar.

—Cocinar no es lo mío, pero sé poner lavadoras, limpiar, ayudar en las cuerdas...

—¿Está todo bien? Conmigo no tienes que fingir. Holly me ha relatado todo y, —suspira frustrado por no encontrar las palabras adecuadas— solo quiero estar seguro de que el viaje te sienta bien.

—Todo está bien, te prometo que solo he salido a hacer un par de fotos.

Cabecea no muy convencido.

—¿Te apetece tomar una ducha antes de la comida? —pregunta.

Mueve la mano delante de la nariz a modo de espanto por el mal olor. Hace mucho tiempo que no tengo este tipo de bromas con él y me alegra que entre nosotros el tiempo no haya hecho mella.

—¿Estás diciendo que apesto?

—Solo estoy invocando a los dioses para que te envíen tu maleta cuanto antes.

Ambos nos reímos y caminamos hacia la casa.

Me toma de los hombros y me acerca a su cuerpo. Donde mis pies tienen que ir con cuidado para no torcer el tobillo con la nieve, él parte el manto blanco con sus botas de vaquero sin hacer amago de estar sufriendo.

—Oye, Colden se ha prestado voluntario para cambiarte la habitación. Él se quedará en la casa del pueblo mientras estés aquí.

Mierda. Por eso está tan enfadado.

—No, no. Yo soy la que me voy allí. Él trabaja aquí, si hay algún rescate no será cómodo para vosotros.

—Tenemos una habitación equipada con todo tipo de utensilios para cuando estamos de guardia. La cama no es la más cómoda, pero todos estamos adaptados. Él no pondrá queja por tener que dormir allí los días que le toque.

—¿Crees que es una buena idea?

La piel de la frente de Edur se alisa cuando relaja el rostro.

—Colden es el tipo duro de la familia, también el más complicado de entender. Los demás chicos son más accesibles, se adaptan mejor a los nuevos miembros. También llegarás a conocerlo, dale tiempo.

Y de nuevo el tiempo.

—Con respecto a eso, no sé lo que habrá dicho Holly, pero no me quedaré mucho.

—Puedes quedarte el tiempo que necesites, es tu casa.

Me aprieta de nuevo contra su cuerpo mientras nos dirigimos hacia la entrada de la casa.

—¿Sabes que tu hijastro mayor ha intentado retratarme como una jefa maléfica ante sus hermanos?

Se ríe con tanta fuerza que nos impulsa hacia delante con el movimiento.

—Colden tiene un sentido del deber muy alto. Para él eres su jefa, y está bien que lo vea de esa forma, porque así ninguno nos olvidamos de dónde venimos y a dónde hemos ido a parar.

Tras ese comentario, ambos subimos los escalones del porche y entramos en la casa en un silencio cómodo que es interrumpido por la interacción que hay en la cocina.

—Dúchate y tómate tu tiempo, las comidas en esta casa son intensas.

—Me encantaría relajarme pero es que no tengo ropa para cambiarme. Ningún tipo de ropa.

No me quiero meter en detalles porque es incómodo de narices decirle a mi tío que me preste uno de sus calzoncillos, ya que mis bragas están volando por alguna parte del mundo.

—¡Es cierto! Te dejaré uno de mis chándales, no es la última moda de París, aunque te resultará cómodo. Calculo que tu maleta llegará mañana.



Mi tío no mentía cuando decía que la prenda no era de la última moda. Siendo buena, podría decir que tiene los mismos años que los gemelos.

Me entrega la pieza grisácea con una sonrisa, así que no seré yo quien haga la broma de mal gusto.

—El baño está por aquí.

Con todo el tema de las presentaciones no había reparado en los detalles de la reforma de la planta superior de la casa. Han cambiado la distribución para hacer más habitaciones y está

preciosa. Edur me ha hecho un tour rápido sin abrir las puertas de las habitaciones de los chicos para no invadir su intimidad. Me enseñó la suya, así como el baño compartido.

—Tómate tu tiempo, esperaremos por ti para comer. Tienes que estar agotada con todo el viaje.

—Gracias.

Me encierro en el baño con una toalla limpia, un chándal antiguo y sin ropa interior para poner como cambio.

Sabiendo que van a estar a la espera de mi llegada, la ducha durará menos que un suspiro. Nunca he sido capaz de ser el centro de atención, incluso he llegado con una hora de antelación a lugares para que nadie tuviese que esperar por mí.

Me hago un moño rápido para no mojar el pelo, otro día deberé de lavarlo, pero no va a ser hoy, y eso que lo tengo sudado de llevar el gorro de nieve durante un largo trayecto. Enjabono el cuerpo con rapidez y salgo disparada. A lo sumo han sido cinco minutos.

Pongo el pantalón sin ropa interior y paso la cabeza por la sudadera para estar lista cuanto antes. Recojo todo y bajo corriendo los escalones. El bullicio está más activo que cuando subí, así y todo, cuando entro en la cocina todo el mundo se queda callado y mirándome fijamente. Incluso Edur que estaba abriendo la nevera frena sus movimientos.

—¿Lo habéis visto, chicos? —dice él.

Wylan asiente con efusividad y Eric comienza a aplaudir flojito. No comprendo lo que sucede; Lo que era un solo aplauso se convierte en un corrillo de gritos y de palmadas que me descolocan por completo. Todos gritan con emoción y Edur sonríe.

—¡Krystal ha batido el récord de ducha rápida!

Miles se acerca a mí, ya que es el que más próximo está.

—Edur tiene un cronómetro para que no gastemos más agua de la permitida. Digamos que nos gusta en exceso el agua calentita corriendo por estas deliciosas tabletas de chocolate.

El guiño me deja tiesa.

Estoy a punto de sonreír y unirme a la fiesta cuando todo cesa. Alguien ha entrado en la sala arrastrando las botas. Sé quién es sin falta de girarme.

—¿Ya podemos comer sin hacer el idiota?

14. COLDEN

El día se me hace tan largo que ni siquiera recuerdo que tengo que recoger mis cosas de la habitación cuando cae la noche.

Ha habido que hacer un rescate por una caída hace unas horas. Hemos salido Miles y yo. Ha sido una caída tonta, pese a ello, ha dejado a una de las vecinas con la muñeca rota. Por más que aconsejamos que las personas mayores pidan ayuda para las tareas diarias, nadie hace caso. Temen molestar aunque estamos para justamente esto.

Mientras he ido a guardar la furgoneta en el garaje, Miles se ha encargado de limpiar la pista para que la nevada de esta noche no se acumule con la del día.

—¿Has dejado el arnés en su sitio? —pregunto cuando me encuentro con él en la oficina de rescate.

Es un espacio que necesita de una reforma urgente, ahora bien, la empresa ha vivido una mala racha y Edur no ha querido invertir en ello.

Al parecer en una cámara de miles de euros para la dueña sí que hay presupuesto.

—Deja de tratarme como un puto crío.

—Ey, ¿qué narices te ocurre? —pregunto molesto y sorprendido a partes iguales.

Los ojos castaños de mi hermano se amplían ante mi reprimenda. Donde Nevan es una representación de un australiano bronceado en medio de los Alpes, Miles es el tío oscuro con mirada penetrante y pelazo para grabar anuncios de champús.

—¿Que qué me ocurre a mí? —responde—. ¿Te has mirado el puto ombligo hoy? Llevas todo el día dando bufonazos a todos.

—He expresado mi malestar con vuestro inepto trabajo.

—Venga ya, Colden. A mí no me engañas, y yo no soy Samu diciéndote palabras bonitas de ánimo. Tú tienes las pelotas azules y los demás tenemos que soportar tu mal humor.

—¿Qué cojones quieres decir?

Deja atrás la comodidad de la silla y se pone a mi misma altura. No hay mucho espacio a nuestro alrededor, la oficina es pequeña, tanto que más de tres personas en ella llega a ser agobiante. Nada que decir si hay dos gallos de corral dentro de ella.

—Quiero decir que no esperabas a la jefa siendo un cervatillo mono al que apetece darle un

abrazo o llevártelo a casa para darle el biberón.

—¿Tú eres gilipollas?

Sé como funciona la mente de mi hermano. La comparación con el biberón... En fin, ahí demuestra lo crío que sigue siendo pese a sus veintidós años.

—Puede que sí, pero no más que tú, hermanito. Y ahora, si me disculpas, me gustaría darle las buenas noches a mi nueva amiga.

Sale de mi alcance antes de que me dé tiempo a darle un golpe con el puño en el brazo.

Recojo varios utensilios que están tirados y espero el tiempo prudencial para acudir a la casa solo cuando sé que la cena va a estar lista. No me apetece tener que soportar más de lo necesario la guasa de Miles con la jefa.

Cuando entro en la casa, escucho un jolgorio muy habitual entre mis hermanos, aunque hoy tenga a una invitada nueva. Reparo en cómo todos se quedan en silencio cuando entro y, en lugar de pedirles que continúen, me aferro al mal humor que me despierta su presencia.

—¿Ya podemos comer sin hacer el idiota? —pregunto muy serio.

Miles resopla.

Nevan da un golpe en la mesa para que todos nos sentemos y Samuel cuando paso por su lado me pincha con el dedo. Solo con mi expresión se ha dado cuenta que he sido el culpable de que toda la diversión se esfumara.

—Vas a flipar, Colden, hemos hecho una mezcla nueva —apostilla Eric mientras deja la olla encima de la mesa.

El trabajo de cocineros de los gemelos es penoso, pero no seré yo quien les quite la ilusión. Todos toman asiento tras de mí, ha sido una coincidencia porque no tengo el liderazgo suficiente para que me sigan, sin embargo, noto como Krystal ha observado la escena y se mantiene en silencio. Es bueno que conozca que, aunque esto es su territorio, en mi familia no es la jefa.

Se sienta al lado de su tío y de Wylan. La mesa es redonda y con tan buena suerte hemos quedado frente a frente.

—La invitada primero —indica Miles con un tono de diversión exagerado.

Si tenía intención de tener una plácida cena, con el mal olor que sale de la olla, no va a ser posible. Ella en todo momento sonríe, acepta y le entrega el plato a un Eric muy ilusionado.

Espera a que todos estemos servidos para introducir la cuchara en la extraña mezcla del puré o sopa que han preparado. Tiene un color anaranjado, por lo que me imagino que el condimento esencial es la calabaza.

Traga la primera cucharada y lo primero que emite es un carraspeo. No separa los labios hasta que tiene el vaso de agua muy cerca de ellos.

Intento por todos los medios no reírme, ni mirar a ninguno de mis hermanos, simplemente disfruto de la espera hasta que diga su verdadera opinión.

—¿Te gusta, Krystal? —le pregunta Wylan.

Gira la cabeza hacia él, asiente y le sonríe.

Nevan parece extrañado de su comentario; mete la cuchara y prueba por él mismo el sabor.

—¡Si está asqueroso! —anuncia.

Sigo sus pasos y paladeo la combinación. Sabe a queso y a calabaza pero en una proporción extraña y agria.

—Tenéis que probar otro tipo de cocina si no queréis matarnos de hambre —indica Miles con un tono jocoso.

Samuel, a mi lado, me toca el hombro para que mire hacia él. Cuando lo hago, se echa hacia atrás en la silla para que lo tape con mi cuerpo y hace una representación de una arcada que desata mi risa.

—La verdad que sabe horrible —indico sonriendo por primera vez en todo el día.

Edur se une a las pullas y los gemelos, en lugar de llorar por ver su trabajo criticado, afirman que se les ha ido de las manos el cocinado.

Mi pecho sube y baja con alegría, noto como mis mejillas tiran con fuerza de la piel que rodea mis ojos al intentar frenar la risa.

En un momento de debilidad miro hacia ella. Me encuentro con sus ojos azules repasando mi rostro. No sé diferenciar lo que transmite, si me está midiendo o juzgando, porque cuando siente que le mantengo la mirada, la retira y vuelve a su plato.

Una hora después y pese que ya podría irme a descansar, me dirijo de nuevo a la oficina. Cubro unos papeles de la empresa que llevan a la espera una semana, ordeno las tareas de mañana, reviso que todos los caballos tengan agua y cuando tengo la constancia de que todos ya estarán en sus habitaciones y que ya no están a la espera de mi llegada, me dirijo de nuevo a la casa.

Lo primero que me encuentro cuando cierro la puerta principal es mi maleta, y lo segundo a Samu.

—«Edur cree que ya has recogido tu habitación. Ha instalado a Krystal allí».

Me quedo tieso ante la expresión nula de mi hermano. Ha movido las manos sin ni siquiera parpadear, como si fuese normal que ninguno de ellos sacara del error a Edur.

—«Si sabías que no era así, ¿para qué le has dejado pensar que ya había hecho las maletas?»

—«Porque entonces no sería tan gracioso cuando tuvieras que pedir permiso a Krystal para acceder a tu habitación».

—La tontería humana no tiene límites.

Lo digo en voz alta, pausado para que él lea mis labios y el resto de mis hermanos escuche la frase porque sé que están esperando todos a mi reacción.

Subo las escaleras midiendo los pasos para que sean fuertes y sonoros. Se van a enterar. Les

voy a meter unas guardias a cada uno de ellos que no van a tener ganas de reírse más.

Mi habitación es la del fondo del pasillo. La elegí porque estaba cerca de la de mi madre. Cuando ella vivía, yo compartía espacio con Edur para que así ella tuviera intimidad.

Toco la puerta con la intención de que el movimiento sea delicado, pero me quedo en el intento.

En el primer toque nadie responde, así que pruebo con uno nuevo, más intenso.

—¿Sí?

Sé que está pegada a la puerta porque su respuesta ha sonado demasiado cerca.

—Necesito coger algunas cosas.

La puerta se abre con calma. No pido permiso para entrar, estoy en mi puñetera habitación, del mismo modo que no miro hacia ella.

Solo necesito mi neceser, algo de ropa y camisetas para trabajar si surge alguna llamada nocturna. Esta semana me tocan dos guardias.

Hago todos los movimientos repasando mentalmente cada cosa que cojo para que no se me olvide nada. Entro al baño y guardo el cepillo de dientes y el desodorante. Los poso encima de la ropa que he cogido del armario. Solo me quedan las camisetas de trabajo, esas están en la cómoda al lado de la puerta. Elevo la mirada para dirigirme hacia allí y me encuentro con que la princesita no solo no se ha movido, sino que está vestida tan solo con una hortera sudadera enorme que le cubre hasta las rodillas.

La miro, ella me mira y ninguno de los dos hace el amago de moverse ni de abrir la boca.

Miles tiene razón en una cosa. No me esperaba a Krystal Muller con esa expresión en la mirada de temor. Sabía que iba a ser una princesita con el pelo y las uñas cuidadas, pero nadie tuvo el detalle de avisarme y decir que, cuando te mira, parece que te está perdonando la vida o que teme por la suya. Es una mezcla extraña y no soporto lo que despierta en mí porque enfurece más, si cabe, la rabia de mi interior.

Señalo la cómoda para que se aparte. Tan solo me mira, sigue sin moverse.

—Tengo que coger mis camisetas.

—Claro —sale del trance y se echa hacia un lado.

Con el movimiento, la sudadera se le mueve y enseguida la atrapa entre sus manos.

Además de pija, recatada. Se pensará que me voy a tirar a su yugular como si no hubiera visto una mujer en mi vida.

—Puedes estar tranquila, no voy a mirar. No me interesa una mierda.

Me agacho hasta el tercer cajón y saco las camisetas que necesito. Siento que está mirando mis movimientos por encima de mi cabeza y que carraspea en el transcurso.

—¿Puedo pedirte un favor?

Vaya, toda una sorpresa por su parte.

Vuelvo a mi postura original y la miro a la espera de que continúe.

—Verás, esto es incómodo y sé que no hemos empezado con el pie derecho pero, ¿me dejarías uno de tus...?

No añade nada más, sino que señala el cajón abierto. No a toda la ropa que hay allí, a la esquina derecha donde están mis gayumbos.

—¿Tienes algún tipo de fetiche extraño o solo eres rara de cojones?

Me he quedado tan descolocado que hasta el mal humor se ha evaporado. Nunca me habían pedido mis calzoncillos. Creo que mi alucinación está más que justificada.

—Esto..., mi maleta no ha llegado aún y Edur solo me ha dejado uno de sus chándales. No sé si entiendes dónde quiero llegar.

—No tengo ni idea, y tampoco me sobra el tiempo.

Veo como baja con más fuerza la sudadera y se pone de puntillas para que la distancia entre nosotros no sea tan grande. Cuando comienza a susurrar hubiera deseado decirle que cogiera lo que le diera la gana y que no me dijese una palabra más.

—No llevo ropa interior y me ha dado vergüenza pedirle a mi tío la suya. Si me dejases uno de tus boxes solucionaría el problema, ¿lo entiendes?

La tía está plantada en medio de mi habitación, con una sudadera roñosa, y ¡con el culo al aire!

No entiendo por qué narices me cuesta tragar saliva, lo único que queda claro es que me vuelvo a agachar, cojo un puñado de mi ropa interior y la aprieto contra su pecho. Cuando ella pone la mano encima, salgo de la estancia sin querer mirar atrás y deseando borrar la información de mi cabeza.

15.COLDEN

Debería de haberme ido a la casa del pueblo como le prometí a Edur que haría, pero el trabajo lleva acumulado varios días con motivo de la nevada y he decidido estar estas dos noches en la habitación de rescate a escondidas de todos. El único que conoce mi ubicación real es Samuel, que me ha sorprendido esta mañana cuando estaba a punto de salir para comenzar el día.

En estos dos días he evitado tanto a mis hermanos como a Edur, me he encerrado poniendo de excusa el trabajo.

¿Infantil? Puede ser.

¿Mentalmente más tranquilo? Sin ninguna duda.

—«¿Has avisado a Nevan de que hacías tú la guardia hoy?»

Los enormes ojos de Samu esperan pacientes mi respuesta. Estaba a punto de salir de la cama cuando ha entrado él con la cabeza gacha y con unos papeles en la mano. Me encantaría rebatir su mirada de desaprobación preguntándole qué narices hace levantado a estas horas de la mañana, pero el mal descanso que aporta esta puñetera cama me ha dejado más tonto de lo que pensaba.

—«Ni de coña, que duerma aquí no significa que les vaya a hacer el trabajo a ellos».

Bajo las manos para retirar las sábanas y me levanto estirando todo el cuerpo. El colchón casi en el suelo no ayuda a que todos los músculos chirrien con mis movimientos. Debería de denunciar a Edur por tenerme en estas condiciones de trabajo.

Solo con pensarlo ya puedo intuir la mueca y la consiguiente carcajada que me iba a entregar.

—«Ha habido un aviso de paquete, puede que sea la maleta de Krystal, ¿vas tú a por ella o aviso a alguno?»

Ninguno de estos dos días y eternas noches he dejado de pensar que, cada vez que me cruzaba con la princesita, ella portaba uno de mis calzoncillos.

—«Iré yo mismo».

Y acabaré con esta tortura de niño, porque estos pensamientos atormentados son más propios de los gemelos que de mí. No reconocería delante de Samuel que he estado deseando que llegase esa maleta durante horas y horas; Admito que lo he hecho. Y me siento gilipollas, todo

hay que decirlo.

—«También tienes que llevar a la señora Maddison al médico y entregarle a George la correspondencia que ha llegado en estos días».

—Sí, papá.

Samuel pone los ojos en blanco, eleva el dedo índice a modo de respuesta y sale por la puerta del despacho, dejando que suba de una vez los vaqueros por mis piernas para comenzar el día. Quiero pensar que la llegada de esa maleta aliviará de algún modo el runrún de estos días, porque de no ser así, me voy a volver loco.

Saludo uno a uno a los caballos, alguno sigue medio dormido y otros ya están deseando que su caldero de comida llegue porque, como animales inteligentísimos que son, ya han visto a Samuel entrar en la despensa en busca de su comida.

Odio el invierno porque me separa de ellos. Hacer mis tareas diarias al lado de cada uno de mis chicos quita peso de mis hombros, es una sensación extraña y que algunas personas no entienden. La relación que tengo con estos animales es más fuerte que la que tengo con muchas personas. Saben oler el miedo, el hartazgo, la desesperación... Cuando descubrí que existían terapias con caballos para aliviar el sufrimiento de una persona que se siente incomprendida y que le cuesta encontrar su lugar, ni lo dudé. Samuel y Chocolate, son la definición de vínculo especial.

La furgoneta no busca que le arrasque el hocico, ni que le caliente las orejas cuando ha estado corriendo por el bosque un largo rato. Solo pide gasolina y, para más inri, me he olvidado la lata en la cocina de la casa.



He estado fuera más tiempo de lo esperable por un simple motivo: la maleta de la princesita. Cuando alcanzo el Rancho las vallas están cerradas, tanto mis hermanos como Edur han dado por finalizada la jornada y se han olvidado de que yo aún no había llegado.

Aprieto el claxon con más fuerza de lo que lo haría en un día normal. Estoy de muy mal humor porque he tenido que hacer el paseo al pueblo en dos ocasiones. La primera para dejar listos todos los recados de los vecinos y la segunda para cargar con la maleta «de visita» que ha traído Krystal con ella. En la vida había visto una maleta tan grande.

He estado tentado de arrastrarla durante todo el camino para solo tener que hacer un viaje, pero ni yo mismo soy tan cabrón. O puede que sí y me ha pillado con la guardia baja...

Es Nevan quien sale de la casa con gesto extrañado. Elevo los brazos con fuerza y solo con ese gesto, mi hermano se da cuenta de que, o abre la valla en unos segundos, o el mundo va a arder. Por mucha protección que lleve en la ropa, el frío de todo el día ha calado cada uno de mis huesos.

—¿Dónde has estado? Pensaba que te habías quedado en el bar de George.

Acelero el vehículo para subirlo a la plataforma de seguridad y me bajo retirando los guantes con fuerza mientras Nevan sigue hablando y sacando la maleta de los seguros.

—De ser así, habría avisado —indico con hartazgo.

Me ahorro el comentario de, «¿eres tonto y no piensas?», porque la realidad duele más que esa simple respuesta. Sé que ponerme en la postura de jefe me ha alejado de mis hermanos, pero hay que comer, y si queremos seguir viviendo en el Rancho, tenemos que trabajar duro para que la dueña de semejante maleta no nos deje de patitas en la calle.

—Krystal se va a poner muy contenta. La ropa de Edur es horrorosa y le queda cinco tallas más grandes de la que necesita.

Mi hermano hace el amago de salir arrastrando la maleta cuando le intercepto el paso. Ni de coña he estado todo el día dando vueltas como para ahora no dejarle las cosas claras a la jefa.

—La maleta la llevo yo.

Nevan sostiene mi mirada con picardía durante unos segundos. Segundos de emoción efímeros que se diluyen cuando se percata de que estoy apretando la mandíbula y que no me encuentro de humor. Ellos serán muy amiguitos de la nueva habitante, pero no es mi caso.

—Está en su habitación —dice a modo de respuesta.

—Mi habitación querrás decir.

Eleva los brazos en tono de derrota y entonces lo hace, sonrío de medio lado y camina hacia atrás en busca de distancia conmigo.

Sostengo cerca el complemento de viaje y subo las escaleras fijándome solo en los escalones, ya tendré tiempo de revisar si todo ha estado correcto en el día de hoy por aquí.

La puerta está cerrada, dudo que se haya dormido ya, si lo ha hecho es su problema. Golpeo con fuerza, olvidándome de los modales y recordando el hándicap que me ha hecho sufrir.

Primero escucho los pasos correr por la vieja madera y después aparece con su rostro enmarcado en un intento de sonrisa que se borra al comprobar que soy yo el que está al otro lado.

Empujo la puerta para poder dejar la maleta en el medio de los dos, ella se aparta del camino y pasea la mirada del objeto a mí y vuelta a empezar.

—¡Ha llegado!

Me quedo en silencio.

Cruzo los brazos por encima de mi pecho a la espera.

Aparece la puñetera paciencia que he ido matizando con el paso de los años, después de haber educado a cinco hermanos menores. ¿Es ruin pensar en ella como una niña pequeña que necesita de clases de educación?, puede ser, pero es cómoda esta postura. Aleja mis pensamientos de que está ocupando mi cama, mi habitación y la que ha sido mi vida, y me centra en el eje para continuar en pie.

—Esto... Muchas gracias, Colden. Edur no me avisó de que había llegado.

Sonríe como si la maleta la hubiese traído Papá Noel a través de la nieve y no hubiéramos tenido que ir nosotros a buscarla.

—Dime una cosa, Krystal, tu carnet de identidad, ¿de dónde indica que provienes?

Se queda perpleja, tanto que cambia el peso del cuerpo de un pie al otro antes de responder.

—Lellos. Indica Lellos, ¿por qué?

Titubea en el camino como si no estuviese muy convencida de sus palabras.

Doy un paso hacia ella, cuenta con la protección de la maleta, así que el recorrido es corto.

—Si sabías a donde venías, ¿para qué cojones viajas con una maleta que es un problema de carga? ¿Para ponernos a prueba a tus burros empleados?

Amplía los ojos y se echa hacia atrás. Parece que no se espera mi pregunta, y me gusta recuperar el control de la situación. Me encanta que tenga claro que no todos por aquí la adoramos por el simple hecho de hacerle la pelota.

—Era la única maleta que tenía y no sabía que la nieve estaba siendo un problema.

Suelto una carcajada que hace que mis brazos caigan de la armadura que habían creado sobre mi pecho.

—¿No sabías que nevaba en tu propio pueblo?

Niega con la cabeza, una y otra vez, en un bucle cansino que llega a despertar un instinto de curiosidad en mí. Lo corta justo en el instante en el que iba a dar un paso hacia atrás y terminar con la conversación.

—Sabes qué te digo, Colden, que te vayas a la mierda. No sabía que la maleta llegaba hoy, gracias por traerla, pero no esperes que me arrodille a tu paso.

Es mi turno de quedarme en silencio.

Es difícil cerrarme la boca; en pocas ocasiones las cosas me sorprenden tanto como para ello, ahora bien, el tono de voz cortante y el mensajito de la princesa lo han conseguido.

Sonríe a modo de cubrir mi sorpresa. Veo cómo le afecta a ella el gesto, la llena de rabia, incompreensión. Arruga y alisa la frente en varias ocasiones y ejerce más fuerza de la necesaria sobre el apoyo que tiene en la puerta.

Utilizo su asombro como cierre final de la batalla.

—Ya no tienes excusa para ir con el culo al aire, princesa.

No le doy tiempo a responder, me doy la vuelta y enfoco las escaleras para dejarla con la palabra en la boca. Siempre me quedará la eterna duda de si habría llegado una respuesta a la altura de mi comentario, porque lo único que me ofrece Krystal Muller es un sonoro portazo.

Las botas generan una banda sonora mientras me acerco a la escalera. El primer escalón es el que más ruido crea porque por un defecto de obra está hueco.

—¿No será que tu enfado se debe a que ya no la podrás ver con el culo al aire?

Miles está en medio de la escalera, él sube y yo intento bajar, pero su cuerpo me lo impide. Se encuentra apoyado de tal forma que, o lo salto, o tendré que pedirle por favor que se retire.

—Métete en tu mierda.

—Tu mierda es mi mierda, hermano.

No me gusta esa respuesta. Miles tiene responsabilidades como yo, pero su vida ha sido muy diferente. Buena muestra de ello es el carácter desenfadado que constantemente nos mete en problemas.

—Déjame pasar.

—No hasta que reconozcas que Krystal te tiene a puntito de caer de rodillas.

—¿Te estás escuchando? —evito elevar el tono de voz porque en esta casa se escucha más de lo que se debería.

—Admítelo, Colden.

—Retírate.

—Admítelo.

Recorto la distancia de dos escalones que nos separaba y quedo a su altura. Miles jamás se ha sublevado a nadie, es un tío con carácter, con su forma particular de ver la vida. Por más que he intentado centrar su camino es imposible.

—Q-U-I-T-A-T-E —lo susurro cerca de su nariz, intimidante.

—Has conocido a tu ruina, hermano, y estoy deseando ver cómo caminas de rodillas a su paso.

Se mueve hacia un lado, pero no retira la mirada de la mía. Sigue intentando llevarme al límite y lo consigue durante unos segundos en los que medito las opciones que tengo para cambiar su pensamiento.

A fin de cuentas, puede pensar lo que le dé la gana, solo yo conozco lo que verdaderamente opino de la princesita y no tiene motivos para creer esos argumentos. Krystal me pone de mal humor, no soporto el modo que tiene de mirar por encima del hombro, de llegar aquí y querer gobernar lo que lleva funcionando por su cuenta desde hace años.

Corto la mirada y sigo mi camino.

16.KRYSTAL

C reía que el enfrentamiento con Colden iba a dejarme sin dormir durante toda la noche, y para mi sorpresa no ha sido así. Cuando llamó a la puerta acababa de cortar la llamada con Holly, me contó que estaba muy ilusionada con un nuevo cliente en la galería y que pronto iba a tener noticias de si la compra salía bien o no. Me centré en esa ilusión que despertaba su voz y el sueño llegó como un conciliador necesario.

Tener mi ropa al fin significa que dejaré de lucir la de mi tío que, más allá de su buen hacer, no combina para nada con el estilismo actual. Me queda amplía y me hace sentir más insegura de lo que ya de por sí me siento.

También voy a dejar de utilizar los calzoncillos de Colden, que para ser más concreta solo han sido dos y los he ido lavando cada vez que me metía en la ducha.

—¿Hay alguien despierto al otro lado?

Mi mirada se va directamente a la puerta temerosa de que Eric o Wylan la abran sin pedir permiso. Me he acostumbrado a dormir sin pantalones desde que soy niña y como bien dijo Colden hace unos días con ese tonito de superior que tiene, estoy con el culo al aire.

—Sí, dame cinco minutos.

La voz de los gemelos es idéntica, no soy capaz de diferenciarlos aún.

—Te damos la eternidad si nos la pides. —Y al parecer ambos están detrás de la puerta.

Sonríó por puro instinto. Por alguna extraña razón me gusta que cada mañana me vengan a buscar para acompañarme al desayuno. Después, ellos desaparecen del Rancho durante horas porque acuden a la universidad local. Esos momentos de soledad han sido el handicap de los últimos dos días, aunque no lo he expresado en voz alta a ninguno, ni siquiera a mi tía.

Me he pasado los días editando fotografías de Nueva York y organizando el blog para que las entradas se vayan publicando.

Apuro mis movimientos para sacar la ropa de la maleta y cojo lo primero que cae en mis manos. Son unos pantalones negros anchos con un jersey de rayas marineras que es muy calentito, ideal para el clima que hace. No recordaba este frío en Lellos, y me siento mal por ello, mucho más después de que Colden dejara caer que soy una paria por haberme olvidado de todo lo que tiene que ver con este pueblo.

Cuando abro la puerta, dos figuras dan un traspié hacia mí.

—¿Qué estáis haciendo? —exclamo a modo de pregunta.

Reviso las expresiones de ambos. Hoy se han vestido de formas diferentes, así que en cuanto abran la boca sabré cuál es cuál.

—Hacías ruiditos extraños, solo estábamos comprobando que tu vida no estaba en riesgo de muerte.

Sin duda es Eric quien ha hablado. He ido buscando pequeñas pistas identificativas como me advirtió mi tío, y he descubierto que este gemelo cuando acaba las frases mueve la nariz hacia los lados. Un gesto que el otro gemelo no tiene.

—Estoy viva, como podéis comprobar.

No ha sido buena idea mover las manos de arriba hacia abajo por mi cuerpo, porque sus miradas siguen el paso. Me siento cohibida al momento, pues no reparan en disimular la mirada, sino que se quedan fijos en cada uno de los lugares de mi anatomía que me hacen sentir insegura.

—¿Y bien? —corto el repaso a la vez. Parecen confusos.

—Te hemos traído un accesorio —admite Wylan que, sin darme cuenta, había guardado sus brazos detrás de su cuerpo durante todo el tiempo.

Eric, a diferencia de su hermano, sigue confuso, observando mi cara con indecisión, como si quisiera decir algo, pero estuviera debatiéndose si hacerlo o no. Al cambiar mi atención hacia él unos segundos, rompe su silencio.

—La ropa de Edur era horripilante. Me gusta tu ropa.

—¿Es eso un piropo, hermano? —Wylan gira la cabeza hacia él sorprendido.

—¿Lo es? —duda Eric.

Me mantengo en silencio porque aún no me he acostumbrado al modo que tienen los Keller de expresar sus pensamientos o emociones. Nunca he sido la chica que destaca, así que tengo cero herramientas para salir victoriosa de este tipo de interacciones.

—¿Qué me habéis traído? —cambio por completo el curso de la conversación y vuelvo a tener la atención de ambos sobre mí.

—Sí, —retoma Wylan— tenemos un regalo para ti. En realidad es Edur quien lo ha guardado todos estos años, pero nos ha dicho que te lo podemos entregar, así que...

Deja pasar el brazo derecho por delante de su torso y revela lo que mantenía oculto tras su cuerpo. Es un gorro de vaquero color camel muy similar al que ellos tienen sobre sus cabezas y que lucen con orgullo.

No sé si es la melancolía de echar de menos mi rutina, o el gesto que han tenido pero unas ganas irresistibles de llorar se apoderan de mí.

—¿Es para mí?

—Sí. Es un tamaño más pequeño que el nuestro, debería de venirme bien.

Extiende el brazo para que lo pueda tocar y así lo hago. La piel es aterciopelada y con una dureza inesperable para mi tacto.

Eric toma la palabra ante el gesto de su hermano.

—Todo habitante del Rancho necesita uno de estos. Tendrás que aprender a ponerlo con maestría, por eso estamos aquí, tus profesores favoritos.

Alardea con un movimiento de caderas que hace que choque su cuerpo con el de su hermano y que comiencen a reírse

Ese sentimiento de felicidad se me contagia al momento.

Dejo que Wylan lo ponga sobre mi cabeza y lo adapte. Es una sensación extraña, aprieta mi frente y hace que sienta que tengo una antena sobre mi cabeza, a pesar de ello, hay un sentimiento de pertenencia que no he tenido en la vida.

Salgo del quicio de la puerta para quedar en medio de ambos hermanos cuando un silbido llama mi atención. Miles sale de su habitación y observa mis movimientos con admiración. Los chicos Keller son muy... ¿expresivos? No tienen miedo de hacer alarde de sus pensamientos.

—Bienvenida al clan, jefa.

Bajo la cabeza y llevo la mano al sombrero como he aprendido que ellos hacen cuando quieren decir «vale», «está bien» o «gracias».

La atención de Miles se pierde cuando sigue su camino y regreso a los gemelos que se han quedado a mi espalda a la espera de que vuelva a ellos.

—Y bien, ¿para cuándo las botas? —pregunto.

La mirada de Eric busca la de Wylan. Observo cómo el segundo hermano mira devuelta con los labios sellados pero los ojos moviéndose en todas direcciones. Están haciendo eso. Esa comunicación que desde el primer día descubrí que solo ellos tienen.

—Las botas de vaquera te las tienes que ganar.

Lo han dicho al mismo tiempo. Es escalofriante el nivel de compenetración que portan. No sé a cuál de ellos mirar, del mismo modo que no tengo ni idea de lo que significa «ganarme unas botas de vaquera», pero estoy dispuesta a averiguarlo.

Al ser fin de semana ninguno de los dos me abandona cuando acabamos el desayuno. Miles y Nevan son los primeros en salir de la casa. He aprendido sus horarios porque, del mismo modo que son desordenados con todas sus acciones, son muy metódicos cuando se tienen que ir a trabajar. Edur y Colden ni siquiera desayunan con nosotros, se levantan antes de que mi alarma toque y a la hora de las comidas llegan los últimos.

—¿Quieres dar un paseo por los establos? —me pregunta Eric.

—Estaría bien —admito mientras devoro el último trozo de tostada.

He bajado la cámara porque mi idea era salir a tomar fotos por todo el cercado de la propiedad. La nieve ha ido derritiéndose durante el día porque hemos tenido sol durante las horas

de luz. No ha nevado esta noche, así que el camino puede estar adecuado para hacerlo.

Eric hecha un vistazo a mi cabeza y sonríe. No me he quitado el sombrero, y por cómo me hace sentir, no creo que lo vaya a hacer en un futuro próximo. Sigue siendo un tanto incómodo, voy a tener que hacerme a él. Es muy grande y cuando elevo los ojos hacia el cielo me encuentro con la piel marrón clara de mi nuevo sombrero.

—El día nos espera, jefa.

Wylan salta del taburete después de soltar el comentario y los sigo de cerca mientras caminan hacia los establos. Ya he ubicado todas las reformas que han hecho en la finca. Mis recuerdos se habían quedado en que solo había una cuadra, la misma que resguardaba a los cuatro caballos que por aquel entonces tenía mi familia. Ahora, Edur ha hecho una ampliación y ha separado dos espacios para los animales. El más grande cuenta con una oficina para ellos, un lugar para almacenar el alimento de los caballos, y la habitación de los rescatistas.

Es hacia allí a donde nos dirigimos.

Al entrar, nos encontramos a Samuel cepillando a uno de los caballos, está de espalda a nosotros y ninguno de los gemelos hace el amago de acercarse a él. Me queda entender los códigos que los Keller tienen entre ellos, a pesar de eso, he identificado que Samuel se mantiene al margen de todos los embrollos en los que sus hermanos están metidos. Es el más tranquilo de todos y el más efectivo. Lo he visto recoger los platos de la comida en tiempo récord y ayudar en todas las tareas del hogar, algo que los gemelos no tienen tan interiorizado.

—¿Os puedo hacer una pregunta?

Me he quedado rezagada de su paso y ambos tienen que girar el cuerpo hacia mí a la espera.

—Si es de índole económica tendrás que hablarlo con Colden, nosotros no tenemos ni idea de las finanzas del Rancho.

—Nosotros no tenemos ni idea de nada —rebate Eric.

—No es eso.

Odio que tengan esta percepción sobre mí, como si fuese la jefa absoluta. En ningún momento me ha interesado más de lo debido lo que hagan con la propiedad de mi familia. Sé que la están cuidando como mejor saben, de no ser así, el primero que los expulsaría sería mi tío.

—¿Por qué unos estáis contratados en la empresa y otros no?

He medido el tono para que fuese lo menos invasivo posible.

Wylan toma la palabra ante el silencio de su hermano. Comienza a caminar a un paso lento y ambos lo seguimos. Por su postura, no le ha afectado la pregunta, sino que está encantado de hacer de guía.

—Cuando murió nuestra madre, Colden puso un requisito para seguir en el Rancho. Le pidió a Edur que solo él estuviera contratado como trabajador, así el gasto no era tan grande, sin embargo, todos tendríamos el derecho de vivir aquí. A fin de cuentas, él nos trata como si

fuésemos sus hijos y no sus hermanos.

He tenido esa percepción desde el primer día, me sorprende que ellos lo tengan tan normalizado. Colden es un año mayor que yo, no debe de ser fácil asumir esa responsabilidad.

—¿Y mi tío lo aceptó?

—Sí, aunque no como Colden desearía. Los mellizos querían trabajar, estaban capacitados para ello y si no lo hacían aquí iban a buscar trabajo en el pueblo. Les gusta la independencia más que a ninguno y el sueldo está bien. O eso dicen ellos.

—¿Y los contrató?

—Exacto.

Asiento a modo de comprensión. He visto a Miles hacer todo tipo de tareas y a Nevan con los libros de contabilidad, tiene sentido con la explicación de Wylan.

—¿Y Samuel? —indico con la mano hacia atrás, donde lo hemos visto hace unos minutos.

Eric se adelanta a su hermano y comienza a hablar, lo que hace que tenga que mirar hacia el otro lado. Cuando estoy con los gemelos, el baile de miradas es muy similar a un partido de tenis.

—Samu no acude al centro de la universidad como el resto. Tiene ansiedad social y debido a su problema auditivo le han adaptado el temario. Es más cómodo para él porque se siente seguro cuando está en el Rancho. Como es un puto cerebritito, le sobran horas del día y echa una mano con lo que haga falta. Lo verás muy a menudo junto a Colden, es el único que «no le saca de sus casillas».

Imita la voz profunda de su hermano mayor y los tres nos reímos sin ocultarlo de la burda imitación que ha hecho.

—¿Cómo es un día normal aquí?

Llevo tres días intentando hacer la pregunta del modo correcto, sin que los nervios me aprieten la garganta y a la espera de que, cuando la deje en el aire, no haya una mirada que juzgue mi interés. De todos los Keller, los gemelos siento que son los únicos que no me tratarían de ese modo, por eso la he lanzado en la intimidad que creamos los tres.

—Hace un tiempo era más sencillo que ahora.

Pego un tremendo grito cuando Nevan es el que responde por encima de mi hombro. Debía de estar escondido en una de las caballerizas porque no lo he visto hasta ahora. Eric y Wylan se ríen sin disimularlo, me da a pensar que ellos sabían que estaba detrás de mí y que me iba a asustar.

—¿A qué te refieres?

Me giro hacia él obviando el espectáculo que yo misma he dado hace un segundo.

De todos, Nevan es el más diferente en cuanto a aspecto físico. Nunca le he preguntado a Edur si todos comparten el mismo padre. De no ser así, ahí estaría la clave de su pelo rubio y el tono dorado de piel.

—Hace unos años el Rancho funcionaba por él mismo. Los rescates estaban bien pagados porque todos se realizaban o, para el ayuntamiento de Lellos, o para las empresas de escalada de las montañas de alrededor. El turismo individual ha calcinado esa seguridad, tenemos que dispersarnos para atender todos los rescates y las cuentas no salen.

—¿Quieres decir que la empresa está en un mal momento?

Holly en alguna ocasión ha hecho referencia a que se debería de reajustar el mercado que se lleva a cabo pero no conocía que fuese un problema grave.

—Tú deberías saber más que yo en este asunto.

Aunque la frase tiene un toque de culpabilidad que no paso por alto, no ha utilizado el tono acusador que Colden lleva a cabo cada vez que tiene oportunidad.

Parpadeo a modo de despeje. Ya no soy una niña, hace años que estoy en la universidad formándome para sacar adelante una empresa y no estaba al tanto de las finanzas de la mía. ¿En qué punto me deja esto?

—Krystal quería saber qué hacemos aquí, nada más.

Agradezco la cordialidad de Eric.

—Si te refieres a qué tipo de trabajo hacemos —comienza Nevan—, puedo resumir en que somos unos expertos en montar caballos, que podemos sacarte de cualquier apuro y que, además, lograremos que te enamores de esta cara que nuestra madre nos regaló.

Elevo y deja caer el sombrero de nuevo sobre su cabeza con maestría.

Wylan es el primero que comienza a hacer sonidos con la boca, seguido de su hermano gemelo. Me río de la interpretación que han generado los tres con solo una frase.

Una cosa me ha quedado clara con tres escasos días de convivencia, los Keller no son para nada lo que esperaba.

17. KRYSTAL

Después del paseo por las caballerizas, Nevan salió a un rescate y los gemelos me dejaron un rato a solas para sacar fotos del paraje.

El Rancho siempre fue uno de los lugares favoritos de mi padre por el paisaje que lo rodea. Si echo la vista hacia atrás, donde se encuentra la casa de piedra y madera, percibo como el monstruo de una montaña, tres veces superior a ninguna que haya alrededor, rompe la tranquilidad del cielo azul.

La nieve cubre todo el suelo, y aun con esas, los colores del entorno, la luz que la fachada de la vivienda y de las caballerizas aporta, transmite sensación de hogar. La flora es peculiar a esta altura, tan solo los pinos y las flores salvajes sobreviven al duro invierno. Sus hojas tienen un color azulado debido al reflejo que hace la nieve sobre ellas.

Tenía en el recuerdo lo bonito que era, sin embargo, ahora que estoy aquí es la primera vez que siento el pensamiento, que lo puedo transitar. Puedo respirar el aire puro y sentir cómo azota sobre mi rostro. Sé captar con la retina el paisaje peculiar que me protege. Cuando era una niña aquí se escondían todas mis pesadillas. No quería volver porque hacerlo ahora era sinónimo de pérdida, de dolor. No ha sido hasta que he llegado, que he desbloqueado recuerdos que antes no recordaba. Recuerdo cómo mi padre subía a las montañas todos los domingos para recoger las flores más bonitas para mi madre. También recuerdo que la primera vez que subí en una moto de nieve lo hice con él y con Holly como espectadora.

Le he encontrado el sentido a una de las fotografías que decoran el salón de la casa de mi tía. Es una instantánea de mis padres en el mismo lugar en el que me encuentro en estos instantes. Con el valle a mis pies y la inmensidad de la naturaleza en forma de montañas rodeando mi cuerpo.

No entendí cómo Holly veía este lugar como un sitio de sanación cuando después de todo se convirtió en la herida abierta; ahora me doy cuenta de que no tengo ni idea de nada de lo que ha sido mi vida.

Poner ese pensamiento en el centro de mi discurso mental hace que mis piernas fallen. La rodilla derecha impacta contra la nieve que ha cubierto por completo mis botas y tengo que hacer malabares para no enterrarme en la masa blanca.

Me gusta tener el control. Tener la oportunidad de saber por dónde transito genera paz en mi interior; desde hace unos meses no encuentro ese lugar seguro en ningún lado. Ni en mi mente. Estar aquí es sanador, pero también está despertando un demonio en mi cabeza que hace que el estómago y la garganta se contraigan varias veces al día.

Ya no sé ni quién soy ni lo que he sido.

Siento el calor de una lágrima bañar mis mejillas. Hace frío aunque el sol bañe mi rostro.

Echo un vistazo al paisaje. Donde hace un segundo la montaña me parecía espectacular, ahora, al mirar su altura, todos los vellos de mi cuerpo se crispan. Transmite respeto, incluso me atrevería a decir que miedo.

Me muevo antes de que pierda el control y voy corriendo hacia la casa. Las pastillas que he escondido de Holly en las últimas semanas me ayudan en estas circunstancias. Calman al demonio que se despierta en mi mente sin avisar y me ayudan a respirar con tranquilidad.

No tardo más de cinco minutos en entrar en la casa, subir a la habitación y encontrar el bote. La cápsula roja y blanca, tan diminuta y necesaria, se ríe de mí mientras bajo hacia la planta inferior en busca de un vaso de agua.

Desearía no tener que ser tan débil. Desearía que la terapia psicológica me hubiera ayudado, pero mi vida jamás ha sido como la desearía.

El líquido frío transita por mi garganta a la par que tomo un suspiro de alivio que relaja mi cuello dejándolo que caiga hacia atrás. En ocasiones creo que el único problema es mi mente, la misma que bloquea las salidas de luz.

Una de las cinco psicólogas que tuve, me dijo que si no quería curarme, el problema lo tenía yo. Ese mismo día, Holly prescindió de sus servicios, sin embargo, la frase se quedó conmigo de por vida. Quiero ser feliz, quiero no pensar más de la cuenta. Quiero con todas mis fuerzas disfrutar de los instantes sin que los pensamientos oscuros se crucen en el camino. Hago todos los esfuerzos posibles, utilizo las técnicas que me han enseñado por años, cierro los ojos, respiro con tranquilidad, me enfoco en las cosas positivas, pero la oscuridad está ahí. Vuelve aparecer como humo cuando menos la espero.

Camino con parsimonia por la planta baja a la espera de que la pastilla haga efecto. Giro por el salón en busca de una ventana cuando escucho la voz de Edur.

Hay un despacho en la casa, si los gemelos no me han engañado, es el que utiliza mi tío cuando la oficina de las caballerizas está ocupada. Me dirijo hacia allí para hablar con él, a ver si un poco de conversación desenfadada ayuda a calmar mi pulso. Sin embargo, cuando escucho mi nombre, y no va dirigido a llamarme, quedo a la espera tras la puerta, revisando por la rendija sus movimientos.

—Está adaptándose a los chicos y a la rutina en la finca. No es sencillo el invierno aquí, ya lo sabes.

Por los códigos de referencia con los que está hablando, solo puede ser mi tía la que esté al otro lado del teléfono.

—Si ella no se da cuenta, lo haré. Deja correr el tiempo, de nada sirve precipitarse.

Sé que está hablando de mí, pero no he entendido el significado de esa frase. Giro el cuerpo hacia la derecha para tener más campo de visión a través de la rendija. Descubro que la mano de Edur está ocupada por un marco de fotos. Me fijé en esa fotografía cuando me hicieron el tour por la casa. Me quedé más tiempo del necesario apreciando cada rincón. En una de las estanterías, rodeada de libros, había un marco de fotos con una instantánea de Holly y Edur el día de su boda. Se les veía jóvenes, sonrientes y con ganas de comerse el mundo.

La conversación continúa y solo me puedo enfocar en cómo pasa los dedos por encima del cristal. Tenía la percepción de mi tío como un tipo duro, poco expresivo y hecho a la vida de la montaña como ninguno.

¿Y si la partida de Lellos no fue una buena decisión ni para Holly ni para mí?

Trago saliva con fuerza, la pastilla no ha hecho aún efecto y este tipo de pensamientos no favorecen a mi tranquilidad.

Mientras me doy la vuelta para salir, el demonio pone una pregunta delante de mis pensamientos, no la puedo evitar por más que quiera.

¿Y si les he robado la oportunidad de ser felices a Holly y a Edur?



El resto del día me lo paso en un eterno sopor que me hace dormitar durante horas. No es hasta que cae la tarde que soy capaz de salir de la cama e ir en busca de algún divertimento. La cámara se ha quedado sin batería, ha sido mi culpa porque con todo el trajín la he dejado encendida y la batería se ha gastado.

Alcanzo la sala de estar y me encuentro a Samuel rodeado de apuntes que, por lo que me han comentado los gemelos, deben de ser de la universidad.

Uno de los asuntos pendientes que dejé en Nueva York fue exactamente ese, mi curso académico. Nunca ha entrado dentro de mis prioridades y mi mente lo está demostrando al no darle importancia.

—Hola.

El primer día, después del funesto encuentro con Colden y sus calzoncillos, busqué en YouTube cursos intensivos de lengua de signos. Aprendí a decir: hola, adiós y hace buen día. Aún me queda mucho para poder mantener una conversación con Samuel.

Lo primero que mira son mis piernas y después sube la mirada hasta mi cara. Sonríe y separa los folios del sillón para hacerme hueco. Lo acepto con un gesto y le indico que le voy a hablar a través del teléfono móvil.

¿Puedo acompañarte? Estoy aburrida y no tengo nada que hacer. Mi cámara ha muerto en el proceso.

Samuel: *Hoy es noche de Cow. Si tienes que prepararte, te aconsejo que invadas la ducha antes de que lleguen Nevan y Miles de trabajar. Los gemelos han hecho ya los deberes.*

Espera a que lea el texto. Paciente, con un rostro que transmite calma. Una de las cosas que me he percatado es que todos los hermanos, cuando están con él, tienen otro modo de expresarse, como si se relajaran por su simple presencia.

¿Qué es la noche de Cow?

Sonríe y me enseña los perfectos dientes que tiene.

Samuel: *Cow es el bar del pueblo. El único espacio en el que la gente joven puede ser justamente eso, joven. Hay alcohol, música y un toro mecánico para montar siempre y cuando no estés demasiado borracho.*

Suena divertido.

No quiero decirle que me da terror entrar en un nuevo espacio que no conozco porque desestabiliza mis emociones. Experimento miedo al no encajar, pavor por necesitar irme del lugar porque las paredes comiencen a juntarse y no saber cómo llegar a casa.

Samuel: *Lo es. Todos los sábados nos tomamos una cerveza juntos. Edur se hace cargo del Rancho mientras tanto.*

¿Es esto una invitación?

En lugar de mirar el teléfono móvil para responderme, se queda fijo en la forma en la que mis labios se han elevado. Siento que sonrío poco en los últimos tiempos.

Samuel: *Solo los verdaderos vaqueros aguantan una noche en el Cow.*

Elevo las cejas y él hace un movimiento divertido con su pelo.

Tus hermanos me han entregado un sombrero de vaquera y me han dicho que las botas me las tengo que ganar, ¿tiene esto algo que ver?

Samuel: *Tiene todo que ver.*

18. KRYSTAL

Dado que Samuel no me ha querido ofrecer más detalles de lo que se cuece en el único bar de Lellos, he tenido que optar por seguir con la misma ropa. Tampoco me he traído combinaciones de ropa impresionantes como para lucir en una gala.

En Nueva York, y más en las reuniones de la galería de mi tía, siempre hay el concepto de que tienes que ir elegante cuando sales de la rutina. Supongo que el jersey marinero y unos pantalones negros son lo suficientemente elegantes para una noche por aquí.

Me quito el sombrero y lo acerco al pecho mientras vuelvo a la sala de estar. No tengo ni idea si será una buena opción llevarlo. Me he aferrado a él como un salvavidas cuando solo es un objeto. No quiero hacer el ridículo.

Al entrar, todos los hermanos, incluido Colden, están congregados alrededor de Edur. Están sonrientes, comparten algún tipo de anécdota tanto con las manos como en voz alta. Suelen hacer eso, hablar con la voz y las manos a cada frase que dicen.

La madera rechina cuando me acerco a ellos y como resultado obtengo que las espaldas de los mellizos, que son los más cercanos a mi posición, se giren abriendo el círculo.

La mirada de Miles se clava en mí junto con la de Colden que está a su derecha.

Nevan es más amable y extiende el brazo para acercarme a su cuerpo.

—Ya tenemos aquí a la chica de ciudad. Podemos irnos.

La audiencia no espera, los gemelos se levantan del sofá y Colden pasa por mi lado sin abrir la boca. Miles, a diferencia del hermano mayor, se acerca a mí señalando el sombrero. Todos ellos lucen el suyo con orgullo por lo que entiendo que no voy a parecer tonta por llevarlo.

—Te queda bien, jefa. Vas a romper corazones en el Cow, ¿preparada?

—¡LO ESTÁ! —gritan los gemelos al unísono mientras pasan por nuestro lado corriendo.

Con la tontería, tengo curiosidad en conocer el famoso bar de Lellos.

—Krystal. —Mi tío toca mi hombro y freno el caminar para mirarlo.

Hay un toque de felicidad en la forma en la que me mira. No le he dicho que antes estuve cotilleando su conversación.

—¿Está todo bien? —pregunto.

Él cabecea y sonríe.

—Solo quería decirte que lo pases bien, los chicos cuidarán de ti si lo necesitas.

La frase tiene un toque de mi tía. Le ha tenido que decir algo así como que no necesito a ningún hombre para cuidar de mi integridad. Me gusta que Edur haya añadido «si lo necesito», porque hay días que es así.

Sonrío de vuelta.

—Lo sé, muchas gracias por preocuparte.

Me doy la vuelta para seguir a los chicos. Cuando salimos, Miles y Colden ya están entrando en la furgoneta todoterreno que está aparcada en el garaje.

—¿Está muy lejos? —pregunto dudosa.

Si mal no recuerdo, esta es la última finca del pueblo pero con toda la nieve que hay por las carreteras, el camino debe de ser pausado.

Ninguno me responde porque la música comienza a sonar a todo volumen cuando Nevan enciende el motor del vehículo.

Diez minutos después, aparcamos delante de un bar que tiene un cartel luminoso y otro pintado a mano. Este segundo me da una idea de lo que voy a ver al entrar y el motivo por el que Miles me ha dicho que no deje mi sombrero en casa.

«Esta noche hay música country».

Bajo de la furgoneta, Eric me ayuda a no resbalar con la nieve y pongo el sombrero como toda una profesional. Me gana una sonrisa de su parte antes de que me empuje a acceder al bar. No solo cuelga de la fachada de ladrillo el cartel hecho a mano, también hay uno de neón que reza en colores amarillos: Cow.

La emoción de Eric me lleva a entrar antes que el resto. Mantiene la puerta abierta para mí y lo primero que me llama la atención es el volumen de la música. Es cómodo para mantener una charla, a la par que te permite bailar como lo están haciendo varias personas en la improvisada pista de baile.

El diseño es por entero de madera, tanto el suelo, como las paredes, así como las vigas vistas.

Es un local amplio, sin la típica barra de un bar, sino una hecha por dos barriles de cerveza y una robusta tabla de madera.

Al buscar más detalles, me encuentro con la espalda de Colden y de Miles que ya se dirigen a por sus consumiciones. Es entonces cuando descubro el detalle que hace este lugar diferente. Hay tazas colgando por todo el techo, cada una diferente y ¡con nombres pintados a mano!

—Si hablas con Brielle, puedes tener tu propia taza —expresa Nevan cuando pasa por mi lado.

Me quedo muda por un instante porque, no solo son las tazas lo que diferencia este lugar, es que al fondo, hay un corrillo de personas coreando a una que está montada a un toro mecánico. Parece que tiene seguridad en los movimientos, sin embargo, sale volando en el siguiente

movimiento brusco. Se escuchan las carcajadas y por algún extraño motivo se me contagia esa emoción de alegría.

Samuel es el único que se ha quedado a mi lado. Espera paciente a que lleve la atención hacia él, cuando lo hago, me indica que podemos pedir una consumición, los demás ya han tomado sitio en una mesa. En la más amplia.

La camarera es una chica joven, con el pelo tan negro como el azabache y una belleza natural que impresiona.

Mira hacia Samuel y él asiente. No han intercambiado más que un gesto y ella pone una cerveza con alcohol al lado de él.

—Tu debes de ser la jefa de los Keller —anuncia con toda la atención puesta en mí.

Tiene una mirada tan dura que me siento intimidada hasta que mueve los labios hacia arriba formando una media sonrisa.

—Soy Krystal.

—Rory —extiende la mano y se la estrecho—. Soy la mejor amiga de Brielle, me dijo que eras todo lo que Colden no esperaba y tenía razón.

No quiero conocer el significado de eso ni por qué solo se refiere al mayor de los Keller. Echo un vistazo a Samuel que imagino que está leyendo nuestros labios porque se tapa la sonrisa con el botellín de cerveza.

—No te preocupes, conmigo estás a salvo —indica Rory—. ¿Qué te pongo?

—Una cerveza sin alcohol, por favor.

Se mueve con agilidad entre las botellas y la abre delante de mis manos.

—Que estos idiotas no te amedrenten tu primera noche en el Cow.

Con un guiño nos despide y se dirige al siguiente cliente.

Nosotros nos vamos hacia la mesa. Samuel se separa de mí dirigiéndose al lado de Nevan, en una silla que había entre él y Eric. La única que queda libre es una entre Wylan y Colden. Por el ceño fruncido de este segundo me apetece buscar una solución, pero no es posible. La mesa es redonda y todos los sitios están ocupados.

—No seas tímida —comienza Wylan mientras mueve la silla hacia atrás—. Esta mesa siempre está reservada para nosotros las noches de sábado.

Lo hago sin abrir la boca. Dejo la bebida en el posavasos que me han entregado, y reviso el teléfono móvil que me ha vibrado en el proceso.

Samuel: *no te he dejado sola, es que nos sentamos así desde que tenemos uso de razón. Estamos ordenados por fecha de nacimiento. Has llegado la última y Colden es el primero...*

Que se haya molestado en hacerme entender que no se ha separado de mí por gusto me hace

estar más tranquila, incluso le lanzo una sonrisa y él un guiño.

—Samuel, deja de ligar con la jefa.

Ha sido Miles el que ha soltado el comentario y el que ha hecho que, por primera vez en el día, Colden pose su mirada sobre mí más de cinco segundos. Ve que tengo el móvil entre las manos, al igual que Samuel, y resopla. Este chico parece que siempre está resoplando.

—Quizá a la jefa le mola ese rollo de que le hagan la pelota.

Parece que prefiero que se quede en silencio y que siga resoplando.

Me centro en la música country que sale de los altavoces. Hay algo de tranquilidad en sus letras, el hecho de que tenga una sencilla base instrumental en sus ritmos me transmite una energía muy positiva.

Si dejo a mi cuello moverse por él mismo, cabecearía al ritmo de la música, incluso mis piernas quieren unirse al baile.

—¿Qué te parece nuestro santuario, Krystal? —pregunta Wylan mientras se lleva la jarra de cerveza a los labios. Se ha retirado el sombrero hacia arriba para tener más visión.

—Es... diferente a lo que esperaba de Lellos.

—No puedes esperar nada del pueblo si no lo conoces.

No ha hecho falta que me mire para sentir el hartazgo en cada una de las palabras.

—En eso tienes razón, me gustaría cambiarlo. Conocer los rincones del lugar del que provengo.

Todos sonríen, del único que no tengo un gesto es... Bueno, del mismo de siempre.

—En cuanto la nieve se diluya, podremos salir con los caballos durante horas —explica Nevan a modo de respuesta.

—¿Cuánto falta para eso?

No tiene tiempo de responder porque el susodicho toma la palabra. Está sentado de tal forma que solo veo su perfil izquierdo.

—¿Es que tienes prisa por volver a tu vida neoyorkina?

—Es solo una pregunta sin doble sentido. —Reprocho con un tono más duro del que me gustaría.

Me espero otro resoplido cuando me sorprende con una seca carcajada.

—La mía llevaba implícita muchos dobles sentidos.

Voy a preguntarle qué significa eso cuando Nevan ignora su mal humor y me da una respuesta.

—Calculamos que en tres días podremos salir a pasear. La nieve no se derretirá tan rápido en las zonas sombrías, pero las fincas colindantes del Rancho, así como la mayor parte del pueblo, tiene mucho sol durante el día. Los caballos están acostumbrados al frío y a la nieve casi deshecha.

—Me apunto.

He venido aquí con una promesa. Le he prometido a Holly que tomaría aire puro y volvería mejor que nunca. Si me tengo que poner a prueba para ello, así será. Nada va a cambiar si yo no hago el cambio y, encerrarme en la habitación a revelar fotos es ya un hábito en Nueva York.

Nevan cabecea con una sonrisa. Entiendo que ambos tenemos una promesa que cumplir.

—¿Y qué me dices a probar a Cow?

Miles tiene una mirada más pícara que su mellizo. Cuando habla siento que me está desnudando, y he percibido que lo hace con todo el mundo. El día que llegué a casa y Brielle se presentó, sucedió lo mismo.

Me giro hacia el lugar que está señalando. Ya me había hecho una idea de a lo que se refería cuando nombró a «Cow», pero ahora que veo el toro mecánico sin ocupantes, entiendo que me está proponiendo un reto.

Acabo de decirme a mí misma que tengo que ponerme retos, ¿no?

—Nunca he montado un toro.

—Es una vaca, y siempre hay una primera vez, jefa.

Miles se levanta de la silla de madera, deja la mano extendida en el aire, a la espera de que la acepte. Tomo un sorbo de la cerveza y acepto su apretón de manos.

19. COLDEN

—¿Se puede saber a qué cojones estáis jugando?

De Miles me puedo esperar cualquier cosa para impresionar a la chavala, pero ¿de Samuel?

El susodicho evita mi mirada y se centra en el paseo que Miles le está dando a Krystal.

—No sois conscientes de que no es una simple urbanita a la que impresionar. De ella dependen muchas cosas en la empresa.

—Relájate un poco, ¿vale? Queremos pasar tiempo con ella como nos pidió Edur. Si no te apetece sacar el palo que tienes metido en el culo, el problema lo tienes tú.

Nevan separa con fuerza la silla de la mesa y me deja sin posibilidad de rebatir su comentario.

No tengo un palo metido por el culo, tengo un dolor de espalda de tres pares de cojones gracias a la princesita y a que se ha quedado con mi habitación.

Los gemelos lo siguen mientras me quedo con el traidor de mi hermano mediano. No muevo las manos, no abro la boca. Solo lo miro. Él evita mi mirada, eso es ya un indicativo más que suficiente de que esto va en serio. Voy a tener que aceptar que la princesita va a unirse a los sábados en el Cow mientras esté aquí.

Observo por encima del hombro lo que están haciendo.

Miles está ayudando a Krystal a subir al toro. Ella podría haberlo hecho por sí misma, pero conozco a mi hermano como la palma de la mano, y diría que desperdiciar ser un galán delante de una dama, no entra dentro de sus posibilidades.

Como alguno me diga que se la quiere ligar yo...

No quiero pensar en esa posibilidad.

Me pongo tan incómodo que acabo la cerveza de un trago. Me dirijo hacia la barra antes de hacer una tontería, o de pensarla. Samuel aún tiene su bebida llena, así que no lo invito a acompañarme.

Rory, la camarera del Cow desde hace dos años, me sonríe cuando me acerco. Es una chica dulce y ácida. Es la combinación más extraña que he conocido en mi vida, por ese motivo no hay nadie como ella para llevar este lugar. Mantiene a los turistas al hilo y la caja llena cada día.

—¿Qué hay, Keller? ¿Un día duro?

—Está siendo una semana dura.

Me apoyo en la mesa de madera mientras ella rellena mi cerveza. El movimiento me deja con una panorámica al toro mecánico y a los movimientos de mis hermanos con Krystal.

El toro se mueve lento, ellos han debido de activar la funcionalidad de entrenamiento. Le están enseñando cómo tiene que colocar su cuerpo, elevando la mano y moviendo las caderas para mantener el equilibrio.

—¿Tiene algo que ver la nueva miembro del clan?

Rory también se fija en lo que hacen el grupo sobre el toro mecánico.

—Puede ser. No me gustan los cambios.

Escucho la risa de la camarera pero no me giro, mi atención ha quedado atrapada en las manos de Miles abarcando las caderas de Krystal.

—Lo que no te gusta son las rubias que te desencajan el puzzle, Colden Keller.

Aprieto la mandíbula y giro la atención hacia ella. Es joven, de la misma edad que Samuel, aun así, tiene una confianza con sus comentarios y con su modo de actuar que me hacen desear conocer su historia, la real.

—Ella no desencaja nada.

—Todavía no, pero tengo entendido que es la pieza central del Rancho, ¿verdad?

La risa floja de Krystal separa nuestras miradas. Ambos observamos cómo su pelo se mueve sin sentido conforme el toro se encabrita. No lo hace a la máxima potencia, de ser así no estaría aún montada sobre él. Ha debido de escuchar las directrices de mi hermano porque eleva la mano izquierda y se mueve para no caer.

—Es la jefa —expongo con los dientes apretados.

Intento centrarme en la música alegre, hacer que mis caderas se muevan a su son, a pesar de ello hoy no surte efecto con nada, todo se lo ha llevado la princesita de ciudad.

—Pues eso, la pieza central.

Rory pone una mano sobre mi hombro y lo aprieta. No dice nada más y siento que ha dicho demasiado.

No me caracterizo por ser transparente, no sé qué cojones le ocurre a todo el mundo para decirme lo que cree que estoy viviendo.

Vuelvo a la mesa unos minutos antes de que la tropa lo haga. Evito mirar hacia ellos hasta que todos han vuelto a tomar asiento.

—La falta de ideas han enterrado a Edur en un pozo negro durante semanas —narra Eric.

¿A qué narices se refiere?

—Ni él ni Holly me han mantenido al tanto de la mala racha del negocio.

Así que es eso, le han comentado toda la realidad.

—Edur siempre cree que él y Colden, por ser los mayores, son los que tienen que solucionar

el problema. Les encanta llevar el peso del mundo sobre sus hombros.

—No seas gilipollas, Eric. Lo hacemos porque vuestras ideas son de niños, sin sentido y lanzadas por hartazgo. Cuando tengas responsabilidades, me cuentas si es tan sencillo.

La cerveza ya debería de haber aligerado los músculos de mi mandíbula, pero no ha sido así.

—Podemos hacer una lluvia de ideas para aportar más posibilidades.

El olor a fresas se intensifica a mi alrededor, lo que significa que está más cerca de mi espalda de lo que estaba antes. Muevo la mirada hacia ella, así es, se ha apoyado con ímpetu en la mesa para acercarse a mis hermanos.

—Cada uno podemos aportar una idea, o las carencias que hay.

—¿Y tú que vas a aportar? —pregunto.

Me clava el azul eléctrico de sus ojos. Es que no puede ser una representación más realista de una Barbie.

—Seré la última que lo haga, si así estás más cómodo.

Me toca las narices la condescendencia que tiene conmigo y lo amable que se muestra hacia los demás. En concreto con mis hermanos.

Dejo que mi cuerpo se gire en la silla y enfrento su rostro.

—No conoces una mierda de tu propio negocio, el problema no es cuando, es por qué tú.

—Colden —me alerta Miles para que afloje.

No suelto la atención de la princesita, es más, me fijo en cómo huye de la atención cuando mi hermano intenta defenderla. Lo hace a menudo, se esconde debajo de sus hombros como si así se volviese invisible. Abre y cierra la boca para decir algo, mantiene el silencio y toma aire con fuerza. He comprobado que se pone nerviosa cuando expresa una opinión.

—Tú mismo repites constantemente que soy la jefa, ¿verdad?

No hace falta que le responda, todos sabemos que así es.

—Pues por ese mismo motivo haré mi aportación. Me gustaría escuchar la tuya, ya que lo que has hecho hasta ahora parece que no es suficiente.

No es posible que vaya por ahí...

Siento los dientes a punto de romperse por la fuerza que estoy haciendo.

—Me he deslomado para que tu empresa siga en pie desde hace años, pisa con cuidado por donde cruzas, princesa, no vaya a ser que te caigas.

Hago que la silla se mueva con fuerza para dejarme salir. No ha sido una buena idea ir el sábado al Cow con ella entre nosotros.

—¡Colden!

La escucho gritar por encima de la música, a pesar de ello la ignoro. Ha ido muy lejos con ese comentario. Una pareja que estaba a punto de besarse me deja pasar, mi cara debe de ser un poema. Ella corre hacia mí e intercepta mi paso sin darme la opción de ignorarla de nuevo. Su

respiración está sulfurada, entiendo que es por la corta carrera. Hace el amago de tomar mi brazo para frenarme, pero se queda con la mano en el aire.

—No he querido ofender.

Niega y cierra los ojos.

No tengo ni idea de por qué espero a que continúe con su discurso porque me interesan una mierda sus disculpas. Quiero pensar que es porque me gusta verla arrastrarse y la música que está sonando en estos momentos.

—Parece que cada vez que conversamos meto la pata. O la metemos porque está claro que no nos entendemos.

Vuelve a clavarme los ojos con una mirada tierna que varía conforme habla. Pone ambas palmas en alto donde las pueda ver y continúa con su discurso.

—Quiero ayudar, y no quiero desprestigiar tu trabajo. Sé que es duro y que tenéis que hacer grandes sacrificios para que todo siga en pie, pero escuchar nuevas propuestas puede ser interesante, ¿qué me dices?

¿Qué le digo?

Le podría decir que sus consejos de ciudad se los puede meter en el culo.

También le puedo comentar que la cara de corderito degollado la puede utilizar con Nevan o con Samu, ellos tienen el corazón blandido; conmigo no va a funcionar.

—No te pongas en medio y no tendremos problemas.

Es mi respuesta. Corta y concisa.

—¿A qué te refieres? —Se aprecia la duda en su rostro. No quiero creer que sea real, puede que sea uno de sus trucos para tenernos a raya.

—No pongas una barrera entre mis hermanos y yo por ideas que conoces que no están a la altura de este lugar. Haz lo que tengas que hacer, pero no busques una hermandad. No somos tus amigos, no te conocemos de nada. Nunca te has dignado a pisar este lugar.

Cambia las negaciones de hace unos minutos por unos asentimientos lentos. Está procesando la información.

—Está bien. Entiendo tu punto y no quiero que pienses que he venido a pisar tu terreno. Ya te dije que no estoy intentando cambiar tu percepción sobre mí con los prejuicios que tienes.

—Entonces todo está claro.

—Sí.

Se mueve hacia un lado para que pueda pasar. Mis planes iniciales consistían en salir de este escenario y buscar diversión real en otra parte, por el contrario, espero a que sea ella la que reaccione.

Al final acaba claudicando y continúa el camino. No vuelve a la mesa, se dirige directa al baño y yo lo utilizo como excusa para regresar con mis hermanos.

La cara de enfado de Wylan me espera cerca.

—¿Eres idiota? No mola nada esa actitud que estás tomando.

—No sabe procesar lo caliente que le pone la jefa, Wylan —dice Miles con tono jocoso.

—¿Eres gilipollas, Miles?

Cambio la atención de uno a otro.

Tenemos una tradición en las mesas redondas y es que cada uno se sienta en orden de nacimiento. La primera silla la tomo yo, seguido de Miles, Nevan, Samuel, Eric y Wylan, lo que me deja siempre al lado de los mismos.

—Me lo has preguntado en demasiadas ocasiones estos últimos días, ¿no te sientes un tanto repetitivo?

Cada uno de mis hermanos tiene un rol dentro de la sociedad familiar que hemos creado. Miles es el toca huevos que me saca de quicio en cada oportunidad que le brinda la vida.

—Será porque te comportas como uno. O porque vosotros os habéis visto deslumbrados por la llegada de ella y esperáis que actúe de otra forma. ¿Quizá como unos babosos como lo hacéis vosotros?

—¿No crees que después de tres días ese discurso está demasiado trillado? —pregunta Nevan.

—Es que mi opinión no es una veleta como la vuestra.

—Krystal es una tía guay —apunta Eric.

No esperaba menos de los gemelos. Una cara nueva significa una aliada para sus travesuras hasta que la otra persona se dé cuenta de los líos en los que se puede meter, y las consecuencias que puede asumir cuando está cerca de ellos todos los días.

—Y por eso le habéis regalado el sombrero de vaquera, ¿para que se sienta parte del club? —pregunto.

—Es el sombrero que Edur le guardó durante años —rebate el gemelo mayor.

—¿Y por qué no lo ha tenido hasta ahora? —No espero a que ninguno de ellos responda, lo hago por mi cuenta—. Ah, sí, porque a ella jamás le ha interesado este lugar.

Hay un golpe en la mesa que hace que todos nos giremos hacia Samuel.

—«Eres más repetitivo que el ajo, Colden».

Perder a mi aliado está siendo duro, aunque no refundo la esperanza de que dentro de unos días se dé cuenta de que tenía razón y venga con el rabo entre las piernas a pedirme disculpas.

Me aferro a la cerveza como método de pasar la palabra. No me interesa discutir con ellos por algo que sé que les va a llevar tiempo descubrir.

Eso sí, no he pasado por alto que la princesita no ha salido del servicio durante un par de minutos. Cuando hemos tenido un enfrentamiento ha salido huyendo, ha evitado continuar con el desarrollo de la conversación.

No sé qué trama, puede que haya esbozado su perfil mejor que mis hermanos, pero en estos

tres días, y desde la distancia, me he percatado que hay capas que no está dejando ver. Y no hay nada que me ponga más que un reto. Si es desenmascarar su cara dulce, eso será.

20. KRYSTAL

Lo que podía haber sido una de las mejores noches de mi vida se convirtió, como no, gracias a Colden, en un nuevo ataque de ansiedad.

Encerrarme en el baño a la espera de que mi respiración vuelva a su compás siempre es la acción más inteligente.

Los azulejos están tan fríos que decido retirarme la chaqueta y el jersey a la espera de que la bajada de temperatura ayude.

Soy gilipollas. Debería de haber pensado mejor en lo que le he dicho, he visto el dolor en sus ojos y...

«Soy una mierda.»

«No debería de haberme enfrentado a él.»

«Mírate ahora, no puedes ni contener las lágrimas.»

Llevo los dedos a las sienes. Los froto contra mi piel en busca de algo de alivio.

Lo que ha sucedido ahí fuera ha sido una simple discusión, por un intercambio de opiniones no puedo ponerme así pero mi cabeza no lo entiende.

El temblor en las manos deja de ser tan evidente al concentrar toda mi atención en el masaje.

Tomo aire por la nariz y lo suelto por la boca con tranquilidad. La espalda se me ha congelado; me ayuda a centrarme en el aquí y ahora.

Mi mente decide que es momento para recapitular todos los momentos; mis palabras, las tuyas; Las freno antes de entrar en el maldito bucle.

Vuelvo a tomar aire con fuerza por la nariz y lo expulso por la boca.

Me incomoda el modo que tiene Colden de restar importancia a lo que digo, el odio con el que me mira me hace daño porque no siento que sea la culpable de sus problemas como él quiere hacer ver. Es difícil asumir que la validación de los demás es importante en tu vida, pero es aún más complejo ver que no puedes hacer nada para cambiarlo. Ni su opinión, ni la presión por contentar al resto.

Intento repasar los momentos en el toro mecánico, me reí como hacía tiempo que no hacía, y debo de admitir que fue divertido, aunque tuviera miedo de romperme un diente en el camino. Miles estuvo dándome indicaciones en todo momento de cómo lo tenía que hacer, y el resto de

hermanos me animó como si fuera un entretenimiento para ellos también.

La presión va aligerando aunque no he podido evitar que unas tímidas lágrimas bañaran mi rostro.

Espero lo que me parece una eternidad en la misma postura. No salgo hasta que recobro la compostura y encuentro que estoy fuerte para seguir hablando con los hermanos.

Empujo la puerta batiente y la primera persona que me encuentro es a Rory, la camarera.

—¿Estás bien? Miles me ha dicho que llevas ahí un rato, iba a buscarte.

Si tuviera confianza con ella le pediría un abrazo y me echaría a llorar como un bebé.

—Sí, me ha bajado la regla.

Parece que encuentra válida mi excusa.

—Tengo un kit de primeros auxilios debajo de la cisterna, por si alguna vez lo necesitas.

El resto de la noche me enfoco en su amabilidad, en las sonrisas que me echa desde la barra cuando los gemelos vienen en mi búsqueda y en que, a diferencia de Colden, aquí parece que todos están contentos con mi llegada. Solo me queda sentirlo yo misma.



—¿Estás segura de que no quieres que reserve los billetes de avión?

Es temprano, el sol aún no se ha puesto por encima de la enorme montaña. El frío se cuele por la puerta cerrada de mi habitación mientras compruebo cómo la poca nieve que queda se ha ido congelando con el frío de la noche. Para Holly, aún es de noche. Está en una presentación de un importante pintor que ha escogido su galería de arte para lucir su obra. Sé que está emocionada, hasta el punto de querer compartirlo con ella.

He cumplido una semana en Lellos y, aunque el objetivo de mi llegada estaba claro, tengo la sensación de que no he hecho nada de lo esperable y que el tiempo ha transcurrido en un suspiro.

—No quiero que vuelvas hasta que no estés cien por cien segura. Si consideras que has sanado todas tus heridas y que lo mejor es volver a la universidad y cerrar ciclos aquí, hazlo, pero no por mí, cariño.

Pensar en la universidad, en la vida rápida de Nueva York, y en volver a la rutina de siempre, hace que esa bola de angustia que me trajo hasta aquí se haga más consistente.

Miro a través de la ventana; suda el vaho que se ha formado por el calor que hace en el interior de la casa. Los pinos están congelados, al igual que el verde que ya se puede diferenciar entre las pequeñas motas de nieve blanca.

Algunos rayos de sol se cuelean a través de la montaña, sin embargo, no tiene la suficiente fuerza como para alumbrar cada una de la zona del valle debido a la altura de la gran elevación natural. En el pico se percibe una cota de nieve grande, ¿qué temperatura hará allí? ¿Costará respirar debido al frío?

—¿Me estás escuchando, Krystal?

Salgo de mi ensoñación y parpadeo para volver al presente.

—Sí, claro.

Se hace el silencio entre nosotras. Yo porque no tengo ni idea de qué decir, y ella porque estará meditando sus palabras como lleva haciendo desde que sucedió lo que sucedió.

—¿Estás bien? ¿Te están tratando bien?

Mido las posibilidades de decirle la verdad o no. No con respecto a Colden, considero que ese es un tema que solo él y yo podemos resolver, sino con relación al Rancho y todo lo que conlleva el negocio.

—Me he enterado de los problemas. Los chicos me lo han dicho.

En lugar de quedarse en silencio, mi tía toma aire con fuerza, tanto que tengo que despegar unos centímetros el teléfono móvil de mi oreja.

—No es tu problema, ¿me oyes? Sé que eres mayor de edad y que en cualquier momento puedes intervenir en la empresa, pero Edur y yo nos estamos encargando de ello. Tienes que estar centrada en la universidad y en volver a sonreír. No pienses en ello. No ahora.

—¿Y si quiero hacerlo? ¿Y si en realidad quiero poder ayudar? Desde que he llegado... —Freno mi discurso porque no quiero hacerle daño. No a Holly que ha cambiado toda su vida para hacer feliz la mía. —Déjalo, da igual.

—¡No! Continúa, cariño. Dime lo que sientes, ábrete conmigo. No estoy ahí pero te estoy escuchando. Piensa que estoy a tu lado.

Trago saliva porque ni sé cómo puedo decirle esto, ni sé con acritud lo que siento con respecto al discurso que estoy a punto de soltar.

—Desde que he llegado tengo la sensación de que este lugar no era el mismo que en mis recuerdos. Que todo ha cambiado, o que lo he hecho yo.

—Eso es normal, Krystal. Eras una niña cuando todo sucedió, nos fuimos antes de que pudieras tener una visión por ti misma.

Paso por alto el pensamiento de que, quizá, Colden lleve razón cuando dice que soy una desagradecida por borrar de mi camino y de mi vida el pueblo.

—Ahora mismo tengo delante una imagen donde la representación de la naturaleza me hace crear ideas. Me encantaría fotografiar el pájaro que se está posando en el congelado pino. El modo en el que los chicos cepillan a los caballos todas las mañanas, o cómo Edur ajusta su sombrero cada vez que las cosas no salen como le gustaría. Es... Es extraño porque siento que quiero hacer algo, que quiero estar... aquí —susurro.

Por un instante, Holly no dice nada al otro lado de la línea.

No debería de haber dicho eso porque sé que le estoy rompiendo el corazón. Ella ama Nueva York, se fue de Lellos por mi culpa, tuvo que empezar de cero y le costó mucho tiempo lograrlo.

Ahora que lo ha conseguido, que es feliz y que tiene ilusiones, he vuelto a desmoronar su vida.

Escucho un ruido de su parte, algo similar a cuando me sorbo el agua de emoción que se genera en mi nariz cuando estoy llorando.

—No invalides tus sentimientos, Krystal, sigue por esa línea porque mereces ser feliz.

—¿No te has enfadado porque no quiera volver por el momento?

—No. Tu tío dice que te ve sonreír varias veces al día, ¿sabes cuánto llevo yo sin hacerlo? Meses, cariño.

Asiento, aunque ella no me vea. No me veo capacitada para hablar en estos momentos.

—Dentro de unos días te vuelvo a llamar, ¿vale? Y, si te animas a hacer todas esas fotografías, las quiero en mi WhatsApp más pronto que tarde.

En esta ocasión sí que consigue que me ría y que lo exprese en voz alta. Cuando corto la llamada, no se me ha borrado la sonrisa de la cara y se me ha ocurrido una idea para ayudar a que el Rancho vuelva a brillar.

Busco a alguno de los hermanos por la casa, me encuentro a Wylan en el salón, pero para lo que tengo entre manos necesitaría hablar con los mellizos o con... Colden.

Sin duda los mellizos son mi primera opción.

Sostengo cerca de mi pecho la cámara mientras corro hacia las caballerizas, si la tabla de trabajo colgada en la nevera no está mal, la guardia del día le tocaba a Miles, así que debería de estar en la oficina.

La temperatura en el exterior es gélida, y con la emoción no he cogido la chaqueta de invierno, así que acelero mi paso hasta que alcanzo el establo de madera. Alguno de los caballos giran la cabeza a mi paso, les sonrío por puro instinto y me estiro cuando llego a la oficina para comprobar a través de los cristales si hay alguien allí. Como no, Miles y Nevan están con un café en la mano y discutiendo sobre algún tipo de nimiedad que los demás obviaríamos.

—Hola chicos, ¿puedo molestaros un minuto?

Miles está de espaldas, pero Nevan ya me sonrío de medio lado ofreciéndome entrar. Es carismático, el que más de sus hermanos.

—Para ti, tenemos todas las horas del día.

Tengo que tragarme una sonrisa de vergüenza porque aún no me he acostumbrado a los halagos constantes que me lanzan los Keller. Y no lo hacen solo conmigo, ayer, desde la ventana, vi como Nevan trataba a Brielle y me quedé un poco más enamorada con la clase de chico amable que es.

—He tenido una idea, y considero que me podéis ayudar a decidir si es una ida de olla, o puede salir algo interesante.

Tomo asiento en el hueco que queda libre de la pequeña mesa. Este espacio es incómodo para lo necesario que es para el negocio. Hago un repaso rápido de los rincones y me centro en los dos

pares de ojos que esperan mi discurso.

—El sábado dijisteis que el Rancho estaba pasando por un mal momento, que se habían intentado hacer actividades para rescatarlo pero que nada había dado sus frutos.

—¿Fuimos tan pesimistas? —pregunta Miles con sorna.

—Y eso que Colden no habló... —añade Nevan mientras sonríe a su hermano.

—Los caballos que tenemos aquí son los de rescate, ¿cierto?

Hago referencia a estas caballerizas y no a las del antiguo establo.

—Sí, algunos están más entrenados que otros. Los que no son capaces de subir a las montañas con seguridad, los dejamos pastar por el valle y son los que utilizamos para pasear a los turistas.

Subo el dedo índice cuando dice la última palabra.

—Ahí quería llegar yo. Los turistas no son el mejor negocio para la empresa, llegan y enturbian el trabajo importante, pero son necesarios.

Es la primera vez que siento que mis estudios universitarios me están aportando solidez para hablar de un tema. Hasta este momento creía que estaba perdiendo el tiempo.

—Sí, así es —afirma Nevan que no ha retirado la atención de mí en ningún instante.

Mi mirada varía de uno a otro para incluirlos en la idea que les he venido a presentar.

—El trabajo que hacéis aquí es digno de valorar, sin embargo, hay un pero, y es que ¡nadie lo conoce!

—Vivimos en medio de la nada, por si no te habías dado cuenta, aquí el internet no todos los días funciona. No somos los chicos más populares del mundo, ¿cómo se llaman a esos? —pregunta Miles.

—Influencers —respondo con convicción.

—Eso.

—No me refiero a eso, quiero decir que si el mundo supiera de este lugar, si pudieran ver con sus propios ojos todo lo que ocurre en «un pueblo en medio de la nada», quizá sí que valorasen el trabajo realizado.

—No tengo ni puta idea de a donde quieres llegar, muñeca.

El apodo me lo tomo como un indicativo de cariño, Miles lo utiliza con todo aquel que le pone nervioso.

—¿Y si creamos una web para enseñar el trabajo que se hace en el Rancho? Yo puedo hacer reportajes diarios de fotografías, incluso podríamos añadir una recaudación de fondos para ayudar al negocio. A cambio, podríamos hacer rutas a caballo en algunos momentos del año para los turistas, olvidándonos de depender de ellos como fuente de ingresos. Si conseguimos tener validez social, que el mundo conozca las acciones que se hacen desde aquí, todos los negocios crecerán. La escalada sería un deporte muy demandado, si ese es el caso, las guardias de rescate aumentaría y con ello la solidez de la empresa.

—¿Crees que la gente entraría a ver unas fotografías de nosotros trabajando con los caballos?
—Nevan no parece convencido con mi idea.

Quizá me he dejado llevar por la emoción, pero mientras hablaba con Holly y veía cómo el sol salía por esa montaña, lo tuve claro. El mundo necesita conocer Lellos. Lo demás, será un proceso de enamoramiento natural.

—Te podría sorprender la cantidad de cosas que las personas buscan en internet para entretenerse.

—¿Si me hago famoso, me subirás el sueldo, verdad?

Cambio la atención a Miles. Él sí que está emocionado, lo veo en la forma en la que sus labios se han destensado, y en cómo su frente ha borrado las arrugas para dar paso a una mirada de ilusión.

—Lo haría, sin duda.

Me río por el comentario y por cómo se lo toma él. Creo que con esta simple afirmación me he ganado a un fuerte aliado.

—¿Y qué tendríamos que hacer nosotros? —pregunta Nevan.

—Nada, trabajar como lo hacéis normalmente. Yo haré fotografías de vuestra jornada, de los paisajes y de todo aquello que llame mi atención, después seleccionaré las fotos y lo subiremos a la web. Tengo un blog sobre fotografías de Nueva York que... —bajo el tono de voz porque me da vergüenza admitirlo—, funciona bastante bien.

—¿Cómo de bien? —Es Miles quien toma la palabra nada más que termino de hablar.

—Tengo bastantes seguidores y me han salido trabajos como fotógrafa por ello.

—¿¡Eres una de esas influencers y no lo has dicho hasta ahora!?

Mis números no se asemejan en nada a los de un influencer, no obstante, tampoco puedo obviar que me ha ido bien desde que comenzó el blog. Ha habido muchos usuarios que me han enviado mensajes agradeciendo el modo en el que capturo el mundo, y eso para mí ya es ganar.

—Está bien, —asiente Nevan. No tan emocionado como su mellizo, pero siento que cuando el proyecto tenga forma, él lo apoyará—. ¿Y cómo podemos comenzar?

Medito los puntos importantes del negocio.

—Lo más relevante es buscar un informático que nos haga una página web atractiva. Tenemos que tener una accesibilidad buena a todas las partes del mundo.

Ninguno de los dos me responde, se miran entre ellos, asienten y vuelven la atención hacia mí.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Es Miles quien toma la palabra.

—Conocemos al mejor informático de Londres, se llama Asher y es amigo de la familia, él nos echará una mano.

Es mi turno de afirmar con un movimiento de cabeza.

—¿Eso significa que...?

—Eres la mejor jefa del mundo —termina Miles por mí.

Aunque le sonrío, espero a que su mellizo me aporte otra opinión. Los mechones rubios que le caen por la frente llaman mi atención. Ahora mismo mirarle a los ojos es una batalla perdida porque me pondría más nerviosa.

—Me gusta la idea, y me da miedo a partes iguales. Nosotros nunca hemos hecho eso, lo de llamar la atención...

—¡Venga ya! —grita Miles cortándolo—. Si la jefa dice que el mundo tiene que conocernos, es porque así debe de ser. No te subestimes, hermano.

—No me quiero tanto como tú a ti mismo, Miles.

Rueda los ojos y cuando vuelve a su postura se centra solo en mí.

—Quiero salvar el Rancho, de corazón, Krystal, así que todo en lo que pueda ayudar...

Lo que parecía una idea loca, inesperada y con poco sentido, cuando he hablado con ellos se ha convertido en un proyecto que me llena de ilusión. Sonrío sin poder frenarlo. Mis días aquí ya tienen un porqué y, de algún modo, experimento las ganas de crear y de que los demás validen lo que pueda salir de mis ideas. Es extraño, y debería de darme miedo, sin embargo, la emoción puede más que cualquier otro sentimiento.

—Ahora solo queda convencer a Colden y a mi tío —comento ante la atenta mirada de los mellizos.

21. COLDEN

Los cuchicheos de la princesita con Miles me están empezando a tocar las narices. Esta mañana, cuando he entrado a la casa, los he pillado riéndose muy juntitos de algo que ella tenía en la cámara de fotos. Le pregunté hace dos días a Nevan por lo que estaba ocurriendo entre estos dos; su respuesta fue vaga y añadió un «ya te lo contará él».

No sé si estoy de mal humor por la actitud de ambos, por lo poco que duermo, o porque parece que la chavala no tiene intención de finalizar el viaje y volver a su rutina en la gran ciudad.

He estado toda la noche de guardia, así que me meto en la ducha cuando sé que todos van a estar en sus quehaceres y no voy a tener que acortar mi tiempo de relajación por las gilipolleces de ninguno de mis hermanos.

Si tuviera que elegir un lugar para el resto de mi vida, sería una ducha de hidromasaje, de esas que tienen un banco de madera para poder sentarte. Sería una auténtica maravilla.

Me quito la camiseta y me pongo a arreglar la barba mientras el agua se calienta. Debería de cambiarle las pilas a la máquina, está empezando a fallar y hace un mes lucí un perfecto trasquilón que fue la risa de todo el Cow durante unos días.

Sin darme tiempo a reaccionar, la puerta se abre y un grito femenino hace que me corte cerca de la oreja. No tengo que mirar a través del espejo para saber que Krystal Muller está con los ojos abiertos, la boca tapada con su mano y con cara de haber visto al mismísimo demonio.

—¿Qué cojones haces? ¿No te enseñaron a llamar a la puerta?

Me giro en busca del papel higiénico para poder cortar la hemorragia. No soporto hacerme calvas en la barba.

—¡Estás sangrando! Espera, que te ayudo.

Me sorprende su rapidez; pasa por mi lado, desenrosca el papel de la base en la que se sujeta y me tiende un trozo consistente. Mi mirada se va a la ligereza que desprenden sus dedos. Son las manos de alguien que tiene una buena vida, muy diferente a las mías, que están llenas de cayos, cortes y en la mayoría de ocasiones de tierra.

—Gracias —respondo seco.

El corte no duele, es más el escándalo que genera que otra cosa.

Vuelvo al lavabo para echar un poco de agua antes de pegar un papel encima de la pequeña herida. Escucho su respiración a mi espalda como un marcapasos rítmico que despierta todas mis terminaciones.

—¿Te puedes ir? Quisiera tener un momento de intimidad.

Busco su reflejo en el espejo.

No soporto cuando hace eso, abrir los ojos como un animalito indefenso.

—Esto... Sí. ¿Necesitas algo más? —pregunta indecisa.

—Saber para qué has entrado.

—Yo... No... Venía despistada, no es importante.

Y con las mismas sale del baño, pega un sonoro portazo y me deja con un humor peor que el de antes.

Debería de haberme ido a la otra casa cuando llegó.

La ducha ya no tiene el mismo sabor dulce que había proyectado. Mis músculos no se destensan ni con el calor del agua. Estoy hasta los cojones de...

Tomo aire con fuerza.

«Venga, Colden, que tampoco tiene la culpa de todo la muchacha».

Quiero pensar que así es, que no está acostumbrada a convivir con más personas a su alrededor y que lo hace sin mala intención. Quiero ver un atisbo de eso que captan mis hermanos, pero es que sigo con la firme creencia de que le están poniendo la alfombra roja solo porque está buena y ella les ríe las gracias.

Porque guapa es, eso no lo voy a negar.

Demasiado urbanita para mi gusto...

El peinado lo dejo para otra ocasión; me visto en tiempo récord y salgo del servicio antes de que vuelva a entrar sin pedir permiso.

En el pasillo central no hay nadie, sin embargo, la puerta de mi habitación está ligeramente abierta.

Recuerdo cuando los gemelos tuvieron una época en la que la palabra «privacidad» no entraba en su vocabulario. Les tuve que enseñar a pedir permiso para acceder a la intimidad de los demás. Pues bien, esas clases me las voy a saltar porque quiero saber qué trama en el silencio del hogar. Camino despacio para que el sonido de las botas no la sorprendan. La única luz que la rodea es la que entra por las ventanas. Está sentada en el suelo, al lado de la cama. No le puedo ver la cara, se encuentra de perfil observando algo en su cámara. En la pequeña pantalla diferencio uno de los árboles del jardín, hace zoom y señala un pequeño gorrión que ha capturado con su objetivo. Posa el dispositivo en el suelo y escribe algo en la pequeña libreta que la acompaña.

«Qué tía más rara.»

Pensaba encontrarla tramando algún plan maligno, no viendo fotos de pajaritos. Dejo atrás su puerta y voy directo a los establos. Con la nueva incorporación a la casa y todos los métodos que estoy llevando a cabo para no encontrarla en cada esquina, he estado más alejado de Coco que de costumbre.

El aire gélido impacta sobre mi pecho. Llevo el pelo húmedo y no me he puesto chaqueta. Ese mito de que los Keller somos hombres del norte está un poco sobrevalorado. Acelero el paso para entrar en las caballerizas; Coco relincha cuando empujo la puerta de madera.

—¿Qué tal estás, chico?

Llevamos juntos el tiempo suficiente como para saber que me ha echado de menos. Miles lo sacó a dar un paseo ayer, pero él me prefiere a mí, creo que es el único de este lugar.

Me responde con un movimiento de cabeza. Mueve su hocico sobre mi mano y sonrío por puro instinto. Me pasaría la vida en la burbuja que creamos ambos, es tan sencillo estar aquí...

La siguiente media hora lo mimo con un buen cepillado y le prometo que en cuanto la nieve se vaya del todo iremos a dar un buen paseo.

—¡No va a pasar nada de eso! —La voz de Miles se cuela en la paz que había creado.

Entra al establo seguido de Nevan que rebate lo que acaba de decir pero en tono más bajo, por lo que no entiendo de qué están hablando.

—¿Colden? —me grita el primero de ellos.

—El mundo real me llama, ojalá poder mandarlo a la mierda.

Dejo un beso cerca del ojo de Coco y cierro su puerta para que no tengamos un disgusto. Me encuentro a mis hermanos en medio del pasillo con una expresión extraña. Diría que hay una mezcla de nervios, emoción y miedo que hacía tiempo que no contemplaba.

—¿Qué habéis hecho?

Es lo único que pregunto mientras me cruzo de brazos.

Nevan eleva una ceja pero no dice nada y Miles copia mi postura, con la diferencia de que deja todo el peso sobre una de sus caderas y se pone en su faceta de chulo.

—Tenemos que hablar, hay una reunión en la cocina.

—¿Cuándo? —Nadie me ha informado de ello.

—Ahora mismo. Krystal la ha convocado.

¿Ha dicho Krystal?

Algo perciben porque el segundo de los mellizos matiza las palabras antes de que pueda hacer alguna cuestión.

—Tiene una idea para la empresa. Escúchala.

—¿Escucharla? ¿Vosotros ya la conocéis?

—Verás... —comienza a decir Nevan, el más prudente de los dos.

—Sí, y es la hostia, así que mueve tu culo, te esperamos en casa.

Con las mismas se da la vuelta y se va. Su mellizo no tiene más remedio que seguirlo de cerca porque mi cara de malas pulgas entiendo que no es una buena compañera.

Hago un poco de tiempo ordenando los cubos hasta que me doy cuenta que no voy a engañar a nadie. Todos están esperando por mí y cuanto antes acabe con esto mucho mejor.

La primera sorpresa llega cuando Edur también está tieso sentado en la mesa del comedor. La segunda la llevo cuando él me susurra que algo grave tiene pinta de ocurrir.

El resto se dispone por todo el espacio. Los gemelos están de pie, uno de ellos comiendo helado y el otro con un vaso de leche. Miles está sentado al lado de una Krystal que no nos deja de observar y Nevan respalda su lugar con una pose protectora que no le había visto hasta ahora con la jefa.

Samuel es el único que está a su bola mirando algo en la cámara de fotos.

—Todos somos conscientes de que el Rancho no está pasando por su mejor momento —comienza diciendo—, y por eso estamos aquí.

«Esto más parece una boda que otra cosa.»

Carraspeo y me concentro.

—Se me ha ocurrido una forma de hacer que el negocio escale posiciones socialmente.

—Que bien suena dicho así —indica Miles muy orgulloso.

Intento no fruncir el ceño. No tiene ni idea de cómo funciona su negocio, la propuesta que pueda hacer...

Comienza a hablar y hay algo en ella que cambia. No es la princesita con los ojos de animalito herido, hay ansia en la forma de hablar, puede que incluso alegría. Ahora bien, cuando ha dicho fotografías, redes sociales, y un sinfín de términos que no he comprendido, me salgo de la conversación...

—¿Eso quiere decir que vas a poner nuestra cara por ahí? —pregunto dubitativo.

No quiero quedar como un cateto.

—Sois atractivos, las cosas bonitas siempre entran mejor por los ojos.

—Es que además de guapa y maja es lista. ¿Lo has escuchado, Colden?

A mí no me hace gracia del mismo modo que a Miles. Claro que lo he escuchado y mi respuesta es...

—Krystal, cariño, nosotros no somos muy dados a esto.

Me corta Edur antes de que pueda decir en voz alta mi opinión.

Muevo la silla para tomar una postura más cómoda. Por una vez en la historia voy a dejar que él sea el malo de la película porque parece que no está nada conforme con esta idea loca de una página web o no sé qué.

—¡Pero será bueno! Conseguiremos que los demás valoren el trabajo. Si alguien quiere escalar y no conoce este lugar, gracias a internet lo puede conocer.

¿Esta tía se piensa que por vivir en un pueblo somos idiotas y no conocemos los peligros de la red?

Nevan me mira con la ceja levantada.

«¿Qué narices pensará él de todo esto?» Por cómo está actuando Miles entiendo que él está dispuesto a esto y mucho más, ¿pero el resto?

Mantengo la mirada en él y hace un gesto de bajar la mirada y asentir.

«¡Está de acuerdo con ella!»

—Os prometo que todo saldrá bien, protegeremos el Rancho ante todo. Nadie debe de sentirse incómodo, podemos poner límites.

Edur sigue masticando la idea cuando Samuel me da un toque por debajo de la mesa. Él también está de acuerdo con Krystal. Me fijo en la mirada que tiene ella.

Puede que haya llevado al extremo el odio que le tengo; ante todo quiero que este lugar siga pudiendo existir. No solo por nuestro bien, sino por el bien del pueblo y de todos los animales que criamos.

—No quiero mi cara en internet, hacer lo que os dé la gana, pero respetar mi deseo.

Es el único modo que conozco de dejar las cosas claras sin estorbar en el asunto. Ha llegado la hora de soltar amarras y dejar que sea la verdadera jefa quien maneje este lugar, a fin de cuentas, ella sí que está convencida de que puede salir bien.

22. KRYSTAL

Es mi tercera semana en Lellos y, sorprendentemente, no he tenido ni un solo deseo de volver a mi vida en Nueva York.

—¿Y crees que él sabrá entender el concepto?

Los ojos de Miles se abren con sorpresa. Es el que más implicado está en el proyecto. Los gemelos también han estado ayudando y Samuel me ha hecho un informe de lo que llama la atención en la red. Nevan ha doblado turnos para que el resto de sus hermanos me pudieran ayudar. El único que se mantiene al margen es como no... Colden. Aunque a su favor he de decir que no nos pone cara de acelga cuando ve que estamos trabajando en la página web.

Hace una semana Miles llamó a un amigo de la familia, se llama Asher y es un cerebritito de la informática. Es el tío más misterioso que he conocido nunca, solo le podemos ver su sonrisa y su voz a través de las videollamadas. Cuando le pregunté a Miles por qué trabajaba de ese modo si se suponía que era muy cercano a ellos, me respondió que era tan guapo, que rompería la cámara.

—¿Asher? —pregunta antes de afirmar con la cabeza—. Por supuesto que sí.

Me siento mal porque ayer se me ocurrió hacer un cambio de última hora. Tenía varias fotografías del paisaje que no había editado, y las quiero poner en la página principal junto con un texto que he trabajado con Samuel. Se suponía que el tal Asher iba a programar hoy el lanzamiento de la web, pero Miles le ha llamado hace unas horas para hacer estos cambios.

—¿Y no me odiará por hacerlo trabajar más de la cuenta?

—Asher es incapaz de odiar a nadie.

La seguridad de Miles tranquiliza de algún modo los nervios. Abro el ordenador al mismo tiempo que siento su mirada en mi cuello. Alguien debería de decirle que su mirada es tan intensa que llega a intimidar. No me quiero imaginar cómo se debe sentir alguien al que le resulte atractivo y quiera ser más que amigo con él, porque yo no sería capaz ni de abrir la boca.

—¿Sabes que tiene un gato que se llama Pantera porque es negro y con los ojos verdes?

Pero luego abre la boca y entiendes que tiene la esencia de los Keller corriendo por sus venas.

—¿Qué tipo de problema tenéis con los animales? —Sonrío aunque mi pregunta guarda sentido—. Manchas se llama así ¿porque tiene manchas en su pelaje?

—¡Por supuesto!

No podemos seguir conversando; Asher se conecta y nos ponemos los tres manos a la obra para dejar la página web lista cuanto antes.



Dos horas y media después, todos estamos muy ilusionados con el *proyecto rescate*, es así como hemos decidido llamar a la web.

Avisé a mis suscriptores del nuevo lanzamiento, y subí un par de fotografías que han tenido aceptación por parte del público que ya me seguía en redes sociales. Todavía tengo que matizar el modo en el que quiero expresar las líneas que van a seguir los reportajes fotográficos, pero para empezar, creo que vamos por el buen camino.

En la cocina parece que los *likes* han sido la base de la emoción, incluido mi tío Edur que, después de la primera conversación negativa, ha aceptado que los tiempos cambian y que si todo sale como esperamos puede ser bueno para la empresa y para nosotros.

—Te veo feliz —dice él dejando un beso en lo alto de la frente.

—Ojalá salga bien y pueda ayudaros de algún modo —admito.

Nevan se despide de nosotros cortando la conversación. Han salido uno a uno, empezando por Miles, seguido por los gemelos, y ahora él.

—Deberías salir a tomar el aire un rato —apunta mi tío.

Echo un vistazo al ordenador. Por más que refresque las estadísticas de la página, éstas no cambian. Va a necesitar unos días, quizá semanas o meses para que se vean los resultados.

—Estoy tan nerviosa que no me apetece hacer fotografías.

Cuando esto sucede, el pulso me tiembla tanto que suelen salir borrosas. Aunque, para ser certeros, hacía mucho tiempo que no me ilusionaba tanto por algo.

La mirada cansada de Edur me espera. Se le forman unas arrugitas en los ojos cuando sonrío.

—Puedes irte con los chicos, ellos te cuidarán bien.

—Edur... —comienzo a decir.

No me da tregua, se cruza de brazos y hace el mismo gesto de cabeza ladeada que acabo de realizar.

—Krystal...

Se supone que he venido a la otra parte del mundo para no hacer lo mismo que en casa, así que puede que tenga razón y deba de obligarme a superar parte de mis miedos.

—No los quiero molestar —afirmo.

—Y no lo harás.

Ambos miramos por la ventana. Miles está a unos metros de distancia cepillando a su caballo.

—Parece que es con el que más conexión tienes, ¿por qué no empiezas por él?

¿Es Miles mi persona de confianza aquí? No lo tengo tan claro porque Samuel se ha ganado un huequito en mi corazón y los gemelos me hacen reír en cada oportunidad que tienen. Es cierto que Miles es quien más cercano a mi edad está y el que más me ha ayudado con todo este tema.

—Podría intentarlo.

—¡Esa es la chica Muller que conozco!

La alegría de mi tío me emociona de verdad.

Cierro el portátil ante su atenta mirada y lo dejo a solas en la cocina. Los escalones del porche rechinan cuando pongo los pies sobre la madera. Miles está hablando solo hasta que me ve salir por la puerta. Tiene esa suficiencia en la postura que me hace guardar las manos en los bolsillos, amedrentada por lo seguro que siempre parece.

—Jefa, hace un día de la hostia, tienes que venir con nosotros —apunta.

Deja el peine en el suelo y se sube al caballo sin quitar la mirada de mí. Por más que los veo haciendo ese movimiento a diario, sigo sin acostumbrarme. Me parece que requiere de mucho trabajo tener esa habilidad.

También debo de añadir que es perturbador que hable de él y su caballo, Mango, refiriéndose a «doble m, los más sexis del lugar». Y lo hace muy a menudo.

—No sé montar a caballo y tengo miedo de que la cámara sufra en el camino.

Señalo el objeto que cuelga de mi hombro como un accesorio más de mi atuendo.

—¡No seas rajada! Sabes lo básico y puedes ir con Chocolate. No te va a pasar absolutamente nada. Además, ¿cómo vas a fotografiar nuestra realidad, si no entras en ella?

He hecho un par de sesiones por los establos. Samuel me ha ayudado a limpiar todas las zonas comunes y a poner a los caballos elegantes. También he retratado las madrugadas, cómo el sol entra por la ladera de la montaña y va descongelando poco a poco lo que la noche enfría. La ropa de los chicos ha sido otro de mis reportajes. No les he sacado aún la cara porque no quiero que se entienda mal mi objetivo.

Miles tiene razón, el siguiente paso es abrir el objetivo para capturar Lellos como escenario, no solo la finca del Rancho.

Es un pueblo pequeño, cada familia se dedica a una especialidad y cuando vamos por sus calles todos hablan con los Keller como si les debieran la vida. Algunos deben hacerlo porque los he visto realizar todo tipo de recados, así como ayudas.

—Tengo que ir a la tienda a comprar alimentos para varios vecinos. Después podemos salir por una de las rutas del monte, será impresionante, confía en mí.

La confianza no es el punto que falla, o puede que sí, pero no referida a Miles. ¿Y si no soy capaz de sacar esto adelante? ¿Y si los he ilusionado con un proyecto que no tiene ni pies ni cabeza?

Mirar hacia arriba para conversar con Miles está siendo incómodo, como no tome una

decisión rápida, comenzaré a marearme al tener el cuello en este peculiar ángulo.

—Está bien...



Montar en Chocolate es una tarea de equilibrio y concentración. Es un caballo tranquilo, cariñoso cada vez que interactúas con él, también es el más alto de todos ellos y el que más impone. Miles lleva un paso tranquilo a medida que bajamos el sendero para encaminarnos hacia el pueblo. Sé que no es lo habitual en ellos, los he visto desde la ventana cabalgar por esta carretera a toda velocidad. La distancia que estamos transitando en largos minutos, ellos la recortan en segundos.

—¿Cómo te sientes?

Mi mirada está clavada en el lomo marrón oscuro del caballo y en las cintas que aprieto entre mis manos con fuerza. Me ha explicado cómo tengo que dirigir al animal, pese a ello, mi seguridad brilla por su ausencia.

—Bien —respondo de forma escueta ganándome una carcajada por su parte.

Echo un vistazo, tan solo un instante, a su rostro. Extiende hacia atrás la cabeza y con ello desordena el oscuro flequillo que cubre su rostro. Me encantaría hacer una fotografía del ángulo que marca su mandíbula, es tan peculiar, y tan marcada, que embellece su rostro como el de ninguno.

—Puedes mirar a este hermoso paisaje, Krys. Es más bonito que el cuero de Chocolate.

—Mi mente en estos instantes tiene el foco puesto en no perder el equilibrio —aseguro.

—Venga ya, vamos más lentos que una tortuga, no te va a ocurrir nada, levanta la mirada y echa un vistazo. Quizá tengas que retratar algo de lo que aquí se ve.

Intento no perder la concentración y hago lo que me pide.

La carretera se inclina haciendo que ambos tengamos que bajar la cabeza para apreciar los primeros tejados de las casas de Lellos. Se diferencia la iglesia, con un edificio alto y con un pico llamativo. También lo hace la casa de las flores, a la que mi padre me llevaba en ocasiones para hacerle un regalo a mi madre. Lleva en el mismo lugar durante décadas. Y luego está la inmensidad, la brutalidad de la naturaleza que rodea al pequeño pueblo, haciendo evidente lo efímeros que somos. Algunos días tengo la sensación que la cadena montañosa protege a Lellos, y en otros parece que se lo quiere comer. Cuando el sol se queda entre las montañas y las nubes se posan sobre las casas creando una neblina típica de las películas de terror, entiendo que siempre hay dos puntos de vista para un mismo escenario.

—¿Te gusta lo que ves?

Me gusta la libertad que aporta. La fragilidad de la belleza. Ni una de las casas destaca por encima de las otras. Todas con fachadas de piedra y madera. Acostumbrada a los rascacielos, a

los edificios de cristal, a la ostentosis en las edificaciones y en los comercios, no debería de sorprenderme esto, y aun así lo hace.

—Es tan bonito que...

Quiero decir que es tan bonito que me duele el corazón, y es que lo hace. Me encantaría elevar la mano y poder acariciar con ternura el paraje. Cuidarlo con la yema de mis dedos y susurrar que es precioso, sin embargo, siento que Miles no entendería ese punto de vista.

—Es la hostia —apunta él con un tono más canalla.

Bajo mi sombrero para no mostrar mi expresión y seguimos al ritmo pausado que antes habíamos adquirido. Me permito soltar la atención del arnés en un par de ocasiones mientras nos acercamos a las calles principales. Los caballos no se asustan con los coches, hay pocos y respetan el camino que tiene la carretera trazada para que circulen los animales con seguridad.

Cuando llegamos a la tienda, Miles me pide que lo espere. Me ofrece la opción de bajar del caballo para así quedarme más tranquila, pero la rechazo porque la subida es compleja. Puede ser que tenga que ganar algo de confianza y agilidad para no necesitar ayuda en cada momento. Hace la compra, y mete las bolsas en las valijas que el caballo lleva a cada lado de su lomo.

—¿Dónde tienes que llevarlas? —pregunto cuando vuelve a estar a mi altura.

—A esa casa de allí —señala con el dedo índice una casa apartada del resto. Está justo al final de la enorme carretera principal, tiene una inclinación adecuada al terreno montañoso—. Al lado de ella hay una senda preciosa, te la enseñaré, la señora Maddison suele tomarse tiempo cuando la vamos a visitar, estarás entretenida.

Los detalles del jardín de la casa me hacen suponer que la propietaria contrata a los Keller en más de una ocasión a lo largo de la semana. Tiene unas argollas en su verja para atar a los caballos, además de un bebedero para ellos. Todo está decorado con gusto, incluso el camino de piedra que conduce hasta la puerta de la casa está decorado con bonitas flores a su alrededor.

—¿Prefieres que te enseñe el inicio de la ruta por si quieres hacer alguna foto? La señora Maddison necesita que le ordene la compra en la despensa.

—¿Crees que estoy capacitada para hacerlo yo misma?

—Será mejor que bajes del caballo pero, sí, no va a suceder nada, puedes estar tranquila.

Miles me ayuda a apearme del lomo de Chocolate y me enseña cómo tengo que coger las correas del animal para caminar los dos juntos.

El lugar por donde comenzamos a caminar está ubicado por encima de la casa de la señora Maddison. Es un sendero estrecho que rodea la montaña y que toma una curva hacia la derecha, evitando que pueda continuar viendo el pueblo.

El color verde, que antes destacaba con el sol, pasa a difuminarse en uno grisáceo debido a la sombra que aporta la montaña sobre la zona.

Incluso hay trozos de nieve en algunos prados.

—Puedes caminar más allá, en cuanto acabe voy a buscarte.

—Si quiero tomar una foto, ¿crees que al soltar las correas, Chocolate se irá?

No paso por alto que ha evitado reírse de mi comentario, me quedo con que expresa tan solo una mirada de cariño y ternura.

—Está todo controlado, no va a huir de ti.

Asiento y él se va corriendo para comenzar a trabajar.

Hay una emoción que se despierta en mi cuerpo, o mejor dicho varias. Es una mezcla de excitación positiva y miedo. No me permito tomar aventuras porque siento pánico de no saber salir de ellas. Mi mente plantea miles de escenarios terroríficos que lo que consiguen es que me bloquee y acabe en mi línea de confort cada día. Y, por otro lado, hay unas ganas irreconocibles de sentirme orgullosa por estar dando estos pequeños pasos, por permitir retarme, aunque sea por un camino montañoso.

—Esto es muy bonito —le digo a Chocolate que no presta atención a mi comentario, sino que sigue caminando al paso que he marcado.

El camino gira aún más hacia la derecha para enseñar la otra cara de la montaña. Podría esperarme un paraje más tranquilo, sin embargo, me asombro al encontrar otro conjunto de montañas tan imponentes como las que hay alrededor del Rancho. Se vislumbra alguna casita desperdigada por la ladera de la montaña, no más de cinco, y separadas entre ellas por unos cuantos metros de distancia.

El sol no calienta esta parte, o no lo hace aún, es por ello que la temperatura baja de forma considerable. Me llevo de forma automática la cabeza entre los hombros para guardar algo de calor. El movimiento hace que mi chaqueta roce con el cuello de Chocolate y que el caballo, de forma impactante, relinche y se separe de mi cuerpo como si le hubiera hecho daño.

Aprieto como puedo las tiras de cuero de su arnés entre las manos, pero hace demasiada fuerza, lo que me lleva a arrastrarme más cerca de él, y a él, a separarse más de mí.

—Chocolate, no ha pasado nada.

El caballo da pasos más lejos de mí y mi cuerpo comienza a temblar. Hago todo lo que puedo porque no se me suelten las cuerdas. Con el frío, mi esfuerzo pierde consistencia y el pánico está haciendo que no sea capaz de encontrar una solución.

A esto me refería con una catástrofe, a verme sola, con un caballo de gran tamaño a mi cargo y sin saber qué hacer para que entienda que no pretendo hacerle daño.

Miro hacia la parte de la prenda de ropa que ha rozado su cuello y veo que una de las cremalleras se ha abierto porque se ha roto. El diente se ha debido clavar en su piel y ahora el animal tiene la percepción de que lo he herido.

—Ha sido un accidente, todo está bien.

Extiendo una de las manos para que él pueda oler mi verdad, y consigo el efecto contrario. Da

tal tirón hacia atrás que mi grito de fuerza para mantener el agarre se queda en eso, en un grito.

Chocolate sale disparado hacia atrás y corre por el sendero, huyendo de mí.

—¡NO! —grito y echo a correr.

No sé cuántos segundos pasan, cuánta distancia recorro detrás de él, solo puedo sentir la tierra fría rodeando mis piernas cuando caigo al resbalar con el hielo del camino. Hago el amago de respirar, de coger aire para gritar a Chocolate, pero el animal sigue corriendo, huye despavorido.

Escucho a otro caballo pasar por mi lado.

Espero la mirada de Miles para decirle que me encuentro bien, que vaya en busca de Chocolate porque él es más importante en estos momentos, pero no es Miles quien está bajando de un caballo, sino Colden.

—¿Qué ha sucedido?

Se agacha hasta llegar a mi altura y todo sucede muy rápido. Mi nerviosismo me impide captar los detalles de su rostro, no sé medir el tono de su voz, no sé si me está increpando o está preocupado.

—¿Está herida? —Esa no es la voz de Colden.

Miro hacia el otro lado y Miles copia la postura de su hermano, se baja de Mango y se arrodilla a mi lado.

—Estoy bien, solo me he resbalado, es... Chocolate, le he pinchado y ha salido huyendo. Yo os juro que no quería... Os prometo que lo he intentado pero...

Mi voz no sale.

Por más que quiera transmitir el mensaje, no soy capaz.

No hay fuerza en mi garganta.

La primera lágrima quema calentando mis mejillas, el resto es un torrente que tampoco soy capaz de controlar.

Las manos de Colden tocan mi cuerpo buscando una herida que no existe. Niego con la cabeza, él no frena hasta que encuentra la cremallera rota. Vuelve su mirada hacia su hermano y le lanza una orden para que vaya tras el caballo.

—Ha sido todo muy rápido yo... —intento decir.

Miles toca mi mejilla con lo que creo que es un gesto de cariño, y desaparece.

Mi percepción tiende a hacerme creer que todo pasa en un segundo, como si hubiera entrado en una película de ciencia ficción y los efectos especiales se convirtieran en realidad.

Colden toma mis piernas y mi torso entre sus brazos y me eleva del suelo.

—Puedo andar, no me he hecho daño.

Hay algo en mi voz que me impide reconocerla. Tintinea y está a punto de romperse.

Mi cuerpo choca contra el de él cuando me sostiene. No sé cómo lo hace, pero camina seguro hasta su caballo, Coco.

Nos acerca al animal y hace que toque su pelaje.

—¿Chocolate te ha pisado o te ha tirado al suelo?

Niego con énfasis.

Necesito relatarle con pelos y señales lo que ha sucedido, dejar claro que el animal ha tenido una reacción por puro instinto; pero la intención muere en mi garganta.

—Me he caído al resbalar. Salí detrás de él y...

—¿Te duele algo? ¿Los tobillos, la rodilla?

—No.

Y podría volver al suelo, aunque no tengo seguridad en que mis piernas puedan soportar mi flagelo en estos instantes.

Colden asiente. Percibo su ceño fruncido y cómo su respiración es pesada. No tengo ni idea de lo que le debe de estar pasando por su cabeza, seguro que está deseando gritarme; hasta lo deseo porque necesito salir de este bloqueo.

—¿Tienes frío? —pregunta.

—No.

Las piernas se me han humedecido al caer al suelo, el aire gélido traspasa la tela. No es lo que me está haciendo tiritar, este tembleque es conocido. Aparece cuando algo me desconcierta o cuando me pongo muy nerviosa. Esto es el escenario perfecto para ello.

—Estás temblando —sentencia.

Niego para hacerle entender que no es nada; Él pasa por alto mi cometido y me sube al lomo de Coco.

No es que mi cuerpo sea un peso pluma, y aun con esas me ha subido al caballo sin despeinarse. Mi instinto me pide tumbarme, pegar el pecho a la piel del caballo para que si sale corriendo, no me caiga en el transcurso, o por lo menos tener entre mis manos las ataduras de su arnés. Retiro la cámara de fotos a un lado para poder hacerlo, más tarde tendré que comprobar si algo se ha roto. Estoy a punto de echarme a llorar cuando el cuerpo de Colden rodea mi espalda. Su mano pasa por delante de mi abdomen y me pega contra él.

No dice ni una palabra, no hace ningún gesto, siento que él también se ha congelado y no sé si temo más mi deshielo o el de él.

23. COLDEN

Ha sido Samuel quien me ha avisado de que Miles había sacado a Krystal a caballo por el pueblo. Cada uno en un caballo diferente, lo que auguraba un final como el que ha sucedido. Chocolate es un animal bueno por naturaleza, el más tranquilo de todos, pero con un pasado doloroso. Sufrió malos tratos por parte de su primer dueño y en ocasiones tiende a tener este tipo de reacciones. A favor de Miles he de admitir que hacía años que no sucedía, supongo que el pinchazo de la cremallera lo asustó, unido a que no conoce a Krystal lo suficiente como para confiar en ella como lo hace con nosotros.

Rodeo su cuerpo contra el mío porque tengo miedo que pierda el equilibrio en cualquier instante. No ha dejado de temblar; por más que asienta con la cabeza cuando le pregunto si se encuentra bien, su modo de reaccionar deja claro que no es así.

He avisado a Samuel y a Nevan de nuestra llegada. Krystal se tiene que ir directa a una ducha caliente si no quiere entrar en un grado de hipotermia. Tiene las piernas mojadas y congeladas. Muevo los dedos para comprobar que no tengo que cambiar el agarre y escucho como toma aire con fuerza.

Ya se visualiza el Rancho desde hace unos metros atrás, pero no he querido acelerar el paso porque de ser así ella puede que tenga más miedo aún.

Nevan sale a nuestro encuentro, Samuel abre la verja con rapidez.

—¿Estás bien, Krys?

Ella vuelve a asentir. Hace un buen rato que no es capaz de decir una palabra. La última que dijo algo tembló del mismo modo que lo hace su cuerpo.

Le pido a Coco que entre hasta las caballerizas, y mis hermanos me ayudan a bajarla sin que tenga que hacer esfuerzos. Con la rigidez que ha llevado durante el camino, dudo que pueda moverse con ligereza.

En el rostro de Samu encuentro algo que sospechaba, comprensión. En el caso de Nevan está dispuesto a quitarse la ropa para ayudarla a ella.

—Mierda, Krys, esto no debería de haber sucedido. ¿Te has golpeado en algún lugar? —le pregunta ansioso.

Otra negación por su parte. Nada de palabras.

—«¿Ha sido Chocolate? —me pregunta Samuel. Cuando le hago un gesto afirmativo, su rostro se compunge—. Hace mucho que no le sucedía, ha sido idea mía que fuera con él...».

—«Está bien, Samu, podía haber ocurrido con cualquiera. No es tu culpa».

Al comprobar que no tengo un reproche para él, se acerca a Krystal y pasa una mano de arriba a abajo por su espalda.

Ella acepta el toque, pero no habla con ninguno de los dos. Se encuentra de espaldas, por lo que no veo su rostro, solo puedo comprobar cómo Nevan hace todo tipo de movimientos para que se centre en él y se relaje.

Ella no presta atención a sus cuidados. Eleva la mano y hace que mi hermano frene en su cometido.

Vuelve la atención hacia mí, se gira lentamente y, de nuevo, me impacta el modo en el que las lágrimas cubren su rostro.

—Colden, yo... Te juro que no lo he hecho a propósito, no quería que Chocolate huyera, he intentado...

Da dos pasos hacia mí y la mano de Samu cae con la distancia.

—¿Por qué no dejas de repetir eso? Ya lo sé, Chocolate tiene un pasado duro y ha debido de desconfiar de ti, podía ocurrir en cualquier momento. Simplemente Miles no debería de haberte dejado sola.

Con mi hermano ya tendré una conversación cuando regrese porque lo de ser idiota para hacerse el gracioso tiene un pase, pero esto, ya es cruzar la raya.

—No, no es eso. Miles no tiene culpa, he sido... —La frase se corta porque el llanto ocupa todos sus movimientos.

Samuel corre hacia ella. Sorpresivamente, ella es más rápida y recorta la distancia conmigo, se queda a unos milímetros de distancia de mí. Su foco soy yo y no tengo ni puta idea de lo que está ocurriendo, solo soy capaz de encontrar la misma desesperación en sus ojos que la que tuvo mi madre antes de morir. Como si no quisiera estar en ese estado, pero no tuviera forma de salir.

—Dejarnos solos —digo con contundencia mientras hago un gesto para que Samuel lo entienda.

Samu mueve la cabeza con rapidez hacia mí y Nevan suelta un no rotundo. Mi foco está en el modo en el que Krystal ha cerrado los ojos, ha bajado la cabeza y está a la espera de una respuesta por mi parte.

¿En qué puto momento el resto me ve como un ogro?

—Ahora, Nevan.

Quizá por el modo en el que tengo de dirigirme al resto, o puede que, porque los demás no entiendan mis preocupaciones. Sea lo que sea lo que le ha llevado a la princesita a pensar de ese modo, no debería de estar presente en su cabeza.

No es de mi agrado tenerla aquí, pero jamás pondría a alguien en peligro por puro ocio. Y mucho menos cuando he vivido de la mano de un ser querido el salto al vacío que supone esa mirada perdida, el tembleque en el cuerpo y la incapacidad de salir de la cama cada día.

Mi madre luchó hasta que no pudo más, hasta que los miedos la retuvieron en la cama. Hasta que no cesaba en repetirme que no se quería ir, que tenía miedo de que nosotros nos quedásemos en este mundo sin ella.

La he visto, de algún modo, en las lágrimas que corren por el rostro de Krystal. He entendido que la situación es la misma.

Hay miedo.

Hay incompreensión.

Y hay necesidad de que otro te eche una mano.

Nevan y Samuel me retan con la mirada, el segundo se quita el gorro y espera a que añada algo más antes de salir, cuando no lo hago mueve las manos con soberbia para decirme:

—«Como seas un gilipollas te las verás conmigo».

Ruedo los ojos porque, por mucho que quiera hacer las cosas bien, la paciencia no es un grado que haya cursado.

Krystal no ha mirado hacia mí desde que he abierto la boca. Sus ojos están clavados en el suelo, más bien en las botas.

Tanto Nevan como Samuel echan un último vistazo hacia nosotros antes de desaparecer de las caballerizas.

—Ven, tienes que cambiar esos pantalones.

Al fin eleva la mirada. Sus iris, tan azules como doloridos en estos momentos, se clavan en mi rostro con incompreensión.

—Has utilizado mis gayumbos, supongo que un chándal no será demasiado para ti.

Estoy intentando rebajar el nivel de tensión entre nosotros y aun así siento que su mirada perdida se ha clavado más hondo en mi pecho.

Me encantaría ser Nevan en estos momentos y saber cómo tengo que actuar. A él le sale natural, entiende lo que los demás están viviendo con una simple mirada. Siempre encuentra la frase perfecta para cada momento. Ahora mismo solo tengo claro que quiero borrar el ataque de pánico que sigue presente en su rostro.

La invito a caminar hasta la habitación de rescate y lo hace. Al mismo paso que marco yo.

Cuando abro la puerta caigo en la conclusión que todas mis cosas están aquí, se va a enterar de que no he ido a dormir ni un solo día de estas tres semanas a casa de su familia.

Si se percata de ello, no abre la boca, se queda en el quicio de la puerta a la espera de que siga la conversación, con la mano protegiendo su cámara de fotos salpicada por el barro.

Siento que es la ocasión en la que más hemos dialogado y aun así me quedan muchas cosas

por decir y no sé por dónde empezar.

El mensaje lo tengo claro, tan solo tengo que encontrar el modo de llegar a ella sin hacerle daño.

—Puedes ponerte estos, te quedarán grandes pero tienen cordón para apretarlos.

Extiendo la prenda hacia sus manos. Su brazo tintinea en el proceso, cuando toca la tela, la coge con confianza.

Salgo para darle privacidad y espero lo que me parece una eternidad hasta que vuelve a aparecer. Es un cuadro porque los pantalones le quedan cinco tallas más grandes y no se ha retirado la chaqueta llena de barro. Ha recogido el pelo en una coleta que pierde fuerza cuando se mueve, cayendo hasta el inicio de su espalda.

—Con respecto a lo de antes... —comienza.

—¿Por qué solo te diriges a mí para darme explicaciones? Parece que me tienes miedo y no sé hasta qué punto soy responsable de ello. No me gusta esta postura.

Mi frase capta su atención, vuelve la mirada hacia mí y, aunque ya no se percibe el mismo bloqueo que antes, el color rojo que rodea sus ojos evidencia que está soportando las ganas de llorar.

—Creía que me ibas a echar en cara que Chocolate huyera.

—¿Por qué?

Los caballos son animales, se asustan y actúan como tal más de lo que nosotros mismos nos podemos explicar. Tenemos varias anécdotas con ellos, ella los conocería si...

No es el momento de reproches, me recuerdo. No después de descubrir que quizá la imagen de princesita de ciudad está más difusa en ella misma de lo que creía.

—Porque tú siempre le dices a los demás cómo tienen que hacer las cosas, cómo deben de actuar. Lo he hecho mal y estoy segura de que lo vas a utilizar en mí contra porque no ha salido perfecto. No ha salido como debería de haber salido. Hace tiempo que nada sale como debería y...

—¿Te puedo hacer una pregunta? —la corto antes de perder los estribos.

Toma aire y tarda unos segundos en responder. Cuando lo hace, vuelve a haber una mezcla de emociones que se transmiten a través de los gestos de su cuerpo. Ha cambiado el peso en varias ocasiones.

—Sí.

Evita acercarse más a mí.

—¿Por qué has venido aquí, Krystal? No me creo lo de ayudar en el Rancho. Hay algo que no estás diciendo y necesito conocerlo.

—No hay ningún secreto.

Entiendo con su respuesta que no voy a llegar a la incógnita de una forma sencilla, así que

cambio el camino.

—Tengo que reconocer que estás consiguiendo tu objetivo. O el que Edur nos ha contado para explicar tu llegada. Has ilusionado a todos con tu proyecto, y puede que si funciona sea la salvación. —Hay luz en su rostro mientras hablo, algo así como esperanza porque continúe alabando su empeño, pero tengo una última pregunta guardada— ¿Será también la tuya?

—¿A qué te refieres?

—¿Desde cuándo tienes ataques de pánico?

Por el modo en el que junta las cejas y sus manos se aprietan a sus costados sé que he dado en la clave.

Lo sabía, es jodido identificarlo porque eso significa que, o lo has vivido en primera persona, o alguien al que amas lo ha sufrido. Son pequeños gestos, formas de actuar. Cómo huyó en el Cow cuando tuvo un enfrentamiento, cómo tarda más de la cuenta en levantarse cada mañana.

—¿Es eso? ¿Lo vas a utilizar para desacreditarme ahora que lo sabes?

Espera, ¿cómo?

Mi reacción natural es la de coger aire y extender el cuello hacia atrás, a ver si el espacio entre nosotros me ayuda a comprender lo que acaba de decir.

¿En qué momento he perdido la atención de mis propios actos?, porque para mi percepción no he intentado desacreditarla nunca, solo he repetido y he hecho evidente su desarraigo con Lellos.

—¿De verdad crees que voy a utilizar un problema para sacar beneficio de ello?

Se queda en silencio.

Mueve los dedos y sus ojos se clavan en ese movimiento.

—No nos conocemos y te voy a ser sincero, no me interesaba tu opinión o lo que vinieras a hacer a este lugar, solo quiero proteger a mi familia. Eso no resta a que entiendo por lo que estás pasando. Si has venido a reorganizar tus ideas, ten por seguro que no seré un estorbo en el camino.

—¿Estás ofreciéndome una tregua?—pregunta.

¿Lo estoy haciendo?

—Creo que sí —afirmo para ella y para mí mismo.

24. KRYSTAL

Por algún extraño motivo, mi cabeza ha necesitado de esta aprobación para volver a digerir todo lo que ocurre a mi alrededor.

La tensión con Colden me estaba asfixiando.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunto.

Ajusto las mangas de la chaqueta para que tapen mis dedos. Ahora que ha sucedido todo me siento ridícula. Por cómo he actuado, por no saber solucionar el problema, por tener que estar con su ropa y por pedir explicaciones como una niña pequeña.

—He visto cómo se sufre.

No da más detalles.

Supongo que la tregua es eso, un espacio para respirar. Colden seguirá siendo él.

—Gracias, supongo.

—No deberías de dárme las. Como tampoco deberías de pedir perdón con la mirada. Lo de hoy no ha sido tu culpa, nos puede suceder a cualquiera.

Es tan extraño escuchar ese tono de voz, fuerte, cortante, con palabras conciliadoras, que no sé cómo actuar.

Hace menos de un día me odiaba a muerte y ahora dice que comprende lo que estoy viviendo. No niego que lo haga, aunque las cosas entre nosotros siguen siendo... ¿Incómodas?

No creo que sea la palabra más adecuada, pero sí la que más se asemeja.

La posible conversación muere en el mismo instante en el que Miles entra en las caballerizas subido a Mango y con Chocolate siguiendo sus pasos.

Voy a decirle a Colden que no culpe a su hermano de una decisión mía, cuando él ya eleva la mano y señala el cuarto de trabajo.

Supongo que son los códigos que tienen entre ellos, Colden no deja de ser el responsable de la empresa y de su propia familia.

—Miles no ha tenido culpa —sentencio antes de que dé un paso al frente.

Deja de enseñarme la espalda y suelta un comentario en su tono habitual.

—Aquí no trabajamos con las culpas, Krystal, sino con responsabilidades. Hay una diferencia amplia entre ambas.

Sigo sin conocer el modo de llegar a lo que de verdad es este chico. Me ha enseñado una cara de la moneda inesperada y me ha dejado aún más confusa.

Samuel también entra en el establo para acompañar a su caballo mientras Miles evita mirar a su hermano y se acerca en dos zancadas hacia mí.

—¿Estás bien? —Toca mis brazos y echa un vistazo a mi cuerpo.

—Sí, ha sido el susto, me caí al correr, él no me hizo nada.

Miro más allá de Miles para tranquilizar también a Samuel.

Cuando regreso al hermano más moreno, su mirada está clavada en mis pantalones.

—Dime que no me vas a despedir después de esto.

Agradezco que no haga preguntas sobre mi vestimenta y que quite un poco de hierro al asunto.

Es la primera sonrisa tímida que enseño desde que todo se desmoronó.

—Seguirás en la empresa.

—Gracias al cielo... —Utiliza el eufemismo para acercarme contra su cuerpo y dejar un tímido beso sobre mi cabeza—. ¿Prometes que no me vas a poner de patitas en la calle?

—Yo no te voy a despedir.

Tengo que repetirle en tres ocasiones que me encuentro bien y que no lo voy a despedir por haberme dejado sola. La última parte sé que es para sacarme una sonrisa, o puede que con tanto mensaje velado de Colden los chicos empiecen a verme como un peligro para la estabilidad de su trabajo.

Cuando percibe que estoy bien, hace lo que su hermano le ha pedido.

La puerta del despacho se cierra a su paso y busco alrededor para saber dónde se encuentra Samuel y Chocolate.

Me interesa conocer cómo se encuentra el animal. Ha podido hacerse una herida cuando ha salido huyendo.

Toco la madera de la puerta y doy un paso hacia dentro para que Samu me vea y no se asuste. Me espero cualquier tipo de reacción, desde un reproche a través de un mensaje, como un enfrentamiento. Sé la unión que tiene con el animal y he hecho que sufra.

En cambio, lo que me encuentro es a un chico igual de muerto de miedo que yo. Me rodea los hombros y me acerca a su cuerpo.

No sabía que necesitaba un abrazo hasta que Samuel Keller ha tomado la iniciativa.

Me permito soltarlo todo. Lloro apoyada a su cuello, y creo que a él también le cae alguna lagrimita por el modo en el que su respiración se entrecorta. Está tan musculado como sus hermanos, sin embargo, hay algo de calidez que ninguno tiene. Quizá sean los brazos que aprietan sin miedo, o la forma que tiene de apoyar la cabeza sobre mi hombro.

Odio no poder comunicarme con él sin el teléfono, aprender la lengua de signos se ha

convertido en mi prioridad junto con desarrollar la página web que este lugar merece.

Me separo de su cuerpo y busco la libreta que hay en cada uno de los recintos para hacer seguimientos de las comidas de los animales.

Escribo lo más rápido que puedo mientras las manos de Samuel recorren la cabeza de Chocolate. Me he percatado de que el animal no ha salido huyendo cuando me ha escuchado, ni me ha dado una coz, puede que sea un paso adelante en nuestra relación.

Le entrego la libreta cuando escribo:

¿Se ha hecho daño? ¿Está bien?

Asiente y toma la libreta entre sus manos.

Solo está asustado, se le pasará si le cepillo durante un buen rato.

Nos turnamos el folio con rapidez.

He sentido que me tenía miedo, en realidad no lo quería asustar. Puede que estuviera yo asustada antes de que todo sucediera y por eso él se puso más nervioso.

Samuel sonríe tímidamente cuando lee lo que he escrito.

Chocolate fue maltratado en el pasado, QUIZÁ haya recordado ese momento. No te odia, de ser así, no estaría aquí contigo. ¿Quieres comprobarlo?

Se me abren los ojos al leer la última parte.

—¿Podría?

Samuel asiente después de leer mis labios. Se acerca a mí, me rodea la espalda y hace que Chocolate nos huela la mano.

Tengo miedo de que me rechace, de que se aparte y me rompa el corazón, sería lo más común después de lo que le he hecho pasar. En cambio, mueve la cabeza arriba y abajo, creando una fricción con mis dedos.

Siento felicidad.

Es extraño pero hay una energía que sube a través de mi cuerpo y que me hace sonreír y girarme hacia Samuel. Él me espera con una sonrisa y me anima a seguir rascando todo el cuello del caballo.

—Quiero ser tu amiga, perdona por lo de hoy.

Juro que el animal responde a mi frase dando un paso hacia mí.



Esa noche, cuando Edur regresa a casa después de estar todo el día haciendo gestiones, lo primero que hace es separarme de los chicos y preguntarme de mil formas diferentes lo que ha ocurrido y cómo me encuentro.

—No quiero ser un estorbo, y si te pones así me haces sentir uno constantemente —afirmo.

Con el paso de las horas y con las bromas que me ha ido contando Nevan sobre las caídas que han tenido ellos en caballo, mi cabeza ha apartado la nube de malos pensamientos que se acomodó encima de mí esta mañana.

—Krystal, no sé cómo puedo ayudarte. Deberíamos de llamar a tu tía, ella siempre sabe.

—No. No quiero que Holly esté al tanto de esto. Son días importantes para ella.

No encuentro una conformidad en el rostro de mi tío con mis palabras.

—Edur, si he venido hasta aquí es porque ella creía que sí podías ayudarme. Nadie te pide que hagas nada extraordinario, solo déjame estar aquí, equivocarme, pedir perdón. Quizá sea lo que necesite.

Da un paso hacia atrás. Su mirada repasa mi rostro y suspira. Lo hace con el peso del mundo sobre sus hombros.

—Debería de ser yo quien te animase y no al revés.

—Esa postura la ha tomado otro en el día de hoy.

Hay una intención de sonreír por mi parte y no sé si es por quitarle hierro al asunto y que mi tío no se agobie más, o porque voy a decir el nombre de la persona.

—Los chicos son empáticos como nadie. Sé que con ellos estás a salvo.

—Me refería a Colden. Hemos estado hablando y ha sido quien me ha encontrado en primer lugar.

La sorpresa ilumina el rostro de Edur.

—No es tan mal chico como crees, solo me sorprende que haya podido hacerlo. Él es...

—¿A qué te refieres?

Cómo es Colden ya lo he ido descubriendo, el porqué todavía nadie me lo ha comentado.

—Angélica sufrió mucho con su enfermedad. Al comienzo creyó que podía con ella, luchó con todas las fuerzas del universo, pero cuando no hubo nada que hacer el miedo la atacó. Se pasaba las noches llorando. Intenté evitar que los chicos lo descubrieran pero Colden sí que lo hizo. Tenía miedo de morir, sentía pánico por lo que ocurriría cuando ella no estuviera.

—Tuvo que ser muy difícil para ella y para vosotros.

—Lo fue. Y no quiero comparar o teñir esta conversación de dolor, solo quiero que comprendas que Colden es un buen chico. Difícil y diferente a sus hermanos, pero no debes de

esconderte de él. De ninguno de nosotros.

Las ganas de llorar vuelven a cerrarme la garganta. Es una sensación horrible, angustiosa porque se oprime la mandíbula y el aire entra y sale con más dificultad.

Algo nota Edur porque me ofrece un abrazo que tomo con mucho gusto. No sé hasta qué punto mentir a Holly puede ser bueno para él, a pesar de ello siento que es lo que necesita. Lo que necesito.

—No más miradas de pena —apunta Edur.

Hago un movimiento hacia arriba y abajo con la cabeza.

25. KRYSTAL

A la mañana siguiente el sol se cuela por la ventana de la habitación. He aprendido a no bajar la persiana para que sea la luz natural de la madrugada la que me despierte. Hay algo catártico en ese momento, como si el día quisiera decirme que ya es el momento, sin la atadura de un reloj o de una alarma que rompe de un instante el plácido sueño.

Desde la cama puedo ver el monte con ese color gris que no se quita hasta pasado el medio día. Los pájaros vuelan por delante del cristal, alguno de ellos se posa en la repisa de la ventana y me deja apreciar los colores de sus plumas.

El temido pico de la última montaña, el más grande de todos, sigue ahí, esperando a que me levante, retándome a que el día de comienzo. Nunca sé si voy a tener la sensación de que me está protegiendo o si, por el contrario, me quiere ahogar.

Siento ganas de comenzar el día, y eso ya es toda una celebración para mí. Lo que ocurrió ayer sigue revelándose en mi cabeza una y otra vez. Es un bucle del que me costará salir un par de días. Siempre es igual, siempre está esa sensación de anclaje en la tragedia.

«Cierro los ojos y escucho como Chocolate huye de mí.»

«Abro los ojos y me encuentro tumbada en el suelo, sin poder ir detrás de él.»

Retiro las sábanas de encima de mi cuerpo y me levanto con más rapidez que de costumbre. Necesito no enfocarme en eso porque parece que mi mente disfruta de repasar cada momento, incluso genera escenarios más terroríficos que el real; Convirtiendo todo en una fina línea de lo que sucedió, lo que pudo ser y lo que nunca será.

Dejé los pantalones de Colden doblados en la entrada para entregárselos cuanto antes. No están sucios y puede que los necesite. Por mucho que ayer hubiésemos firmado una tregua, no olvido que durante mi momento con Samuel y Chocolate, Miles salió del despacho dando un portazo; parecía muy enfadado con su hermano. No sé qué ocurriría entre ellos, pero por el modo en el que Colden apretaba la mandíbula después de eso, supongo que nada cálido y amigable.

Bajo hasta la cocina donde los gemelos aún están desayunando con cara de estar dormidos.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días —dicen al unísono.

—Creía que vuestra energía era intensa desde por la mañana.

Cada mañana me hago un café con leche, es lo único que me permito tomar porque la cafeína no le sienta nada bien a mi ansiedad. Me altera y me pone más nerviosa. Con una pequeña dosis para comenzar el día es más que suficiente.

—Tenemos examen esta mañana y nos hemos pasado toda la noche estudiando.

Han tenido el detalle de no vestirse del mismo modo, así que en cuanto hable el otro sabré quién es quién.

—Y vamos a suspender con un cero bien gordo.

Ese ha sido Wylan, por tanto, el primero en hablar fue Eric.

—¿No se supone que lo de estudiar el día antes es un mito?

—¿Un mito? —Eric mira hacia Wylan. Sé que le dice algo con la mirada, aunque no tengo ni idea de lo que puede ser—. Seguro que eres la friki que se pone en primera fila.

—Para tu información, el lugar que ocupa un alumno no debería de determinar nada. Eso se inventó en las películas cutres de fin de semana.

—Es de las que se sienta en primera fila —apoya Wylan tras mi intervención.

Tomo asiento para apoyarme en la mesa alta que está en el centro de la cocina; me quedo mirando hacia ellos. Hay dos libros abiertos delante de sus manos. Con la conversación que me están dando, dejan claro que lo de concentrarse no es lo de ellos.

—La verdad que nunca he tenido un asiento definido —añado.

—¿Y cómo es eso? ¿En las grandes ciudades la gente no tiene costumbres?

Pienso por un instante en cómo es el día a día en la universidad. Sí que la mayor parte de mis compañeros toman los mismos asientos, o por lo menos con las mismas personas.

—Sí, sí que hay costumbres, pero van más acordes al grupo social en el que te muevas.

—¿Y cómo es el tuyo? —pregunta Eric mientras se lleva la taza del café a la boca.

—Yo no tengo. O no el habitual.

Los dos se quedan en silencio. Mirando hacia mí, a la espera de que añada algo más, pero es que no hay nada que añadir. Es la verdad.

—¿Me estás diciendo que en Nueva York no molas tanto como aquí?

—Podría decirse que así es. Mi día a día es muy rutinario. Voy a clase y luego salgo a hacer fotos a todo aquello que me ha llamado la atención en el paseo de ida.

—¿Y no tienes amigos?

—Eric, eso no se pregunta —le recrimina su hermano menor.

Hace el gesto de bajar la cabeza e introducirla entre sus hombros. Me causa gracia porque yo no llevo tan mal como el resto lo de ser una paria social.

—Me gusta la soledad. Mejor dicho, me aburre lo que a los demás les divierte, así que me encuentro más cómoda pudiendo hacer lo que me gusta.

—¿No has perdido la cabeza en ninguna fiesta universitaria?

—Wylan, las pelis engañan y mucho —detallo mientras mis labios forman una sonrisa.

—Te lo dije tío, las fiestas en el Cow le dan mil vueltas a las hermandades —apostilla Eric.

—Eso es verdad. No os imaginaríais la cantidad de lloros que he visto en los pasillos de la universidad con el tema de las hermandades. Hay normas muy estrictas en esos círculos sociales, y vivir con tantas personas en una residencia no siempre es fácil.

El sonido de la puerta nos deja en silencio de inmediato. Las botas repiqueteando contra el suelo es lo siguiente que nos alerta de que ha llegado un nuevo Keller a la estancia.

—Buenos días.

Colden echa una rápida mirada a cada uno de nosotros, no repara en ninguno y a la vez tengo la sensación de que nos ha dejado claro a todos que ha llegado.

Tiene un magnetismo peculiar.

He dejado sus pantalones al lado de mi silla, estoy a punto de decirlo en voz alta cuando Wylan se adelanta.

—Por cierto, Colden, antes he visto a Manchas entrar en las caballerizas.

El estruendo que se forma cuando él deja caer la taza de metal contra la encimera hace que todos saltemos en nuestros asientos.

—¿Y no se te ha ocurrido ir detrás de él? —pregunta indignado.

—Tengo que estudiar, tío.

Observo el movimiento del otro gemelo, se está riendo, por lo que queda claro que Wylan está mintiendo. Cambio el foco de atención al mayor de los hermanos. El sombrero de vaquero que ha elegido hoy es negro, muy conjuntado con la sudadera del mismo color y los vaqueros claros que caen hasta desaparecer por sus botas. Son menos pitillos de lo habitual, quizá por eso lo encuentre diferente.

—Una mierda, Wylan. A mí no me la cuelas.

Eric entonces rompe a reír a carcajadas y Colden sale escopeteado de la cocina.

—¿Por qué Manchas no puede entrar en las caballerizas? —pregunto acabando el último sorbo de café de mi taza.

—Vete a descubrirlo por ti misma, jefa.

Lo han dejado caer con intriga, así que salgo por la puerta en busca de Colden y del perro de los Keller.

Manchas es un Koker de color canela y blanco que tiene unas orejas enormes, le arrastran hasta el suelo. Es la cosa más tierna que puedes encontrar por aquí.

Normalmente acompaña a Edur a todos los lugares, así que en mi cabeza tenía la convicción de que era un perro enseñado y formal.

Abro la puerta de la entrada y lo primero que noto es la sensación de frío calándome los huesos. Queda poco de la nieve de hace unas semanas, y aun con esas las mañanas son gélidas;

Lo siguiente que pide mi cuerpo es tocar la cámara. No la he colgado esta mañana del cuello, quizá porque ayer fue un día horrible. Al meterme en la cama fue cuando me di cuenta de que en todo el proceso mi pequeña había podido sufrir.

No fue así, cuando me caí lo hice de espaldas, lo único que he encontrado es un arañón en la parte baja, quizá de cuando volví a casa con Colden, en el roce de la subida con el arnés de Coco o a saber qué. Lo importante es que está bien.

Enfoco la vista para comprobar dónde se ha metido Colden con el perro. Vislumbro un manchurrón negro corriendo por el pasillo central de la casa de los caballos, así que me dirijo hasta allí.

—¡Manchas, no me toques los cojones!

Colden no es un tío alto, si alcanza el metro con ochenta centímetros es por poco, sin embargo, la rudeza de sus músculos hacen verlo como una mole andante. Podría ser el protagonista de una de las fantasías de Netflix, les iría muy bien con este cuerpo y los ojos verdes que tiene.

—¿Qué ocurre? —pregunto sigilosa.

No veo dónde se encuentra Manchas, tan solo está él en medio de la nada con el dedo índice en alza. No puede estar riñendo a la mascota cuando ni siquiera la tiene delante.

—Joder, ¡me has asustado!

Y es cierto porque se ha girado de sopetón y de seguido ha llevado la mano al pecho.

—¿Por qué estás gritando a Manchas si él no está aquí?

Mueve el pelo que le cae por la frente. No lo tiene muy largo, lo suficiente para que aparezca por debajo del sombrero.

—Por supuesto que está aquí. Mira hacia allí.

Llevo la atención hacia donde él me indica. Es la zona que utilizan para limpiar a los caballos. He visto y fotografiado a Samuel en alguna ocasión en ese lugar. Siempre hay que entrar con cuidado porque está encharcado por el agua sucia.

—No veo nada.

Me acerco poco a poco. Colden me sigue, a un paso de distancia.

De entre la suciedad y los calderos apilados en el suelo, aparece un hocico negro, recubierto de...

—¿Eso es barro?

—¿Por qué crees que lo llamamos Manchas?

Había creído que porque su pelaje cambia de color con manchas redondeadas, pero cuando el animal nos ve, comienza a mover la cola y a retozar por el barro.

—Se está divirtiendo —afirmo.

—Lo hace a mi costa porque hoy tiene revisión en el veterinario.

—Entiendo que no puede ir lleno de barro. —Sería un engorro para el veterinario.

—Entiendes bien, princesa.

Es la primera ocasión en la que puedo observar todos sus movimientos, incluso clavar mi atención en su mirada sin sentirme incómoda.

No ha soltado su tono cortante, pero hay algo de tranquilidad en el modo en el que se ha relacionado hoy conmigo.

—Te puedo echar una mano si tienes que bañarlo.

—El problema no es ese —se gira hacia el perro y sigue hablando—, el problema es que Manchas no se deja coger cuando está retozando en el barro.

Salta como una gacela para intentar cogerlo pero el animal es más rápido que él y se escapa. Baja las patas delanteras dejando el culo y el rabo en alto. Piensa que Colden quiere jugar con él y, por el gruñido que éste suelta, está muy lejos de ser así.

—Ciérrale la salida por ahí.

Me pongo donde él me dice, y la atención de Manchas se fija en mí. Ladra feliz mientras ambos nos acercamos a él.

Colden está a punto de pillarlo cuando pasa por debajo de sus piernas y echa a correr por la finca.

—Los gemelos son unos auténticos cabrones —dice agitado.

Respiro sofocada por el ejercicio y por la risa que he reprimido.

—¿Han sido ellos los que le han dejado la puerta abierta?

—Manchas duerme con ellos. Les pedí ayer que no lo dejaran salir y así no perdía tanto tiempo en el veterinario pero como puedes ver, en esta familia todo el mundo hace lo contrario a lo que le pido.

—Con respecto a eso...

He estado toda la noche dándole vueltas al tema y no sé cómo lo voy a introducir. Mucho menos cuando lo tengo tan cerca, y tan accesible. Es tranquilizador saber que el ceño fruncido está patrocinado por otros y no por mi culpa.

Sus manos reposan al lado de sus caderas y la sudadera se le ha subido con el intento fallido de coger a Manchas.

—Creía que estabas durmiendo en casa de mis padres, ayer vi que tus cosas estaban en la habitación de rescate y no era tu día de guardia.

Siento como el verde de sus ojos se clava en mi cara. Quizá no era el mejor momento para introducir el tema...

—Yo no asumo órdenes, princesa.

Y con las mismas sale corriendo por el mismo camino que lo hizo el perro hace unos minutos.

26. COLDEN

No quiero pensar que me está moviendo la pena, porque de ser así me sentiría un gilipollas de manual, pero hoy la princesita tiene una luz diferente. Hay algo en el modo en el que esconde la sonrisa detrás de la mano que le sienta bien.

Sé que Edur tuvo una conversación con ella anoche, puede que tenga algo que ver con eso, o quizá no. La mente femenina de por sí ya me cuesta comprenderla, no quiero ni imaginar lo que debe de ser la de Krystal Muller.

Hablando de mentes complicadas, hoy Miles no me ha acompañado en el desayuno después de que ayer le echase en cara que lo que ocurrió fue por su culpa.

—¿Se puede saber qué cojones estabas pensando para dejarla sola?

—¡Nunca ha sucedido nada! —grita Miles por encima del tono bajo que he intentado utilizar para que nadie escuchase nuestra conversación.

—¿En serio, Miles? ¿De verdad que te vas a aferrar a eso? Pues ya ha sucedido, ¿qué hubieras hecho si se llega a matar?

El modo en el que mi hermano se echa hacia atrás y frunce el ceño es un buen augurio para entender que le estoy haciendo daño.

—¿Me estás preguntando esto como compañero de trabajo o como hermano? Porque como sea lo segundo me piro de esta casa hoy mismo.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no tengo ni puta idea de a lo que te refieres. Entiendo que es una situación difícil, que hay mucha carga de trabajo para que todo siga a flote, pero no te reconozco Colden. Desde que ha llegado Krystal estás siendo cruel.

—¿¡Cruel!?! Lo que me faltaba por escuchar.

—Cruel, sí. Conmigo no tienes que fingir. No soy Samu y te voy a decir que la trates bien, ni Nevan con alguna filosofía budista de vida. Sé lo que te pasa y es normal sentirse diferente cuando algo te desconcierta.

—¿Y qué se supone que me ocurre?

No me gusta nada cómo mueve la cabeza con chulería para quitar el pelo de la cara, ni como

aprieta la mandíbula para comenzar a narrar su percepción.

—Estás descolocado porque has odiado a esa chica y a su tía toda la vida, pero los dos sabemos que ni es un demonio ni es fácil odiarla. Hoy te has cagado de miedo, asumo que he vivido la situación del mismo modo; Porque es alguien importante para Edur y porque hay sufrimiento en su mirada. Te has cagado de miedo por el simple motivo de que ella creía que le ibas a gritar. Y tú no eres así, no quieres que los demás te vean así, y lo están haciendo. Tu cabeza tiene que estar repasando el lugar en el que perdiste el puto norte para convertirte en una fea versión de ti mismo.

—¿Crees que soy una fea versión de mí mismo?

—Ahora mismo, y con ella, lo eres —afirma.

Lo siguiente que salió por mi boca fue la invitación de un viaje con destino: *la mierda*. Salió del cuarto hecho una furia, y yo me quedé echo un despojo en el suelo de la misma.

Esta mañana me he levantado con la intención de pedirle disculpas y volver a ser alguien que reconociese en el espejo.

Tan solo hay un problema, que Manchas y los gemelos han decidido ponerme a prueba desde bien temprano.

—¡Colden!

Elevo la cabeza para que Nevan me vea. Está en el porche de la casa buscándome por toda la finca.

—Ha entrado un rescate, es tu zona de la montaña.

De lujo, a fin de cuentas, Manchas se va a salir con la suya.

Hace algunos meses, Nevan y Miles me propusieron dividir la montaña por sectores. Cada uno de nosotros es bueno en un determinado aspecto. Yo soy menos ágil en la altura y más consistente a la hora de tener que ayudar o recoger desde el suelo. Puede parecer una nimiedad, pero no lo es. Desde que nos hemos organizado de ese modo todo resulta más sencillo, cada uno está más concentrado en lo que tiene que hacer.

—¿Qué ha sucedido? —pregunto.

Me acerco hasta su posición, entre las manos tiene unos papeles que ha debido de rellenar con la información que aportan a través del teléfono los servicios de emergencia. Hay un médico en el pueblo, pero en ocasiones para llegar a los heridos necesita de nuestra ayuda.

—Una caída por desprendimiento. Parece ser que con el deshielo la montaña se ha debilitado en algunas partes.

—¿Sabemos si hay algún herido de gravedad? —Es lo más importante que debo de conocer.

—Por ahora solo una posible fractura de pierna y una brecha en la cabeza. Todos están conscientes.

—¿Cuántos son? —pregunto a la par que miro el modo en el que Krystal se acerca a nosotros con sigilo.

—Dos heridos y otros dos, ellos han sido los que han llamado. Son escaladores profesionales.

—De acuerdo, prepárame a Coco, voy a cambiarme de ropa.

Nevan asiente y se gira para hacer lo que le he pedido. Nuestra rutina suele ser así cuando comienzan a llegar escaladores, la tranquilidad de ayudar a los ancianos del pueblo o en algunos negocios se evapora.

Krystal deja pasar a Nevan; por el modo en el que su cuerpo se queda a la espera de mi mirada entiendo que quiere hablar conmigo.

—¿Puedo ir? —consulta.

—Ni de coña.

Rodeo su cuerpo y entro en la casa. Cuando hago rescates prefiero acudir con ropa más entallada y adecuada para la montaña. Todos tenemos varios conjuntos para ese tipo de actividades. Llevar una sudadera ancha puede ser sinónimo de engancharme en una de las rocas y perder el equilibrio.

—No habéis tenido rescates en estos días, ¡y quiero fotografiarlo!

Los pasos de Krystal me siguen por la estancia. Me dirijo hacia mi antigua habitación por puro instinto cuando, en realidad, podría haber acudido a la habitación de rescate en la que llevo durmiendo semanas.

—Para eso tienes a Miles. Yo no quiero participar.

—Prometo que no sacaré tu rostro. Puede ser interesante, cada vez hay más usuarios que entran a la web.

Es de valorar que se haya lanzado a intentar salvar su propio negocio, pero yo no soy el modelo que ella busca. No me gusta todo lo que acontece a través de las redes, es una mina de valientes idiotas que se creen con derecho a opinar de la vida de los demás sin fundamentos. He vivido con mi amigo Beck las consecuencias que puede acarrear estar expuesto. Él es un piloto de Fórmula 1 conocido, no tiene capacidad para salirse de ello, por más que lo deseé no puede. No quiero estar en la misma situación, perder el control de lo que se diga de mí por parte de desconocidos.

—¿Y si solo fotografío a Coco y el paisaje? —continúa siguiéndome e intentando que cambie de opinión.

—No podrás hacer eso cuando estoy subido en él.

—Claro que puedo. Soy experta en ocultar...

No acaba la frase, la deja así en el aire. Me giro hacia ella, se ha dado cuenta de que sus palabras pueden tener un doble significado. ¿Ella misma oculta su realidad y por eso es una experta?

Hay algo en esa mirada que desde ayer despierta en mí unos putos remolinos que no me gustan ni un pelo. Unidas a las palabras de Miles, todo hace un mejunje peligroso.

No me gusta ser odiado por el resto, y hay algo de la esperanza que está poniendo en sus frases que me anima a decir:

—Solo a Coco y al paisaje.

El grito de alegría que emite lo guardo para pensar más tarde lo que me despierta.

Sería más fácil dejarla atrás si no hubiese estado esperando al lado de mi caballo a que llegase con todo el equipo necesario.

—Si necesitas volver antes, llámame —le comenta Nevan en un susurro no muy silencioso porque soy capaz de captarlo a la percepción.

Me apoyo en el arnés del caballo y subo sin problema. Krystal eleva las manos y Nevan la ayuda a subir delante de mi cuerpo.

Miro hacia mi hermano con los párpados casi cerrando mis ojos. Es él quien la ha dejado delante de mi cuerpo, pudiendo haberla subido detrás.

Me encuentro con una sonrisa ladeada por su parte, evita mirar más de la cuenta mientras disimula metiendo el informe en la bolsa adyacente al arnés de Coco.

Doy un pequeño golpe con el pie derecho al caballo y éste sale disparado. El cuerpo de Krystal cae sobre el mío con la fuerza que cogemos. Su cabeza queda justo en el lugar de mi cuello, puedo ver por encima de ella y además tengo que oler la puñetera fragancia de fresas.

—Sujétate porque no va a ser un paseo suave.

Esto no es un festival de diversión, aquí estamos para rescatar heridos y ayudar a quien lo necesite. Los caballos están acostumbrados a subir grandes laderas montañosas, con ellos podemos acceder a esos lugares en los que el rescate motorizado no puede.

La velocidad de Coco impresiona a Krystal. Lo sé por el modo en el que ha encogido su cuerpo y por cómo gira la cabeza hacia la derecha para que el aire no azote de lleno contra su cara.

No dice ni una palabra y yo, en cambio, estoy pensando muchas al mismo tiempo.

No ha sido una buena idea claudicar a los deseos de la princesita.

27. KRYSTAL

La velocidad y yo no nos hemos llevado bien desde hace algún tiempo.

La necesidad de tener todo bajo control, sentir que puedo adecuar las situaciones a mis circunstancias, es una sensación que se ha apoderado de mí, pasito a pasito. Conducir se salió de mis posibilidades hace años por este mismo motivo. Cuando iba por la carretera y el resto de coches se acercaba demasiado al mío, notaba vértigo, similar a cuando estás en una montaña rusa. Cuando tenía que adelantar era un salto al vacío. Fue ahí donde me di cuenta de que en el momento en el que la velocidad es alta, pierdo el control y por ello mi cuerpo reacciona.

El estómago se me cierra y sube un batiburrillo de miedo y vértigo que me impiden seguir mirando hacia adelante. Para contrarrestar esa sensación, giro la cabeza y encojo el cuerpo porque, más allá de la incomodidad, llega a ser físicamente doloroso.

Colden maneja las riendas con mesura, mientras que Coco galopa recortando la distancia con una furia desmedida.

He de reconocer que, de alguna manera, los caballos de cada uno de los Keller guardan similitudes con ellos. Solo hay que ver a Chocolate y Samuel, o a Coco y Colden que, más allá de que compartan inicial en el nombre, nunca conoces cómo van a interactuar contigo.

—¿Tienes miedo?

Su voz me llega encapsulada debido al ruido de las herraduras del animal contra las piedras del camino.

—¡No!

Mentira, estoy muerta de miedo, jamás en mi vida he ido a esta velocidad, a una altura importante y sintiendo que abro el aire con mi cuerpo. La escena del Titanic se queda corta con lo que estoy experimentando en estos momentos.

De tan solo pensar en comparar a Leonardo DiCaprio con sus facciones dulces, con Colden Keller que es la rudeza hecha hombre, me causa gracia. Tanta que no puedo evitar que se forme una sonrisa en mi boca.

El susodicho aprieta con más fuerza el agarre que tiene sobre mi cuerpo antes de que giremos hacia la derecha. Me dirige con su cuerpo, incluso hace de cinturón de seguridad cuando tengo que recolocarme en la silla.

Otra de las actividades que tengo que apuntar en mi lista de pendientes es la de aprender a montar a caballo, aunque me muera de miedo en el proceso.

—Estamos llegando, te voy a dejar en una zona segura. No quiero que salgas de ahí, ¿me has escuchado? Puede ser peligroso.

El camino se ha ido estrechando. Hemos debido de coger un atajo para llegar a la zona media de la montaña. Los colores también se han ido oscureciendo, la naturaleza ha dejado de tener un color vívido para ser más escasa, incluso grisácea. Las rocas opacan cualquier tipo de vida existente.

Coco reduce la velocidad para ir subiendo con mesura la elevación que tenemos delante de nosotros.

—¿Ves ese pico de ahí?

Señala al frente, a la enorme elevación cubierta de nieve debido a la altura que tiene. Como me diga que tenemos que subir hasta allí, me echaré a llorar y pediré perdón por haberle rogado que me trajese con él.

—Es la misma montaña que observas desde casa cada día. Hemos dado la vuelta a Lellos, estás viendo su otra cara.

Él no añade nada más y yo no soy capaz de preguntar, aunque mi cabeza esté llena de dudas en estos momentos.

Es cierto que me impresiona sobremanera el modo que tiene ese pico de respaldar la finca, pero no me había percatado que era tan evidente mi impresión, tanto como para que él reparase en ello.

Colden gira las riendas hacia la izquierda y Coco lleva sus pasos hacia ese lugar.

Delante de nosotros hay una montaña rota en dos de forma natural. Uno de los trozos es más alto que el otro, tiene forma convexa y la luz solo se filtra en una parte de la misma.

—Tienes que quedarte aquí, seguir el camino es peligroso para ti.

Ha soltado el agarre que tenía en mi cuerpo para frenar el caballo. Antes de que pueda digerir sus palabras, su calor desaparece de mi espalda y baja con maestría.

—¿Dónde se encuentran? —pregunto dudosa.

Es imposible que alguien esté aquí herido, no se escucha nada.

—En el hueco entre las rocas. Hay un camino paralelo para bajar por la zona trasera. Lo haré yo solo.

Elevo la mirada hacia esa zona, me resulta increíble que alguien pueda entrar ahí y mucho menos un animal de gran tamaño como es Coco.

Algo debe de ver en mi rostro porque hace un ruidito que llama mi atención. Creo que ha sido un inicio de risa.

«¡Colden se ríe!»

—El caballo no escala, Krystal, solo me acerca hasta el lugar. Es ágil en estos parajes, está muy acostumbrado a ello.

—¿Y cómo llegarás hasta ellos?

Al tiempo que lanzo la pregunta, él extiende los brazos para ayudarme a bajar.

—Con este arnés.

Cuando toco el suelo, él se dirige hacia las cestas del caballo. Saca de la valija de Coco un arnés de seguridad.

—¿Y el médico?

Es inimaginable que a esta zona llegue un coche, mucho menos una ambulancia, el camino es estrecho y está ubicado en la maldita montaña.

—Lo traerá Nevan de un momento a otro.

Madre mía, ¿por qué el mundo no conoce la labor que se hace aquí?

—¿Y los helicópteros?—No puedo parar de preguntar. Las dudas se amontonan en mi cabeza.

Colden sigue sacando material sin prestar atención a mis movimientos, responde en piloto automático.

—Llegarán, pero tardan demasiado, princesa. Nosotros somos los primeros en llegar siempre.

La conversación finaliza cuando el ya conocido sonido de las herraduras aparece detrás de mi espalda.

Nevan viene acompañado de un hombre joven, quizá no tanto como Colden pero no debe sobrepasar los treinta años, vestido con unos pantalones deportivos y una chaqueta que sigue la misma tónica. En lugar de un maletín lleva una enorme mochila a su espalda que entiendo que son los utensilios médicos que necesita.

—¿Cómo está la situación? —pregunta Nevan a un Colden que no cesa en prepararse sin mirar a nada ni a nadie de su alrededor.

—No hay informe —le responde.

Me relajo al escuchar su tono cortante. Parece ser que no solo lo utiliza conmigo, sino que es habitual cuando está concentrado en algo.

El médico baja de Caramelo, el caballo de Nevan, con soltura. Por sus movimientos y la forma en la que va vestido entiendo que está tan adaptado a estas situaciones como los chicos.

Habla con Colden de unos tecnicismos que no comprendo y ambos emprenden la marcha cuando están preparados. Me quedo mirando hacia Nevan sin saber muy bien qué hacer. Él no se ha bajado del caballo y me observa desde arriba con un toque cómico.

—¿Lista para ver la acción?

—Cualquiera que te escuchase creería que está a punto de comenzar la mejor película de la cartelera.

—Ten preparada esa cámara y así luego podrás admitir que tenía razón.

La sonrisa del mellizo pequeño es cálida, siempre lo es. Si tuviera que representar a Nevan, diría que es complaciente, sabe leer al resto.

Colden y el médico desaparecen mientras Nevan me indica que puedo acercarme con él hasta una zona donde la visibilidad es mayor. Quiero pensar que estoy aquí trabajando como ellos, para retratar en una imagen su modo de actuar, de este modo, el resto será capaz de comprender el fin de la ayuda que aquí se ejerce.

Miro en derredor y espero a que la inspiración venga a mí. Por el modo en el que mi mano no busca el clic de la cámara, sé que la impresión está ocupando parte de mi pensamiento, y no me lo puedo permitir.

Coco frena antes de que el hueco rocoso se profundice, da un paso adelante y otro atrás. Colden entiende que hasta ahí llega su seguridad, así que le hace un gesto con la mano al médico que inmediatamente desciende del lomo del caballo.

También va asegurado con un arnés a la cintura.

—¿Por qué no se escucha a los heridos? —curioso.

Cambio la atención a Nevan que sigue montado en Caramelo, observando que nada se salga de su control.

—Quiero pensar que porque no los han escuchado o porque están en un punto de mala accesibilidad.

No pregunto por la otra opción.

Busco la cámara y la acerco al ojo derecho, la tengo configurada de ese modo, estoy más cómoda sintiendo el objetivo salir de mi propia visión. Supongo que es una manía, una más del ciento que porto.

El visor de la cámara capta con el *zoom* el cambio de utensilios que se están entregando Colden y el médico. Capturo el momento.

Cuando la cámara guarda la instantánea, vuelve a enseñarme la actualidad. El mayor de los Keller aprieta con fuerza una de las cintas a su mano. No es que tenga el ceño fruncido, es que todo su rostro está focalizado en sus propias manos.

La captura de esa sensación me hace sentir feliz. Sé que no tengo su permiso, y no publicaré la fotografía en la web, a pesar de ello, guardo la esperanza de poder enseñarle más tarde la instantánea y preguntarle si se reconoce.

He aprendido con este hobby que la mayor parte de las personas que me contratan, o que me piden que haga un reportaje de un momento de sus vidas, después no son capaces de verse reflejadas en ella. Hay una fina línea entre cómo uno cree que se presenta al mundo, y cómo realmente sucede y lo perciben los demás.

Ese *impás* es el que me ata a la fotografía como una droga. La capacidad de transmitir lo que uno mismo no sabe que está sintiendo.

Enfoco el objetivo a la parte más alta de la montaña. Coco observando los movimientos de su dueño será uno de los retratos que añadiré a la página web sin lugar a dudas.

—¡Aquí!

El grito de auxilio llama tanto mi atención que separo la cámara de mi cara e intento mirar todo el escenario sin la limitación del objetivo. Estaba tan concentrada en el pequeño campo que estaba captando, que me cuesta unos segundos enfocar lo que sucede. Aparece una mano entre medias del hueco, se mueve con efusividad.

Vuelvo a encontrar el foco con la cámara. El *zoom* se amplía hasta que alcanzo a comprobar que no es solo un brazo, sino dos pares que se mueven con aspavientos.

Según lo que comentó Nevan, esos deben de ser los dos escaladores que no estaban heridos. No están a una gran profundidad, puedo observar su casco y medio cuerpo.

El *wualquitalqui* de mi acompañante se activa con la voz de Colden.

—Los hemos encontrado. Será necesario el helicóptero, dice Marcos.

Giro la cámara hacia Nevan y capturo también ese momento. Él no mira hacia mí, en una mano tiene el aparato negro conectado con su hermano y con la otra mano busca el teléfono móvil para avisar a los servicios de emergencia.

El resto pasa tan rápido y a la vez es tan agobiante que siento que los clics que la cámara grita no expresan con exactitud el grado de concentración que ostento. Todo debería de ser capturado y a la vez nada tiene importancia cuando los gritos de dolor de uno de los escaladores rompen el silencio de la montaña.

Me abstengo de hacer fotografías de los heridos. Son dos chicos, jóvenes, y por cómo se cuidan los unos a los otros, creo que además de conocerse, tienen experiencia en este tipo de situaciones.

Marcos, que es como antes ha llamado Colden al médico, habla por el *wualquitalqui* para informar de la situación.

—Nevan, informa al médico del helicóptero de que necesitamos la camilla especializada. Tiene la pierna destrozada, se ha encajado en la roca y ha hecho un mal movimiento.

Él lo hace a la mayor brevedad mientras mi objetivo se queda clavado en Colden. El sudor baja por su frente mientras él, y el resto de escaladores, ayudan a subir el cuerpo del herido sin que él haga esfuerzos.

Las venas de sus manos se intensifican a medida que su fuerza aumenta.

Clic.

Su pecho sube y baja de forma arrítmica, apretando la chaqueta que no se ha retirado a pesar de que por el esfuerzo ha debido de olvidarse del frío que nos rodea.

Clic.

Subo el objetivo hasta su rostro. Tiene la boca ligeramente abierta mientras hace respiraciones

profundas. La barba, que hace días que no recorta y ha crecido unos centímetros, tiene unas ligeras motas de sangre. No parecen de él, sino de uno de los chicos que tiene toda la cara con ese color rojo tan característico y escandaloso.

Entre tanta tensión, las arrugas de su frente encapsulan el verde de sus ojos de una forma más intensa, focalizada.

Clic.

Escucho a Coco relinchar, me dirijo hacia él y me encuentro una emoción animal. Mueve las patas sin cambiar el rumbo de su ubicación, parece ser que está saludando, o contento, no lo tengo claro.

Clic.

Hay sofocos por parte de los chicos cuando alcanzan una zona segura, también hay preocupación en el rostro de Marcos que se agacha para comprobar la herida sangrante de uno de los chicos.

Bajo la cámara cuando mi emoción no es tan alta como el desasosiego que me despiertan las heridas abiertas.

—¿Demasiado? —pregunta Nevan.

No lo he escuchado bajar, por eso boto en el sitio ante su cercanía.

—Sí, —sonríó para aliviar la tensión acumulada de permanecer estática tanto tiempo— las heridas sangrantes y yo no nos llevamos muy bien.

Regreso la mirada al accesorio que me acompaña cada día. Entro en la zona de las imágenes guardadas y me encuentro con que he hecho cientos. La primera despierta en mí sentimientos encontrados, al pasar por la segunda y la tercera se me viene una idea de título ideal para subir a la web, y es en la última en la que se me abre un escenario que podría traer como consecuencia una nueva guía.

No sé qué ha sucedido o si soy tan extraña que me aferro al drama para sentir que soy útil, pero cada vez tengo más ideas cuando estoy con los Keller y eso me hace sentir... viva.

28. KRYSTAL

Los heridos fueron enviados al centro hospitalario en helicóptero y tanto Colden, Nevan, Marcos, como yo, volvimos a caballo al Rancho.

Nevan y Marcos son los primeros en partir, Colden guarda con calma los utensilios sin miedo a que lo esté mirando fijamente.

—Suéltalo —dice sin mirarme.

Toda su atención está clavada en la cuerda que lleva unos minutos recogiendo.

Me pongo nerviosa y toco la cámara para aliviar algo de tensión.

—No sé a qué te refieres.

—Estás muy callada, princesa. No es propio de ti.

Si me conociera bien sabría que es más propio de mí el silencio que la conversación, aunque supongo que nos queda mucho camino para saltar las barreras que había entre nosotros antes de que siquiera nos conociésemos.

—Me ha gustado lo que habéis hecho ahí. Ha sido... ¿impresionante?

No podría definirlo con una simple palabra, solo sé que cada vez tengo más claro que he malgastado muchas horas de mi vida sin conocer verdaderamente el negocio de mi familia y a estos chicos.

—¿Eso quiere decir que no vas a cerrar la empresa?

Lo miro fijamente, no a sus movimientos, sino a él.

Hay un ligero toque de diversión en su mirada. Creo que por una vez desde que nos conocemos ha intentado hacer una broma.

—Nunca quise cerrar la empresa.

Le respondo con la verdad; quizá de este modo logre que se relaje un poco a mi alrededor.

Como suele hacer, evita mi comentario, se acerca a mí en dos zancadas, y mi cuerpo reacciona dando un paso hacia atrás.

La respiración se me ha entrecortado y parece que a él le ha sentado mal.

—Te ayudo a subir —especifica.

El movimiento me ha recordado a uno que bien podría hacer un galán de cine de los que salen en las películas que Holly y yo vemos. Salvando las distancias de que está sudado, con restos de

sangre y que Colden no es sinónimo de paciencia, por tanto, me temo que el momento catártico duraría un suspiro.

—Esto... Claro.

«Deja de ser idiota, Krystal.»

Pongo el pie en el estribo y él empuja mi cuerpo para que sea capaz de rodear al animal. Cuando estoy segura, me coloco en la misma postura que cuando vinimos aquí. Algo debe de parecerle mal a Colden porque frena su subida, suspira y cierra los ojos.

—¿Quieres que me cambie de posición?

Quizá le incomoda que vaya delante de él.

Todavía con los ojos cerrados responde;

—No. Vámonos.

Sube con maestría y rodea mi cadera antes de que pueda moverme.

«Necesito hablar y no concentrarme en su mano rodeando mi cadera porque parezco una adolescente idiota al lado del chico guapo de clase y yo no soy así.»

—¿A dónde se han ido Nevan y Marcos?

Me doy cuenta que el ritmo que toma es más lento, ni él ni Coco parecen tan nerviosos, incluso el toque de su mano tiene menos fuerza sobre mi piel.

—Nos tenemos que reunir para rellenar los papeles del accidente. Más tarde se presentan en las oficinas del pueblo para que cada uno pueda cobrar sus servicios. Allí se registra todo lo que sucedió y cómo se actuó.

—¿Siempre tenéis que hacerlo?

—Cuando trabajamos como rescatadores para el ayuntamiento, sí. Los rescates privados son más complejos, hacemos el registro porque prefiero tenerlo todo ordenado. Si prefieres cambiarlo...

—¡No!

No lo he preguntado como una superior, sino para saber cómo actúan, me sigue pareciendo increíble su labor.

Colden se mantiene en silencio a medida que nos acercamos al Rancho.

—¿Crees que el chico estará bien?

Me siento afligida por el dolor que transmitía su mirada. Es algo que, por más que intento evitarlo, siempre me ha afectado sobremanera.

—Se recuperará, aunque me temo que tendrá que pasar por el quirófano.

No hago más preguntas y Colden no vuelve a abrir la boca.

Los escaladores eran profesionales, uno de ellos relató cómo le había ocurrido lo mismo años atrás y cómo tuvo que salir de la situación junto con otros compañeros. El talante con el que llevó todo el proceso, así como el apoyo emocional a su amigo, fue clave para que nadie entrase

en pánico. Entiendo a lo que se refería Colden cuando decía que, traer a turistas no experimentados a Lellos puede ser un peligro.

Ahora que lo he visto con mis propios ojos, debo de darle la razón.



Cuando llegamos a la finca, Colden se mantuvo en su seriedad habitual, me ayudó a descender de Coco y se fue directo a las caballerizas. Dado que no hay nadie en casa, me siento delante del ordenador portátil y conecto la tarjeta de la cámara para poder ver en tamaño grande todas las fotografías. Se cargan con rapidez porque el proceso no requiere de internet.

Baila una sonrisa por mi rostro al recordar cómo Holly siempre se ha quejado de que Edur no tenga WhatsApp o Facebook como todo el mundo. A favor de mi tío he de decir que la conexión es tan mala que tiene sentido.

Selecciono las instantáneas que más llaman mi atención, elimino las que han salido borrosas, y vuelvo a ver cada una de ellas por segunda vez para comprobar cuáles me despiertan emociones; Si definen lo que a mí me hacen sentir, o lo que quería expresar con ellas, seré capaz de transmitirlo al resto.

Me pongo en la tarea de selección, así como de edición. Algunas requieren que les cambie la iluminación para que el escenario se vea con nitidez.

Holly tiene la mala costumbre de decir que soy una artista por ser capaz de hacer todo este proceso. Nunca me ha gustado ese nombre porque considero que es una etiqueta que me queda demasiado grande. Yo no creo, solo capturo.

Activo Spotify para tener una música de fondo mientras hago todos los cambios y dejo que el tiempo transcurra.

Cuando comencé a sufrir ansiedad, lo que más me agobiaba a lo largo del día era no sacar provecho de cada minuto. Sentía que no ayudaba lo suficiente en casa, que no estudiaba tanto como necesitaba, que trabajaba poco en el blog, que no hacía las suficientes fotos. ¿Qué ocurría? Que cuando tenía una hora libre, cuando Holly me pedía que me sentara con ella a descansar o a simplemente ver una película, mi mente me lo impedía. Me levantaba y buscaba una actividad que me llevase de nuevo a esa satisfacción de tener la mente ocupada.

Editar las fotos, seleccionarlas, era una tarea que debía de hacer rápido, no podía frenar mi tiempo en ella, y así fue como empezó la caída.

Cuando dejé de prestar atención a lo que me ayudaba a enfocarme en otras cosas. Cuando perdí el ocio por disfrutar y entré en piloto automático para hacer.

Un golpe en la puerta hace que me gire y baje el volumen de la música con el control rápido que tiene el portátil en el teclado.

Brielle mete la cabeza después de preguntar si puede pasar.

Me sorprende que se haya molestado en saludar, en las ocasiones que hemos coincidido me ha saludado desde lejos, y me ha invitado a tomar algo con ella cuando estuviera agobiada de los Keller, pero tampoco había habido un interés real, o yo no lo sentía así. Bien es cierto que yo no he ido a preguntar por ella. Mierda...

—Hola —respondo con una sonrisa que tiembla un poco debido a los nervios.— Pasa, no te quedes ahí.

Hace lo que le pido. Entra en la estancia haciendo que sus botas, blancas con estrellas rosas, repiqueteen en la madera.

—Son preciosas —señalo.

Tienen un toque antiguo que las hace ser aún más peculiares. Estoy tentada de sacarles una foto, aunque no sé cómo le haría sentir eso a ella.

Mientras yo estoy anonadada por lo guapa que siempre va vestida, ella da un repaso rápido a la habitación de Colden. No he tocado ni uno de los decorados, lo que es lo mismo que decir que no ha hecho falta mover nada de sitio.

No tiene ni una foto ni un cuadro colgado, tan solo está la cama y los muebles perfectamente ordenados y limpios. No sé hasta qué punto eso dice algo de quién es realmente Colden.

¿Tendrá hobbies?

—Esta decoración es tan siesa como el propio Colden.

No reprimo la risa porque justo estaba pensando lo mismo que ella.

Hace un aspaviento con las manos delante de su cara y vuelve a hablar;

—Nevan me ha contado lo de tu accidente, ¿cómo te encuentras?

Señalo la cama que está pegada al escritorio para que pueda ponerse cómoda. Ella acepta el ofrecimiento y espera paciente, y creo que de forma sincera, a que le responda.

Si tuviera que capturar algún rasgo identificativo de Brielle no sabría decidir qué parte de ella misma destaca más. Tiene unos ojos marrones corrientes, casi del mismo tono que su pelo, y las facciones de su cara son simétricas. Nada llama la atención y a la vez, en conjunto, es una mezcla explosiva. No podría encasillarla solo en una cosa porque su presencia ocupa más espacio del capacitado para retratar.

Quizá se me está yendo la pinza del todo.

—Bien, no me hice daño y por suerte Chocolate también salió ileso. Se quedó todo en un susto.

—Y menudo susto. Todo es nuevo para ti y tienes la mala suerte de verte en esa circunstancia, menos mal que los Keller siempre están cubriendo las espaldas.

Sonríe enseñando todos los dientes y se me copia el gesto.

—¿Cómo es eso? —pregunto interesada de verdad en la respuesta.

Brielle se apoya en las rodillas y acerca su torso al mío. Le ha gustado que le dé la

oportunidad de contarme todo lo que necesito saber de este pueblo.

—No es porque sean seis hermanos, es porque realmente pienso que son descendientes de Superman. Están siempre pendientes de todo el mundo, por eso se les quiere tanto. Bueno, a unos más que otros.

Mueve las manos para tapar la boca y me causa gracia.

—No debería de haber dicho eso último, pero ya me entiendes, no todos son tan amigables.

—Sé a lo que te refieres.

Y en concreto a quién.

Mira por encima de mi cuerpo y observa la pantalla del ordenador encendida.

—Cuando Nevan me contó lo que sucedió, te prometo que pensé en tu cámara. Como siempre estás con ella, supuse que se había estampado en el suelo con el golpe.

Miro hacia el objeto que reposa en la mesa, al lado del ordenador.

—Por suerte no, solo tiene un arañazo, me caí de culo.

—¡No! —grita aterrorizada.

No sé qué me hace levantarme de la silla y enseñarle la carne de mi cuerpo amoratada, pero lo hago, como si Brielle fuese una amiga con la que ya tuviera confianza, o a la que le interese lo que me ocurre.

—Se me ha quedado la nalga negra —afirmo enseñándole el trozo de piel con un color morado.

—¡Krystal! Eso te tiene que doler muchísimo.

Para mi sorpresa, ella también se levanta para después quedar a la altura de mi herida.

—¿Se lo has enseñado a los chicos?

—No. No es nada y tampoco quiero que...

—¡Te miren el culo!

Ambas nos quedamos mirando hacia la otra y rompemos a reír al mismo tiempo.

—Tengo una pomada para los golpes que viene muy bien, los niños se suelen caer todo el tiempo. Después te la traigo.

Brielle es maestra en el centro infantil del pueblo. Según lo que dejó caer Nevan, es la profesora favorita de todos ellos.

—Muchas gracias, pero no es necesario.

No quiero que tenga que dar dos viajes solo para traerme la crema.

—Claro que sí, o si lo prefieres, podemos ir a tomar un café. Ahora mismo Rory estará trabajando, que si no se apuntaría.

Los planes espontáneos que me sacan de mi zona de confort son mi peor enemigo. Activan en mi cuerpo un mecanismo de ansiedad que bloquean cualquier pensamiento de ser una persona corriente que disfruta la vida, sin preocupaciones.

El Rancho se ha convertido en una zona segura, poco a poco voy conociendo los lugares que más me gustan, descarto los que me hacen sentir incómoda. Salir por esa valla sin el respaldo de uno de los chicos es...

Lo odio, ¿por qué tengo que ser así?

—Tengo que revelar las fotos para subirlas a la página...

Mi voz pierde fuerza a medida que compruebo como Brielle atiende a mis palabras. Su invitación no fue vacía, lo decía en serio.

Durante unos segundos clava su mirada sobre la mía. Primero fija la atención en uno de mis ojos y luego en el otro. Ya estoy generando mil escenarios posibles para pedirle disculpas por mi negativa cuando ella dice:

—¿Puedo acompañarte? Me gusta el trabajo que estás haciendo.

Me quedo tan sorprendida que no le respondo de inmediato. Debe de creer que soy idiota, y es que lo soy porque para una persona que no me está forzando, no sé atenderla.

—Claro.

Saca el taburete que está escondido en una de las esquinas de la mesa, y deja la calidez de la cama para tomar asiento más cerca del ordenador. Salgo del bloqueo cuando ella se fija en una de las imágenes de Coco.

—Esta foto es preciosa —apunta.

—¿No crees que el caballo está nervioso por ver lo que está ocurriendo sabiendo que él no puede ayudar?

Es arriesgado exponer mis sentimientos de este modo, aun así lo hago.

Brielle lo recibe sin prestar atención, continuando la conversación, siendo normal.

—Joder, es cierto. Coco tiene una mirada que en ocasiones transmite miedo, o fuerza. No sabría definirlo, y aquí hay tensión. Incluso, mira, la mandíbula.

Señala un punto de la imagen que amplío.

—Le he hecho más fotos.

Paso a la siguiente diapositiva y, en lugar de aparecer el caballo, quien se representa en la pantalla a todo color, es nada más y nada menos que la cara de concentración de Colden.

—Que el señor nos pille confesados, porque este hombre tiene más misterio que el propio diablo. ¡Qué guapo es! —asegura Brielle sin ningún tipo de contención.

Ella no se ríe, siente cada una de las palabras que acaba de soltar en su interior. Sigue mirando la imagen anonadada, negando con la cabeza y suspirando. Por mi parte no disimulo más mi impresión con esta chica y me río con un sonido estruendoso.

En realidad, lleva razón, Colden es un chico muy guapo.

29.COLDEN

Más allá del rescate, ha sido un día agotador. No he tenido tiempo a comer y la cena me ha sabido a poco. En cuanto coja la cama voy a caer redondo.

—¿Has visto que hoy hay cervezas gratis en el Cow?

Miles ha estado en el bar de George todo el día. Salió hacia allí a primera hora para recoger mercancía para Marcos, el médico, y al final tuvo que ayudar en el bar porque hubo un derrumbamiento debido a la nieve de las pasadas semanas.

No entiendo cómo después de estar todo el día trabajando, aún tiene esa energía.

Miro hacia él bebiendo la poca agua que queda en mi vaso. Solo nos diferencian dos años de edad y en ocasiones me siento su padre.

—Estoy molido, no cuentes conmigo.

Eric y Wylan abuchean mi comentario. Nos hemos quedado nosotros solos porque según la tabla de tareas, nos tocaba recoger y fregar los platos de la cena. Nevan se ha ido a ver una película y Edur y Krystal se fueron a llamar a Holly.

—¿Desde cuándo rechazas ir al Cow? —pregunta Eric.

Paso por alto que tenga los nudillos rotos. Sabe que si se ha metido en una pelea me voy a enterar tarde o temprano de lo que ha ocurrido, pero como lo conozco, lo que haya pasado tuvo que ser de fuerza mayor o en defensa personal. Eric es hiperactivo, desesperante la mayor parte del tiempo, y buena persona. Todos mis hermanos tienen esa última característica y me siento orgulloso.

—Desde que es un *viejoven* incapaz de mantenerse en pie al finalizar el día —apunta Wylan.

—Wylan, no te pases porque cuando quieras te enseño lo *viejoven* que soy —afirmo indignado por sus palabras.

Miles retira el pelo de la cara antes de volver su atención a mí.

—Hay una oferta de cinco cervezas por el precio de cuatro, no nos hagas este feo.

—Siempre podéis repetir, y así todos nos quedamos contentos —expongo con una media sonrisa.

Cojo el vaso ya vacío y lo dejo con cuidado en el fregadero. Soy el mayor, me he deslomado hoy, y tengo la potestad para decir:

—Eric y Wylan, hoy fregáis vosotros.

Los gemelos saltan en sus sillas. No solo son iguales físicamente, también comparten multitud de gestos. Uno de ellos es la espontaneidad.

—¡Lo hicimos hace dos noches!

—No seas cabrón, Colden, hoy te toca a ti —añade Miles con esa voz grave que lo diferencia entre una multitud.

Todavía recuerdo los gallos que le salían de adolescente cuando estaba en el proceso de llegar al tono actual. Fue una buena época, eso sin duda.

—¿Y qué hay de suspender el primer examen de la universidad?

Ambos se quedan tiesos, casi blancos.

Estoy hasta los huevos de repetir que tienen que estudiar aunque se vayan a quedar a vivir en el pueblo. Nunca se sabe las vueltas que puede dar la vida, y la de ellos, aún acaba de comenzar.

—¿No hay nada más que añadir, verdad? —pregunto.

La respuesta solo es la carcajada de Miles, así que lo tomo como el indicativo para salir e irme a la maldita cama/tortura.

Como Krystal se quede más tiempo aquí, voy a tener que pedir cita a Marcos para que me haga un trasplante de espalda.

Camino ligero hasta las caballerizas para que el frío no me atrape. El cambio de temperatura no lo hace, pero la mirada tierna de la princesita sí porque, para mi sorpresa, está en la puerta de la habitación con algo en la mano.

Hago un esfuerzo por diferenciar lo que sostiene, pero no es hasta que me acerco que vislumbro que son los pantalones que le había entregado después del incidente.

Aún no sé cómo actuar cuando está cerca. Lo del accidente, incluso que hoy nos acompañara al rescate, me parece un borrón, algo que no existió en realidad.

—¿Qué haces aquí?

Si se ve afectada por mi tono cortante no lo hace evidente. Levanta la mano con mis pantalones antes de hablar.

—Quería entregarte esto desde por la mañana; después con el rescate no hemos tenido tiempo y has desaparecido toda la tarde.

—No he parado. Los días cada vez son más enloquecedores. —Abro la puerta para acceder a la habitación y la dejo abierta para que ella pase—. Tenemos que coger más trabajo para seguir a flote, ya lo sabes.

No es un reproche, es la realidad. Miles y Nevan hacen lo que pueden, no me gusta saturarlos más de la cuenta, así que el trabajo extra suelo hacerlo yo.

Le doy la espalda mientras quito las botas y dejo mis pies descansar. El frío del suelo calma el dolor.

Estoy a punto de soltar un suspiro de alivio cuando recuerdo que no estoy solo. Vuelvo el cuerpo hacia ella. La acabo de pillar observando los detalles de la estancia, se siente observada, y parpadea con rapidez.

—Si los necesitas no hace falta que me los devuelvas —pronuncio ante su silencio.

Sí que necesito los pantalones, pero es la primera excusa que me ha venido a la cabeza.

—No, no te preocupes, he traído ropa suficiente.

Hay dos cuestiones que se forman en mi cabeza. La primera me da un miedo de narices, y es una broma con relación a la que se montó cuando ella perdió las maletas. Estaba a punto de soltarla cuando he meditado que, la princesita, no es una amiga con la que bromear al final del día. Y la segunda es una pregunta, ¿cuánto tiempo se va a quedar?

—¿Algo más?

Al final suelto lo habitual, lo cortante.

—Sí, esto... —Sus ojos vuelven a repasar la pequeña habitación y mi ropa ordenada en el suelo para que no ocupe espacio—. ¿Por qué te estás quedando aquí?

—Ya sabes la respuesta a eso, una princesita de ciudad se adueñó de mi habitación.

Juro que he intentado bajar el tono, decirlo como algo casual, como una frase que soltaría Miles y de la que todo el mundo se reiría. Claro, que ni soy mi hermano, ni nosotros tenemos complicidad como para que saque una sonrisa de oreja a oreja.

Me lanza un repaso que me deja en el sitio. Hasta hace unas horas Krystal quitaba la mirada de mí en cuanto se percataba de que yo lo hacía de vuelta. Algo ha cambiado en ella y no sé lo que me hace sentir eso.

—¿Te puedo hacer otra pregunta? —pronuncia atrapada por los mil detalles que está captando.

—¿Por qué preguntas tanto?

En lugar de sonreír, porque era un intento de broma, ella frunce el ceño y medita la respuesta. Como no debe encontrar nada interesante, sube y baja los hombros.

—Me causa intriga tu forma de ser.

—Joder, nunca me han lanzado un piropo tan exquisito. Eso debe de ser cosa de los pijos.

Levanta el pantalón que todavía no ha cogido y lo deja encima de la silla que hay a modo de mesita.

—¿Eres consciente de que soy de todo menos pija? Holly y yo vivimos en un piso enano, mi habitación es poco más que esto.

Más allá de que la empresa ahora mismo no esté pasando por su mejor momento, sé que los Muller tienen una buena economía. Los padres de Krystal compraron la mejor vivienda de Lellos cuando ella nació, es por todos conocido.

—Puede que el aire de la ciudad os vuelva más poetas —respondo.

Evita la confrontación conmigo y da un paso al frente.

—¿Por qué nunca dejas huella en tus rincones? No te has llevado nada de decoración de tu habitación y aquí... tampoco hay nada.

—¿Qué quieres decir?

Echa un último vistazo a toda la madera que recubre la estancia y posa esos ojos azul eléctrico sobre los míos.

—Todo parece impersonal a tu paso.

Joder con la jefa.

—¿Me estás dando un repaso o echándome la bronca? No entiendo muy bien el objetivo de todo esto.

Y tampoco sé hasta qué punto me parece una puta broma o hasta dónde debería de llevarlo a lo personal.

—Mierda, no quería decir... No quería ofender, es que... Justo antes he estado con Brielle y a ella también le ha sorprendido que no tengas nada que identifique tu habitación como tal y ...

Desconecto de su verborrea para pararme a procesar lo que acaba de decir. Lo que siempre me ha ocurrido y nunca nadie se ha dado cuenta.

No suelo dar importancia a los lugares que habito, ni a la ropa, ni a lo material que pueda haber en mi vida porque, en realidad, jamás he sentido nada mío. No tengo sentimiento de pertenencia a nada, más allá de mis hermanos y de los animales.

—¿Para qué voy a cogerle cariño a un lugar si puede que mañana no esté aquí?

Amplía los ojos y parpadea un par de veces antes de hablar.

—¿Es un nuevo reproche?

—¿Qué? No, ¿por qué iba a serlo?

Es complicado de cojones tener una conversación con ella cuando todo lo que se dice cree que es un dardo envenenado que le lanzo.

—Creí que esto había quedado claro ayer —matizo.

Asiente de forma efusiva, pero tarda unos segundos en volver a retomar la palabra.

—¿Tienes en mente ir a otro lugar? ¿Dejar el Rancho? —quiere saber.

—No. Sí, no lo sé. Si no hay trabajo aquí, tendré que buscarme otra alternativa, no puedo atar mi existencia a lo que en algún momento me hizo feliz.

—Tus hermanos son felices aquí, han creado una vida en esta casa.

—Pero no es su casa, es la tuya.

De nuevo ese gesto de dolor cuando acabo la frase.

—No os echaría nunca a la calle, Colden. Ni yo, ni Holly. No somos unos monstruos.

—Me gusta saber de dónde vengo, y me encantaría saber a dónde voy. No he querido decir que nos vayáis a echar, pero llegado el momento, todos tenemos que ser conscientes de quién es

el rey y quién el peón.

—A mí me gustaría que sintieras este lugar como tu espacio. Eres importante para todos.

—¿Me estás haciendo la pelota, princesa?

La puñetera sonrisa tímida se la podía ahorrar porque me he puesto nervioso. No estoy habituado a que ocurra eso en mi presencia, y mucho menos con una tía como Krystal a la cual he odiado sin conocerla desde hace muchos años.

—¡No! Bueno, creo que un poco sí —declara.

Siento cómo mis labios tiran hacia arriba de forma automática. Al instante, sus mejillas se tiñen de un color carmesí.

—Ya que estamos en el juego, voy a hacer yo una pregunta que me está carcomiendo, ¿por qué no quieres ir a tu casa? Estarías más cómoda.

Traga saliva y se lleva el dedo índice a uno de los mechones rubios que se ha escapado de la coleta. En otra ocasión pensaría que es un gesto de niña pija que quiere demostrar presencia. Ahora que la voy conociendo, me parece más un síntoma de nerviosismo.

30. KRYSTAL

¿Cómo explico que me ocurre lo mismo que a él, sin hacerle sombra a lo que acaba de confesarme?

Apoyarme en la broma de «¿es que me quieres echar de tu habitación?», me parece excesiva para el tipo de relación que tenemos, así que opto por admitir la verdad. Si quiere juzgarme, por lo menos que lo haga con fundamentos.

—Tengo miedo —admito con la voz temblorosa.

—¿A qué? ¿A los fantasmas?

La barba de Colden se ve esponjosa. No del tipo de la de Papa Noel o de un viejecito mono del pueblo, más bien se asemeja a la de esos hombres atractivos que salen en las portadas de las revistas.

Hace mucho tiempo que no siento atracción sexual hacia nadie, una de las psicólogas me dijo que era completamente normal debido al estado en el que me encontraba. También me trataba como una paria social, así que no sé hasta qué punto tenía razón.

—Muy gracioso, pero no, no tengo miedo a los fantasmas. O no a los muertos.

Me guardo su sonrisa como un triunfo personal.

—¿Entonces, a qué le teme Krystal Muller?

—No lo sé, creo que a los recuerdos.

Freno en seco de hablar.

Acabo de admitir algo que no había moldeado en mi mente, ha salido movido por la necesidad de ser expuesto, y es una sensación extraña. De falta de control y a la vez de calma porque ya no esté conmigo, porque lo haya compartido.

Me mira como nadie lo ha hecho en mucho tiempo. Intentando descifrar lo que mis ojos guardan.

—¿Cuánto hace que no visitas esa casa? —pregunta.

—No he visitado ni mi casa ni el pueblo desde que nos fuimos de aquí, tan solo era una niña, han pasado más de diez años desde entonces.

El modo que tiene de dejar caer los brazos de sus caderas para cruzarlos sobre su pecho, llama mi atención. Algo me atrae hoy hacia él y no sé lo que es, o lo que sucede conmigo. Es el Keller

más complicado, el que peor me ha tratado, y aquí estoy, por algún extraño motivo, abriendo mi corazón con él.

—Lellos es un lugar para disfrutar cada día, no deberías privarte de él.

—Lo sé —susurro.

Aunque también sé que no va a cambiar nada. Que no voy a salir de esta finca, y que tampoco seré capaz de coger la furgoneta y conducir hasta mi antigua vida.

—Bien.

Es lo único que dice mientras mi mirada vaga por todo su cuerpo; busco algo más que añadir, nada aparece. En realidad esto ha sido muy extraño, no debería de haber empezado a hablar, y mucho menos a hacer preguntas.

—Te dejo solo —señalo su cama improvisada mientras salgo por la puerta para olvidar que esto ha sucedido. Odio los momentos incómodos, me siento idiota cada vez que me meto en uno de ellos.

Percibo como su nuez de Adán sube y baja cuando traga saliva. Muevo la mano a modo de despedida, me giro y camino hacia el pasillo central. Se nota el frío de la noche y eso que la temperatura en este lugar es estable para que los caballos no se pongan enfermos.

Quiero correr pero a la vez me gustaría disfrutar de unos segundos a solas, recapitulando lo que ha sucedido con Colden.

—¡Krystal!

Su voz me llega fuerte, me giro lentamente para comprobar que está en el quicio de la puerta, ha tenido que gritar para llamar mi atención.

—Tengo aquí las llaves de la furgoneta, si quieres podemos ir a visitar tus recuerdos.

Vaya, eso ha sido... ¿Inesperado?

Por el modo en el que Colden cierra los ojos y toma aire ante mi silencio, parece que a él también le ha pillado de imprevisto su ofrenda de paz.

—¿Harías de guía turístico? No te pega mucho.

Madre mía, no era consciente de lo difícil que es intentar hacer una simple broma entre personas de mi misma edad. Con Holly todo sale más natural, ella conoce mi modo de actuar y yo el suyo. Sabemos lo que le gusta a la otra y lo utilizamos a nuestro favor, pero esto es más complicado, más cuando la mole de músculos camina hacia mí con las botas de vaquero en la mano y las llaves de la furgoneta en la otra.

—Quizá me arrepienta más tarde, pero he tenido el pálpito de hacer la pregunta y Edur siempre dice que lo que mueve el corazón no lo puede frenar la razón.

Mi tío es un hombre sabio.

—¿Y esa no es una frase de pijo de ciudad convertido en poeta?

Colden llega a mi lado, se agacha para poner las botas que decoran su mano derecha; su

actividad frena en el proceso al escuchar mi comentario. Regresa sobre sus movimientos y me mira. No es una simple mirada, es un gesto intenso, ni siquiera parpadea.

—Krystal, no te metas a ser cómica en tu vida, vas a pasar mucha hambre.

Y entonces hace un sonido que suena a tranquilidad y felicidad a partes iguales. Me gusta cómo se destensan mis músculos cuando él se ríe.

—Venga, vamos.

Camina delante de mí, es el primero en salir de la luz de los establos. Su cuerpo atraviesa la oscuridad mientras enciende con el mando a distancia la cerradura del vehículo. Es surrealista que vaya a hacer esto con ÉL. Hace dos días creía que me iba a escupir en la cara cada vez que abría la boca, y ahora estoy reparando en el modo que tiene de caminar desenfadado, en cómo tiene una seguridad pasmosa con sus botas de vaquero, y en lo guapo que es sin el sombrero tapando parte de su cabeza.

Acelero el paso para unirme y que no me tenga que esperar.

Abro la puerta del asiento del copiloto y espero a que él haga lo propio. El espacio reducido hace que ambos nos quedemos mirando hacia el frente, observando la más profunda oscuridad. Es extraño porque el silencio lo rodea todo.

—Te quedan bien los rizos —apunto.

Su cabello no es que esté formado por tirabuzones, sí que es cierto que tiene pequeñas ondulaciones abiertas que se dispersan por toda su cabellera. Si se dejara el pelo a media melena como Miles, sería rizado cien por cien.

—Odio tener la cabeza despejada.

Con las mismas, abre la guantera, ocupando parte de mi espacio personal y saca una gorra de un color negro con pequeños detalles en rojo. Luce un número en el centro, el veintiocho.

La pone al contrario de como debería, dejando la visera hacia la nuca y, cuando clava la atención en mí con ese nuevo accesorio, no soy capaz de aguantar la mirada más de dos segundos.

El sombrero de vaquero es un habitual en él, no llama tanto la atención. Ahora, su rostro se ve más perfecto que nunca y no entiendo por qué razón ese hecho me hace sentir nerviosa.

—¿No te gustan las gorras, princesa? Esta es oficial, no una burda copia.

Enciende el motor y me da el espacio para volver a respirar, poner el cinturón de seguridad y hablar mirando hacia el frente, sin tener que reparar en él o en el modo desenfadado que tiene de coger el volante.

—No he dicho nada.

—Tu expresión lo dice todo, Krystal. Eres un libro abierto, se te nota todo en la mirada.

¿Ah, sí? Nunca nadie me ha dicho tal cosa.

—Para tu información, esta gorra es del mejor piloto de Fórmula 1. Por dentro está firmada

por el mismísimo Beck Hunter —afirma muy feliz.

—¿Te gusta el deporte?

A mi sí, pero como Holly lo odia, no solemos tener espacio para ver las carreras.

—Me gusta más el piloto.

No entiendo la broma, y por el modo en el que él fija la atención en la carretera, parece que no me va a dar una explicación sobre ello.



La noche ha caído hace unas horas. Aunque no lo parezca por el frío que sigue haciendo cuando el sol se va, faltan unas semanas para que llegue la primavera y los días comiencen a ser más largos.

Hubo un momento de mi rutina en la que contabilizaba los días de invierno como una losa más a la que hacer frente. La oscuridad me atrapaba, me asfixiaba y no me daba cuenta, hasta que el sol volvía a calentar, que necesitaba luz. Supongo que no era solo la luz solar, sino una luz que llevase mi vida por el buen camino.

Colden desciende la cuesta que se forma en la finca del Rancho y pasa por delante de la vivienda de Brielle a toda velocidad. Por esta zona nunca hay ningún viandante, queda lejos del pueblo y sería peligroso que alguien se aventurase a caminar sin luz por este camino.

Hasta llegar a las luces que se difuminan al final de la recta, tardamos unos minutos. Las calles de Lellos están alumbradas con multitud de farolas que desprenden una luz amarillenta muy característica.

Gira hacia la derecha antes de tomar la calle principal, frena delante de un edificio de madera con las puertas pintadas en blanco con pequeños redondeles de colores.

—Samuel lleva toda la semana diciendo que deberías de conocer este lugar.

No miro hacia Colden, toda mi atención ha quedado prendada en la tierna cafetería con encanto que tengo delante. Hay solo dos clientes sentados en una mesa. Uno de ellos con un portátil y otro con un donut de chocolate que me hace la boca agua.

—Es un buen lugar si necesitas conexión a internet. David paga la tarifa más alta de Lellos para que así sea.

Vuelvo la mirada hacia él sin decir nada.

—No me mires así, es la pura verdad, no te estoy vacilando.

Mi intención no estaba anclada en ese pensamiento, más bien reparaba en la disposición que ha tenido de enseñarme este lugar, pensando que me podría ser de ayuda o que me gustaría. Aunque ha dicho que fue idea de Samu...

—También tiene el café más rico del mundo. Lo trae desde Colombia.

—Me encanta el café.

Aunque no pueda beber tanto como me gustaría por culpa de la maldita ansiedad. Ese comentario me lo guardo, no quiero que Colden tenga una imagen pesimista sobre mí.

Vuelve a encender el motor y nos lleva de nuevo a la calle principal. En la mitad de la misma debería de erguirse un edificio de tres plantas, con un color chocolate detonante con respecto al marrón más claro del resto. Cuando vivíamos aquí, mi padre solía decorar el balcón con flores. Las cuidaba cada mañana, incluso hablaba con ellas.

Colden reduce la velocidad unos metros antes de llegar al punto que tengo vívido en mis recuerdos. Aparca la furgoneta en una zona habilitada y apaga el motor. No hace el amago de salir del vehículo, siento su mirada clavada en mi cuerpo como una flecha a punto de ser lanzada.

—Si crees que es una mala idea, podemos volver. No es necesario hacerlo.

Me quedo en silencio observando la calle. Las pocas personas que pasean por ella, lo hacen con prisa. El día ya está llegando a su fin, es la hora de volver a los hogares, hacer las últimas tareas y despedir el día hasta que el despertador anuncie que ha llegado una nueva rutina a la que hacer frente.

—¿Krystal?

Por mucho que lo intente, porque la tensión en su mandíbula indica que está intentando acercarse a mí sin asustarme, la forma de hablar de Colden es cortante. Casi fría.

—Sí, estoy segura. Quiero hacerlo.

Debería de haber llamado a Holly. Debería de saber en qué estado se encuentra la vivienda. Aunque, si Edur tenía pensado que me quedase aquí, entiendo que está habitable. En realidad, ¿es esto una buena idea?

Cabeceo de forma automática para borrar los pensamientos intrusivos que se han apoderado de mí por culpa de la incertidumbre. Pienso en una goma de borrar enorme y la paso por todas esas ideas. Algunas se siguen leyendo, siguen impresas en mi mente, por ese mismo motivo abro la puerta del vehículo y me apeo.

Colden me espera paciente en la acera, con las manos escondidas en los bolsillos de la enorme sudadera que se ha puesto al bajar.

—¿Recuerdas la última vez que viniste? —quiere saber.

Me encantaría apretar su brazo en forma de agradecimiento. Sé cuando una persona hace el esfuerzo porque la otra se sienta cómoda. He visto la parte fea de Colden y está claro que ésta es más carismática. Puede que me vea como una fracasada perdida en la vida, aun así, me alegra que tenga este tipo de gestos. Me ahorro el movimiento porque, del mismo modo que ahora está siendo agradable, no sabría cómo digerir un rechazo por su parte.

—No. Sí. Es complicado.

Caminamos lentamente, ninguno de los dos tiene prisa.

—¿Fue el día que...?

—Sí, fue el día que ellos murieron. Estaba en casa con Holly y Edur, habían venido después de la llamada de mi padre. Era una niña y con todo supe que algo malo estaba por venir, algo muy malo.

La puerta del portal aparece delante de nosotros.

Sigue igual, del mismo color. Ninguno de los otros vecinos ha cambiado ni siquiera la placa del número.

Tomo aire para poder dar el paso, para traspasar esa puerta que me lleva a los recuerdos.

Colden saca las llaves del bolsillo trasero de sus pantalones y me las entrega. Niego con la cabeza para que sea él quien haga los honores. No quiero que vea cómo me están temblando las manos, ni cómo no puedo frenar el movimiento de pies para que los nervios no se expresen de una forma más fea.

Hace lo que le pido, cuando la cerradura está abierta, empuja la puerta y espera a que sea yo la que dé el paso de entrar.

El portal siempre fue simple, decorado por una fuente de piedra con agua artificial y una puerta con el número uno.

Mi puerta.

La que fue *nuestra* puerta, la de mi familia.

Trago como puedo el nudo que se forma en mi garganta y bajo el labio superior para que las lágrimas no caigan por mi rostro.

Es simplemente una casa, no debería ponerme así, no debería de llorar por un inmueble que no guarda absolutamente nada. Mis padres no van a estar en el otro lado. No voy a encontrar a mi padre sonriendo porque me ha traído un bollo de chocolate. O a mi madre tumbada en el sofá, tapada con cientos de mantas porque siempre tenía frío.

Hay un calor en mi espalda que me aleja de ese dolor y me acerca a la realidad. Las manos de Colden rodean mis hombros. No hace fuerza, simplemente se quedan apoyadas, trayéndome al presente.

—Puede que no haya sido una buena idea...

—No, quiero hacerlo, abre la puerta, por favor.

Muevo la cabeza hacia arriba, me encuentro con sus ojos verdes un tanto atormentados por lo que está viviendo conmigo, espero que no sienta vergüenza por mi culpa.

Da un paso al frente. Hace lo que le pido, abre la cerradura y se aleja de la marcación.

Es el momento de asumir que nada volverá a ser como antes.

31. KRYSTAL

Me encantaría ser la protagonista de una película en estos momentos, que a mi alrededor hubiera música bonita, que todo se iluminara a mi paso para no reparar en el modo en el que los muebles no se han movido. Cómo los libros de mi padre siguen apilados en el suelo y cómo hace calor. Colden, Edur, o los chicos han mantenido el calor por si cambiaba de opinión.

—Edur viene a limpiar cada dos semanas, no está impoluto pero si quieres...

Miro hacia él.

No como he hecho hasta ahora, sino captando cada detalle. La forma en la que eleva poco a poco la cabeza, clavando la mirada en mi rostro; Veo una mezcla de incertidumbre y sosiego. Su sola presencia en esta casa se siente extraña. Todos los actos de este hombre parecen diferentes dependiendo del momento. En medio del salón, con esas botas de vaquero y una combinación de ropa que solo le podría sentar bien a él porque en cualquiera parecería un ataque a la moda.

—¿Estás bien?

Al hacer la pregunta, las arrugas de su frente se despejan, da un paso hacia mí, escucho su respiración, después otra, y entonces entiendo que mis piernas había comenzado a temblar hasta el punto de hacer que perdiera el equilibrio.

Los brazos de Colden rodean mi torso, me acercan a él. No escucho lo que dice a continuación, mis ojos solo son capaces de reparar en que su sudadera se ha mojado con dos gotas.

Son mis lágrimas.

Hace fuerza para ponerme recta y tener un punto de apoyo en mi cuerpo más estable. Con el movimiento miro hacia arriba. Me quedo cara a cara con él.

Ninguno de los dos dice nada, pero bailamos por la expresión del otro. Capto cómo mueve los ojos con nerviosismo, creo que está comprobando que no me vaya a desmayar. Le diría que no es así, pero no comprendo qué está sucediendo. Por qué el ruido se ha disminuido, o por qué estoy llorando.

—Ha sido una idea de mierda —dice.

Me pierdo de comprobar lo que quiere expresar con ese comentario porque me toma en brazos y camina hasta el sofá que sigue con la misma funda. Con los mismos cojines, pero sin el calor

que conservaba en la esquina derecha, donde ella siempre se ponía a leer.

—Voy a por un vaso de agua, ¿vale?

Se ha agachado, está muy cerca, lo percibo como un borrón antes de asentar.

Sale corriendo hacia la cocina, separada del salón por una tímida ventana. Me gustaba sentarme aquí, justo aquí, a ver cómo mi padre cocinaba mientras cantaba.

Me seco las lágrimas, pero ellas no frenan. Bailan por mis mejillas, cuando unas mueren, otras nuevas vuelven a nacer.

—Krystal, toma, bebe.

¿Cuándo ha recortado Colden la distancia?

—No estoy loca, te lo juro —digo con un tintineo de voz.

Necesito que no me abandone ahora, porque si lo hace no sabría salir de aquí. En cambio, rompe la postura arrodillada para tomar asiento a mi lado. Rodea mis hombros y me acerca a su pecho. Extiende el brazo para que pueda coger el vaso lleno de agua con seguridad. Lo hago, aunque no tengo sed.

Está fría, muy fría, tanto que siento cómo los labios y los dientes se me congelan cuando el líquido entra en contacto con ellos.

Deseo gritar y decirle que no quiero más, en cambio, sigo bebiendo. El frío se instaura en mi frente al tiempo que baja por mi garganta despejando el maldito nudo.

Cuando tomo aire, puedo sentir como los pulmones se llenan, mi cuerpo comienza a convertir en nítidas todas las imágenes que me rodean. Los sonidos vuelven, principalmente la respiración de Colden a mi lado.

—Ha sido... —comienzo a decir.

Sé lo que ha sido, siempre lo mismo, incontrolable, inesperado.

—No tienes que dar explicaciones, he tenido una idea de mierda al venir aquí.

Al hablar, su pecho roza contra mi espalda generando calor. No sabía que tenía tanto frío, ha debido de ser el agua. Miro hacia la mano que sostiene el vaso, hay hielo, dos piezas para ser más exactos.

Elevo la cara para ver a Colden, ha sabido lo que estaba haciendo desde el minuto uno.

—He tenido alguno de esos también —añade ante mi asombro.

Sus hombros suben y bajan, pero no puedo restar importancia a sus palabras, no cuando para mí cambian todo el escenario entre nosotros.

—¿Sufres ataques de pánico?

—Cuando estoy muy saturado, es el modo que tiene mi cuerpo de mandarme una alerta. Después de la muerte de mi madre he vivido episodios para olvidar.

No deja de frotar su mano contra mi hombro, no me ha separado de su cuerpo ni un centímetro. Nunca había tenido su rostro tan cerca. Si extendiendo los dedos, podría conocer cómo

es el tacto de su barba, del mismo modo que podría comprobar cómo se siente la diminuta cicatriz que tiene debajo del ojo.

—Ya no recuerdo cómo era antes de que llegaran —admito—. Siempre tengo miedo de que aparezcan.

Colden toma aire con fuerza por la nariz y niega antes de hablar. Hay pesar en su pecho, hay el mismo dolor que siento en mis propias carnes.

—Se hablan de los demonios que dejan las adiciones, pero nadie habla de los que deja la ansiedad —sostiene.

Debajo de esa imagen dura y cortante estoy descubriendo una faceta de él que no me esperaba. No hemos tenido tiempo para conocernos, y está mal eso de juzgar al resto, sin embargo, es algo natural y lo he hecho con él. Supongo que nace del fruto de las inseguridades, y por algún motivo, el cambio de dinámica, me permite respirar con más calma. Quizá también con más confianza.

No es un juicio lo que había en su mirada, era comprensión.

—Nunca se vuelve a ser el de antes. Cuando llegan, lo cambian todo —aseguro.

Quiero reposar la cabeza en su pecho, exponer todos mis miedos en voz alta.

Ante mi comentario, él hace un gesto espontáneo de llevarme hacia atrás para que ambos nos apoyemos en el respaldo del sofá, en una especie de abrazo que jamás esperé recibir por su parte.

—Es una mierda intentar definirse a uno mismo cuando cada día te sientes de una manera distinta. —Sus palabras me llegan al alma porque las siento más—. Es una mierda querer coger el teléfono móvil, llamarlos, y darte cuenta de que la línea solo parpadea porque ellos ya no están.

Las lágrimas nacen de nuevo, viajan hacia el suelo como un cohete, silenciosas y a la par sanadoras.

—Es una mierda ser conscientes de que seguimos adelante por pura inercia. Todo es una mierda, Krystal, hasta que entendemos que nosotros sí que seguimos vivos, y que le importamos a alguien, aunque sea a una persona en el mundo entero.

La imagen que se me forma en mi cabeza tiene una sonrisa teñida por la edad. Unos ojos tan azules como los míos, y unos brazos que me rodean cada vez que tengo miedo. Holly es la luz al final del túnel, por la que he seguido hasta ahora.

—¿Y cómo se hace para vivir por uno mismo y no por los demás? —pregunto.

No quiero que vea mis lágrimas, así que me acurruco bajo su brazo y espero a que él tenga la respuesta que llevo esperando tiempo, por la cual jamás pregunté por miedo a sentirme juzgada.

—No lo sé —susurra—, yo tampoco lo he descubierto todavía.

32. COLDEN

Ha sido jodido conciliar el sueño después de la conversación de ayer.

Volver al coche se sintió del mismo modo que cuando enterré a mi madre. No sabía ni dónde estaba, ni a dónde me dirigía, tan solo era consciente de que a mi lado había alguien tan perdido como yo. En el trayecto nos mantuvimos en silencio, mi mente tramaba mil teorías, mil conversaciones que podía tener con ella, pero estaba el miedo, ahí acechando a que lo dejase pasar.

Por mucho que la quiera odiar, aunque repita el discurso que llevo años creyendo, ya no soy capaz de reprocharle a Krystal que no haya venido nunca, que no haya atendido el negocio, que no se haya preocupado por Edur.

Tomo aire con fuerza e intento despejar la mente para enfocarme en lo que tengo entre manos.

No es que las sábanas se me hayan pegado, es que cuando las retiré de mi cuerpo pesaban una tonelada, y no estoy exagerando. El despertador sonó a las cinco de la mañana, y por primera vez en años, tuve que posponerlo media hora.

Los caballos me recibieron con alegría, quizá más de la cuenta porque el hambre comenzaba a apretar. Cuando tuve que limpiar el establo y ordenar los papeles, literalmente me quería morir o dormir de pie.

He logrado cubrir lo indispensable antes de entrar en la casa para desayunar con los chicos. Hoy no necesito un café con leche, lo de hoy va a tener que ser la cafetera completa y sin añadidos que rebajen el sabor agrio.

—¡No tienes ni idea, Wylan!

—Anda que no, si la idea fue mía, te apropiaste de ella cuando viste a Rory. No entiendes que ella no mira en tu dirección. —Le reprocha Wylan a Eric.

—¡Calma, pueblo! Todo tiene solución en esta vida —afirma Nevan.

Esto es lo jodido de todo, notar en mi cuerpo que algo está cambiando, que se están removiendo viejos recuerdos y que a mi alrededor nada cambia, todo continúa su curso. Entro en la cocina y me encuentro a los gemelos tirándose trozos de tostada el uno al otro, a Nevan intentando poner paz en el asunto y a Miles con la cafetera en la mano.

—¿Qué hay? —me dice este último cuando me pongo a su lado.

Toco la espalda de mi hermano y le entrego la taza que ya utilicé por la mañana para que la rellene. Mientras Miles y Nevan estuvieron estudiando en la universidad, llegué a un acuerdo con ellos para hacer los primeros turnos del día. No me molesta madrugar, incluso podría decirse que me gusta, así ellos tenían más tiempo para estudiar y compaginarlo con el trabajo. Después de años de esa rutina, no la he querido abandonar.

—Menudo careto te gastas hoy, ¿mal de amores, hermanito?

—¿Qué cojones dices?

Hace años que no tengo mal de amores porque simplemente no tengo tiempo para amores. La última chica con la que estuve fue una turista que quería vivir la experiencia de la montaña completa. Fueron dos semanas divertidas, de eso ya han pasado... ¿dos años? Creo que sí.

Miles sonrío de medio lado y me entrega la taza por el lado que no tiene mango, así me quemo yo las yemas de los dedos y no lo hace él.

—Saliste a noche, escuché la furgoneta —asegura.

—¿Y desde cuándo asumes que me he ido a resolver un asunto de faldas? Podía haber una emergencia.

—No lo pusiste en el registro, no hubo ninguna emergencia.

Quiero soltar un impropio y borrarle esa mirada burlona que pone, pero fallo en el intento cuando me doy cuenta de que hay un bulto que he pasado por alto encima de la mesa.

Más que un bulto, es una muñeca rubia dormida plácidamente mientras el alboroto se desarrolla por encima de su cabeza.

Miles, que ha quedado a mi espalda, susurra en mi oído:

—¿Crees que la jefa se enfadará si le gastamos una bromita?

No estoy capacitado para dictaminar las emociones de Krystal, pero después de lo de ayer, quizá sí que necesite rebajar el nivel de soledad y dureza del día.

—No dudaré en poner tu nombre en los créditos si se plantea echarnos a la calle —susurro de vuelta.

Aunque Nevan y Miles sean mellizos, este segundo alcanza la misma altura que yo, dejando su cara paralela a la mía.

Parece que asume el riesgo porque comienza a caminar de puntillas hacia la mesa, se dirige exactamente hacia la cámara de fotos de Krystal que está apoyada junto a ella. La susodicha no se mueve, respira con tranquilidad. Se me hace imposible que se haya dormido sobre la mesa del desayuno.

Miles consigue alcanzar el dispositivo, lo acerca a su ojo, prepara la cámara y... salta el flash, además de resonar por toda la habitación un sonoro «clic».

Los gemelos cesan de generar alboroto, se quedan tiesos a la espera de la reacción de ella, Nevan por su parte, en medio de las dos caras idénticas que tenemos en la familia, levanta las

manos para llevarlas a su boca, y entonces Krystal se yergue y parpadea para mirar a cada uno de nosotros. No es hasta que llega a mi cara que le indico que no soy el culpable de los males que están por llegar.

De seguido, Miles esconde la cámara detrás de su cuerpo, pero realiza el movimiento demasiado tarde como para que la princesita no lo pille con las manos en la masa.

—¿Qué has hecho, Keller?

—Jefa, no sabe usted la belleza que ostenta cuando duerme.

La silla de Krystal sale volando, al mismo tiempo que su rostro, normalmente teñido por una sonrisa tensa, se funde en un gruñido digno de una película animada.

—¡La jefa se convierte en un Gremlin cuando le da la luz! ¡Ayuda!

Mi hermano echa a correr por la cocina obviando que estoy en medio del camino. Salta mi cuerpo y hace que Krystal tenga que rodear por la otra cara de la isleta.

—¿Te olvidas que es mi cámara? Podré borrar la fotografía cuando quiera.

—No si antes exporto la imagen a mi teléfono.

Ella frena en seco, sonrío y juro que hay algo perturbador en esa sonrisa. Ha sido un movimiento más propio del Joker que de Krystal Muller.

—¡Nunca hay internet en casa!

—¿Sabes que existe el bluetooth? —La aportación de Eric genera en ella un grito que también puede ser añadido a la película de dibujos animados.

Estoy intentando no sonreír porque sé de primera mano lo desesperante que llega a ser Miles cuando se pone en modo «Miles toca huevos», pero los grititos que hace y la forma en la que se ha salido de su papel de siempre perfecta, me gusta.

—¡Miles, ni se te ocurra!

—¿Qué podría ocurrir si la exporto? ¿Me subirás el sueldo si te amenazo con hacerla pública?

Jamás lo haría, pero que lo crea durante unos minutos, es divertido. Su rostro es una mezcla de odio y rabia que no está sabiendo canalizar más allá de los peculiares sonidos.

—Juro que no soy agresiva, pero ahora mismo quiero tirarte de los pelos.

Es una princesa hasta para eso.

Ella no se enfada, ella te tira de los pelos...

Miles guiña el ojo. Como buen experto en el campo de la seducción, lo lleva a su terreno, desquiciando más aún, si cabe, el temperamento de Krystal.

—Cuando quieras lo probamos.

—¡Cállate y devuélveme la cámara!

—¿O qué? —la reta él.

Desde la mesa mis tres hermanos miran alucinados y con una sonrisa el cambio de actitud. Hasta puedo llegar a asegurar que les está encantando esta nueva faceta.

Krystal frena sus movimientos de intentar capturar a Miles, posa la mano en la cadera, mueve el cuello de un lado a otro y suelta:

—¡Te expulsó de la empresa!

No es el mensaje, es el modo en el que lo dice.

Ya no soporto más la risa y dejo que se libere en mi rostro. Ella mira hacia mí, entrecierra los ojos mandándome un mensaje de odio por haberla dejado sola, y después mueve su atención a Nevan que también sonrío. Solo los gemelos se han quedado tiesos, para mi asombro.

—¿No me creéis?

—No —suelta Miles.

Mi hermano acorta la distancia conmigo, me quita la taza de café y deja la cámara sobre ella. No me muevo ni un centímetro, tengo asegurado el dispositivo con una mano, no se va a caer.

—¿A Colden también lo vas a echar?

Vuelve hacer el gesto de entrecerrar los ojos, e intensificar la mirada. Miles no se deja amedrentar por ello, sino que la lleva al límite.

—¿A Colden no le gritas por no entregarte la cámara?

No sé qué tipo de juego ha iniciado mi hermano, pero ella lo sigue.

Da un paso adelante, después otro y luego otro, está muy cerca de nosotros, tanto que Miles se retira hacia un lado para que pueda mirarme frente a frente. Bajo el cuello para permitirle ver mis ojos, la cámara reposa a su lado, a unos milímetros de distancia, si extiende la mano la puede coger, pero no lo hace. Me pide permiso con la mirada.

Permiso denegado.

Muevo los labios hacia arriba al tiempo que extendiendo el brazo hacia mi cabeza. La altura de Krystal ya no le permite alcanzar su cámara a no ser que trepe por mi cuerpo.

—Lo siento, princesa, pero la imagen merece la pena.

Da otro paso hacia adelante, segura de que me va a intimidar, pero se equivoca. La barrera que me ataba a mis pensamientos se difuminó ayer con nuestra conversación.

—Colden, dame la cámara.

Se pone de puntillas y eso hace que su cara se acerque a la mía.

—¿O qué? —reto.

—No quieras conocer las consecuencias.

Las palabras hacen cosquillas sobre mis labios. Me gusta que sea capaz de levantarse después de lo de ayer, que no se haya puesto a llorar por la broma de Miles, pero sobre todo, me gusta que haya más de ella que aún no conocía.

—No temo a nada —aseguro.

Toma aire, eleva el mentón, y entonces acerca ambas manos a mi torso. Las cosquillas comienzan a ser una tortura de la que no puedo escapar cuando Miles, el traidor, se une a ella y

los gemelos gritan emocionados desde la distancia.

—Miles, tío, estaba en tu puto bando.

Hago lo imposible por no bajar el brazo, pero soy incapaz. Krystal alcanza la cámara cuando ambos atacan mis costillas.

—No quiero dormir en la calle esta noche —asegura mi hermano.

—Serás vendido...

Krystal, que ya ha conseguido su objetivo, pasa la cuerda de la cámara por su cuello, retira los mechones rubios de su rostro y suspira como si hubiera corrido la San Silvestre.

—Esta os la guardo.

Sale de la cocina con un paso que ni el ejército más entrenado puede alcanzar, dejando a mi hermano colgado de mi espalda como un mono.

En la entrada se cruza con Samuel al cual sonrío con alegría.

No es hasta que ella desaparece de nuestra vista que mi hermano pregunta con las manos:

—«¿Qué habéis hecho ya?».

Esta mañana me he levantado con piedras en los ojos, creía que iba a ser el peor día del año. Tenía en mente pedirle disculpas a Krystal por la conversación de ayer y, al final, nada ha salido como esperaba. Con una simple broma, todos hemos transformado la energía del día, la energía de ella.

Dejo de observar la cara de pasmado que le ha quedado a Samu y miro hacia Miles para pedirle que me deje en paz. De nuevo me encuentro con esa mirada de burla.

—De nada.

—¿Por qué debería darte las gracias? —pregunto deseando, de nuevo, borrar la chispa de su mirada.

—Tu día será más duro ahora, pero por lo menos la has tenido más cerca de lo que jamás habías soñado.

Miles no tiene ni idea de que, con quien ayer me fui del Rancho, fue justamente con ella, pero no lo voy a sacar del error, porque de hacerlo, sería mucho peor.

—¿Y por qué iba a ser más duro?

—¿Tengo que explicarte la clase de anatomía masculina que te perdiste en la escuela, Colden?

Será gilipollas...

No me gusta la princesa, solo me ha puesto feliz que su día no fuera una mierda, porque la noche de ayer lo fue, y con creces.

33. COLDEN

—Colden, ¿te encuentras bien?

Después de lo del desayuno, no solo tuve que lidiar con el sueño, también con la mierda de situación que viví con Krystal gracias a Miles. Intento medir lo que me ocurre, por qué no dejo de revivir el momento, y nada resulta, no hay una incógnita despejada en mi puñetera cabeza. No hay nada más que ganas de solucionar esto, porque digo yo que tendrá solución.

Miro hacia Edur para buscar una excusa creíble al hecho de que lleve haciendo mal el nudo de soporte dos veces. No una, dos.

—No, solo estoy cansado.

Él asiente y toma mi puesto. El nudo está hecho en dos minutos cuando yo llevaba media hora y dos intentos fallidos.

—Ayer te vi salir con Krystal de la finca y hoy los dos estáis rarísimos, ¿tengo algo que saber?

—Lo que quieras conocer me lo puedes preguntar, no existen los formalismos entre tú y yo, deberías de saberlo.

Medita por un instante si hacer la pregunta o no.

—Solo quiero recordarte que eres un buen chico, Colden. Y que Krystal también lo es.

Me esperaba una pregunta más personal, algo así como si me llevé a su sobrina al huerto, no esto.

—¿Por qué me dices esto ahora?

Mi madre comenzó a decir cosas bonitas a cada uno de nosotros cuando enfermó. Al principio no significaba nada, creía que estaba más cariñosa de lo normal. Edur ha estado haciendo revisiones médicas hace unas semanas. Un dolor en la rodilla que debía de ser operado. Con la llegada de Krystal no le he vuelto a preguntar cuándo tenía la siguiente cita médica. Él, que no ha dejado de reparar en mi cuerpo ni un segundo, se acerca, aprieta mi hombro y detalla sus palabras:

—Porque en ocasiones hace falta que nos recuerden lo que somos, ya que por uno mismo no somos capaces de verlo en el espejo.

—¿Te has vuelto un pijo poeta de ciudad, Edur?

Parafraseo a su sobrina, aunque no es el día para reflexionar, hoy no.

Él enseña todos sus dientes con la sonrisa que me lanza y, en lugar de seguir apretando mi articulación con cariño, me da un pescozón.

—Pasas demasiado tiempo con Miles.

Lo dejo solo en el establo, he quedado con Marcos para hacer unos informes y medir las opciones que tenemos de cara a la temporada de primavera. El buen tiempo está a punto de llegar y como no nos mantengamos fieles a la organización, los rescates se nos pueden ir de las manos.

Entro en casa por la puerta trasera de la cocina, al mismo tiempo que lo hace Nevan por la principal. Después del desayuno escuché cómo se iba a recoger la paquetería. Una vez a la semana alguno de nosotros nos encargamos de ello y después los dejamos en la cafetería de David para que cada vecino pueda ir a recogerlo.

—¡Ha llegado Papá Noel! —grita él.

Miles sale de debajo de la escalera con un manchurrón de pintura cubriendo su camiseta. Hace días que le pedí que hiciera la restauración y no había forma de que se pusiera a ello, me alegra que ya esté solucionado. Eric baja corriendo las escaleras, y Krystal sale del pequeño despacho de Edur.

Nevan suelta sobre la encimera cinco paquetes.

—En esta casa lo de ser consumistas lo llevamos bien, ¿verdad?

Paso de largo después de soltar el comentario. Si no fuera porque Miles y Krystal se han acercado, aseguraría que todos los paquetes son de Samuel y los gemelos. Uno porque es un friki que solo puede comprar por internet sus cosas, y los otros porque la tarjeta de crédito les quema en las manos.

—Hay un paquete para ti, Krys —anuncia Nevan.

Freno en seco al inicio de la escalera.

Saboreo el mote de mi hermano como si lo hubiera dicho yo mismo. Es bonito.

—¿Para mí? —pregunta ella.

Camino hasta la zona trasera de la cocina, a través del cristal veo a todos ellos y ninguno repara en mí.

—Así es. Y sé que te va a encantar.

Nevan le entrega el pequeño paquete. Ella no duda en abrirlo delante de él que espera paciente a ver su reacción. Cuando saca un bote similar a un rotulador, se queda sin habla. Mira hacia mi hermano y de vuelta al utensilio.

—Yo no he pedido nada, y no sé qué es esto.

El rubio le pide permiso para poder explicarle el funcionamiento. Ella deja que coja el rotulador y lo abra para descubrir la peculiar punta que tiene.

—Es un producto que cubre los rayones. Funciona para las superficies y también para los

coches. Con esto, se te borrará el que hace unos días marcó tu cámara de fotos.

La mano de ella queda suspendida en el aire. Solo le veo el rostro de perfil, pero puedo asegurar que tiene la boca abierta.

—Nevan... Muchísimas gracias.

Además de gratitud, hay emoción en su voz y diría que también alegría. La mano, que antes se había quedado sin movimiento, ahora viaja hasta su boca que tapa la sonrisa.

Se acerca hasta él y le da un abrazo rápido. Mi hermano reacciona veloz y le devuelve el gesto, en ningún momento ha borrado la sonrisa de su rostro como nos ha ocurrido a Miles y a mí esta mañana.

—No he sido yo, pero gracias por el abrazo.

—¿No has sido tú? —parece dubitativa.

Él no responde de inmediato, pero niega con la cabeza.

—Lo ha comprado Colden. Es un friki de este producto, lo echa cada vez que Miles ralla la furgoneta en alguna esquina del pueblo.

Doy un paso hacia atrás. Dudo que ella mire en esta dirección, pero por si acaso prefiero estar prevenido.

Fue mi culpa que su cámara se rayara, no tuve cuidado cuando la subí a Coco y con las riendas hubo una fricción que acabó desmejorando su preciado tesoro.

Nevan sí que es capaz de reparar en mi presencia.

—Está ahí, —me señala—¡Colden, ha llegado el producto!

No le he dicho que ocultara mi regalo; quizá debería haberlo hecho porque en estos momentos no sé qué hacer, si huir hasta el baño o esperar a que Krystal hable conmigo.

Ella le da las gracias y camina hacia mí. El rotulador está apretado entre sus manos, pegado a su pecho.

La espera hasta que la intimidad nos rodea se me torna eterna. No entiendo por qué estoy nervioso, o alterado, o lo que sea que esté.

—Es una tontería, pero no me gustaba que la cámara se hubiera dañado por mi culpa —afirmo antes de que pueda decir nada.

Lleva la atención al rotulador. Lo mira como si fuese oro y no un simple mejunje que borra los arañazos.

—No es ninguna tontería, muchas gracias, Colden.

Cuando sus ojos se clavan en mi rostro no me quedo prendado del peculiar color que tienen. Ni en cómo su rostro siempre tiene un aura angelical, sino que mi mente se va al modo en el que me mira. No tengo ni idea de por qué me hace sentir especial.

—Me tengo que ir.

Salgo huyendo antes de darle forma a los pensamientos tontos.

Solo hemos tenido una conversación profunda, he descubierto que no es cómo pensaba que era, pero no hay más allá.

«No hay más, Colden Keller.»

Me lo repito una y otra vez hasta que entro en la ducha.

34. KRYSTAL

—¿Y por qué no me lo has dicho antes, cielo? Te hubiera ayudado.

—A través de un teléfono móvil es más sencillo que cara a cara.

Decirle a Holly que he vuelto a la casa de mis padres ha sido el reto que me he propuesto esta semana. Miles tenía que hacer recados por el pueblo y le pedí acompañarlo para conectarme al wifi, quiero hacer algunos cambios en la web y la conexión desde casa ha sido horrible. Él no puso ningún impedimento más que, cuando quisiera volver a casa, llamara a todos y no solo a él. Creo que Colden le ha avisado de que ande con pies de plomo conmigo porque desde hace unos días se preocupa más por mí que por el resto.

Cuando he bajado de la furgoneta, he buscado el teléfono móvil para hablar con mi tía. El cambio horario nos está matando y la echo de menos.

—Las casas antiguas siempre traen recuerdos, tu tío debería de haber pensado más en ese detalle.

Hoy la noto más alterada que de costumbre. Le he preguntado si tenía algún problema en la galería de arte, pero se ha ido por la tangente y ha cambiado la atención a mí.

—Está todo bien, no estaba sola y Colden fue de gran ayuda, ahora solo quiero ver cómo me sienta estar en esta cafetería durante unas horas.

—A la hora que necesites, puedes levantar el teléfono, lo sabes.

—Lo sé —admito con rotundidad.

Aunque ambas somos conscientes de que jamás despertaría a Holly en medio de la noche para contarle mis dramas. Por mucho que lo intente, no me gusta involucrar a nadie más en mis problemas mentales.

—Estoy en la puerta, te voy a dejar.

—Disfruta de ese café, y recuerda pedirlo descafeinado.

La broma nos hace gracia a ambas y termino colgando la llamada con una sonrisa en los labios.

El otro día no había reparado en que el cartel de la cafetería lo nombra como «cake». Está pintado a mano con sumo detalle en colores pastel que destacan con la marcación de madera blanca de la fachada.

Empujo la puerta y el olor a dulce recién hecho me calienta el estómago. Aún no es la hora de comer pero me muero de hambre. Podría devorar todos los donuts de chocolate que hay en la repisa al lado de la barra.

El local es más grande de lo que aparenta desde fuera, hay varias mesas dispersas por él. Generan un arcoíris de colores pastel al estar cada una pintada de una tonalidad diferente.

—¡Buenos días! Bienvenida a Cake y a Lellos, ¿Krystal, verdad?

El chico que sonrío detrás de la barra debe ser el famoso David del que todos me han hablado esta mañana. Su modulación de las palabras es diferente a la del resto, más colorida y viva.

—Sí, ¿tú eres David?

—Así es, para servirte todos los donuts y cupcakes que quieras.

—Me han dicho que puedo traer el ordenador para trabajar, ¿hay algún problema?

—¡Para nada! Puedes tomar lo que quieras y pasarte el día trabajando desde aquí si lo deseas, a los Keller los tengo muy bien enseñados y hacen una buena promoción del local.

—¿Tanto se nota que soy una forastera?

Me ha fichado a la primera, debo de ser la comidilla del pueblo.

—No tanto como cuando yo llegué. —Sale de detrás del mostrador y se acerca a mí. Me enseña la mesa más cercana a la ventana y caminamos hacia ella—. Además, nadie habla de ti como una forastera, sino como una bienvenida de nuevo.

No he querido saber nada de lo que se comenta por las calles por miedo a que la opinión de los que una vez fueron mis vecinos, me obligara a hacer la maleta y salir huyendo.

Dejo mis cosas encima de la mesa y busco la forma de salir de esta conversación porque, para ser sincera, no es un tema que me haga sentir cómoda.

—¿Y cómo es que este lugar se llama «tarta»?

«Madre mía Krystal, menos mal que no te pusiste a estudiar la carrera de periodismo»

Evito revivir los temores que mi mente está haciendo patente y espero a que David responda. Debe de tener unos pocos años más que yo, se le ve muy joven como para llevar un negocio de éxito. Aunque, viendo la responsabilidad de Colden, quizá la niña en esta ecuación sea yo.

—No te rías pero... es una especie de broma que comenzó con Rory, la camarera del Cow, ¿la conoces?

—La conocí hace unos sábados y sé que es amiga de Brielle.

Pero no he tenido contacto con ella porque cuando Brielle me invita, yo huyo de ellas. Hasta que se cansen de mí o crean que soy un bicho raro.

Vuelvo a concentrarme en el camarero y a intentar acallar mis demonios.

—Como el bar más famoso de Lellos se llama Cow... pensamos que la cafetería que iba a ser la más famosa de Lellos debería de llamarse «Cake». Si lo dices rápido, y muy borracho, parece que dices «Cup Cake», ¿cómo te quedas?

No vi venir esa similitud y, sin duda, se lleva una carcajada por mi parte y una copia por parte de David.

—No se debería de pensar el nombre de tu negocio un sábado borracho. Apúntalo en las notas mentales por si en algún momento las necesitas —me indica.

Al reírse sí que parece más jovial de lo que su apariencia física expone. Quizá le ocurra como a Colden y el peso del mundo a sus hombros lo haga parecer más maduro.

Debería de dejar de hacer similitudes de todos con Colden, si alguien se mete en mi cabeza va a pensar que estoy obsesionada con él.

Aunque el detalle del otro día con la cámara... Es que es pensarlo y encogérseme la parte alta del pecho. No sé qué significa eso, pero es una mezcla entre ilusión y miedo.

—Dejo que te pongas a trabajar, ¿qué te gustaría tomar?

Le hago saber que soy una fiel amante del chocolate y es él quien elige un donut que puede ir con mi personalidad.

El café descafeinado que lo acompaña solo con un sorbo genera un gemido que sale de lo más profundo de mi garganta. El café colombiano debería de ser obligatorio en cualquier cafetería, menudo manjar.

Abro el portátil, lo conecto a la red wifi y cuando aparece más de una raya de conexión estoy por ponerme a bailar. Subir las fotos diarias al blog es una tortura desde el Rancho, no sé si tendré que hacerme asidua a la cafetería para ser más productiva.

Lo primero que hago es revisar que todas las configuraciones estén bien. Quiero hacer algunos cambios de organización, con las nuevas fotos que tengo, me gustaría proyectar varias pestañas para que así cada usuario pueda seleccionar lo que desea ver y no sea todo un batiburrillo de información. Al entrar en las estadísticas, los números se refrescan de forma instantánea.

Donde antes había mil visualizaciones, ahora hay... Espera, esto tiene que ser un error. Vuelvo a apretar el botón de refrescar, el número en esta ocasión no varía.

—¡Treinta mil visualizaciones!

Lo he dicho en voz alta y los comensales de la mesa de al lado miran hacia mí para volver instantáneamente a su conversación.

Maldita sea, ¿cómo ha podido suceder esto?

La emoción se acumula en mis movimientos. Ya no sé qué botones tengo que tocar, o cómo debo de ampliar la información de las estadísticas porque no cesan de entrar notificaciones al email. Pensaba que la conexión de estos días estaba siendo suficiente para hacer el trabajo básico, pero se ve que no.

Cuando cargan los números veo que las publicaciones del rescate de los montañeros han sido el detonante para la entrada de espectadores.

En la imagen de Coco expresando su nerviosismo hay más de doscientos comentarios.
DOSCIENTOS.

No me lo puedo creer.

Una de las notificaciones del correo entra en forma de globo en la esquina del ordenador.
Puedo leer el asunto que reza:

«Estaría interesado en patrocinar el proyecto...»

Entro en él antes de que desaparezca. Conseguir patrocinadores es la gasolina que necesitamos para que esto salga adelante.

Buenas tardes, mi nombre es Agustín. He vivido en multitud de partes del mundo porque soy un amante de la montaña, así como de los deportes que se pueden desarrollar en ellas. Hace unos años, junto con mi hermano y uno de mis mejores amigos, fundamos una empresa de calzado para escalar. Nuestra fama ha alcanzado cotas de gran importancia en los últimos tiempos y por ello somos muy concretos con el tipo de patrocinios que hacemos al respecto. Nos gustan los proyectos que comenzaron como el nuestro, familiares, con una voluntad que nace de la ayuda más real y sincera. He estado leyendo todo lo que se hace desde el Rancho Lellos y me gustaría proponeros una oferta de patrocinio para desarrollar actividades. Si estáis interesados, adjunto mi teléfono móvil para concretar una llamada. Un saludo, Agustín.

No me lo puedo creer.

¡Lo hemos conseguido!

Los chicos van a flipar. Edur va a quedarse sin habla.

El mordisco que le meto al donut es tan grande que tengo que masticar durante un buen rato para no atragantarme.



Cuando me acerco a David para pagar mi consumición, me pregunta por mi grito de emoción de hace una hora.

—¿Alguna buena noticia?

—La verdad es que sí. —Estoy tentada a dejar ahí la oración, pero algo en este chico me despierta confianza y dudo que se ría en mi cara si lo que le cuento le parece absurdo—. He convencido a los Keller para hacer un proyecto visual en internet. La idea es que la gente conozca la labor de rescate y ayuda que hacen, y así generar interés con el objetivo de conseguir patrocinadores...

—Nevan me lo contó hace unas semanas —me corta con la misma intensidad que estoy poniendo yo—. Tenéis que haceros redes sociales, sería la bomba.

—He pensado en esa opción, pero para eso necesito mucho tiempo y no sé cuánto me quedará.

Desde hace una semana he olvidado que mi día a día no está aquí, que he venido durante un tiempo.

No debería de ilusionarme con más de lo que puedo abarcar.

—Aun así —prosigue David—, la página es increíble. Tus fotos tienen algo especial.

—No sé si fueron las fotos, o el trabajo de los chicos, pero creo que hemos conseguido ¡al primer patrocinador! Estoy deseando contarle en casa, van a flipar.

David grita, en realidad no grita, salta hacia mí y me abraza exclamando un «¡enhorabuena!», que saboreo. No me conoce de nada y se ha alegrado de forma sincera, aunque sí que conoce a los chicos así que...

—El primer día y ya estás ligando con mi jefa, David.

La voz de Miles nos separa a ambos. Al ver nuestras sonrisas, cruza los brazos y espera a que demos una explicación.

—¡Miles, no te lo vas a creer pero hay una persona interesada en poner dinero por el proyecto de la web!

—¿Es una broma, jefa?

Descruza los brazos, echa el cuerpo hacia adelante y cuando niego con fuerza, rodea mis caderas y me levanta del suelo. David lo abraza de vuelta y comenzamos a gritar y girar sin mucho sentido, pero con un sentimiento de calidez y emoción que no he experimentado en mucho tiempo. Es más, creo que en mi vida me he sentido tan cómoda con otras personas como desde que llegué aquí.

—Lo tenemos que celebrar en la hoguera.

Miles me deja de nuevo en el suelo mientras yo frunzo el ceño con el comentario de David.

—¿Qué hoguera? —pregunto.

—David, tío, era una sorpresa para Krystal.

Él se lleva la mano a la boca y abre los ojos con fuerza.

—¡Nadie me avisó!

—¿Qué hoguera? —vuelvo a preguntar.

La mandíbula de Miles se tensa antes de que gire toda la atención hacia mí.

—Samu dice que deberíamos de haberte avisado con tiempo porque puede que te incomode, pero Nevan y yo creíamos que era mejor hacerlo en modo sorpresa, así que lo íbamos a hacer esta noche en casa cuando, en lugar de llevarte a la cama, fuésemos al encuentro nocturno.

—¿Y bien? —continúo con la duda.

—Cada cambio de estación, todo el pueblo hace una hoguera cerca del Rancho. Es una excusa para juntarnos todos y celebrar. Hay comida, bebida, música y... Mucha gente.

Sé por qué Samuel los avisó de que me podía sentir incómoda. No llevo bien las multitudes y todos van a reparar en mi presencia, al fin y al cabo, lo que le dije a David no es mentira. Soy la

forastera de este lugar.

—Intentaré ir. Te prometo que haré el esfuerzo.

No hay presión en la mirada de Miles.

—Y de no ser así, siempre puedes quedarte con el idiota de Colden, es el único que no se une a este tipo de cosas con la excusa de hacer guardia.

35.KRYSTAL

Los chicos se alegraron tanto como yo, hasta Nevan soltó un «lo sabía», al que Miles no dudó en rebatir porque al inicio él no parecía muy convencido de que esto pudiera salir bien.

Edur se fue a su despacho con una sonrisa disimulada, y Samuel me pidió que lo acompañara a su habitación. El único que no se encontraba en casa era Colden, y no sé cómo me hace sentir el hecho de tener que darle la noticia en otro momento. Hubiera sido un buen arrancón de la tiritita que estuviera junto a sus hermanos, así su posible ceño fruncido, no me haría tanto daño.

—¿Esto es lo que creo que es?

Hace dos días que Samuel me está ayudando a aprender la lengua de signos, hasta que sea capaz de tener una conversación fluida con él de ese modo, me ha pedido que siempre que quiera hablar con él, toque su mano y hable lento. Puede leer los labios con maestría siempre y cuando le ponga facilidades.

Él asiente y sostiene el teléfono móvil en alto.

***Samuel:** Hace unos años, Edur la compró en una tienda de segunda mano para hacer revelados de fotos. Se estropeó a las semanas y he estado arreglándola en mi tiempo libre. Le he cambiado las piezas principales, espero que funcione.*

La mayor parte de los paquetes que llegan a esta casa son para Samuel. Le encanta estar en el taller o en su habitación, probando cambios en los instrumentos de trabajo, en las máquinas, incluso lo he visto desmenuzar un ordenador. No sabía que tenía entre manos la reparación de una impresora digital.

—¿Hay papel fotográfico? —quiero saber.

Vuelve a asentir y señala la etiqueta de envío. Lo compró hace unos días.

—¿Es para mí?

Tengo que tomar aire para no emocionarme. No sé qué hacen los Keller, pero cada uno de ellos me sorprende de una forma diferente.

***Samuel:** Me gusta tener las imágenes en papel para poder verlas siempre que quiero. Si un*

día mi teléfono móvil muere, no quiero que mis recuerdos lo hagan con él.

Entiendo tan bien lo que dice. Nuestro día a día ahora va tan rápido, se nos exige tanto para ser completos que nos olvidamos de las pequeñas cosas, las que hacen nuestra existencia especial. He de admitir que llevo mucho tiempo sin hacer una impresión de mis capturas. Cuando he tenido la intención, no he sabido diferenciar qué imagen hacer real, con cuál quedarme. Después de un tiempo asumí que como todas eran importantes para mí, era mejor dejarlo como estaba.

—¿Quieres que probemos si funciona?

Samuel: *Si comienza a echar humo, podemos echarle la culpa a Manchas.*

Leo el mensaje de Samuel y busco al perro que siempre lo sigue. Está en el suelo, mirando hacia nosotros con lo que me parece una sonrisa.

¿Los perros pueden sonreír? Porque si no es así, Manchas siempre simula que lo hace. Abre la boca, eleva la nariz y enseña un trocito de la lengua rosada que ostenta. Cuando te quedas mirando hacia él más de un minuto, ladra y vuelve a repetir los movimientos.

Samuel tiene algo especial con los animales, se entienden de un modo que con los humanos no es capaz de hacerlo. Se comunica sin palabras con ellos, y ese simple hecho hace toda la diferencia.

¿Por qué narices estoy tan sensible últimamente? Llevo cinco minutos queriendo darle un abrazo al mediano de los Keller por ser tan bueno, tan guapo y...

No lo pienso más, extendiendo los brazos y lo acerco hacia mí.

Samuel se queda tieso unos segundos, mueve la cabeza hacia mi cara, comprueba que no me ocurre nada, que no estoy llorando, sino sonriendo, y entonces se relaja y me devuelve el gesto.

—Me encantaría poder saltar esta barrera —susurro.

Lo hago para mí, para ser consciente de que él se merece que ponga empeño en aprender a comunicarme con él.

Se separa y lo dejo ir.

Samuel: *¿Tienes en mente alguna fotografía?*

Rebusco en la memoria alguna imagen que sea diferente al resto, que tenga algo que la haga gloriosa. Todas las que me despertaban algún sentimiento las he subido a la página web del proyecto. Al hacer ese movimiento, ya no la siento más, las he dejado ir y he cortado el lazo especial que tenía con ellas para que no me afecte lo que el resto opine. Sé que es algo que los artistas realizan a menudo, yo lo he tenido que aprender a base de malas experiencias. Pero hay unas que no he publicado y que pueden ser especiales.

—Ambos somos conscientes de que Colden no está muy de acuerdo con esto, ¿verdad?

El cambio de tema no le afecta, en lugar de extrañarse, asiente para que continúe.

—Tengo unas imágenes de él de uno de los rescates. Son muy personales y puede que lo animen a aceptar que estamos cambiando las cosas por aquí.

La sonrisa que baila por su rostro es una mezcla de picardía y ternura, como si se hubieran juntado Miles y Nevan, y como resultado apareciera Samuel.

Samuel: *¿Quieres convencer a mi hermano con unas fotografías de él mismo?*

—¿Es una idea pésima, verdad?

Mierda.

Me llevo la mano a la boca para tapar la vergüenza.

Samuel: *Enséñame las fotos.*

Lo hago, es más, no tengo que hacer una búsqueda exhaustiva porque las tengo guardadas en favoritos. Si Samuel se da cuenta de ese detalle, no hace alusión a él.

Ve una a una, amplía mi favorita, y busca su teléfono móvil para responder.

Samuel: *Tiene que ver estas imágenes en papel, sí o sí.*



He intentado que me acompañase a darle la noticia a Colden pero se ha aferrado a la excusa de que, después de la impresión, la máquina estaba más caliente de lo que debería.

Hemos revelado cinco fotos, todas ellas de la expresión del mayor de los Keller mientras llevaba a cabo una faena de mucha presión.

Los paisajes son mi lugar seguro para retratar, quizá por este pequeño cambio, o porque no tengo ni idea de cómo va a reaccionar, estoy más nerviosa de lo habitual.

Dejo atrás la habitación de Samuel y bajo las escaleras de madera con las fotografías en la mano. No me encuentro con nadie por el camino, hay un silencio impactante en la casa.

Por la ventana compruebo que Colden no está en la finca, así que, dado que no ha sonado el teléfono de emergencia, solo puede estar en un lugar.

Los establos hoy tienen una luz especial, el sol calienta parte de la zona, iluminando el pasillo central y haciendo que algunos caballos saquen la cabeza de sus cubículos para nutrirse de la vitamina D.

Se aprecia su figura al fondo del pasillo. Está limpiando una de las puertas con una

concentración pasmosa. Hay ocasiones en las que tengo la sensación de que esa mirada enfocada no se debe a la tarea que tiene delante, sino que su mente está lejos, en otro asunto.

—Hola.

Se lleva un susto que lo hace tirar el cepillo. Por lo demás, su cuerpo no expresa ningún otro signo de alerta, es impresionante el control que tiene sobre sus emociones.

Repara en mi presencia, me hace un ligero repaso, y se queda prendado en lo que escondo entre las manos. Lo acerco a mi pecho de forma automática, quiero protegerlas hasta que pueda.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunta.

—¿Debe de ocurrir algo para que tengamos una conversación?

Vuelve a coger el cepillo, aunque no regresa a la tarea. Posa ambas manos en sus caderas con chulería.

—No, pero no deja de ser extraño —se le suaviza la mirada al decirlo.

—Creía que habíamos superado esa fase.

Aunque muestre seguridad, estoy temblando por dentro.

No tengo ni idea de si hemos superado la fase o no, pero si no cambio mi actitud, nada cambiará a mi alrededor.

—No somos amigos, princesa.

—¿Eres así de borde con todo el mundo o es debido a que comienza a apretar el hambre?

Edur debe de estar a punto de esconderse en la cocina para preparar la comida del día. En ese sentido, echo de menos las recetas de Holly que, aunque no son lo más exquisito del mundo, mi paladar ya estaba acostumbrado a ellas. Lo de mi tío es una cocina más rústica, y más salada. Sí, salada sería una buena característica que destacar.

Percibo como baja la cabeza y sonrío. Tira el cepillo en el cubo en un lanzamiento perfecto, y se acerca hacia mí.

—Supongo que tengo que acostumbrarme a que estés por aquí. No es nada personal, solo falta de rutina.

—¿En tu rutina no eres agradable con los demás?

Toma aire con fuerza y resopla.

—Krystal, ¿a qué has venido?

—Ha sucedido algo con el proyecto.

Lo tengo a una distancia prudencial, puedo comprobar cómo su respiración es agitada, y cómo su pecho sube y baja con fuerza debido a ello. Estaba haciendo un gran esfuerzo al frotar y todavía no se ha recuperado.

Las manos en la cadera indican que está a la espera de que hable. Las palabras no le acompañan nunca, así que, si me aferro a ese gesto de paciencia, puede que recoja algo de confianza para tener una conversación con él.

Miro hacia mis manos, he dado la vuelta a las fotografías, solo se aprecia un color blanquecino cortado por la marca del papel que hemos utilizado. Quiero buscar las palabras más adecuadas para que su juicio no me afecte, porque lo habrá.

—¿Algo que nos haga tener que mudarnos?

Elevo el mentón hasta que queda en paralelo con su pecho.

—Espera, ¿eso ha sido un intento de broma por tu parte?—pregunto.

Comienza como un gesto tímido hasta que se convierte en una sonrisa.

Gira el rostro, recoloca la gorra y vuelve hacia mí.

—En mi lenguaje, lo ha sido.

Vaya. Colden se ríe y hace bromas, todo un descubrimiento.

—Hemos conseguido patrocinadores para el proyecto. Quieren tener una reunión con nosotros lo más pronto posible, me gustaría que estuvieras presente.

¿Me gustaría que estuvieras presente? Si es que lo de pensar antes de hablar no es lo mío.

Colden no se mueve. Mueve los ojos de mí a los caballos que tengo detrás.

—¿Cuánto tiempo llevas subiendo contenido?

—Casi tres semanas —aclaró.

Asiente y cambia el peso de sus caderas.

—Has conseguido más que nosotros en años.

—¿Eso es un cumplido o una confirmación de que me vas a apoyar en esto?

Al resto los tengo más que ganados, pero él...

Se rasca la barba. No sé por qué, pero tengo la sensación de que no me va a gustar su respuesta.

—Piénsalo, ¿vale? —dejo caer antes de que él abra la boca.

Hay inconformidad en su mirada, quiere decir algo, pero por algún motivo no lo hace.

Vuelve a repasar mis manos, no deja de mirar hacia allí, como si hubiera descubierto mi secreto desde antes de que entrase por esa puerta.

Lo de haber llevado el peso de la educación de sus hermanos lo ha hecho perspicaz, de eso no cabe duda.

—¿Qué escondes ahí, princesa?

Sus facciones vuelven a su estado original. Serio y cortante. Distante y seguro. El cuerpo y el rostro de Colden mandan un mensaje de alerta constante. Si te acercas demasiado, te puede destrozarse en dos segundos, ahora, cuándo él te deja acercarte, ¿qué puedes encontrar?

Lo del otro día fue diferente, siento que debería de preguntarle cómo se encuentra, pero hay algo que me frena, quizá sea él mismo o mis miedos.

—Es un regalo que puedes destrozarse si no te gusta.

—¿Un regalo? —se sorprende.

—No le des la vuelta hasta que haya desaparecido, por favor.

Dejo de apretarlas contra mi pecho y las acerco a sus manos. El color blanco es el único que se diferencia, en cuanto las gire, lo verá. Me verá de algún modo, porque mis fotografías hablan más de mí de lo que yo puedo controlar, y también verá algo que me prohibió, ser capturado, ser expuesto.

—Venga ya, ¿por qué debería...?

Salta por alto todas mis indicaciones, en cuanto las imágenes están en su poder, les da la vuelta y se queda mudo.

Tierra, trágame ya, ¡por favor!

36.COLDEN

¿Por qué tiene esta capacidad de dejarme sin palabras?

Hay varias imágenes, la primera de ellas sigue siendo la más impactante. Veo mi cuerpo pero no me reconozco con la imagen que se muestra.

—¡No las he publicado en ningún lugar! Son solo para que las tengas de recuerdo, si no te gustan las puedes romper...

Miles tenía razón, no soy yo. Este ceño fruncido no quiero ser yo.

Paso a las siguientes imágenes, en ellas hay un conjunto de elementos que amplían el foco, dejando de ser yo el único protagonista.

En una de ellas estoy tocando el hocico de Coco para que se relaje. Se suele poner nervioso en los rescates, cuando me voy de su lado, se impacienta hasta que vuelvo y lo tranquilizo.

En un simple plano estático donde se dibujan cientos de emociones, las mías por intentar transmitirle calma, y las del animal agradecido por ello.

—Son impactantes.

Escondo la primera al fondo. La culpable del desconcierto no es Krystal, sino yo mismo. Por mucho que mi hermano me diera un toque de atención, o Edur me pidiera bajar el pie del acelerador, no ha sido hasta que he visto mi rostro tenso, la mandíbula apretada y la mirada apagada, que no me he dado cuenta de lo perdido que me encuentro.

—Tienes mucho talento —confirmo.

—¿Tú crees?

Sus manos se van directas a abrazar sus brazos en una postura de protección.

—Sí, son muy bonitas, ahora entiendo por qué ha dado resultado tu proyecto. Gracias por... Esto.

Joder, me encantaría limpiar el puñetero nubarrón de pensamientos y poder tener con ella una conversación ligera y sincera. ¿Qué me parecen sus fotos? Una puta pasada. ¿Debo de pedir disculpas por no creer en el proyecto? Puede que sí.

Krystal está tan incómoda como yo. Está claro que damos un paso hacia adelante y tres hacia atrás.

—Sigo opinando lo mismo —anuncio.

Intento bajar el tono de voz, modularlo para que vea que estoy gastándole una broma. Su cuerpo reacciona y mueve los brazos aligerando parte de la tensión que había allí acumulada.

—¿A qué te refieres? Si es por el proyecto, no te preocupes porque aunque vaya a ver patrocinadores tú seguirás...

—Los derechos de imagen. —Elevo las fotografías y sonrío ante su mutismo. Abre y cierra la boca en dos ocasiones—. No pienso venderte los derechos de imagen aunque sean increíbles.

Consigo que todo se evapore, los nervios, la incapacidad de dialogar con ella y el sentimiento de gilipollas. No tengo cinco putos años, ni delante de mí está la chica que me gusta del instituto, debería de poder ser amigo de Krystal sin que haya un trasfondo, solo el ser nosotros mismos.

Mi mente me recuerda la imagen de mi ceño fruncido y el malestar que se ha despertado en mí.

—Pero puedo entregarte algo a cambio de esto —aseguro.

—¿Ah sí?

Parece interesada en lo que tengo en mente. Se me acaba de ocurrir y puede ser una idea de mierda.

—¿Cómo tienes la tarde hoy? Al ser el día de la hoguera hay poco trabajo y Coco está deseando volver a verte. Puedo enseñarte a montar a caballo.

—¿Harías eso por mí?

Ha asegurado en varias comidas que quiere aprender a montar a caballo y a hablar la lengua de signos. Lo segundo se lo dejo a mi hermano, pero lo primero nadie mejor que yo le puede dar las claves.

Por el modo en el que sonrío, parece que le ha hecho ilusión.

—Sí, si quiero.

37. KRYSTAL

Lo primero que me hace estar en tensión es la altura del animal. Desde el suelo nada parece fuera de lo normal, pero cuando subes a su lomo el mismo suelo parece que está a kilómetros de distancia. Coco es un caballo fuerte, con unos músculos marcados, además de ostentar un porte y una elegancia que el resto no tiene. Cuando lo veo cabalgando a través de la ventana, inspira tanta tensión como lo hace el dueño. El mismo que me está tocando la pierna para enseñarme a colocarme sobre la silla de montar.

—Es importante que tengas nociones básicas de la postura, de no ser así, tendrás agujetas durante días y corres el peligro de caerte de él.

Hago tanta fuerza con las piernas para mantenerme erguida, que ya noto la tensión de los músculos gritar por un respiro.

—No hago mucho deporte, mañana me van a doler hasta las pestañas.

Sé que para una carrera como cómica no puedo optar, pero por lo menos me he llevado la sonrisa de Colden.

—No deberías de hacer tanta fuerza, relájate.

La mano que ocupaba mi rodilla, se mueve por toda mi pierna consiguiendo el efecto contrario al deseado.

—Tú estás acostumbrado a esto, yo hace muchos años que no lo hago, es más, nunca lo he hecho sola.

Y es aterrador.

Paso los dedos con cariño por la crin del caballo, y este relincha.

—Está haciéndote entender que le caes bien, si escucharas mis indicaciones y las pusieras en práctica, todo sería mucho más sencillo.

Sencillo es para su mente, pero no para la mía que tiende a tener un aprendizaje más ralentizado.

—El movimiento de cadera hacia adelante le indicará que estás lista para caminar, si no te hace caso, puedes darle un toque con el talón, así.

Coge mi tobillo y lo mueve con delicadeza, no llega a tocar la piel del animal para que no haga el movimiento.

—No estoy preparada para nada de esto.

¡Me voy a morir!

Colden resopla, vuelve a soltar el agarre sobre mi cuerpo y se lleva las manos a la cadera.

—¿A qué tienes miedo? —pregunta.

Es la primera vez que es él quien tiene que elevar el cuello para hablar conmigo y no al revés. Ahora que Coco está estático y me aporta una altura considerable, me siento una mujer de lo más empoderada. Cabe añadir que tener a Colden «casi a mis pies» está ayudando a ese sentimiento.

Las películas de romance que veo con Holly me han pasado factura, es lo que tiene vivir más experiencias a través del cine que en primera persona.

—A caer y romperme el cuello en el proceso. Tú no lo ves del mismo modo, pero hay una probabilidad alta de que pueda ocurrir.

¿Es mi ansiedad por tener todo bajo control la que habla? Puede que sí.

—Si disfrutas del proceso, no tienes por qué temer a nada. Lo que ocurrió con Chocolate fue un caso aparte.

—Es más sencillo decirlo que hacerlo.

Lo que podía ser un momento relajado entre nosotros, se está convirtiendo en la misma mierda de siempre. En la mirada de pena de la otra persona porque no entiende mis miedos, y en mi incapacidad para salir de la situación por encima del miedo.

Dejo atrás su mirada y cojo aire con fuerza mientras intento transmitirle de forma telemática mis disculpas a Coco. Como bien dice Colden, está haciendo un gran esfuerzo en no desesperarse conmigo.

—¿Quién me mandará a mí...?

Antes de que pueda comprender lo que quiere decir con esa frase, se monta en la parte trasera de la silla.

—¿Cómo has hecho eso? —grito alucinada.

Mi cuello, por más que se tensa para comprobar su rostro, no tiene ángulo suficiente. Las tornas se han vuelto a cambiar y me tengo que conformar con mirar su pecho.

—Llevo haciendo esto toda la vida, ¿eso has dicho, no? Como no tengo ni puta idea de cómo enseñar a alguien a montar a caballo por ella misma, vamos a probar de esta manera.

—¿Y cuál es la idea?

Noto su cuerpo apretado contra mi espalda. Sus brazos rodeando los míos para tomar las riendas por su cuenta. Me siento como la montaña que rodea a Lellos, una mezcla entre protegida e intimidada.

—Hacerlo contigo para que no tengas miedo.

En las frases bonitas que se escriben en las libretas, esta podría decorar un puesto preferente. No por las palabras elegidas en sí, sino por el modo en el que las ha dicho y lo que significan

para mí.

Giro el torso para ver su rostro, lo consigo, y me encuentro una mirada de concentración y una media sonrisa.

Vuelvo a la posición original y la sensación de intimidación se ha ido para transformarse en calidez.

No sé qué tienen los chicos Keller, pero son capaces de transformar un miedo en un paso adelante sin abrir la boca.

—Haz lo que te he dicho, comprueba por ti misma que no ocurre nada.

Colden se ha acercado a mi cuello para susurrar las indicaciones. Ante el aturdimiento de cómo reacciona mi cuerpo con ese movimiento, hago lo que me pide, muevo la cadera hacia adelante, un simple toque, y Coco comienza a caminar.

Camina, no sale disparado como yo creía.

—Lo has visto acelerar el paso conmigo porque yo se lo pido. Estamos muy acostumbrados el uno al otro y sabemos los límites de cada uno. Si en algún momento quieres hacerlo, solo tienes que decírselo. Si conoces los códigos, un caballo es más eficiente que uno de esos robots que tanto amáis en las grandes ciudades.

—Cualquiera que te escuche, pensará que tienes el doble de edad que Edur.

Me echo a reír solo de imaginar cómo se sentiría Colden ante el robot camarero que una vez nos sirvió en un restaurante de Nueva York. Holly quería vivir la experiencia, una de sus amigas se la había recomendado y fuimos juntas. Más allá de lo llamativo del momento, no cambiaría el trato humano por nada del mundo.

Coco continúa caminando con sosiego, se aleja de la entrada de las caballerizas, y enfoca el camino hacia el final de la finca, lo más cercano que hay a la montaña.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

No se ha vuelto a acercar tanto a mi oreja, de ser así, ya no hubiera soportado el respingo de mi cuerpo, porque solo con tenerlo tan cerca, ya está gritando por más atención.

—En lo diferente que es el mundo dependiendo del lugar en el que te encuentres.

—¿Volvemos a ser poetas de ciudad?

No me giro para ver su rostro, pero sé que se está riendo por cómo su pecho ha subido y bajado en un rebote automático.

—¿Sabes?, no te imagino perdido en una gran ciudad como Nueva York. —Cambio de tema para sentirme más cómoda.

—¿Por qué soy un pueblerino que no sabe utilizar un mapa?

Elevo la cabeza por encima del hombro para que me pueda ver y yo hacerlo de vuelta.

—No lo he lanzado como un reproche —apunta antes de que pueda rebatir sus palabras—. Es la verdad.

—No creo que seas un pueblerino, Colden, creo que tus valores en una ciudad donde nadie importa, no encajarían. Serías infeliz por el hecho de no poder ayudar al resto, o de que los demás no apreciaran las minucias que diferencian un día de otro. Sufrirías cuando subieras al metro y nadie respondiera a tu saludo, o cuando la bolsa de la compra se te rompe y nadie te ayuda. No porque sean malas personas, sino porque todo va tan rápido, que solo puedes mirar por ti y los tuyos. Por conseguir el mejor trabajo, por hacer la mejor foto de redes sociales, por tener los mejores estudios para conseguir el mejor puesto y así que tus hijos tengan un futuro próspero. Aquí nada tiene tanta importancia y todo importa, no sé, quizá me estoy volviendo loca.

Sonríó para evitar que las lágrimas ocupen el foco de mi mente.

—¿Te sientes así allí?

Suelta la rienda y posa sus dedos sobre los míos, lo hace con delicadeza, esperando a que me retire si es lo que deseo.

—No debería, Nueva York es la ciudad de las oportunidades.

—¿Y las oportunidades que tú buscas, también están allí? —sigue intentando descubrir.

¿Y si mis padres se equivocaban cuando creían que fuera de aquí iba a ser feliz? ¿Y si Holly no debió coger ese avión nunca, alejándola de Edur y de nuestros orígenes?

—No estoy preparada para pensar en esa respuesta.

Es lo más sincero que puedo decir en estos momentos.

Colden frota mis dedos y vuelve a tomar el control de las riendas.

No hace cabalgar a Coco en ningún momento, solo damos un paseo a través de la finca, admirando el color verde intenso que tiene el prado. Cómo Manchas corretea alrededor de un Samuel que está intentando activar el bebedero de los caballos de forma remota. La capacidad que tiene la casa de mimetizarse con el entorno, ni la madera resalta sobre la naturaleza, ni los amplios cristales rompen con la tranquilidad del lugar. Las flores cuidadas dan un toque hogareño a lo que han cuidado ellos con tanto mimo. Y detrás, la enorme inmensidad rocosa.

—¿Esa montaña tiene nombre?

—¿Cuál?

La voz de Colden sale rasposa debido al silencio que hemos mantenido. Señalo hacia el lugar.

—Los ancianos de Lellos la llaman la montaña del antiguo recuerdo. Dicen que guarda todos los recuerdos porque es la única que ha protegido este lugar durante toda su historia. Los tiempos buenos y los malos.

—¿Lo ven como un signo de protección?

—Algo así, sí.

¿Y si Lellos es ese lugar en el mundo en el que puedo desconectar mis miedos para simplemente vivir?

38. KRYSTAL

—¿Quieres que volvamos?

Nunca esperé con tanta ansia una pregunta, de ahí el gemido que suelto.

—Por favor, me duele el culo y todos los músculos de las piernas. Mejor dicho, todos los músculos, en general.

Toma el control y lleva a Coco a coger más rapidez de la que teníamos hasta ahora. El caballo parece feliz con el mandato que le entrega.

Colden no me avisa de que va a descender, lo hace con tal agilidad que en un parpadeo deja de estar a mi espalda para esperar con los brazos extendidos desde el suelo. Al momento que lo voy a tocar, cambia de opinión y los retira.

—Será mejor que bajes por tu cuenta, rodea con esa pierna, y espera a tener el equilibrio para descender.

No abro la boca, no quiero ser una quejona, pero por el modo en el que mis piernas tiemblan debido al esfuerzo, no sé hasta qué punto estoy capacitada para hacer lo que él me pide.

Paso la pierna derecha por encima del cuerpo del animal, tengo que hacer más fuerza con la pierna que está apoyada en el anclaje de la silla, si pierdo el equilibrio, me iré de bruces contra el suelo. Me apoyo como puedo para resbalar contra el cuerpo de Coco y...

—¡Lo he logrado!

El salto final hace que mis rodillas cedan con el peso de mi cuerpo y Colden tenga que actuar rápido, sus brazos me rodean antes de que mi cara toque el suelo.

—Más o menos —detalla él con una sonrisa.

Me estoy aficionando a sus sonrisas.

—No seas cruel, he conseguido más de lo que esperaba.

Me apoyo en su agarre para ponerme en pie, puedo caminar, aunque con una molestia considerable.

—¿Siempre es así? —quiero saber.

—¿El qué?

Colden retira la silla de montar del animal y la posa en el departamento que hay solo para ello. Los chicos tienen el lugar ordenado, nada se sale de su lugar, y mucho menos las sillas de cada

uno de los caballos.

—El dolor de cuerpo y la sensación de que las piernas me van a fallar en cualquier segundo.

—Has hecho demasiada fuerza, si tensas los músculos durante mucho tiempo, acabas por cargarlos, cuando se te pase el miedo, también olvidarás esa parte.

—¿Eso quiere decir que habrá segunda vez?

Veo cómo Colden está a punto de abrir la boca para responder, cuando Samuel enciende por enésima vez el sistema de agua que está construyendo. Se forma tal alboroto en las tuberías, que durante unos segundos no se escucha nada más que chirridos.

Él se encuentra en mitad de la finca, con un mando de un coche teledirigido y con el ceño fruncido fruto de su concentración.

El chirrido en esta ocasión es más intenso, nos lleva a mirar hacia el techo al tiempo que el agua transcurre por los canales a una velocidad vertiginosa.

—¿Esto es seguro? —pregunto.

—El sistema es muy antiguo y los cambios que ha hecho Samu no han dado sus frutos, creo que será mejor avisarle de que frene en...

La tubería que tenemos encima de nuestras cabezas se rompe explotando sobre nosotros como si alguien nos hubiera lanzado un globo de agua. La impresión me hace contener la respiración, está muy fría, pero cuando voy a decirlo, otro sonoro crujido a nuestra espalda desata el caos.

No es agua lo que sale disparado.

—¡ESTO ES MIERDA DE CABALLO! —grito.

Si Colden está salpicado por un mejunje líquido amarronado, ¿significa que mi espalda está salpicada también?

Mierda.

Corto como puedo la arcada mientras Colden salta hacia el lugar de la segunda explosión. Tapa el agujero con su camiseta y echa a correr hasta la zona central de mandos. Frena el mecanismo al cerrar todas las compuertas.

—Lo voy a matar —. Sale disparado hacia Samuel. El pobre eleva la mirada y se encuentra con todo el desastre.

No sé si reírme o llorar por el modo en el que sus ojos se amplían mientras ve como su hermano, rebozado de mierda, se acerca a él con un paso que augura problemas.



Samuel: *En cuanto se entere Miles de esto, va a tener anécdota para contar durante años.*

He evitado mirar hacia él porque la peste que suelta mi cuerpo es el único foco que tiene mi cabeza en estos instantes. Colden ha entrado en la ducha asegurando que en dos minutos él

estaba listo, he aprovechado para buscar algo de ropa de recambio con la ayuda de un Samuel que parece más divertido de lo que debería.

Sostengo su brazo para que lea mis labios.

—Si Miles se entera de esto, te tiraré yo misma al barro. Es una promesa.

Eleva de inmediato el teléfono para enviarme un mensaje.

Samuel: *Lo siento mucho, ha sido una «mierda» de idea.*

Pero será maldito...

Tiro el teléfono sobre la cama. El muy idiota sale corriendo de la habitación antes de que tenga tiempo de gritar o de hacerle una jugarreta.

Un error informático lo puede tener cualquiera, pero de entre todos los Keller, creía que Samuel era el más lúcido de todos.

Grito por pura frustración porque quiero reírme y a la par el mal olor no me deja pensar en otra cosa que no sea en él.

—¿Ocurre algo?

Grito de nuevo pero en esta ocasión debido al susto de escuchar la voz de Colden entrando en la habitación.

—Lo siento, con las prisas se me ha olvidado coger ropa, solo necesito un segundo.

Mi silencio no se debe a la molestia de que acceda al dormitorio que he ocupado, sino a que tengo delante a un hombre con los músculos tan marcados que podría hacer una clase de fisioterapia al detalle, vestido solo con una toalla gris alrededor de sus caderas.

El porte que normalmente destaca en él, se ha transformado con la ausencia de ropa.

Colden no es un chico más de la universidad que destaque más o menos por su belleza, Colden es un hombre con el cuerpo desarrollado y con las venas de los brazos a punto de explotar.

«Krystal, no mires».

Cierro los ojos, me giro para darle privacidad, pero consigo el efecto contrario. Él se ríe abiertamente.

—No muerdo, puedes mirar.

—No seas chulo, Keller. No quiero mirar.

—¿Estás segura de eso?

—Por supuesto.

Siento mis mejillas arder. El calor está subiendo a mi cabeza y todos mis pensamientos se están volviendo borrosos.

—Lo que tú digas, princesa.

«Princesa, me acaba de llamar princesa en esta situación».

—¿Qué cojones hacéis?

Si la situación no podía ser peor, la llegada de Miles ha asegurado que las tornas pueden cambiar de un momento a otro.

Miro hacia él que repasa el cuerpo de su hermano, después me da ese mismo repaso a mí.

—No preguntes —es a lo único que me puedo atener en estos instantes.

Las cejas del segundo de los Keller bailan por su rostro. Si de por sí Miles es expresivo, lo que está haciendo es enfatizar aún más sus emociones. No sé qué estará pensando, pero no ha ocurrido nada de lo que su mente puede generar. De eso estoy segura.

—En una hora nos vamos a la hoguera, solo quería avisaros.

—¡Me voy a la ducha!

No me quedo a la espera de conocer lo que él responde, ni de escuchar las explicaciones que Colden le entrega para asegurar que su paseo en toalla tiene un porqué lógico.



He extendido la ducha todo lo que era posible. Me he cepillado el pelo como si fuera el de Rapunzel, me he echado mi crema de olor a fresas favorita con sosiego, y aun con esas, cuando salgo del servicio, Miles sigue esperando en la puerta de mi habitación.

—Dos minutos más e iba a entrar a rescatarte.

—¿Por qué iba a necesitar un rescate? —manifiesto.

Paso por alto lo guapo que está con una camisa y un jersey a conjunto.

—Porque las bañeras son muy peligrosas y has estado allí metida UNA HORA.

—¿Dónde está el respeto a tu jefa?

Cuando quieren, utilizan mi puesto como una excusa para alejarse de mí. Ahora soy yo la que lo pone sobre la mesa. Miles hace un ruido de sorpresa que me lleva a sonreír ante su ceño fruncido.

—Joder, no te vuelvas a poner seria, ¿vale? Das miedo.

—¿Qué quieres, Miles?

Además de elegir a conciencia la ropa, se ha echado el bote completo de colonia. Con cualquier movimiento que realiza detrás de mí, me llega su perfume.

—Nos vamos a la hoguera, ha llegado el día de tener una cita como me merezco.

¿Ha dicho cita?

Espera, ¿qué me he perdido?

Suelto el bote de crema sobre la cama y giro mi cuerpo para quedar frente a frente con él.

—Me encanta recordar cómo mi encanto no os deja de sorprender.

—¿Pero qué...?

—¡HOLA! ¿Hay alguien en casa?

La voz de Brielle se cuela por el hueco de la escalera haciendo que el segundo hermano Keller se ponga tenso.

—Estamos en mi habitación, sube —grito.

—¡No! ¿Estás loca? —susurra Miles.

—¿Qué te pasa con ella?, es encantadora —susurro de vuelta.

—No me rompas el corazón, Krystal, y concédeme un baile esta noche antes de que el demonio suba esas escaleras.

Se abalanza sobre mí y toma mis manos entre las suyas.

—¿A ti también te gustan las comedias románticas? —pregunto—. Porque esta frase no ha podido salir de tu cabeza.

Rueda los ojos y vuelve a ser el Miles que conozco, con una mezcla de prepotencia y chulería, unida a un rostro hecho para enamorar a cualquiera.

—Tenía el objetivo de conquistarte para que nos acompañaras a la hoguera, pero Brielle, lo ha jodido todo, como siempre.

La nombrada entra en mi habitación mirando solamente hacia él. Hay odio en esa mirada.

—Krystal es una chica con gusto, jamás se fijaría en ti, Keller.

—O en ti, Spring.

Con las mismas, hace una reverencia y sale de la estancia, cerrando la puerta con tanta fuerza que tanto Brielle como yo nos quedamos unos segundos sin saber cómo iniciar la conversación.

—Colden me ha dicho que estabas aquí. ¿Crees que disfrutarías acompañándonos?

¿Ha dicho Colden?

—¿Él también va a acudir?

Intenta tapar la sonrisa, pero no lo consigue. Si mi comentario le ha despertado algún pensamiento, lo deja pasar.

—No, nunca lo hace, se queda al cargo por si hay alertas. Es una tontería porque todo el pueblo está reunido en el mismo lugar, pero con Colden no se puede razonar, es lo que él diga y punto.

—¿Crees que cambiará de opinión? Ha estado todo el día conmigo y me sentiría mal si ahora se queda solo cuando todos estamos disfrutando.

—Si alguien lo puede conseguir, eres tú, al fin y al cabo, ¿eres su jefa, no?

El guiño final que me lanza antes de salir me da una brillante idea.

Colden no ha parado de repetir que yo tengo el mando, así que...

39.COLDEN

He conseguido escapar de Miles por puro milagro. Es más, me he encerrado en el despacho con la montaña de papeles porque sé que él no va a pisar este lugar hoy.

Las facturas se han ido acumulando con el paso de los días, Edur las abre, las coloca en un montón, y reza para que en algún momento surja el milagro. Ojalá el milagro sea ese patrocinador del que no ha parado de hablar Krystal. Aunque tuviera que ponerme un puntito en la boca con respecto a su proyecto, si salva el Rancho, lo haría muy gustoso.

Dos toques rítmicos en la puerta me sacan de mis pensamientos.

—¡Adelante!

Solo puede ser ella, ninguno de mis hermanos llamaría antes de entrar a la oficina, y menos con la emoción que se palpa en ellos por ir a la hoguera.

Me siento erguido antes de que meta la cabeza por la pequeña ranura que abre.

—Hola, Brielle me ha dicho que estabas aquí.

La vecina entró sin llamar hace unos minutos. No me extraña que haya enviado a Krystal para hacer que cambie de opinión.

—¿Necesitas algo? Dejé a Miles a la espera de que finalizaras la ducha, por si necesitabas ayuda para enjabonar el pelo.

«¿Eso es una broma? Me ha parecido que mi cabeza tenía esa intención.»

No quiero recordar el modo en el que la mierda de los caballos se abrazó a nuestros cuerpos, si lo hago, el olor vuelve a mis fosas nasales como si lo tuviera presente. Ha sido asqueroso, y Samuel ya ha quedado avisado de que sus pruebas deberán de realizarse en otro lugar, lejos de nosotros, a poder ser.

—Por eso estaba esperando a la salida del baño.

Cabecea y entrecierra los ojos regresando a un momento que ha vivido junto a mi hermano.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Es verdad que le pedí a mi hermano que esperara unos minutos por si Krystal necesitaba ayuda. Yo no me veía capacitado para enjabonarle la espalda.

—Nada, Miles y sus cosas.

—¿No ha intentado nada indecoroso, verdad?

—¡No! Tan solo esperaba.

Me gusta cómo se le marcan los hoyuelos cuando sonrío con ganas. O nerviosismo, no sé muy bien identificar sus expresiones.

—¿A qué has venido? —formulo la pregunta con un tono jovial.

Me pongo en pie, dejando un espacio prudencial entre nosotros. Algo ha ocurrido en el paseo de antes que me hace estar nervioso. Puede que sea por el modo en el que su cuerpo encajaba entre mis brazos o porque cuando estoy con ella descubro reflexiones que me hacen sentir comprendido.

—Los chicos me han invitado a la hoguera, más bien Miles me invitó hace unas horas. Brielle me ha dicho que tú no solías venir, y era para... —Cierra los ojos, niega con la cabeza y retoma la palabra. No la fuerzo, dejo que sea ella la que centre el mensaje—. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—¿Vas a ir? —En lugar de responder, cambio la pregunta a su tejado.

—Quiero descubrir si puedo sobrellevar estar con todos los habitantes de Lellos sin sentirme una intrusa.

—Es un buen día, hoy todos son un poco más felices, las reuniones vecinales tienen ese halo especial.

Y es verdad, aunque haya rencillas, en los días en los que nos juntamos, todo se olvida, pasa a un segundo plano.

—Deja esos papeles y ven, nada va a cambiar en una noche.

Los cabellos rubios caen sobre su pecho. Los ha peinado porque antes del desastre no estaban así, con ese volumen que destaca aún más su color cálido. Es guapa, aunque sea una Barbie de ciudad de esas con las que Brielle ha jugado toda la vida, debo de reconocer que tiene un atractivo atrapante.

Carraspeo para despejar mi mente.

—En algún momento tengo que hacerlo y hoy no suelen entrar llamadas, todo se queda tranquilo. Debo de aprovechar estos momentos de paz.

«Exacto, Colden. Paz, cero pensamientos y las facturas.»

«Solo las facturas.»

—Por favor —sostiene aprisionando los labios uno sobre el otro.

No me han rogado esa palabra en... la vida. Y mucho menos con ese tono susurrado que pide que se le haga caso.

—¿Qué diferencia que vaya o no?

Necesito tiempo para pensar en por qué realmente no quiero ir a la reunión. Hace años que no lo hago, es pura inercia, y por ese motivo no comprendo por qué estoy alargando tanto el momento de rechazarla.

—Me siento más cómoda si estás cerca.

«No me jodas, Krystal Muller...»

Inspiro con profundidad. Cuando llegó a casa lo tomé como el mayor intrusismo de mi vida. Conocía cuál era mi espacio, sabía de primera mano que ella era la dueña de todo esto. La odiaba por muchos motivos, el primero de ellos porque ella pudo huir cuando yo me tuve que quedar aquí. Se olvidó del dolor, creó otra vida, hasta que descubrí que, por muchas tiritas que pongas, como no cosas la herida, esta seguirá sangrando.

Krystal no es para nada la persona que creía que era.

Y yo no soy el que creí que iba a ser cuando ella estuviera a mi alrededor.

Me gusta que se sienta protegida conmigo porque yo me siento comprendido por ella. Cómodo. Y eso no lo he sentido nunca con alguien que no fuese de mi familia. Miro hacia mis hermanos y sé que me quieren y me valoran, aunque no lo demuestren todos los días, pero miro hacia ella, con esos pantalones pijos, el jersey de colores pastel, y se despierta otro remolino de sensaciones. Diferentes y aterradoras al mismo tiempo.

—Hace años que no voy. No creo que sea una buena idea.

Me muestro tímido cuando lo digo. Quizá estoy enseñándole sin decirlo la parcela de vulnerabilidad que tengo.

—Irás con la chica que nunca ha pisado una reunión vecinal de Lellos, nadie mirará hacia ti, Keller, no te creas el centro del mundo.

Caigo como un oso ante el tarro de miel.

Ha habido un cambio en ella desde que llegó un mes atrás. Se ha abierto a nosotros, ha apostado porque la podemos ayudar a sanar sus heridas, y por idiota que suene, me siento afortunado por ello. Parece que quiero salvar al mundo, primero a mi madre, después a mis hermanos, el Rancho, y ahora ella, pero es que no sé hacer las cosas de otro modo. No hay cabida para pensar en mí, porque cuando lo hago me siento vacío, en cambio, cuando su sonrisa depende de mi respuesta, tengo la sensación de que un nuevo propósito en la vida se me ha abierto, y me hace feliz.

—Está bien. Vayamos.

—¡Yiha!

«No acaba de gritar lo que creo que acaba de gritar.»

—Oh, Dios, no vuelvas a hacer eso.

Baja el brazo que ha utilizado para simular una cuerda de vaquero imaginaria y vuelve a enseñarme los hoyuelos.

—La siguiente opción era obligarte a acudir como jefa.

Me gusta este tira y afloja con sonrisas veladas por el medio.

—¿Así que a la señorita Muller le va ese tipo de liderazgo?

Antes de que pueda recortar la distancia que nos separa, ella toma mi movimiento como un indicativo para salir, y es lo que hace.

No tengo ni idea de qué hubiera hecho si no se hubiera movido del sitio. Creo que es mejor quedarme con la duda antes que cagarla.

40.KRYSTAL

—¿Dónde tenemos que ir?

Eric rodea mi cuello y Wylan mi cadera. Se está volviendo una tradición esto de que me envuelvan en un sandwich cada vez que estamos los tres juntos.

—La hoguera la hacemos a unas fincas de distancia, podemos ir andando. Hace años el ayuntamiento puso ese lugar para poder crear un terreno seguro, años atrás hubo algún que otro susto.

—¿Qué tipo de susto?

Miro hacia Eric que cambia la atención hacia su hermano, así que sigo sus pasos.

—Puede que hubiera incitado a mi grupo de amigos a saltar la hoguera y todo se saliera de lo estrictamente saludable para el medio ambiente.

—La finca casi se incendió, así que el alcalde mandó edificar una plataforma para poder hacer el fuego sin riesgo.

—No le metáis miedo a Krystal.

Nevan pasa por el lado de Wylan, le da un pescozón y desaparece por la puerta al tiempo que escucho las botas de Brielle resonar en la entrada.

—¿Estamos listos?—pregunta.

Colden aparece por la cocina, con un atuendo más adecuado para el frío de la noche, pero igual de irresistible.

Mierda, ¿he pensado lo que creo que he pensado?

—¿Vienes con nosotros? —curioseas el gemelo más mayor.

Eric salta hacia atrás, suelta el agarre en mi cuerpo y recorta la distancia con su hermano.

—La jefa me ha obligado. —Es lo único que dice Colden mientras mira hacia mí de soslayo.

Ambos se funden en un abrazo que, como no, Wylan se une a él con un salto nada controlado. Es más, el golpe de cabezas ha tenido que doler.

Convencerlo ha sido más sencillo de lo que pensaba. Estaba ¿agradable? No sé si es la palabra adecuada, pero he sentido que remaba a favor de la causa, además de que ha sonreído en un par de ocasiones. Ver que sigue en ese estado me tranquiliza de alguna forma. No quería presionar más de la cuenta, sé lo incómodo que se vuelve todo cuando ocurre.

—Venga, dejaros de tanto sentimentalismo que aquí hace falta alcohol en vena —grita Miles por encima del alboroto.

—Joder, Miles. —Me llevo la mano al pecho para aliviar el susto que me ha dado.

Ha aparecido de la nada, gritando muy cerca de mi oído y sonriendo ante mi desasosiego.

—Me encanta cuando me dicen esas cosas —susurra.

—Eres insufrible.

No paso por alto que, tras el guiño sexy, hay una mirada hacia Colden.

¿Qué se traen estos dos entre manos?

No me da tiempo a descubrirlo porque el mayor de los Keller habla;

—Miles tiene razón, nos vamos. —Todos hacen caso a esa voz de líder autoritario que pone Colden.

Ninguno sopesa la idea de coger la furgoneta para acudir, salen del Rancho y toman el camino contrario al pueblo.

La orografía de esta parte del camino nos hace ir a un paso lento. Es montañoso y el hecho de que vayamos todos juntos ralentiza nuestro paso.

Brielle se acerca a mi lado, Nevan está también con ella.

—Lo has conseguido —me dice mientras guiña un ojo.

—Ha sido sencillo, lo prometo. Creo que tenía más ganas de venir que de quedarse allí solo.

Me siento respaldada y cómoda por sus miradas mientras comenzamos a hablar de cosas más banales, de cómo ha sido el día de Brielle en el colegio, o cómo Nevan ha tenido que remolcar a un turista esta mañana.

Debido a la curva que hace el terreno, no es hasta que lo superamos que comienzo a escuchar la música y los murmullos. El color anaranjado del fuego es lo siguiente que llama mi atención, además de todas las personas que hay alrededor de él.

La emoción me lleva a adelantar mis pasos y a ponerme al lado de Samuel y Colden que llevan caminando a la par desde que salimos de casa. El resto se ha dispersado porque va más lento o más rápido, como es el caso de Miles que nadie le puede seguir el paso. Parece muy emocionado con la noche de hoy.

—¿En todas las estaciones hacéis esto?

No puedo despegar mi mirada de todos los detalles que me rodean. La forma en la que los vecinos se están saludando con alegría, como si hiciera días que no se encontraran por el pueblo. O cómo el fuego ilumina todo.

—Sí, los ancianos lo han visto siempre como un símbolo de renovación, algo así como purificar el ambiente antes de comenzar una nueva etapa.

Me gusta el modo que tiene Colden de contar las tradiciones de Lellos, se ve que disfruta, que se siente orgulloso de donde viene.

Echo un vistazo hacia él, me mira un segundo pero vuelve la atención a la fiesta para seguir hablando;

—El paso del otoño al invierno es la hoguera más grande. Porque hay más leña, y también porque hace un frío de narices. La de verano es una cuestión meramente simbólica.

Asiento mientras camino concentrada en todas las personas que hay rodeando la hoguera. No hay una edad diferenciada. Tanto padres, como hijos y nietos rodean el fuego mientras sonríen y comparten comida y bebida.

Samuel me toma de la mano cuando estamos a punto de entrar entre la multitud. Por acto reflejo, miro hacia Colden. Sonríe y hace un amago de asentimiento antes de que su hermano tire con más fuerza de mi cuerpo y me aleje de él.

No tengo miedo del lugar al que me pueda llevar, sé que es tan poco asiduo a las multitudes como yo. Si en lugar de él fuesen los gemelos, me temblarían hasta los dientes solo con pensar que me presentarían a medio pueblo como el trofeo de la temporada.

Rodeamos la multitud y nos acercamos a unas piedras que cierran la finca diferenciándolas del resto. Más allá de ellas, no se ve nada. Son bastante altas como para permitir que entre algo que no sea la luz natural.

—¿Quieres que subamos ahí?

No ha caído por completo la oscuridad de la noche, se diferencian los colores del atardecer sobre el pueblo; aunque dentro de unos minutos todo quedará opacado por la oscuridad y la única luz que tendremos será la que el fuego aporte.

—¿Es seguro?

Él asiente, no toma el teléfono entre las manos, así que no hay nada más que añadir. Escala la primera piedra con agilidad y extiende el brazo para ayudarme a hacer lo mismo. Lo sigo por inercia. Una a una escalamos la pared de piedras hasta alcanzar la más alta. Es imposible que nos podamos subir a ella, tiene una altura que mis piernas jamás podrían recortar. Me coge la mano con calidez y hace que mire hacia el lado izquierdo.

Ahí está.

El pico que ha protegido este pueblo desde antes de que hubiera habitantes, recubierto por las nubes y por el bajo sol.

—Es alucinante —susurro.

Aprieto la mano de Samuel y él entiende mi mensaje rodeándome los hombros.



—Una fiesta no es una buena fiesta si no hay juegos.

Cuando regresamos con el grupo, Brielle había reunido a todos en un rincón con bancos hechos de madera. Tanto ella como Rory han optado por taparse con las mantas que hay a los

costados de cada madero, Miles y yo, que somos los que estamos compartiendo banco, queremos ser fuertes ante el frío durante unos minutos más. El calor que desprende la enorme hoguera a mi espalda es suficiente para mí.

—Dudo mucho que un niño pueda jugar con los mayores —responde Rory a un Eric que está muy ilusionado de ver a todos reunidos.

—Te encanta jugar conmigo, Rory no te hagas la dura.

La risa floja de Miles hace que mire hacia él y de nuevo a la pareja que no deja de soltarse pullas.

—¿Se llevan mal? —pregunto en susurro a Brielle que está a mi derecha, en el otro banco.

—Tienen una relación extraña.

Todos por aquí parecen tener una relación extraña. No soy quién para juzgarlos, así que vuelvo a mi sitio y miro hacia el frente.

Encuentro una mirada clavada en mí. No tengo ni idea de lo que puede estar pensando. Colden porta ese tipo de rostro que, si él no quiere mostrarte cómo se siente, no lo descubrirás en la vida.

A su lado, Samuel escribe algo en el teléfono móvil a toda velocidad. Todos siguen la conversación con las manos para que él la pueda entender del mismo modo, soy la única que aún no es capaz de comunicarse con él a través de la lengua de signos. Estoy aprendiendo, las palabras salteadas son fáciles, hacer una frase completa lleva más tiempo.

—Si me encantara jugar contigo, ya lo habría hecho. Pero voy a darte el beneficio de la duda, ¿a qué quieres jugar, a la botella, cariño? —La voz de Rory rompe el corto silencio que habíamos creado.

Eric, que suele tener un semblante alegre ante todo y todos, cierra la boca y se pone serio.

—Al parecer tienes miedo de lo que te puedas encontrar en el juego de *verdad o reto*, así que, sí, quiero jugar a la botella. ¿Quién se une?

Wylan apoya una mano sobre el hombro de su gemelo de inmediato. Samuel suelta el móvil cuando Colden lo avisa de que ya va a comenzar, y Miles grita un «dale duro» que alienta a Nevan a seguirlo.

—Todos sabemos las reglas, ¿verdad? —pregunta Wylan convencido de una confirmación general.

No.

No he jugado en mi vida a esto.

He visto en mil ocasiones lo que se hace, pero en todas ellas la situación cinematográfica estaba encaminada a que los personajes sufrieran o tuvieran un romance, no creo que sea la intención de ninguno de los participantes de este grupo.

—Jefa, ¿tú qué dices?

La sudadera negra de Miles entra en mi campo de visión cuando me da un codazo con cariño.

—Eh... No he... Yo no he jugado nunca.

Una de las cosas que más odio es que se haga el silencio cuando me expongo. Es tan incómodo que no sé ni hacia dónde mirar, ni qué hacer con las manos. Todos los elementos de mi cuerpo me sobran en estos instantes.

Miles no ha apartado la mirada de la mía, le falta abrir la boca para evidenciar su impresión.

—¡Empezará Krystal! —grita Brielle— Yo le haré la pregunta.

Giro hacia ella y asiente con tranquilidad.

—No tengas miedo, al ser casi todos familia solemos elegir retos para sacar la mierda que pueda haber en el grupo, no habrá orgías o escenas peliculeras. Si te sientes incómoda, puedes pasar el turno, todos lo entenderán.

—Bien, ¿y qué tengo que hacer?—curioso.

Nevan, que no ha dejado de rodear los hombros de Brielle, lleva la cabeza hacia atrás para finalizar la botella de cerveza y la deja sobre la mesa que todos estamos rodeando.

—Hazla girar y el resto hará su magia.

41. COLDEN

Cada vez que percibo cómo se encoge ante el miedo de que la juzguemos, siento un pinchazo en el pecho que me hace saltar en el sitio.

No debería de temer al rechazo; ya que lo hace, me encantaría que con nosotros no tuviera que disimularlo, que pudiera ser ella misma sin miedo a las miradas, porque por parte de un Keller no las iba a recibir. Sé quienes son mis hermanos, conozco sus puntos débiles como sus fortalezas, y conseguir que el grupo esté siempre unido es una de las características que todos tienen. Tenemos.

Miles lleva toda la jornada tirando miraditas condescendientes hacia mí. Por algún motivo ha sabido diferenciar el cambio entre nosotros. No lo he hablado con él, por eso me llama la atención que haya sabido leer entre líneas de una forma tan vívida.

Krystal hace girar la botella. No ejerce demasiada fuerza, así que la botella cae sobre Rory que sonrío obviando la mirada de Eric.

—¿Verdad o reto? —pregunta Brielle.

Ante el silencio de la princesita, nuestra vecina le explica el mecanismo del juego de forma simple.

—Si eliges verdad, te haré una pregunta que tendrás que responder. Si, en cambio, eliges reto, tendré que plantearte una prueba con Rory.

—Verdad —dice ella de forma tímida.

No tiene la suficiente confianza con la camarera del Cow, así que no me extraña que haya elegido la primera opción. Sonrío de manera automática solo por darme cuenta del porqué de su respuesta.

—¿Has encontrado lo que buscabas en Lellos?

Me alegra que Brielle no la haya puesto en un aprieto, no es esa clase de personas, siempre cuida de los demás aunque sea un poco gritona y le encante llevar la voz cantante.

—Creo que lo estoy consiguiendo, y se parece muy mucho a la tranquilidad que hace tiempo perdí.

Saboreo el sonido rítmico y meloso de su voz cuando habla con el corazón en la mano. Puede parecer débil porque es un tono más agudo del que suele utilizar, pero la hace real. Borra de mi

mente la imagen de jefa despegada para presentarme a la verdadera Krystal Muller.

—Ha sido espectacular, jefa, pero es mi turno.

Miles adora este juego por varios motivos, porque es un pretensioso, y porque suele llevar a Brielle hasta las cuerdas con la excusa de que «solo estamos jugando».

De forma automática miro hacia ella. Nevan rodea con más presión sus hombros, acercándola hacia su cuerpo y protegiéndola de cualquier peligro que Miles pueda generar.

A diferencia del turno de Krystal, en esta ocasión la botella gira con ímpetu hasta caer en medio de Brielle y la princesita.

Todos miramos hacia ellas.

—Brielle, está más cerca de ti —apunta Wylan ajeno a la mirada que Nevan le está echando.

Ser el más pequeño no lo ha nutrido de comprensión para las indirectas. Ha pasado por alto el modo en el que Rory le ha cambiado el sitio para que él se quedara en medio de ella y de Eric. Y tampoco se ha enterado de que Nevan está intentando evitar que Brielle caiga en las preguntas chismosas de Miles.

—La primera y en la frente —dice la señalada en un susurro.

Si Miles lo escucha, lo pasa por alto.

—¿Verdad o reto? —suelta éste con emoción

Hay un cruce de miradas entre ellos en el más puro silencio.

Ni ella parpadea, ni él baja la barbilla para soltar algo de tensión.

—Verdad.

No es lo que mi hermano esperaba porque he captado cómo ha tragado saliva. Si hubiera dicho reto, Miles hubiese sonreído.

—¿Es verdad que te estás tirando al nuevo enfermero de Marcos?

Nadie dudaba de que las preguntas de Miles hacia Brielle o de Brielle hacia Miles fuesen en este tono. La única que reprime un jadeo es Krystal que ha notado la diferencia de tono entre su pregunta y la de Miles.

—No necesitabas esperar a este juego para preguntar, Keller —comienza a decir Brielle separándose del abrazo de mi hermano. Acerca su pecho hacia sus rodillas para quedar más cerca de Miles y dice:— No. No he cambiado de amante, me gusta el que tengo, me da todo lo que necesito.

Miles vuelve a tragar saliva sabiendo que ha perdido la oportunidad de llevar al límite a Brielle.

Lleva años con un chico de un pueblo cercano. No es nada formal, más bien un modo de alegrarse los días. La primera vez que lo expresó de forma abierta en casa, me quedé a cuadros, siempre había creído que estaba enamorada de Nevan, y quizá lo está y por eso no quiere formalizar nada con el otro chico.

Vuelvo la atención hacia el susodicho, no parece preocupado por lo que acaba de decir ella. Siento que para él siempre ha sido una amiga indispensable, sin la posibilidad de algo más. O ya lo han tenido y por eso Brielle parece tan embobada con él.

No es mi puto problema.

Antes de que Eric tome el poder de la botella, miro hacia Samu que hoy está más pendiente del teléfono móvil que del juego.

—«¿Está todo bien?»

Parpadea en dos ocasiones para enfocar mi mensaje. La luz de la pantalla del *smartphone* es muy potente a diferencia de la oscuridad y el color anaranjado de la hoguera que nos rodea.

Asiente con la cabeza pero no le permito regresar su atención al dispositivo. No es hasta que resopla y mueve las manos que no me quedo tranquilo.

—«Estoy hablando con alguien.» —dice moviendo las manos con rapidez.

No hago más preguntas, a Samuel le gusta la privacidad y todos lo respetamos.



—Tu turno, Colden.

Rory me entrega la botella después de que Samuel se haya excusado para ir a saludar a un conocido.

La hago girar con el ímpetu necesario para que ruede un par de ocasiones. Como no, acaba señalando a Krystal.

No sé si ya esperaba las sonrisas de Miles y Rory, o si ya tenía tan claro que el destino la iba a señalar a ella, que no me afecta en absoluto.

—¿Verdad o reto? —quiere saber la camarera.

Sopeso las opciones que tengo sobre la mesa. Si elijo verdad, va a ser una confesión más en confianza que no va a suponer ningún cambio para mí, ¿y si elijo reto? No me he amedrentado en mi vida, debería de ser consecuente con lo que despierta Krystal desde que la he conocido. Si no lo he hecho, es porque no la quiero incomodar.

—Reto.

—¡Ese es mi chico! —grita Miles.

Rory sonrío ante el grito; tiene también ese carácter canalla de mi hermano. Si alguien puede ayudarme a iniciar algo es ella.

—Te reto a ir a la esquina de las confesiones con ... —lleva la atención hacia la señalada por la botella— Krystal.

La esquina de las confesiones se creó cuando éramos todos demasiado jóvenes e idiotas para besar a quien queríamos sin una prueba de por medio. Con los años lo moldeamos para que no fuese tan evidente y también pudiera haber conversaciones y no solo besos, pero todos menos

Krystal sabemos lo que es.

—Ella no conoce la esquina de las confesiones. —Me pongo en pie porque, por muy caballeroso que quiera ser, no voy a desperdiciar esta oportunidad—. Otro lugar también servirá.

Krystal no ha retirado la mirada de mí ni un instante. Al ver que me acerco a ella, se pone en pie en silencio y busca la confirmación de Rory.

—¿Qué es la esquina de las confesiones y por qué no podemos ir? —pregunta dudosa.

—Es el picadero oficial —apunto de forma más específica de la que quería.

—Ah.

Se tensa hasta que extiende la mano hacia ella. Duda durante unos segundos si tomarla o no. Si no lo hace, será el indicativo que necesito para acabar con esta mierda.

En realidad, no debería de estar haciendo esto, y mucho menos con ella, pero la sonrisa que tiene desde hace unos días, y la forma en que su pelo cae por encima de la sudadera enorme que ha elegido hoy me engancha hasta tal punto que no puedo soltar la atención.

Estoy jodido, y es una experiencia de lo más novedosa.

42.KRYSTAL

Hay una espinita que se ha clavado en mi corazón y por más que intento sonreír, no soy capaz de eludir el dolor.

Todos han estado de acuerdo con lo que acaba de decir Colden, más en concreto han asentido al comentario de que conmigo no se puede ir a la esquina de las confesiones.

¿Es que mi físico no está a la altura de un tío como Colden? Nunca he visto a los Keller o a Brielle como unos idiotas de manual que se fijan en esas cosas, así que asumo que es porque estoy defectuosa.

Porque todo lo que se sale de control me hace llorar, romperme en mil pedazos.

La pobre Krystal no superaría un beso detrás de los arbustos porque es eso, un frágil cristal.

Mi mente sigue cavilando cuando Colden nos saca de la multitud hacia una zona menos concurrida y con menor iluminación debido a la distancia con la hoguera.

—¿Estás bien? ¿Te sientes incómoda? —me pregunta.

Se da la vuelta cuando encuentra un árbol en el que apoyar su espalda, alejándose de mí y dejando mi mano en el aire.

Quiero ser sincera por una vez sin sentir que voy a fracasar por abrir la boca.

Mi dolor no se apaga, solo reduce de intensidad en determinados momentos del día. Cuando estoy con ellos, con él, para ser más exactos, imagino que en algún instante va a desaparecer. Que me levantaré un día sin angustia o que podré dormir sin llorar sobre la almohada.

Ha habido un cambio desde que estoy aquí, pero sé que tengo que llegar más alto hasta encontrar el valle verde.

¿Eso me hace tan poco atractiva?

No soporto más la indecisión y suelto lo que estoy pensando, lo que me está haciendo daño ahora mismo. Si lo guardo, será una bola más que tragar.

—¿Ocurre algo con la esquina de las confesiones? ¿Es que no tengo la categoría suficiente para que me invites a ir?

Colden deja de apoyarse en el árbol para acercarse a mí.

—¿Acabas de preguntarme lo que creo que he escuchado?

He sido valiente para decirlo pero no tanto como para salir del susurro.

Mis ojos se cierran por instinto, necesito recabar algo de valentía para mirarlo a la cara y confesar que soy una gilipollas por creer que en algún punto nos estábamos entendiendo; Que somos dos personas que conectamos en todos los aspectos.

—Sí. Por mucha mierda que tenga sobre mis hombros, soy una mujer a la que le gusta sentirse deseada. Y me has pisoteado el ego.

Tampoco es necesario que me diga a la cara que no le parezco atractiva, pero el modo de evitarme delante de todos ha sido peor.

—Krystal, no tienes ni puta idea de lo que estás diciendo.

Otro paso hacia mí.

Escucho el murmullo de la fiesta cada vez más alejada, y no porque nosotros nos hayamos movido, sino porque todos mis instintos están concentrados en la forma en la que su pecho sube y baja con intensidad. Muy cerca de mí, tan alcanzable como inaccesible.

—No, no tengo ni idea de nada de lo que está sucediendo porque me habéis metido en un tarro de cristal y está claro que no queréis que salga de ahí. No quieres que salga.

Concentro su persona porque no espero de Miles o de Nevan lo mismo que de él. Del mismo modo que no me hubiera jodido si ellos me rechazasen como él acaba de hacer.

¿Por qué? Porque creo que tristemente me siento atraída de mil formas hacia él. Primero ponía de excusa que era porque me odiaba y quería saber qué le ocurría, y ahora porque pensaba que era especial, que me entendía después del momento que pasamos en mi casa.

—Como sigas diciendo tonterías sobre ti o sobre la opinión que tengo de ti, te voy a callar con un beso.

¿Qué?

Espera. ¿Qué?

—¡Pues hazlo de una vez!

Esa ha sido mi voz. Llevaba mucho tiempo sin reconocerla.

Sus ojos se van directos a mis labios. La distancia que nos separa se convierte en un suspiro por parte de ambos. No sé si soy yo o es él quien da el paso final.

Todo se convierte en una vorágine de emociones cuando noto sus labios sobre los míos. Sus manos rodeando mi cuello y mi espalda.

Quiero estar más cerca y no puedo porque todo se ha convertido en necesidad y desesperación. Pego las caderas hacia las suyas, el ángulo de mi cuello se mueve a favor de su mano. Deseo su contacto, hay algo cálido en el modo en el que sus dedos ocupan todo a su paso.

Lo siento en todas las partes y en ninguna.

El contacto de su boca hace que todo mi cuerpo reaccione, atrapo su pelo entre los dedos, tiro con fuerza y él emite un gemido que retumba entre mis dientes.

El roce de su barba me hace cosquillas y, cuando está a punto de abandonar el contacto, soy

yo la que asalto sus labios. No ha sido suficiente, no quiero que vuelvan a morir estas ganas de sentir. Estas ganas de él.

Su lengua acaricia la mía con ternura haciendo que todos los pensamientos se vuelvan un desastre en mi cabeza.

Pasea el dedo índice por mi pómulos antes de cortar el encuentro de nuestras lenguas con un tierno beso. Es un simple gesto que despierta zumbidos en mi tripa.

Sentir la mirada de Colden, con toda la atención puesta en mis movimientos, es un nuevo acto al que me puedo hacer adicta.

—Colden tío, ¿eres tú?

Dejo de apretar la ropa de su torso y doy un paso hacia atrás ante la llegada de un vecino de Lellos.

—Joder. —Es lo único que él dice antes de cabecear y negar con ímpetu. Todo a la vez.

Estoy a punto de dar un paso más hacia atrás y dejarlo a solas, cuando busca mi mano y me acerca a su cuerpo. Me rodea la cadera como si lo hubiera hecho cada día de su vida. Mi cuerpo se moldea al suyo quedando encajada entre sus músculos.

—¿Qué hay, Maniel?

No sé quién es este hombre. Solo puedo estar pendiente en las ganas que tengo de apoyar mi cabeza sobre el pecho de Colden, de saber cómo se siente el roce de sus dedos lentos por mi cabeza. Son grandes en comparación con los míos, y he sentido como desprendían calor.

El beso ha sido para escribir en mi diario y leerlo cada vez que me sienta mal conmigo misma.

Apoyo la cabeza en su hombro. No hace el amago de apartarse, sino que toma mi peso como si fuera el suyo. El hombre sigue hablando, ya ni escucho lo que dice porque he encontrado un lugar donde podría dormir ahora mismo. Sin dudarlo.

43. KRYSTAL

—**N**os vemos —se despide Colden.
Elevo la cabeza para que el momento no se convierta en algo incómodo entre nosotros. No sé cómo actuar en estos instantes. Me encantaría tomar de la mano a Colden y esperar a que él me arrojara toda la noche, pero dudo que él desee eso.

¿El beso ha sido solo por impulso?

Miro hacia él que lleva unos minutos observando mi rostro sin decir una palabra.

—¿Estás pensando que te he besado por la apuesta, verdad?

—Eh... No. Bueno, sí, ¿tan obvio es?

—No he hecho nada de lo que me han pedido en mi vida, Krystal. No sigo órdenes, así que puedes despejar esa cabeza llena de dudas porque si te he besado es porque el puñetero olor a fresas me estaba volviendo loco. Tienes los labios más apetecibles de esta hoguera y... A la mierda.

Se acerca en una zancada, rodea mi cuello con una de sus manos y pega nuestros labios. El primer beso es casto, ambos mantenemos los labios cerrados, pero cuando vuelve a acercarse, me pide que despegue los labios y se introduce de lleno en mi boca. Colden es intenso en su forma de ser y en la manera de besar.

Cojo aire por la nariz, no me esperaba esta emoción, y me sujeto como puedo a sus brazos. La mano que tiene libre rodea mi cadera. Sé que no me voy a caer si me fallan las piernas, y no sé en qué momento de nuestra relación he llegado a esta conclusión.

¿En algún momento no he confiado en él?

Gime y hace que muerda con fuerza su labio inferior por puro instinto. Me gusta cómo me hace sentir su toque, cómo me rodea contra su cuerpo, y cómo su lengua me hace vibrar.

Al único que he tenido que ganarme ha sido a él, quizá si todo hubiese sido más sencillo entre nosotros, ¿esto hubiera sucedido antes?

No tengo ni idea, y por primera vez en mucho tiempo me quiero dejar llevar. No quiero medir los pros y los contras de estar besando a un chico, el porqué lo estoy haciendo, que mi mente esté repasando todos los detalles.

Quiero disfrutar de los momentos sin el demonio apoyado en mi hombro.

Me lanzo contra su cuello y nos acercamos cuanto es humanamente posible. Tanto que el beso se rompe por mi impulso.

—¿Estás bien? —pregunta él en un susurro muy cerca de mi cuello.

Quiero que me abrace, me gusta la sensación que despierta en mi cuerpo cuando sus brazos me rodean.

—Hoy no me hagas más preguntas, por favor.

«No quiero pensar».

Mantiene nuestra posición durante unos minutos. Pasea sus dedos por mi espalda a modo de caricia.

—Creo que los demás van a comenzar una búsqueda como no volvamos en los próximos minutos.

Me separo de él, en cambio, su mano sigue reposando en mis caderas.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

Colden busca el teléfono móvil en el bolsillo delante de su pantalón.

—Una hora.

—¿¡Una hora!?

—Princesa, me haces sentir la hostia con esa cara de sorpresa, dicen que los buenos amantes son ladrones de tiempo y sonrisas.

—¿Un nuevo poeta de ciudad?

Su sonrisa sale de forma natural copiándose en mi rostro. No hay nervios, no hay tensión. He sido capaz de besar a un chico y disfrutarlo. Y no ha sido uno cualquiera, ha sido el mismísimo Colden Keller.

Me parece imposible cómo ha cambiado todo durante estas últimas semanas.

—Vamos —dice.

Para mi sorpresa, extiende la mano. Dudo de si quiere que se la sostenga o es un gesto para animarme a moverme. Camino hacia su posición y, cuando la mano sigue ahí, a la espera, me doy cuenta de que quiere que encaje mis dedos con los suyos.

Lo hago e ipso facto sube un remolino de intensidad por mi estómago que tengo que frenar los movimientos.

Eso ha sido una subida emocional similar a la que vivo cuando voy a alta velocidad. Mi cuerpo reacciona a los actos más efímeros como si fuera una bomba atómica. Siempre he creído que estaba defectuosa por ello, porque todos los sentimientos eran incómodos, me obligaban a cambiar mi rutina, sin embargo, esto han sido mariposas, de verdad. Las reales, las que se expresan en los libros y en las películas, las que hacen que veas a una persona desde otro punto de vista.

Colden hace que caminemos de nuevo hacia el grupo. Todos siguen en la misma postura,

ahora con la decoración de las mantas sobre sus rodillas.

Si alguno se percata de nuestras manos unidas, no dice nada.

—¡Krystal! Corre que va a empezar el momento de las bengalas —grita emocionado Eric, corre hacia mí y me lleva con ellos rompiendo el lazo de unión con Colden.

—¿Bengalas?

Me introduce en el círculo, en lugar de permitirme volver a mi anterior sitio, me deja en medio de ambos gemelos.

Wylan toma la palabra.

—¿Conoces esas tradiciones de lanzar farolillos al cielo?

—Sí, es precioso.

—Contamina la hostia. Y es peligroso para nuestra vegetación. Imagínate que uno de esos se engancha en los árboles, podría incendiar todo el pueblo.

Nunca lo había visto desde ese prisma pero tiene razón.

—Como aquí molamos más que en ningún otro lugar, lo que hacemos es coger una bengala cada uno, elevarla al aire, y cantar hasta que se consuma.

Me parece una tradición preciosa.

Echo un vistazo hacia lo que está haciendo el resto después de la explicación de los gemelos. Brielle se da cuenta de que estoy mirando hacia ella y me sonríe. Nevan se ha ido de su lado y es Rory la que ha ocupado su puesto. Nevan y Colden conversan enfrascados el uno en el otro y Miles retorna al círculo que creamos con un puñado de bengalas.

—Para mi querida jefa, he traído las mejores. Ten cuidado, no te quemes los dedos —me dice con cariño.

—¿Esto puede explotar en mi mano?

La sonrisilla de medio lado de Miles indica que me ha querido gastar una broma, así que le doy una palmada en el brazo y él continúa con la entrega uno por uno. Brielle es la última a la que se lo da y escucho cómo le dice:

—A ti no te hace falta mechero para encenderla, ¿verdad? Se supone que el diablo tiene fuego por sí mismo.

—Y los gilipollas no tienen capacidad para sostener un palito en el aire, así que ten cuidado de que ese pelo que tanto cuidas, no se te queme en el proceso.

Eso ha sido... Intenso.

Eric pasa uno de sus brazos por mis hombros, Wylan saca un mechero de su chaqueta y nos pide que acerquemos nuestras baritas a él. Empieza una cuenta atrás por los altavoces y él corre veloz a encender cada una de ellas.

Cuando las mini chispas de la bengala comienzan a dispararse a mi alrededor, por un instante me quedo prendada de lo majestuoso que es el momento, lo efímero, peligroso y a la vez

precioso.

Mis ojos buscan más allá. Me encuentro que él ya me está esperando.

Hace un mes creía que me estaba aficionando a sus sonrisas, ahora sé que no es porque no sonría a menudo, sino porque cuando lo hace solo para mí, me siento especial.

Una canción con una gaita y un violín de fondo comienza a escucharse por todo el territorio. Todos nos ponemos en pie, cada uno de los que me rodean cantan, sonríen al hacerlo, y se miran unos a otros. Mire donde mire, encuentro felicidad y complicidad.

Las bengalas comienzan a ser cada vez más pequeñas, con menos fuerza, algunas incluso ya se han apagado. La mía, cesa de hacer explosiones cuando la música llega a su fin.

Wylan y Eric, gritan y dan un salto, ambos me abrazan aplastando mi cuerpo en el tradicional sandwich que les encanta hacer. Lo que antes era un cántico al unísono, ahora es un jolgorio que hace que sonría hasta que me duelen las mejillas.

Paso de estar con los gemelos, a saltar con Nevan y Miles a cada lado de mis costados. Hace años que no soy feliz en una fiesta, las últimas que recuerdo con cariño son las de los cumpleaños de mis compañeras de colegio que acudíamos a un parque de bolas y me flipaba tirarme por los toboganes.

Estoy a punto de soltar el agarre de los mellizos e irme con Colden que está en serios apuros con una Brielle que lo obliga a bailar, cuando mi tío aparece en mi campo de visión.

Sé que ha bebido alguna que otra cerveza porque se le ponen los ojos vidriosos, es más, es una de las cosas que más gracia le hacen a Holly porque, Edur, con un puntillo de alcohol, es capaz de levantar por él mismo una fiesta.

—Krystal, cariño, ¡qué feliz estoy de que nos acompañes hoy!

Miles le cede su lugar, y rodeo su brazo cuando él lo extiende hacia mí. Por algún extraño motivo me apetece apoyar la cabeza en su hombro, hace tiempo que no tenemos este tipo de relación cercana.

Lo hago y compruebo cómo sostiene la respiración durante unos segundos.

Nevan toca mi espalda con cariño a modo de despedida y nos deja a ambos.

—No creía que pudiera ayudarte, ya sabes, yo no soy Holly ni sé comprender lo que los demás quieren decir entre líneas.

Elevo el rostro y me encuentro con su cara. Los años han pasado por él, pero Edur siempre ha sido un hombre atractivo. No una belleza imposible de dejar de observar como le ocurre a los hermanos Keller, pero tiene unos ojos bonitos, además de una mirada muy sincera.

—¿Por qué dices eso?

Hace el amago de hablar, sin embargo, cambia de opinión y resta importancia con un gesto de su mano derecha.

—Cosa de viejos. Lo que quiero decirte es que me hace feliz que hayas sido capaz de

encontrar un hueco aquí, con los chicos. Es muy diferente a tu vida, a esas calles abarrotadas de edificios impresionantes de Nueva York, pero Lellos es tu casa. Nunca lo olvides.

—¿Y si Nueva York nunca fue mi casa, tío?

Parpadea confuso.

—¿Te estás planteando no regresar?

—¡No! Bueno, sí. No lo sé.

Es que no tengo ni la más remota idea. Es la primera ocasión que expongo en voz alta mis pensamientos más sinceros. ¿Quiero volver a Nueva York? No por la vida que allí tengo, sino por la compañía de Holly, y no sé hasta qué punto eso podría hacerme retroceder todo lo que he avanzado hasta ahora. En cambio, cuando medito en la opción de trasladarme aquí, de nuevo, pienso que mi tía cambió toda su vida por mí y yo no puedo pagárselo de ese modo. Ahora ella es feliz allí.

—¿Sabes que esta es tu casa, verdad?

—Sí, ya conozco todos los tecnicismos pero...

Niega con énfasis.

—No me refiero a eso. Quiero decir que todos estaríamos encantados de que formaras parte del equipo. Tus ideas son aire puro, ninguno de nosotros hemos sido capaces a salir del hoyo, y en poco más de un mes y medio has conseguido el trabajo de años. Krystal, vales para tener el mando de la empresa. Es tuya, así que, en lo que decidas, te apoyaremos.

—¿Me estás diciendo que si me quedo en Lellos, me cederás el mando? —consulto.

—No es por poner presión sobre tus hombros, y espero que tu tía no me escuche, pero desearía retirarme a un lado. Este viejo no tiene el cuerpo para tanta presión.

—No eres viejo, Edur.

Solo es unos años mayor que Holly. Está comenzando su nueva juventud. ¿No dicen que los cincuenta son los nuevos veinte?

—Lo soy para llevar este ritmo de vida. Hemos pasado malos momentos los últimos años, ya has visto la tensión que irradia Colden con este tema. No sé cómo lo has logrado, pero los chicos están ilusionados, hasta el cascarrabias ha rejuvenecido.

—¿Estás llamando cascarrabias a Colden?

—Ese chico tiene veinticuatro años y en ocasiones creo que me dobla la edad. Te prometo que antes de que aparecieras era un gruñón.

—¿Y ahora no lo es? A mí me ha tildado de pija desde que me recogió en el bar de George.

—No juzgues la mente masculina cuando se le rompen los esquemas que tenía establecidos. Y no me hagas hablar de cómo te mira ese chico porque me pondrías en un aprieto que...

—¡Suficiente! —declaro.

—¡Gracias a Dios! —replica mi tío con rapidez.

Hablar con Edur sobre los sentimientos de Colden es algo que quiero evitar a toda costa. No quiero ponerlo en ese aprieto ni ponerme a mí misma. Suficiente tengo con intentar entender lo que ocurre entre nosotros.

—Me hace feliz estar de nuevo contigo, tío Edur.

Separo la distancia y rodeo su cuello para abrazarlo. Él me responde presto mientras yo cierro los ojos.

Siempre tendré la espinita clavada por haberlo separado de Holly, tendré la duda de lo que habría sido su vida si yo no me hubiera interpuesto entre ellos, aun con esas, no puedo cesar en sonreír por volver a tenerlo en mi vida.

—¡Edur! Vente a mover las caderas —Es Miles quien lo obliga a separarse de mi cuerpo. — El drama lo dejáis para otro día.

Con esa frase estelar, muy propia de Miles Keller, mi tío se separa de mi alcance y camina decidido hacia el corrillo que todos están formando. Incluso Colden, con esa mirada siempre dura, está rodeando los hombros de Brielle y moviendo las caderas.

—¡Este viejo no puede seguir vuestro ritmo! —apunta Edur.

Miles le pide a Nevan que lo ayude, y con las mismas, suben a sus hombros las piernas de mi tío. Él, a diferencia de lo que esperaba, sonríe con emoción y eleva las manos al ritmo de la música.

Con todo lo que han vivido, me hace muy feliz que los hermanos tengan un apoyo en Edur. Él no ha sido padre, pero por cómo los mira y los cuida cada día, sé que esa parte de su vida se ha cubierto con ellos.

44. COLDEN

El paseo hasta casa está teñido por el aire frío que se desata, y por las súplicas de Miles para que vayamos todos juntos al Cow.

—¡No pienso abrir el bar solo para que te tomes la última, Miles! Es mi día libre.

Rory no cambia de opinión. Todo el pueblo acude a la hoguera, abrir el bar es un suicidio, así que ella y los dueños decidieron hace años que sería un día libre.

—Mi hermano tiene razón, puede que alguno de los vecinos quiera ir a tomarse la última allí.

Eric no está afortunado en apoyar a Miles en este tema.

—Eric Keller, métete tus consejos por donde te quepan.

Preveía este tipo de comentarios por parte de la camarera. Eric ha intentado impresionarla desde hace unos años, pero ella no se baja del burro. Presiento que no va a haber un final feliz entre ellos.

Observo la espalda de Krystal caminar cerca de la de Brielle. Llevan todo el camino compartiendo confesiones, y por algún extraño motivo me hace feliz.

Brielle es una buena chica, estridente como ninguna, pero siempre está mirando por los demás. Desde el primer día ha sabido entender a Krystal mejor de lo que lo he hecho yo mismo.

—Y tú, ¿qué? No vas a decir nada con respecto a meterle la lengua hasta la campanilla a la jefa.

—Nevan... —corto el tono en el que iba a encaminar la conversación.

Me gusta la privacidad para todos los aspectos de mi vida. Es un hecho que no pretendo modificar.

—Lo he visto, todos lo hemos hecho. Pensaba que «te crispaba los nervios» —recalca.

Sé que él no me va a juzgar o no me va a poner contra las cuerdas como haría Miles, aun así, no estoy cómodo hablando de mis sentimientos.

—Y lo hace. Hacía, bueno... ¿Qué más da? —Que alguien me ayude a salir de esta situación.

—Miles tenía razón, desde el principio te la puso dura.

El comentario soez es más propio del rubio de lo que otros piensan, eso no resta a que me resulte de lo más desagradable.

—Nevan Keller, estás hablando de Krystal, ¿te lo recuerdo?

Mi hermano cambia la atención hacia la espalda de la susodicha. En su caminar ya se diferencia la clase que tiene con respecto a nosotros.

—Es verdad, tío. Es Krystal. No debería... —recula afectado por lo que acaba de decir.

—No, no deberías.

—¡Pero es cierto! —abre los ojos como si los gemelos se hubieran apropiado de sus pensamientos.

Ruedo los ojos mientras suspiro. No le doy pie a que siga hablando, sin embargo lo hace.

—Está bien soltar algo de cuerda. Hacéis una bonita pareja, podéis levantar el negocio, vuestros hijos serán monísimos, todos los consentiremos y crecerán rodeados de muchos animales. Eso es muy bueno en la infancia.

—Frena el carro, Nevan. Nadie está hablando de un futuro juntos.

—¿Ah, no? —duda.

¿No?

¿Por qué cojones al pensar en que mañana se puede ir me duele? No debería de tener estos sentimientos, sé que ella va a tomar un avión con destino Estados Unidos en cuanto se aburra de nosotros, ilusionarme con un futuro no está en mis prioridades.

—Ella se va a ir. Lo que viste antes tan solo fue un beso —declaro.

—¿Y si no lo hace?

La pregunta de Nevan resuena en mi cabeza. ¿Y si Krystal no se fuera, habría alguna posibilidad entre nosotros?

Ni de coña. Tengo demasiadas cosas sobre la espalda, ella necesita libertad, no un peso mayor del que ya tiene. Sería egoísta por mi parte.

—Lo hará —finalizo la conversación justo cuando entramos por la valla del Rancho.

Tenemos una rutina muy marcada, y es que ninguno se va a la cama sin que los caballos hayan sido revisados antes. Soy yo el que me dirijo hacia los establos, el resto se introduce en la casa para beber un vaso de limonada. Es una tradición de Edur.

—Ahora entro, voy a revisar los caballos y a cambiar las botas —anuncio ante mi hermano.

Los animales están todos descansando, Coco levanta la cabeza cuando paso por su lado, lo saludo y le pido que siga descansando. Voy hacia mi improvisada habitación que, con todo el tiempo que se ha quedado Krystal, ya es más mi habitación que un tiempo entre medias, y enciendo la luz de forma automática.

Al abrir la puerta he notado una sensación extraña, pero como ha sido una noche tan rara, lo pasé por alto. Ahora bien, la sensación no estaba en mi imaginación, sino en el sonido que mis botas han hecho al chocar contra el enorme charco de agua que inunda la estancia.

—¡Voy a matar a Samuel! —grito.

La tubería que se rompió esta tarde, rodea la habitación y parte de la zona de reuniones. Ha

debido de haber más de una avería porque cuando me fui, este lugar estaba como siempre.

Salgo corriendo para comprobar que la zona de reuniones no esté dañada, y para mi sorpresa allí no hay ni una gota de agua.

—¡De lujo! —grito de nuevo a la nada.

Si ya era incómodo dormir en la cama/tortura de las guardias, pasarme al sofá de la casa va a ser una odisea.

Cuando entro a la cocina, todos reparan en mi mal humor sin haber abierto la boca. Les cuento lo que ha sucedido y percibo cómo la sonrisa de Samuel se borra para pasar a ser una mueca.

—«Lo siento mucho, mañana lo arreglaré, te lo juro».

—Está bien, no podemos hacer nada más. Me iré a dormir al sofá.

—«Si quieres, puedes dormir conmigo».

Dormir con alguno de mis hermanos es una actividad que olvidé cuando comenzaron a hacerse hombres. Todos somos grandes, y en concreto, Samuel da cientos de vueltas hasta que se queda dormido.

—Prefiero hacerlo en el sofá.

—Conmigo también puedes hacer la cucharita —salta Miles.

A su lado, me encuentro con la mirada tierna de Krystal. Tengo la sensación de que sus mejillas rosadas tienen un significado, o el modo en el que se muerde las uñas sin maltratarlas. Si así es, me quedo con la duda porque ella no abre la boca.

—Antes muerto que sentir tu culo —respondo a Miles.

—¡Yo te haría la cucharita a ti, fanfarrón!

—Paso de ti, Miles.

No tengo el cuerpo para las bromas con doble significado de mi hermano.

45.KRYSTAL

He estado tentada a pedirle a Colden que durmiera conmigo, pero por el ceño fruncido que le ha lanzado a Miles, me he retirado en el último momento.

No puedo negar que la noche de hoy ha sido increíble, pero prefiero estar segura de lo que ocurre entre nosotros antes de aventurarme. A fin de cuentas, no es tan fácil abandonar lo que me ha acompañado los últimos años de mi vida; Medir cada escenario posible se ha convertido en parte de mi personalidad por más que la odie.

Nos retiramos a nuestras habitaciones después de brindar todos juntos con un vaso de limonada. No soy muy fan de la bebida, así que he tenido que disimular la arruga de mi rostro cuando el primer sorbo descendió por mi garganta. Mi tío parecía muy ilusionado con la tradición, no iba a ser yo quien le hiciera el feo.

Cierro la puerta, me quito la ropa y busco una de las camisetas largas que utilizo para dormir. Mis piernas se enfrían cuando no pongo una prenda sobre ellas, pero es que, por más frío que haga, no soy capaz de dormir con pantalones.

Apago la luz dejando la persiana sin bajar. No se diferencia nada a través de la ventana, pero las mañanas con la luz natural entrando a rayitos se ha convertido en un momento especial.

Apoyo la cabeza en la almohada, inspiro con fuerza e intento eliminar la sonrisa, pero no puedo. La imagen de Colden rodeando mi cuello, de sus labios sobre los míos, la sensación de nuestras manos unidas. Todo se reproduce en mi cabeza una y otra vez.

Cambio la postura, llevándome el edredón conmigo.

Ahí está de nuevo. El roce de sus dedos sobre mis mejillas, el modo en el que me miró cuando estábamos nosotros solos.

Me he sentido tan especial esta noche...

Parezco una niña adolescente a la que le han dado su primer beso y que ahora no puede conciliar el sueño por ello.

Vuelvo a cambiar de postura, mi espalda agradece el cambio.

Por más que me concentro en la oscuridad para relajar mi respiración, nada surte efecto, todo ha sido empañado por el tsunami Colden.

Escucho unos pasos subir por las escaleras de madera. Dado que todos se han ido a dormir

hace media hora, solo puede ser...

Me destapo y recorto la distancia hacia la puerta. Abro solo una rendija para comprobar que es Colden quien está en el pasillo de la parte de arriba, y me lo encuentro cerca de la puerta del baño.

Dejo que mi cuerpo salga de la habitación y camino de puntillas hacia él. No me ha visto ni escuchado, por eso, salto sobre su espalda y tapo con ambas manos su boca.

A diferencia de lo que he visto en multitud de películas, él no grita, en cambio, pasa su brazo hacia atrás, rodea mis caderas y hace que mi cuerpo gire hacia adelante.

—¿Cómo has hecho eso? —pregunto muy sorprendida a través de un fuerte susurro.

Lo que comenzó siendo un salto a su espalda, ha acabado por convertirse en mis piernas rodeando su torso.

—Digamos que tengo talentos ocultos que muy pocas personas conocen.

—¿Eso es un comentario de «fanfarrón» como dice Miles?

—A mi hermano le gusta más decir que hacer, no tengas en cuenta nada de lo que dice —afirma.

Me quedo repasando esa frase por más tiempo del que debería. ¿Quiere decir que Miles no es tan chulo con las tías como quiere aparentar? En fin, ahora no quiero saber nada del mellizo mayor, sino del Keller que tengo justo debajo de mi cuerpo, literalmente.

—¿Por qué me has interceptado, princesa?

—Te he escuchado subir —susurro como él ha hecho—, y como no estaba dormida, he pensado que podías acompañarme. El sofá es muy incómodo.

Colden gira su cuerpo, por consiguiente también el mío, y comienza a caminar hacia la puerta de mi habitación. O su habitación, depende de cómo se mire.

Lo hace sin resoplar, no le supone ningún esfuerzo cargar mi peso.

—¿Estás invitándome a dormir contigo, jefa?

Le doy un golpe con cariño en el hombro.

—No me llames así, no me pone nada el puesto de superioridad.

—¿Y si te dijera que a mí sí? —ronronea muy cerca de mi cuello.

—¿Estás intentando ligar con tu superior, Colden Keller?

Deja de sostener mi cuerpo, haciendo que mis piernas pierdan fuerza y tenga que descender hacia el suelo. En el proceso, me arrastro por todo su cuerpo, ganándome un suspiro como premio de consolación.

—Ha sido ella, mi jefa, la que me ha obligado a meterla en la cama, arroparla, y darle el besito de buenas noches.

Es extraño tenerlo en esta tesitura, vernos, mejor dicho, pero quiero más. No deseo que se acabe, no quiero que vuelva sus comentarios dañinos hacia mí. Me gusta más comprobar cómo

su cuerpo se ha visto afectado por mi roce.

—¿Vas a aceptar mi propuesta o vas a irte por la tangente para evitar el momento? —manifiesto.

—¿Estás dando a entender que estoy alargando el momento para rechazarlo? —pregunta.

—Es lo que parece, sí.

—Krystal, esto puede que no sea una buena idea...

Abro los ojos ante la comprensión del mensaje velado.

—¿No quieres dormir conmigo? Mierda, ¿estoy haciendo el ridículo, verdad?

Esto es lo que suele ocurrir cuando tu experiencia en el amor es vaga, por no decir casi nula. Solo he estado en una ocasión con un chico y fue por pura presión social. Tenía veinte años, era aún virgen y todas mis compañeras de la universidad salían cada fin de semana con un tío diferente. Hablaban maravillas del sexo. Quise probar, pero no tenía pretendientes, así que mi noche acabó con una cita de Tinder que me dejó con más incógnitas de las que comencé.

No fue una experiencia que me gustara, fue incómoda, y no me sentí deseada en ningún instante. El beso con Colden fue tan arrebatador que despertó algo en mí. Creía que era lo que los demás sentían cuando conectaban con la otra persona, por eso he hecho todo este circo, pensaba que él estaba sintiendo lo mismo.

Una puerta a nuestra espalda se abre justo cuando Colden va a tomar la palabra. De forma apresurada, me coge de la mano y nos mete a la habitación. Me ha parecido que era Eric quien salía medio dormido camino al baño.

En la calidez de la habitación me encuentro con su cuerpo muy cerca del mío y con su respiración acelerada. Mi campo de visión es su pecho y el modo en el que su camiseta sube y baja con intensidad.

—Krystal, —deja mi nombre en el aire, subo la cabeza para encontrarme con su mirada y continúa—, como vuelvas a creer que no me atraes, voy a pensar que soy un gilipollas de manual que no tiene ni puta idea de mujeres.

—¿Es que hay un manual sobre nosotras?

No estoy entendiendo nada, y parece ser que a él le desespera este comentario porque se toca el puente de la nariz, resopla, y baja su cuello para estar más cerca de mí. Mi cara queda encerrada entre sus manos.

—No quiero ser bruto, pero me lo estás poniendo muy difícil, princesa.

—Yo solo...

Quiero explicar mi postura, hacerle ver que no quería incomodarlo, pero él tiene otros planes porque posa de nuevo sus labios sobre los míos. No hay un beso casto como inicio, Colden me besa con intensidad, apretando mi labio superior entre los suyos después de jugar con mi lengua. Lo chupa con pasión, haciendo que nuestros cuerpos, de forma instantánea, se junten.

—Debería de ser solo un beso de buenas noches porque yo no soy el tipo de tío que necesitas, Krystal.

—¿Y a quién necesito yo? —pregunto cerrando los ojos cuando él junta nuestras frentes.

—Alguien que sepa cuidar los detalles. Alguien elegante y fino que te lleve a cenas de gala.

—No me gusta nada de eso, creía que ya te lo había dejado claro.

Abro de nuevo los ojos y me separo de él. Ha sido ruin volviendo al inicio, volviendo a los prejuicios que tenía sobre mí. No deja que camine hacia la cama, me toma de la mano y espera paciente a que mire hacia él.

—No soy de los que prometen amor eterno, Krystal.

—Solo te he pedido que durmieras conmigo.

Me afecta que mi palabra quede en el aire.

—Sabes a lo que me refiero. A lo que no va a suceder.

—¿De verdad piensas que espero una promesa de eternidad, Colden? Justamente yo, que sé lo que significa perderlo todo en un instante.

Niego, me suelto de su toque y me cruzo de brazos.

—Cierra la puerta al salir, por favor.

No puedo ver cómo me rompe el corazón el chico que jamás pensé que pudiera hacerlo vivir de nuevo, así que le doy la espalda y me meto en la cama. No escucho el clic de la puerta, pero lo ataño a que con el ruido de las sábanas lo he podido pasar por alto.

Apago la luz y la oscuridad en estos momentos no es tan pacífica como la primera vez. Cuando tomo una respiración profunda, hay un movimiento a mi espalda que me hace saltar en un respingo.

Colden aparece a mi espalda, entra en la cama sin decir una palabra y rodea mi cuerpo contra el suyo.

—No sé hacerlo de otro modo, Krys, ten paciencia conmigo.

46.COLDEN

Mi idea de pasar una noche tranquila no era la de acabar con Krystal en la cama. Ella no añade ningún comentario, mueve el cuerpo hacia atrás para que la rodee con más fuerza y es justo lo que hago.

—¿Por qué siempre hueles a fresas? —cuestiono.

Con cada movimiento, su cuerpo desprende ese característico olor que me tiene loco desde que apareció por primera vez en mi radar.

—Mi crema hidratante tiene olor a fresa, ¿por qué?

—Me gusta esa crema.

Había pensado que era la colonia. Con su revelación hay una duda en mi cabeza por conocer si su cuerpo huele por entero a fresas.

Ella, con el susurro de mi voz en su cuello, se mueve más cerca de mí, haciendo que su culo se remueva encima de mis partes íntimas.

Cojo aire y me retiro hacia atrás porque no quiero que tenga una imagen de mí que no se corresponde con la realidad. No me he quedado para simplemente follar, lo he hecho porque no me ha sentado bien la incomodidad que se instauró en mi estómago cuando ella me echó en cara mis pensamientos.

Vuelve a hacer el movimiento y ya no tengo cama para escapar. Mi colchón es más cómodo que el de la habitación de rescate, aun con esas no se caracteriza por ser muy amplio.

—Krystal, deja de hacer eso porque te vas a encontrar una sorpresa.

Llamada «erección de las grandes.»

Ella no solo rota el culo, sino que mueve su cuello, dejando que me acerque a su boca.

—Bésame —susurra.

Tiene los ojos clavados sobre los míos y los labios abiertos. Son esponjosos, en su justa medida entre rechonchos y perfectos.

Lo hago.

Dejo que mi cuerpo caiga sobre el suyo midiendo no aplastarla en el proceso. Mi entrepierna busca juntarse con su culo y, como ella no frena el movimiento, mis manos toman la libertad de rodearla y apretarla más.

Lamo con cariño sus labios antes de devorarlos. El beso no solo es apasionado, sino que también hay un toque sensual que previamente no estaba.

Quiero más de Krystal Muller y a la par no quiero cruzar barreras. Tenemos un amplio historial de dar un paso hacia adelante y retroceder tres.

No soporto más la fricción y me separo de ella para tomar aire. Dejo que todo mi cuerpo repose sobre el colchón, mi mirada se clava en el techo y suspiro.

—Solo quería arroparte, lo juro.

No responde, por el contrario, se gira y comienza a dejar tímidos besos en mi cuello. El calor de sus besos se posa sobre mi tierna piel, incluso la frialdad de su lengua recorre el espacio. Desciende poco a poco hasta llegar a mi garganta; Abandona la posición sobre el colchón y se apoya en mi cuerpo.

Tengo a Krystal trepando por mi cuerpo y no sé si estoy en el paraíso o a punto de ser condenado a una tortura.

—¿Estás segura de esto? —quiero saber.

No levanta la cabeza, sigue bajando por mi pecho desnudo con su ritual de besos que me está poniendo a cien.

Niega en un movimiento.

—¿No estás segura? —vuelvo a preguntar.

Por favor, si no quiere seguir va a tener que parar.

—Quiero jugar. —Abandona su travesía y clava esos ojos azules en los míos. Está a cuatro patas, su cuerpo apoyado en mi pecho y con las mejillas sonrojadas—. Solo jugar, si tú quieres, por supuesto.

Trago saliva y dejo que mis dedos vuelen hacia su rostro. Le retiro el pelo hacia atrás y deposito un beso en sus labios. Ella se estira, cae por completo encima de mi cuerpo, y mi respiración se vuelve más pesada, no solo por su peso, sino porque mi instinto hace que nos eleve a ambos, que roce su pelvis con la mía.

Es ella la que toma el control del beso, yo la sigo, me dejo hacer, quiero que ella ponga los límites. No sé lo que es para ella jugar, así que convertirme en alumno va a ser mi objetivo de la noche.

Juguetea con mi labio y me lleva al límite. La fricción entre nuestros sexos está haciendo que mi erección esté a punto de explotar. Algo nota ella porque, abre las piernas y de forma instantánea, siento su calor encima de mi polla.

Tengo que separar la cabeza de la suya para tomar aire.

Krystal sube y baja, en un movimiento que genera aún más fricción entre nosotros. Cuando comienza a tirar de mi pelo, no soporto más y susurro.

—Me voy a correr como no pares.

Y será la primera vez que lo haga dentro de mis bóxers cual quinceañero. Ella no frena, busco su mirada y me encuentro con una sonrisa.

Es lo que quiere.

«Bien.»

Tomo el control y llevo ambas manos a su espalda. La rodeo por completo y muevo su cuerpo con el roce que necesito. Su boca se abre junto a la mía, no hay besos, solo respiración compartida.

Deja caer su cabeza en mi cuello, gime ante nuestros movimientos y noto cómo el calor inunda mi ropa interior.

No me paro a comprobar el grado de problemas en el que me he metido, porque cambio nuestra posición, dejando a Krystal contra el colchón. Mantengo la postura de mi cuerpo en alto con la ayuda del codo y le pido permiso mientras apoyo la mano en su ombligo. La palma de mi mano está lista para esconderse en sus braguitas, solo necesita su beneplácito.

Su mirada va de la mía a la mano. No hay un «sí» o un asentimiento de cabeza, Krystal eleva las caderas y levanta su ropa para que me esconda en ella.

Cierro los ojos cuando noto su humedad entre los dedos. Ese líquido pringoso y a la vez espeso que hace que me vuelva loco. Algo capto en su mirada, parece vergüenza o temor, por eso me quedo quieto. Ella parpadea y sus mejillas se tornan aún más rosadas. Pruebo a besarla, y entonces se relaja.

—Si quieres que frene, solo tienes que decirlo.

—Mmm...

Paseo mis dedos por su clítoris. Pruebo a comprobar su entrada, está acuosa, me introduzco con timidez, lentamente y ella me regala un gemido. Regreso a su zona más sensible y juego con ella. Me encantaría descubrir cómo mi lengua se comporta con ella, pero no está preparada para ello. Sonríe tímida cuando un gemido rompe nuestro cuerpo.

Lo tomo como un indicativo para llevar el juego a otro nivel. El mismo dedo que se ha impregnado con toda su humedad, lo introduzco poco a poco en ella. Se pierde mientras ella mueve las caderas a favor y en contra.

—¿A la jefa le gusta así o quiere más?

—Más.

—¿Cuánto de más? —susurro encima de su boca.

—Todo lo que tengas.

Sus ojos se cierran cuando una nueva oleada de gemidos se apodera de ella.

—No podrás tomar todo lo que tengo ahora mismo.

—Añade otro, Colden.

—A sus órdenes.

Lo hago con cautela, mis falanges son anchas y largas, no quiero hacerle daño. Al mirar hacia abajo, veo como mi erección se está volviendo a animar. Esto no me ha pasado en la vida.

Krystal toma por completo lo que le doy y sus gemidos aumentan en cantidad. Sé que está cerca.

—Más —pide.

No lo hago, por el contrario, cambio la postura para tener un acceso más cómodo, y mis movimientos de muñeca más amplios. Su cuerpo va al encuentro de mi mano, está deseoso de llegar a ese punto así que, cuando creo que lo va a alcanzar, añado el tercero mientras que con el dedo pulgar rozo su clítoris.

Me regodeo en el placer que se refleja en sus facciones y en cómo, por una vez, se deja llevar. Así, con el pelo alborotado sobre la almohada, y con la camiseta subida hasta el pecho me gusta más que pidiendo perdón por cada paso que da.

Me dejo caer al lado de ella cuando finaliza.

Ambos estamos pringosos, y sudorosos, pero ninguno de los dos hace el amago de levantarse de la cama.

—Gracias por jugar conmigo —dice.

Se apoya en mi pecho, parpadea y me clava esa mirada de niña dulce que en un comienzo me hizo pensar que era una persona diferente.

—Puedo ser tu compañero siempre que quieras —apostillo.

Su risa se me contagia. La atraigo más cerca de mí y nos quedamos haciéndonos cosquillas en la espalda el uno al otro un tiempo que percibo como infinito.

47. KRYSTAL

Durante toda la semana, Colden ha acudido a dormir conmigo cuando todos estaban ya en sus habitaciones. En todas las noches ha habido tocamientos, en algunos más que otros porque he descubierto que el pobre llega agotado a la cama. No me he atrevido a decirle que no estoy preparada para dar el paso definitivo, pero por el modo en el que me acaricia cada vez que entra conmigo en la cama, siento que no le importa.

El día tras la hoguera, envíe un email a Agustín, el patrocinador interesado, para concertar una reunión. Él estaba de viaje, así que hasta hoy no ha podido sacar un hueco en su agenda. Como la haremos a través de una videollamada, Miles se ha comprometido a acompañarme a la cafetería de David para que estemos más tranquilos.

—¿Hay alguien en esta maravillosa casa?

La voz de Brielle se cuela por la entrada a modo de saludo. Todos, salvo Colden y Samuel, estamos congregados en la cocina a la espera de que el día de comienzo.

—¡Bri! ¿Qué haces aquí tan temprano? ¿No tienes clase hoy?

Nevan se acerca a ella, la aprieta contra su cuerpo y deja un beso en el inicio de su frente. Ella sonríe.

—Eso mismo me pregunto yo —susurra Miles por lo bajini.

Si Brielle lo ha escuchado, lo ignora porque responde a las preguntas de Nevan con su eterna sonrisa.

—Quería entregarle una cosa a Krystal antes de ir al colegio. Hoy los niños tenían excursión, así que llegan unas horas más tarde.

—¿A mí?

Me levanto, dejo atrás el café a medio tomar y me acerco a ella. De su espalda saca una bolsa pequeña de la que salen unas flores preciosas.

—¿Sabes lo que son? —cuestiona.

—Sí.

Brielle suele combinar su ropa con sombreros preciosos. No son como los de los Keller, los de ella son más grandes, con estilo propio. En los lomos, decora cada uno de ellos con flores conservadas.

—Como a esa reunión tienes que ir con tu sombrero, he pensado que una de estas flores podían hacerlo especial.

—¡Brielle, muchísimas gracias! —La abrazo de forma sincera. —Es un detalle precioso.

—Soy muy creyente de los detalles para que den suerte, así que ojalá todo salga bien y no la necesites. Lo que está claro es que vas a estar preciosa.

Retira con cariño mi pelo hacia atrás.

—¡Voy a por él para poder decorarlo!

Ella asiente y salgo corriendo hacia la habitación. Escucho como Nevan le da otro beso y le dice que es la mejor. Por parte de Miles solo escucho un murmullo quejoso.

Cuando estoy en lo alto de la escalera, me sale el gesto de llevarme la mano al corazón y sonreír. Brielle puede que sea la primera amiga que he hecho en mi vida.

Muteo el grito de felicidad y vuelvo a correr para llegar cuanto antes al sombrero.



Reviso mi atuendo por tercera vez consecutiva frente al espejo. Aunque la conversación sea online, quiero que Agustín conozca mi mejor versión. Algo así como dar una buena impresión; A Holly es un tema que le parece muy importante.

Dos toques en la puerta hacen que retire la mirada de mi cuerpo y la lleve hasta allí. Colden se encuentra apoyado en el quicio con el rostro fruncido como suele ser habitual.

—Estás muy guapa —afirma.

Es cuanto menos llamativo que lo diga sin expresar un cambio en su rostro. Camino decidida hacia él y descruza los brazos para dejar que me acerque a su cuerpo.

—¿Crees que irá bien?

Su opinión es importante para mí, es más, hubiera deseado que fuera él quien me acompañase a la reunión, pero me rechazó de una forma muy elegante, alegando que él es mejor como peón que como jefe.

—Si no funciona encontrarás una solución, ya has demostrado que tienes ideas suficientes. No te preocupes antes de que suceda.

—¿Y eso me lo dices tú? —La sonrisa tonta baila por mi rostro sin ser capaz de frenarla.

Dejo que tome todo el peso de mi cuerpo y caigo contra él. Extiendo el cuello para darle un beso en la boca y se deja.

No hemos hablado de cómo estamos nosotros, simplemente se comporta como lo haría ¿un novio? Creo que algo así, y yo le sigo el juego solo porque me hace sentir tranquila y especial, además de que las mariposas en el estómago están comenzando a reproducirse a una velocidad vertiginosa.

—No soy el más indicado, eso es verdad, pero sé que vas a poder con esto y mucho más. Solo

hay que ver tu talento.

Dejo otro tímido beso sobre sus labios. Cuando estoy a punto de ampliar el espacio entre nosotros, es su mano la que rodea mi cadera y me devuelve al lugar.

—¡HAY NIÑOS EN ESTA CASA!

La voz de Miles saliendo de su habitación nos separa antes de lo que tenía previsto.

—Púdrete —le responde su hermano mayor con el ceño aún más fruncido.

Nuestro beso queda en un segundo plano, no obstante, las manos de Colden siguen apretándome contra su cuerpo.

—Lo haría, pero tengo que acompañar a mi jefa a una reunión.

Nos guiña un ojo, baja el sombrero con picardía y desaparece por las escaleras.

—Dime que ha sido un acierto llevar a Miles y no a Nevan —susurro.

Colden deja un tierno beso entre mi pelo.

—Se merece estar a tu lado, a fin de cuentas es quien más te ha apoyado.

Me gusta su vena justa ante sus hermanos.

Nos despedimos con otro par de besos y salgo de la casa con una sonrisa impresa en el rostro.

Esta mañana Edur ha sacado la furgoneta del garaje, y al parecer Miles tiene prisa porque ya está esperando a que llegue hasta ella.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Miles cuando nos subimos a la furgoneta.

—Ahora un poco. Nunca he tenido una reunión de un negocio propio. La única reunión formal fue con el director de la beca de la universidad.

—Igual de tensas ambas —claudica Miles.

Al hablar de la beca, vuelvo a traer a la mente la conversación que he tenido esta mañana con Holly, me ha enviado ánimo y toda la suerte del mundo, pero no ha hecho referencia a la universidad.

—Si no sale bien, siempre nos quedará el recurso de un calendario sexy.

—¡Por favor, Miles!

Ambos nos reímos hasta que llegamos a la entrada del Cake y mis nervios comienza a estar presentes en cada movimiento.

—Si son mis invitados de lujo —exclama David cuando nos ve entrar.

A Miles le da un abrazo rápido y a mí me espachurra más tiempo contra su cuerpo.

—Os he preparado mi despacho para que estéis más cómodos. Hoy tiene que salir todo a las mil maravillas.

Nos acompaña hasta la parte trasera del local. Justo detrás de las bandejas de los donuts, está un pequeño cuarto en el que David lleva las cuentas.

—¿Este olor te permite hacer bien los cálculos? —pregunta Miles.

Es cierto que el olor a dulce es intenso, por eso sonrío.

—Mi repostería es la mejor que vas a conocer en tu vida, Keller, siéntete afortunado.

En lugar de rebatir sus palabras, Miles sonríe y asiente.

—He traído mi portátil porque tengo todo aquí —le indico.

David retira el suyo de la mesa y nos colocamos ambos mirando el fondo de mi escritorio: unas flores salvajes de un tono naranja muy llamativo.

—Os voy a preparar un café. —Desaparece sin que nosotros podamos rebatirle las palabras.

Cuando David sale por la puerta, clavo mi mirada en Miles. En la suya encuentro el mismo temor que siento en estos instantes, con una mezcla de ilusión.

—¡Vamos a venderles hasta los implantes! —grita efusivo.

—Si me trabo, rescátame del bochorno, ¿vale? —le pido.

—Krystal, no va a hacer falta. Confía en ti.

48. KRYSTAL

—¿A qué hora has dicho que estaba citado? —pregunta Miles con un gesto de nerviosismo.
Llevamos diez minutos con la videollamada en espera. David, ante nuestros resoplidos, además del café, nos ha traído un donut para cada uno.

—A las once y media —detallo.

—Bueno, dijo que viajaba por el mundo, quizá lo ha pillado con una mala conexión a internet. Ya ves lo que nos sucede en el Rancho.

—Sí —intento convencer a mis nervios de que no son necesarios—, creía que nadie veía los post y en realidad era porque la página no se refrescaba.

La mirada perdida de Miles indica lo mismo que estoy pensando yo. Algo no va bien.

—Le damos otros diez minutos de cortesía, ¿verdad? —pregunta.

—No estamos como para perder patrocinadores.

Aunque Agustín haya sido muy rápido y se haya interesado por el blog, nadie ha hecho una nueva oferta, lo que nos deja en una clara desventaja si queremos hacer de esto un negocio.

—Lo de los calendarios en bolas no es tan mala idea. Yo me presento voluntario, y Eric y Wylan seguro que se unen. Tu novio lo dudo, y Nevan es demasiado recatado en ocasiones. Samuel... Descártalo por completo.

—No es mi novio —susurro muerta de vergüenza.

—No te he oído, ¿qué has dicho, jefa?

Evito que me vea sonreír porque, en realidad, no me hace gracia esta situación. Si me río es de puros nervios.

—Que Colden no es mi novio.

—¡Ah!, ¿no? Creía que el folleto cada noche era algo serio. Tendré que hablar con él sobre las relaciones esporádicas.

—¡Miles!

—Es broma. Me alegro por vosotros, a él se le caía la baba desde el primer día.

Tapo la cara con ambas manos y le digo;

—No me puedo creer que estemos teniendo esta conversación.

Veo cómo Miles sonríe y aprieta la mandíbula ante las ciento de cosas que piensa, pero no

expone.

—Venga ya, si sois como los muñecos de una tarta. Ideal el uno para el otro.

—¿Y por qué piensas de ese modo? —cuestiono con intriga.

Cuando me quedo clavada en su mirada, vislumbro al verdadero Miles, el que quiere la felicidad de su hermano y no el que lo tapa todo con una broma.

—Porque Colden aporta seguridad a todo el mundo, nunca deja que nada o nadie lo venza, y tú eres un rayito de luz que lo comprende. Porque te juro que, aunque lo quiero a morir, yo no lo comprendo.

—Es muy bonito eso que acabas de decir.

—Soy todo un romántico, jefa. ¿No te habías dado cuenta aún?

—No has dado muchas pistas sobre ello.

—Me ofendes, Krystal.

Miles tiene una capacidad de actuación que debería de explotar más a menudo. Muta su rostro con maestría haciendo que te creas todas sus expresiones.

Niega y vuelve a sonreír para clavar la mirada en la pantalla en negro.

—¿Dónde está Agustín? No quiero tener que comer otro donut. Estos abdominales se van a acabar derritiendo. —Aunque el comentario lo ha dicho con sorna, tiene razón. La espera desespera.

Busco si el contacto del email está activo pero sigue en un tono grisáceo.

—¿Y si le hago una llamada? —expreso.

—¿Tienes su teléfono móvil?

—Lo añadió al correo. Creo que es el teléfono de la empresa; podemos probar.

—No vamos a perder nada —detalla Miles con un rayo de esperanza en la mirada.

Marco el número y lo pongo en manos libres para que Miles también lo pueda escuchar. Cuando concretamos la reunión, le hice saber que «mi socio» acudiría conmigo. No puso ningún impedimento y a Miles le subió el ego cinco escalones por llamarlo socio.

Primer tono y nadie responde.

Miro hacia Miles que sube el sombrero de vaquero y peina su cabellera hacia atrás.

Segundo tono. No obtenemos respuesta.

Me arrasco un picor inexistente en la frente fruto de los nervios.

Tercer tono y...

—Buenas tardes, le atiende Beatriz, secretaria de la empresa Foot and Feet.

Pego un salto ante la repentina voz femenina.

—Buenas, quería hablar con el señor Agustín, soy Krystal Muller y tengo una videollamada concertada con él, pero no se ha presentado.

Observo el reloj del teléfono móvil, han transcurrido veinte minutos desde nuestra cita.

Beatriz parece extrañada de lo que comento, me pide que le regale cinco minutos para hacer unas comprobaciones y, cuando la línea vuelve a tener vida, su voz dulce desaparece para ser remplazada por una más rasposa.

—Buenas tardes, ¿con quién hablo? —cuestiona.

Hago la misma presentación al hombre.

—Es un error señorita, mi hijo ha debido de equivocarse.

—¿Su hijo? —pregunto.

—No tengo tiempo para entregarle más explicaciones, si me disculpa...

—¡Eh! Por supuesto que tiene que tener tiempo. Su empresa se ha puesto en contacto con nosotros. —Miles se acerca al micrófono del teléfono y eleva el tono de voz.

Nunca lo había visto tan molesto.

—Miren, jóvenes, mi hijo se aburre tanto en su tiempo libre como ustedes. Constantemente crea nuevas líneas de venta que no llegan a ninguna parte, imagina escenarios idílicos sin mover un dedo del pie, y exige; mi hijo Agustín exige mucho. A diferencia de él, yo sí que tengo peso en la empresa para comunicar que Foot and Feets jamás ha estado interesado en vosotros. Y ahora, si me disculpáis, os deseo una buena tarde.

Con las mismas la línea comienza a parpadear. Mi respiración se ha atorado, y la mandíbula de Miles se ha abierto lo máximo posible.

—¿Acaba de suceder lo que parece? —sostiene con un enfado evidente.

—Me han engañado —susurro antes de echarme a llorar.

«Seré gilipollas...»

Cubro mi rostro con las manos.

Ya no es solo la decepción de que me hayan tomado el pelo, es la vergüenza de explicarle al resto lo que ha sucedido.

—Debería de haberme dado cuenta —expongo entre los sollozos.

—¡Qué hijo de puta el Agustín!

Miles da un puñetazo en la mesa y se levanta.

La respiración se me entrecorta, quiero abrazarme, pensar que ha sido un mal ajeno, que le podría suceder a cualquiera, pero mi mente repasa cada detalle y encuentra fallos.

Debería de haber buscado más información antes de concretar la cita. Debería de haberle exigido que fuese él quien me llamase...

—No llores, jefa. Buscaremos a otro patrocinador.

—He hecho el ridículo y te he arrastrado. Lo siento muchísimo, Miles.

Me levanto para quedar lo más cerca posible a su altura. Él acepta mi abrazo, me aprieta muy fuerte, pero me separa antes de lo que deseo.

—No tienes la culpa. Deja el puto síndrome del impostor fuera. La web es una pasada, el que

debería de sentirse avergonzado es el Agustín. Que, además, va a heredar una empresa de mierda con un nombre RIDÍCULO. *Pie y Pies*, —traduce.— ¿Quién llama así a su negocio?

Aparece una sonrisa entre el mar de lágrimas.

Por muchas palabras de aliento que me esté lanzando, la decepción es algo que deberé de digerir. Pensaba que el proyecto iba a salir adelante, que tenía buenas ideas, pero si es motivo de risa para las empresas, quizá esa idea no sea tan buena.

Hay dos toques en la puerta, y Miles le pide a David que entre. Cuando ve mi rostro inundado en lágrimas, pregunta:

—¿Ha sucedido algo?

—Era todo una mentira, no había propuesta de patrocinio —expongo.

David da un paso hacia atrás. Cambia su atención de mí a Miles y vuelta a empezar. Cuando ninguno de los dos se mueve, se dirige al hermano Keller.

—¿Esto es una broma tuya, verdad? —cuestiona.

—Ojalá lo fuese —dice Miles con un tono de derrota evidente.

Miles ha vuelto a hacerlo, ha cambiado el tono de voz y con ello la atmósfera que lo rodea. El repostero, al darse cuenta de la realidad, lleva su mano a la boca para soportar el grito, y nos envuelve a ambos en un abrazo.

—Cualquier cosa que necesitéis, aquí estoy. Incluso si es para pinchar ruedas, tengo un truco infalible, consiste en hacer una introducción transversal y...

Me diluyo en mis pensamientos mientras escucho la conversación de fondo.

Si esto no funciona, si no hay nada para mí aquí, ¿debería de volver a Nueva York?, aunque, ¿qué dice de mí que tire la toalla ante el primer problema?

Ninguna de las dos respuestas me convence porque solo quiero llorar.

—Cariño, no llores, está bien, todo tendrá solución —afirma David.

Ni la bandeja de donut que me prepara para llevar, ni la música de Miles durante el viaje alivian mis ansias de derramar los nervios en forma de lágrimas.

No puedo parar, mi cuerpo está expulsando de este modo la tensión. Así es que, cuando entramos en la finca y me bajo del vehículo, todos se quedan tensos ante mi rostro.

Con la buena suerte que me caracteriza, tanto Edur, como Nevan, Eric, Wylan y Colden están congregados en la finca.

Busco la mirada de este último y lo que encuentro despierta en mí todo tipo de emociones.

49. COLDEN

Suelto el cordel que estaba anudando y corro hacia ellos. Lo primero que analizo es que ella está llorando pero Miles no, por lo que, lo que haya ocurrido, ha tenido que ser con relación a algo de su trabajo.

Como el gilipollas con el que había quedado se haya metido con sus fotografías o el modo en el que tiene ella de vivir el proyecto, me lo cargo. Aunque tenga que hacer un viaje transatlántico.

El camino hacia ellos se me presenta como una eternidad. Miles intenta hacer tiempo en la furgoneta, pero ella camina lejos, no quiere que ninguno de nosotros la veamos llorar.

—¡Krystal! —grito preso de la tensión.

No hace el amago de frenar, es más, deja de caminar y se pone a correr. Copio sus movimientos cuando ella llega a la entrada de la casa. Cuando estoy a punto de tocar su brazo, desaparece dentro de la vivienda.

La puta puerta de cristal se cierra en mis narices y pierdo unos preciados segundos que ella aprovecha para alejarse de mí.

—¡Krystal! —vuelvo a repetir.

Con mi grito y el golpe de la puerta tras mi paso, ella frena en seco, no se da la vuelta, me está dando la espalda y algo se rompe en mí. Pensaba que habíamos cruzado esta frontera.

—¿Qué ha ocurrido? —susurro mientras accedo sulfurado.

No soporto no poder acercarme a ella, saber que me está dando la espalda porque se avergüenza de lo que ha ocurrido.

—Nada, no ha sucedido nada.

Su voz tintinea, rota de dolor.

Aguardo a que escape de nuevo, cuando no lo hace, me acerco con cuidado de no asustarla y tomo su codo para girarla hacia mí.

Las lágrimas que intuí a lo lejos no son nada comparado con el rostro rojo, los ojos hinchados y la pena reflejada en su mirada.

—¿Quién cojones te ha hecho llorar?

No dice nada.

—Dime que el Agustín ha tenido una buena excusa para hacer esto porque te juro que después de que tenga una conversación con él no va a poder usar sus increíbles zapatos de montaña —apunto con toda la calma de la que dispongo en estos momentos.

—No se ha presentado.

—¿Perdona? —«No grites, Colden.»

Cruza los brazos por encima de su pecho y pierdo el toque que mantenía en su cuerpo. La postura de defensa ante mí me duele del mismo modo que lo hacen sus lágrimas.

—Ha sido una broma de mal gusto. Él no es el dueño de la empresa, y su padre me ha respondido al teléfono en su nombre. Ha dicho algo así como que nunca han estado interesados. Debí haberlo imaginado, era demasiado bueno para ser real.

La saliva baja con fuerza por mi garganta intentando que de este modo la rabia salga a través de mis palabras.

—Te mereces todo lo que sea un unicornio con purpurina, Krystal. Parezca real o no. Has puesto tu alma en este proyecto y, aunque mi cabeza de media neurona no comprenda todas las características que supone llevar esto, nadie; Y escúchame, ¡nadie!, debe de tomar tu trabajo a la ligera.

Pienso matarlo.

Quiero el puto teléfono de ese gilipollas ahora mismo.

No sale de la postura de defensa aunque sus lágrimas corran por sus mejillas.

—Es más sencillo decirlo que actuar como ello. Ha sido un jarro de agua fría y quiero estar a solas un rato.

Hace el amago de darse la vuelta y doy un paso hacia ella preso del miedo a dejar de poder ayudarla.

—Conmigo puedes hablar, ¿lo sabes? —le confirmo en un susurro.

¿Lo sabe? Porque me da la sensación de que no es así, aunque, para ser sinceros, he tenido grandes actitudes con ella para que piense de ese modo.

—Solo dame tiempo.

Levanta la mirada un segundo para encontrarse con la mía y sale disparada hacia las escaleras de las habitaciones.

Hay una similitud que encuentro con su forma de actuar, y es que yo mismo me veo reflejado en esta huida. Cuando hay un problema quiero solucionarlo solo, mirando al frente, lamiendo mis propias heridas. Solo ahora, cuando estoy del otro lado, en el de querer ayudar y no poder hacerlo, que me doy cuenta de lo que sufren los de alrededor cuando los rechazo.

La frustración de Krystal en estos instantes también es la mía, unida a un buen flujo de rabia que voy a tener que canalizar antes de que me explote la vena del cuello.

Nunca he querido machacar tanto a alguien solo por ver llorar a otra persona. Y eso que me

considero un tío ¡de lo más pacífico!

Salgo de nuevo a la finca reteniendo el grito de frustración. No es hasta que Miles deja lo que está haciendo en la furgoneta que doy rienda suelta a lo que tengo en mente.

—¡Miles!, a las caballerizas, ¡AHORA!

Mi hermano no lo duda, camina detrás de mí y espera a que haya cogido aliento para hacer la pregunta que me está carcomiendo.

—¿Es tan malo como parece?

—¡No! Bueno, sí —responde dubitativo.

—No seas un puto crío ahora, ¿cómo ha sido y por qué han jugado con ella?

Miles parece confuso con mi actitud, o quizá sorprendido, no llego a preguntarle porque comienza a narrar todo lo que ocurrió, o más bien lo que no ocurrió en esa reunión.

—Vamos, que se creía el jefe de un imperio y no tenía ni la potestad para comprar un caramelo —indico como conclusión a lo que me ha relatado.

—Algo así.

Me muevo por la sala mientras cojo aire con fuerza.

—Es una mierda que haya sucedido esto ahora, si hubiera más patrocinadores Krystal no se habría venido abajo.

—He intentado hacerle ver que, más allá del disgusto, su síndrome del impostor le estaba nublando la visión.

Llevo la mirada hacia mi hermano, parece nervioso también. Controla mejor el estado de rabia, pero mueve las manos con énfasis cada vez que habla.

—No es fácil escuchar eso cuando te han jodido pero bien —le digo con cariño, aunque por el tono más bien parece un reproche que él sabe digerir.

Joder, qué putísima rabia me da lo que ha sucedido. No porque el Rancho pueda sufrir las consecuencias de no tener buenos ingresos, sino por la tristeza que había en su mirada.

—Habrá nuevas oportunidades —sentencia Miles en un acto de calmar las aguas.

—Ahora mismo, Krystal cree que es por culpa suya. Tú no lo comprendes porque pasas página cada vez que te viene una doblada, pero hay personas que nos enfocamos en un objetivo y, hasta que no lo logramos, no podemos abandonarlo.

Acabo de ser un gilipollas, lo sé y lo reconozco, pero el pasotismo de Miles no me ayuda a enfocar mis ideas.

—La has visto trabajar todos los días, la ilusión que tenía, ¿verdad? —él asiente—, pues piensa que ahora llega un imbécil a reírse en su cara. Que ni siquiera coge el teléfono, lo hace su padre para cerrarte la puerta en las narices. ¿Cómo te sentirías? Añade que, el problema económico de tu empresa cada vez va a peor y que has movido a todo el mundo a tu alrededor para creer en un proyecto y, a la primera de cambio, parece que se tambalea.

Hablo como si estuviera en su cabeza, como si la entendiera más de lo que lo hago. Puede que así sea, puede que me haya visto reflejado en Krystal en demasiadas ocasiones en mi vida, y es una mierda.

»Tenemos que buscar una solución —claudico.

Miles no parece ofendido con mi verborrea. Aprieta la mandíbula; se guarda sus opiniones para otro momento. Llegará ese momento, lo sé porque, de todos, él es el más rencoroso. Agradeceré una conversación, en otro instante.

—¿Tienes alguna idea? Porque yo me he quedado frío. No esperaba que la gente fuese tan hija de puta. —Toma la palabra después de unos minutos de silencio.

—Si tuviera alguna idea para recaudar dinero lo hubiera hecho antes de que ella apareciera. Ahora tengo dos problemas, que la empresa no se hunda, y que ella no lo haga en el proceso.

—¿Desde cuándo piensas que solo tú puedes salvarla?

Dejo de mirar hacia un punto en la pared infinito que me estaba ayudando a hablar sin romperme en el proceso, y miro hacia mi hermano.

—¿Qué has dicho? —quiero saber.

—Lo has oído.

—No tienes ni idea de lo que hablas.

—¿Que no tengo ni idea?

El demonio de Miles se despierta, descruza los brazos y deja que caigan a cada lado de su cuerpo, se acerca a mí en una zancada y habla alto y claro.

—Le he tendido la mano desde que llegó. Comprendo que ha sido duro para ti perder el liderazgo en la empresa. Sé que odiabas lo que significaba su imagen, pero no me engañes. Lo vi en tu mirada, y te lo hice saber. Krystal nunca fue tu enemiga. Ella era la representación de todo lo que has buscado en tu vida y jamás has conocido. Es buena, paciente, y comprende a los demás, pero está perdida. Piensa que no va a poder caminar por el mundo y te fascina protegerla. Pero no eres el único que quiere que todos los idiotas se quiten de su camino para que vuelva a sonreír.

—¿Me estás pidiendo cuentas de lo que hago o dejo de hacer con Krystal? —le reprocho.

—Te estoy avisando de que, tú fuiste un gilipollas con ella y ahora piensas que sabes más que el resto. No me gusta verla llorar, es una tía de puta madre y quiero que siga con nosotros. No te echas la mochila a la espalda creyendo que, como tenéis algo más que una relación fraternal, los demás la vamos a dejar sola. Pregunta antes de actuar o haré que te retires del camino. Los demás ya no somos unos niños, Colden.

Con las mismas, me deja solo, plantado en medio de las caballerizas y con una nube de pensamientos intrusivos que no sé cómo los podré despejar.

Creo que Miles acaba de darme el primer toque de atención de mi vida.

50.KRYSTAL

He desechado la idea de comer con los chicos, no tenía hambre y no me sentía con ánimos de responder a las preguntas que sabía que podían formular.

Nevan me subió una bandeja con una tortilla francesa y un tomate crudo y sal. Me ha visto comerlo en alguna ocasión y ha creído que me gustaría más que las elaboraciones de Edur. Tardé una hora en comerlo, la tortilla estaba fría, pero me llenó un poco el vacío que sentía en mi cuerpo. El detalle hizo la diferencia.

Hace unos minutos que guardé la cámara en el cajón de la mesita, voy a necesitar unos días hasta que encuentre el momento de reencontrarme con lo que me hace sentir.

Echo un vistazo al reloj; sé que todos están o trabajando o en el pueblo, así que salgo de la habitación y me dirijo a la zona trasera de la finca. No suele ser un lugar que habiten y por ello hay multitud de flores salvajes que me encanta apreciar.

Mis pies se hunden en el pulido césped mientras llego al lugar en el que he estado pensando durante todo el día. El sol se posa sobre él, y el paisaje es impresionante. No hay nada alrededor. Ni casas, ni más sonidos que no sean los de la propia naturaleza. Dejo que los dedos repasen con delicadeza las flores más altas. Su tacto me hace cosquillas.

Las aprecio de cerca, sin cortar su vida. Algunas tienen un color blanquecino y otras un naranja intenso. Lo más precioso del día es darme cuenta de que, entre medias, la naturaleza ha hecho una combinación con ambas semillas. Una de las flores tiene unos pétalos más rosados, fruto de la combinación del naranja y el blanco.

Sin que nadie se lo haya pedido, ella ha cambiado el rumbo de lo que debería ser; Qué paradoja tiene en ocasiones el sentido de la vida.

—¿Te puedo acompañar?

Colden aparece por mi espalda. Ha debido de estar todo este tiempo detrás de los árboles y por eso no lo he visto.

Su ropa está salpicada de hojas. Estaba arreglando los árboles previo a que la primavera traiga sus frutos.

—Sí, claro.

No deja pasar ni un segundo y toma asiento a mi lado, a una distancia prudencial y teniendo el

mismo respeto que yo por las flores. Me he percatado cómo ha cambiado la dirección de su culo para no aplastar una de ellas. Ese simple gesto logra sacarme mi primera sonrisa del día.

—¿Cómo estás? —dice muy bajito.

—No queriendo ser una dramática, pero, como ves, aquí estoy, abrazando el drama como de costumbre.

Odio ser así.

Odio tener que vivir las situaciones de una forma tan emocional.

Me encantaría que me dieran más igual, que no me hicieran sufrir tanto. Hago el intento de no pensar en exceso, de dejarme llevar, pero no lo logro. Nunca he sido así. He medido cada decisión desde que tengo uso de razón. Procuero estudiar los pros y los contras para que nadie se vea afectado por mis decisiones, y las consecuencias que recojo son lo contrario. A mi paso todo se desmorona.

—No deberías de juzgarte de ese modo.

—¿Y cómo hago eso? —manifiesto.

Miro hacia él de nuevo. Esperaba que tuviese la mirada perdida en el horizonte, pero me encuentro que su atención está clavada en mí.

—No lo sé, buscando las opciones que tienes para seguir hacia adelante, por ejemplo.

—¿Hablas por experiencia personal?

—Puede que sí, o puede que dé consejos de mierda e intente salir del paso.

Su apariencia ruda, unida al movimiento de hombros, me enseñan otra faceta de él, una más tierna que me saca la segunda sonrisa.

—Tienes razón en ambas afirmaciones —sostengo.

Vuelvo a mirar hacia mis manos, a la flor que estoy tocando con sumo cuidado.

—Todos nos podemos permitir tener un mal día, no es eso lo que he querido decir, simplemente, considero que tienes más talento del que crees. Debería de ser más fuerte eso que el miedo.

—Mi tía siempre dice algo similar y nunca la he creído.

—Porque no te ves con los ojos con los que los demás lo hacemos. Cuando crees en algo, lo vendes a los demás sin darte cuenta. Solo tienes que pensar en cómo todos cayeron rendidos a la idea de la web.

Asiento pero no añado nada más.

No hay mucho más que añadir porque, a diferencia de lo que cree Colden, ahora mismo mi cabeza está seca de ideas. No sé qué camino elegir para volver a creer en mi idea a pies juntillas.

—La vida es impredecible, Krystal, un día puedes llorar por la situación que te ha tocado, sin embargo, al día siguiente tienes que salir de la habitación con una sonrisa y hacerle ver a todo el mundo que puedes con eso y con más. Es el único modo de que uno mismo se lo crea. Y sí, esto

sí es experiencia personal.

Sintiéndome idiota, y una niña pequeña inmadura, dejo la flor, y me arrastro hasta su lado. Él se sorprende de mi movimiento, pero eleva el brazo para que pueda acercar mi cuerpo al suyo. Cuando escondo la cabeza entre su cuello y su pecho, respiro profundamente.

—Tengo miedo y no sé si es a apostar de nuevo, o a volver a fallar —susurro.

—Lo uno va unido a lo otro, pero no estás sola. Nunca lo has estado.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Si lo supieras, hubieras venido hacia nosotros cuando saliste de la furgoneta, y te has escondido sola durante todo el día porque pensabas que te íbamos a juzgar.

—Es la costumbre. No me gusta molestar a los demás, y sé que el pesimismo molesta, Colden.

Tomo distancia de su pecho para mirar su rostro.

—Me encantaría tener la luz de Brielle, que los demás sonrieran a mi paso. Intento no llorar cada vez que tengo miedo —y justo ocurre lo que estoy diciendo, la primera lágrima rueda por mi mejilla— ¡pero no puedo porque soy defectuosa! ¿Es que no lo ves?

Su mano se va directa a cortar la trayectoria de la lágrima.

—No, no te veo como tú dices que eres.

Cierro los ojos y me aparto de su toque con el movimiento, pero él no me lo permite. Con una mano me aprieta contra él, y con la otra me levanta la cabeza.

—Eres como eres y no deberías juzgarte por ello. Si todos fuésemos iguales, sería una mierda de mundo.

—Ni mi propia madre me quería, Colden. ¿Cómo crees que pueda creerme eso?

Mi madre intentó matarme en dos ocasiones. La depresión postparto es un mal del que se debería hablar con normalidad, entregar herramientas a cada madre para ello. Ella no las tuvo, no las quiso, se cerró en banda, y convirtió un enlace que debería de ser maravilloso en una pesadilla.

»Yo no pasaba más tiempo con mi padre por gusto, lo hacía porque el amor de mi madre nunca estuvo. Cuando su problema se agravó con el paso de los años y las circunstancias, mi padre también la eligió a ella. Los únicos que siempre estuvieron fueron Holly y Edur, y... —Las lágrimas hacen que tenga que sorber con fuerza la nariz— también les rompí su vida a ellos.

—Ellos eran adultos cuando tomaron todas esas decisiones. Tanto tu tía como Edur sabían a lo que se atenían cuando se separaron. ¿Crees que si su matrimonio estuviera en buenos términos, no habrían hecho lo imposible por estar juntos? El problema no fuiste tú, Krystal.

No puedo escuchar más y me aprieto contra su cuello y lloro desconsoladamente.

Por quién fui.

En quién me convertí.

Y que puedo ser con Colden.

51. COLDEN

—**C**reo que tengo que hablar con Holly —expone con lo que me parece miedo.
Hace una hora que ambos nos hemos tirado en el césped y que hemos comenzado a jugar con las nubes. Si algo deseo cuando las cosas comienzan a ir mal, es despejar la mente durante un rato, que nada me preocupe, por eso le insistí en mirar cómo la esponjosidad de las nubes se movían. Su cabeza está sobre mi pecho, formando una «L» con mi posición.

Se levanta y queda sentada mirando hacia mí. Copio el gesto para poder conversar con ella.

—¿Sobre lo que ha sucedido? —intuyo.

—Sobre todo. Lo que ha ocurrido y lo que ocurrirá. Hice las maletas con un objetivo, parece que se ha difuminado, que necesito volver a matizar los detalles. ¿Y si necesito volver a Nueva York, acabar la universidad y regresar cuando me encuentre a mí misma?

Solo con pensar en que desaparezca de mi día a día se me forma un nudo en la garganta. Me he empezado a acostumbrar a compartir con ella las noches. No solo porque sexualmente estoy más activo que nunca, sino porque me sienta bien hablar con alguien de mi día a día. De cómo ha ido, los problemas que han surgido y las cosas positivas que he podido recoger. Por muchas personas que haya conocido, con ninguna que no haya sido Krystal Muller me he sentido comprendido y no juzgado.

Puede que el toque de Miles haya hecho mella en mí. Si quiero que esto tenga un futuro, debería luchar por ello. Y no hacerlo solo, sino con lo que todos hemos construido.

La convengo para que haga lo que crea más oportuno. Hablar con su tía suele aliviar sus pesares, así que la acompaño hasta la casa y doy la vuelta cuando desaparece en su interior.

Se me ha ocurrido una idea y necesito comentarla con mis hermanos.

Nevan y Samuel están cepillando a los caballos, les pido que busquen a los gemelos mientras yo busco dónde se halla Miles.

Encuentro a mi hermano en la sala de reuniones, justo donde he citado al resto.

—Tenemos que hablar.

—Habla —dice el muy idiota moviendo los hombros de arriba hacia abajo. No suelta la atención de los folios que tiene sobre la mesa.

Apoyo la mano sobre ellos rompiendo su concentración y me regala una mirada matadora.

—Es importante —sentencio.

—No todo lo que a ti te parece primordial lo es para los demás, estoy hasta los cojones de que siempre...

—Es sobre Krystal —corto su verborrea.

Miles pasa de estar rabioso a poner una cara angelical justo cuando el resto entra en la sala.

Samuel toma asiento al lado de Miles, Nevan se queda a mi lado y los gemelos, cada uno de ellos, se apoya en el quicio de la puerta.

—Tengo un plan. Y necesito vuestra ayuda.

—Diría lo de «somos todo oídos» pero...

Miles ha hecho el comentario también moviendo las manos, lo que hace que Samuel le dé el pescozón que todos ansiamos. El mayor rodea al pequeño y lo deja bajo su ala. Todos se quedan a expensas de que comience a hablar.

—Sé que lo que ha ocurrido hoy nos ha jodido a todos. Krystal está triste; ha puesto mucho empeño en el proyecto para ayudar.

—Ese Agustín es un hijo de puta —exclama Eric.

—Seguro que es un niño de papá malcriado —apunta Wylan.

—Lo que sea, no nos interesa —aclaro—, tenemos que conseguir que pase página. En estos momentos está hablando con su tía. Me ha dicho que, puede que sea su momento de volver a Nueva York.

—¿Qué? —grita Nevan.

—Tenemos que hacerle entender que su idea es buena, solo ha sido un bache. ¿Sabéis a lo que me refiero?

Llevo la mirada hacia Miles y Samu; este último dice:

—«No entendemos una mierda, Colden, habla claro».

Pongo los ojos en blanco y detallo mi idea. Quiero ponerla en común con ellos porque me da tanto cague, que necesito que otros opinen si es buena o mala.

—Si nos grabamos a nosotros mismos, si salimos en la web como protagonistas, vamos a llamar la atención. No es lo mismo ver la foto de un rescate que, ver la foto y después conocer los detalles. ¿Pilláis lo que os digo? —señalo con la máxima tranquilidad de la que dispongo.

—¿Quieres que nos hagamos influencers? —pregunta Wylan.

—No. Quiero que haya más contenido para llamar la atención.

—Es buena idea, aunque lo del calendario solidario en bolas, me parece mejor —apunta, como no, Miles.

Nevan arruga la boca y niega cuando escucha el comentario.

—¿Y cómo lo podemos hacer? Yo no tengo ni idea de lo que se espera de nosotros —dice después de meditar por un instante las posibilidades.

—Ser nosotros mismos. Hablar como lo haríamos con alguien del pueblo cuando nos preguntan por la jornada —detallo.

—¿Tú también saldrás? —pregunta Eric muy interesado.

Aquí está la guinda del pastel. Si tengo que hacerlo para que su proyecto se salve, dejaré de lado la privacidad. Por lo menos, hasta que ella se dé cuenta de que merece la pena luchar por lo que construyó desde los cimientos.

—Sí —ante el silencio de todos, puntualizo; —Ocasionalmente.

—A mí se me da de lujo hablar a la cámara —añade Miles—, pero no tengo ni idea de cómo se puede programar eso. He visto a Krystal subir cosas y es muy extraño. Todo son comandos muy informáticos.

—«Samu, ¿cómo ves hacerlo tú?» —le pregunto.

Se despierta tensión en su mirada.

—«Después de lo de las tuberías, no quiero joderlo de nuevo. Es importante para Krystal y yo nunca he utilizado una web por dentro».

Hay otra opción.

—Llamaré a Asher para que nos eche una mano con eso. Él creó la web, subir los vídeos va a ser pan comido.

Sé que él, por muy ocupado que se encuentre en Londres, me echará una mano.

—Entonces, ¿no apoyáis mi idea de posar desnudos? —continúa Miles.

Suspiro y pongo los ojos en blanco.

—Eso lo utilizaremos como última opción.

Nevan abre los ojos ante mi revelación, busca la mirada de Miles y se encuentran en el camino. Están haciendo eso que los gemelos suelen hacer, conversar a través de miradas.

—¿Qué os pasa a vosotros dos? —pregunto.

Ninguno de los dos quiere contestar.

—Hablar para que todos nos riamos de la gracia —continúo insistiendo.

Es Miles quien me reta con la mirada.

—Nevan acaba de pensar lo mismo que yo: «estás hasta las trancas, hermanito».

Muevo las manos delante de mi pecho para indicar que he acabado. Todos tenemos una misión y no voy a hablar más del tema porque, pensar en lo que acaban de decir no es el punto importante del día.

¿Estoy hasta las trancas?

Abandono la idea para hacer la llamada del millón.

Asher a estas alturas, a punto de que comience la temporada de Fórmula 1, tendrá la agenda a rebosar, pero con su sabiduría informática solo le robaré unos instantes. Para mí sería un mundo descubrir cómo subir esos vídeos, va a tener razón Edur cuando dice que en ocasiones parezco su

padre.

La llamada tarda unos segundos en conectarse. Su voz adormilada es la que corta el pitido incesante; me hace sonreír su simple saludo. Hace tiempo que no nos viene a visitar, ni él, ni Beck, ni Nate, y los echo de menos.

—¿Colden, está todo bien? —duda.

—¿Es que tiene que ocurrir una tragedia para que llame a mi amigo?

—Tú no usas el teléfono. Lo ves como una bomba a punto de explotar —rebate mis palabras con sabiduría.

—¡Eh! No seas tan insolente como habitúa ser Beck. Tan solo no me llevo bien con la tecnología.

—La montaña es lo que tiene, que os asaltaja a todos.

Hubo un tiempo que vivió con nosotros y era el tío más feliz del mundo, sé que lo que dice lo hace para cabrearme.

—Y bien, ¿para qué me llamas entonces?—cuestiona en un tono más formal.

—Necesito tu ayuda. De nuevo.

—¿Tiene algo que ver con la chica a la que le ayudé a crear una página web? ¿La que era una jefa malévola que iba a hundir el negocio?

A ver cómo salgo del jardín...

—Tiene todo una explicación —comienzo a decir.

La risa cortante de Asher hace que separe el teléfono de la oreja.

—Miles ha hecho una apuesta con Beck, ¿lo sabías?

De mi hermano y nuestro amigo de la infancia, me puedo esperar cualquier cosa. Son algo así como dos almas gemelas, más similares que el físico de Eric y Wylan.

—¿Y qué dice esa apuesta? —investigo.

—Han fechado un límite para ver cuánto tardabas en caer rendido ante ella. ¿No te acuerdas de las galletas de Brielle de este verano? Dicen que tu papel era premonitorio.

—¿Y el de Beck con Iris Stars no lo era? —formulo casi a modo de sentencia.

—Bff... De ese tema mejor no vamos a sacar brillo.

Iris Stars es la primastra de Beck. Tienen que convivir todo este año juntos y, por lo que he escuchado, está siendo una tortura para todos.

—No es que haya caído a sus pies —cambio el tono de voz—, solamente la he conocido mejor. Tenía una imagen equivocada.

—Sé a lo que te refieres, pero ahora mismo solo me puedo sentir gilipollas por no haber apostado. Hubiera ganado.

—¡Asher! No me hagas sacarte de la lista de personas favoritas.

—Venga, dime lo que necesitas y te ayudo. Tienes voz de necesitar un rescate cuanto antes.

Le expongo la idea. Detalla algunos cambios que deberemos hacer para que él lo pueda encajar en la web. Más tarde se lo comentaré a mis hermanos para que entre todos lleguemos a un acuerdo. Cuando corto la llamada, lo hago con una energía diferente. No soy de retos, aborrezco los cambios, pero este va a ser con el fin de hacer sonreír a Krystal y me motiva a caminar hacia él.

52.KRYSTAL

—**K**rystal, lo que no puedes pretender es solucionar los problemas al instante. Sé como te sientes cariño, ¿no recuerdas lo mal que fueron los primeros meses en la galería? pero no me rendí. Vine a trabajar más días de lo que correspondía, puse en riesgo mi sueldo porque sabía que merecería la pena. Y lo hizo, con tiempo.

—No quiero decepcionar a nadie —comento ante la seguridad de mi tía.

—No empieces por hacerlo contigo misma. Si te aferras a esta actitud tan pesimista, dentro de un tiempo, cuando eches la vista atrás, te vas a arrepentir, te conozco, cariño. Has luchado toda tu vida, te ilusiona este proyecto.

Después de la conversación con Colden sabía que mi tía me podía dar el empujón que me faltaba.

—Tienes razón pero, si esto salía bien más pronto que tarde, podía cerrar círculos, iba sintiendo que encaminaba mi futuro, ahora solo está el pensamiento de: ¿habré actuado bien al dejar el curso a medias? Solo con pensar en la universidad la losa se instaura en mi pecho...

—No es el momento de pensar en ese aspecto. Eres muy joven, sabes que desearía que finalizaras tus estudios, pero estar aquí no te hacía sentir bien. No quiero que medites la posibilidad de volver.

Me río ante su tono autoritario.

—Da la sensación que no quieres que vuelva, ¿está todo bien, Holly?

—Está todo como debe de estar. No te mentiría, lo sabes.

Lo sé, y por eso me duele pensar que yo sí lo he hecho con ella.

—¿La casa está solitaria sin mi presencia? —apostillo con un tono de humor.

—He estado quedando con las chicas cada día para no sentirme como una mamá pato a la que su polluelo acaba de dejar sola en el nido.

—Holly, ¡luego soy yo la dramática!

Se me escapa una lagrimita de emoción, pero la retiro del rostro antes de que otras la sigan.

—Te echo de menos cada día, y tus llamadas son lo mejor de la semana, pero no quiero encerrarte en una jaula. Te he criado para que vuelas, para que tengas las herramientas si hay algún problema. Tienes el primer problema, acátalo. Puedes con ello.

Asiento aunque ella no me vea.

—Bien, ¿hay algún chisme que me quieras contar? —pregunto.

La línea se queda en silencio unos segundos hasta que la risa de mi tía corta la tranquilidad. Me cuenta cómo una de sus mejores amigas conoció a un tío por Tinder y, cuando quedaron en la cita, éste podía ser su hijo. Lo rechazó porque «con un jovenzuelo, una cuarentona no puede estar», pero después de dos encontronazos por una ciudad tan grande como es Nueva York, decidieron volver a tener una cita. Han creído que es cosa del destino.

—Catherina dice que ha sido el mejor polvo de su vida. Estoy por hacerme Tinder yo.

—Holly, por favor. No quiero saber los detalles de Catherina, podría ser mi madre.

—¡Y el chico tu novio! Qué bonito es el nuevo mundo del libertinaje, ¿verdad?

No tengo una opinión detallada sobre el tema, así que aguardo silencio y hago el intento de borrar las últimas palabras de mi tía.

—Hablando de novios, tu tío ha dejado caer que por allí estás levantando pasiones.

—¿Qué?

¿Qué tipo de conversaciones tienen ella y Edur?

—Eso ha dicho. Y por las imágenes que me has enviado, los muchachos son guapísimos. El mediano de todos haría una pareja estupenda contigo.

—Samuel, tiene veinte años —indico.

Pienso en la imagen de Samu y, aunque es guapo como todos sus hermanos, no es para nada mi tipo.

—Y tú veintitrés, cariño. Que a estas edades os parece un mundo, pero dentro de un par de años te preguntarás si fue antes el huevo o la gallina.

—Holly, no hay nada con Samuel. Es un chico estupendo y tiene una paciencia que ya la desearía yo, pero no...

—Nada con Samuel, ya. ¿Y con otro?

—¿Qué sabes, Holly? —indago.

Acabo antes siendo directa con ella que saltando por las ramas. Si mi tía tiene información privilegiada, de nada va a servir engañarla porque tarde o temprano me sacará toda la verdad.

—Edur me ha dicho que duermes con el mayor de los Keller. Que es muy buen chico y que, en realidad, es su habitación, así que, es comprensible que durmáis juntos. Por otro lado, tu tío cree que al principio no os llevábais bien, pero yo le he hecho saber que no es así porque me lo hubieras dicho. Además, por las imágenes, creo que no es para nada tu tipo, pero me acabas de decir que mi apuesta está descartada, así que...

La verborrea intensa me hace reír a carcajadas.

Echo de menos a Holly, es un hecho.

Parece ser que todos saben que duermo con Colden. Nosotros pensábamos que estábamos

siendo de lo más discretos.

—Me gusta estar con él, entiende mi cabeza. No sé si tiene algún sentido esto.

—Tiene todo el sentido del mundo, cariño.

Si tuviera que definir la relación que tengo con Colden, es justo eso. Me entiende. Entiende mis miedos y no los juzga. Puede que por cómo ha sido su vida, por las responsabilidades que carga, sea más empático aunque, al principio, ya dejó claro que cuando quiere, no lo es.

Ahora he llegado a un punto con él que la vergüenza ha pasado a un segundo plano para caminar hacia la confianza.

—No había sentido este tipo de comprensión por nadie de mi edad. En la uni los chicos no son así —confieso.

—Porque eres más madura de lo que corresponde, Krystal. Y ese chico, por lo que ha contado Edur, sabe lo jodida que se puede poner la vida. No es un simple crío, del mismo modo que tú no eres una niña, aunque lo creas en ocasiones.

—Si no lo fuera, lo de hoy no habría sucedido.

—Lo de hoy ha sido una bofetada a tu ego, cielo. Eso nos sucede a todos. Cómo lo afrontes a partir de ahora, dirá lo que eres y en quién te quieres convertir. Eres grande Krystal, y llegarás donde desees.

—¿Y qué sucede si tengo miedo de dar esos pasos? —pregunto temerosa.

—Todos tenemos miedos. ¿Crees que yo no estaba muerta de miedo cuando aterrizamos aquí? Solo quería llorar. Nuestra vida estaba en la otra punta del mundo, acababa de perder a mi hermano y me separé de mi marido por tiempo indefinido, pero mi objetivo estaba más claro que esa mancha negra del miedo. Quería verte feliz, quería que nadie te mirase con pena. Aquí nadie nos conocía, no nos podían juzgar. Podías empezar siendo lo que quisieras.

—Nunca te he agradecido lo que hiciste por mí.

—Sí que lo has hecho. Lo haces siempre que tienes oportunidad —me corta—, y no deberías. Fue mi elección, y lo hice lo mejor que pude. Por eso sé que estar lejos de aquí en estos instantes es lo más inteligente para ti. Porque te conozco y te quiero, deseo que encuentres tu camino, Krys.

—Te quiero y te echo de menos —afirmo.

—Y yo también.

Saboreo en los labios la propuesta de que acuda a visitarnos. Después comprendo que, si ella no se ha aventurado a lanzarlo como una opción, será porque se ve incapaz de regresar, porque los años han transcurrido, y no siempre es fácil reencontrarte con la persona que fuiste.

53.KRYSTAL

Dos toques en la puerta cortan la concentración que tenía puesta en la colocación de la ropa que he lavado después de una tarde de reorganizar las ideas.

—Adelante —indico.

Para mi sorpresa, quien aparece es Colden sin sombrero, enseñando las ondas de su pelo, y con una media sonrisa que no suele decorar sus facciones.

—He venido a hacerte una propuesta.

Le hago un gesto con la mano para que acceda al completo a la habitación. Su habitación, y pasa tímidamente.

Es la primera vez que me da la sensación que Colden está pasando por un momento de timidez.

—Claro.

Me pongo en pie a la espera de que continúe con su explicación.

Se rasca la barba y mueve la bota derecha de adelante hacia atrás generando un ruido característico que siempre decora esta casa. Las botas de los chicos son algo especial.

—Esta noche tengo guardia, y he quedado con Marcos para hacer algunas gestiones, pero he pensado que podemos... —Parece que no encuentra las palabras adecuadas— Merendar juntos.

—¿Merendar?

Mi estómago ruge ante el ofrecimiento. Colden, sin embargo, entiende mi pregunta como una duda a su propuesta, así que se lanza a hablar antes de que yo pueda hacerlo.

—Quizá estás muy ocupada, o no te apetece, ha sido una tontería...

—¡No! Es decir, sí. Sí que quiero merendar contigo.

La tensión que irradiaba se esfuma al escucharme.

—Joder, qué mal se me da esto. —Se lleva la mano al puente de la nariz y toma aire con fuerza causando una sonrisa en mi cara—. He preparado una mesa en la parte trasera de la finca. ¿Vamos?

En una de las películas románticas que veo con Holly este sería el momento en el que toda la pantalla se llena de corazones. Y ahora entiendo el porqué.

Camino cerca de su espalda. El olor al jabón que usa para lavarse el pelo llena mis fosas

nasales. Me encantaría rodearle la espalda y acurrucarme allí un ratito, pero no hago nada de eso. Sigo sus pasos y espero a que sea él el primero que tome la palabra ante el silencio.

En la finca nos encontramos a Nevan trabajando y a Samuel recogiendo los caballos.

Colden cambia la dirección de nuestra trayectoria y nos lleva hacia la zona antigua, allí donde suelo divagar sobre la vida durante horas porque es el espacio con la mejor luz de la finca.

La edificación de madera se ve opacada por una pequeña mesa, decorada con un mantel de cuadros amarillos y blancos, y un ramo de flores salvajes en el centro.

—¿Esto lo has hecho tú?

Me pongo a su lado al tiempo que tapo la boca con la mano para evitar que salga un grito de emoción.

—Me parecía que necesitabas un recordatorio de lo válida que eres. Miles dice que a todas sus conquistas las ha ganado por el estómago, así que...

No soporto más las ganas, pego un saltito a su lado y rodeo su cuello ante su sorpresa. Pasan unos segundos sin que él se mueva. Después, rodea mi cadera y nos lleva a ambos hacia la mesa.

—Edur ha hecho gofres con arándanos, espero que te gusten y ayuden a aliviar la incompreensión que creó ese idiota.

Hasta estos momentos Colden ha medido sus palabras, solo en ese adjetivo hacia Agustín deja claro que opina como sus hermanos.

Deja que vuelva al suelo con cuidado. Al girarme puedo percibir más de cerca los detalles. Las flores son de un tono naranja precioso. La comida tiene un olor exquisito y la mesa solo está preparada para dos personas.

—Prometo que los gofres tienen buen sabor, es de lo poco que cocina bien tu tío.

Encontrarme con una media sonrisa flagela mis rodillas.

Puede que esté cayendo rendida a sus pies y no vea forma de frenarlo. Además de que quiero llorar.

De verdad, ¿por qué soy así? Me han hecho un detalle precioso y lo único que puedo responder es con una lágrima.

La mano de Colden rodea mi cintura mientras la otra repasa de forma cariñosa mi mejilla.

—Ey, que lo he hecho para verte sonreír.

Está tan cerca que siento cómo respira sobre mi cara.

—Lo sé, lo siento mucho... —Me retiro de su toque para retirar la lágrima rebelde.

No me deja ir muy lejos. Me atrapa contra su cuerpo y posa un tierno beso sobre la nariz.

—No tienes que pedir perdón por sentir, Krystal. Es normal que estés enfadada, emocionada, alegre, triste. Puedes hacer lo que quieras, pero no me dejes fuera. No ahora.

No puedo decir nada más y, aunque él espera paciente, llega a la conclusión que no va a obtener nada de mí, salvo un simple asentimiento.

Me toma de la mano y nos lleva hacia la mesa.

—He traído zumo de naranja para que lo puedas acompañar.

Mi gofre es el que más decoración tiene. Los arándanos están dispuestos de tal manera que forman una sonrisa.

—Gracias —susurro cuando me sirve un vaso del zumo que ha referenciado.

—No deberías de dármelas.

Está tan guapo sin un accesorio sobre su cabeza que mis manos tiemblan por tocar esa zona.

—Quiero hacerlo. Me gusta que hayas pensado en mí y que no creas que soy una fracasada.

—El único fracasado de esta historia es el gilipollas que te ha hecho llorar esta mañana.

Toma con fuerza su vaso, también lo ha rellenado de zumo, y bebe tan fuerte que su manzana de Adán sube y baja con fuerza.

—No quiero saber nada de él, cuéntame algo bonito. Este lugar se merece un tema de conversación a la altura de lo especial que es. —Le pido deseosa.

En mi vida me hubiera imaginado estar sentada en una mesa de madera, junto a un vaquero rudo que tiene un corazón que no le entra en el pecho, y sintiéndome especial.

Colden me regala una sonrisa, baja la mirada y cuando vuelve la cabeza hacia mí me clava esos ojos verdes con los que he soñado durante semanas.

—Algo bonito... No ha sido un día de muchos acontecimientos, princesa.

—Venga, ya, algo habrá.

Me pongo tonta cuando hablo con él, es algo que no puedo evitar.

Parece que a él le afecta del mismo modo porque tapa la sonrisa con la mano.

—Podría contarte que Manchas ha vuelto a entrar al granero y ha tirado todos los cubos de comida. Nevan se ha pasado la mañana recogiendo el destrozo.

La primera carcajada es alivio para mis nervios. Las siguientes se convierten en un deseo de besar sus labios y no frenar hasta que la noche nos abraza.



Les pedí a los chicos que no hablásemos del tema en una semana.

Una semana es el límite que me he dado para sanar las heridas y volver a coger el proyecto con fuerza. Ya no solo por el toque a mi ego como dijo Holly, sino porque necesito tener ideas nuevas, llamar la atención de los patrocinadores, y darle al Rancho la ayuda que se merece.

Entre medias, he estado dando más clases que nunca con Samuel. Hasta he conseguido tener una pequeña conversación con él sin recurrir al sonido.

Colden no solo no ha venido a dormir conmigo cada noche, sino que también me ha robado algún que otro arrumaco en presencia de sus hermanos. No tengo ni idea de lo que somos, pero sea lo que sea, me gusta, me hace sentir deseada las veinticuatro horas del día, y es una

experiencia que no sabía que necesitaba hasta que la he vivido.

Cómo me busca por el pasillo. Cómo noto su mirada clavada en mi cuerpo cada vez que paseo cerca de él. El modo en el que se queda un segundo más de la cuenta besando mi frente.

Solo espero que nuestro final sea bonito, porque no aceptaría que, de aquí, pasásemos a ser un borrón.

—Hija, si no llega a ser por ti, ninguno de estos *mentecatos* me echaría una mano.

Sé que Edur está mintiendo. Cualquiera de los chicos pintaría con él la pared de su despacho, pero pasar tiempo conmigo se ha convertido también en la prioridad de mi tío.

Hace dos días me dijo que necesitaba ayuda para pintar la madera de su despacho. Con los años se ha ido envejeciendo, y quería que el color fuese más vívido. Pidió a Nevan que trajera una pintura especializada, y éste la compró por internet. Justo hoy ha llegado y no hemos perdido el tiempo.

Mi tío va lijando por una parte y yo por la otra.

—No tienes que engañarme, los adoras, y está bien que lo hagas. Ellos te tienen como una figura paterna.

Resopla y se centra en la tarea que nos atañe.

—Es difícil ocupar ese puesto. Ellos solo siguen las órdenes de Colden, para los Keller, su madre Angélica lo era todo. Madre, padre, consejera. Fue muy duro despedirse de ella.

—¿Por qué nunca me hablaste de ellos?

Con la relación que tienen, se me hace imposible que en nuestras llamadas telefónicas no hiciera referencia a ellos. El día a día de Edur se basa en estar alrededor de los Keller.

—Es complicado. No quería que ni a tu tía ni a ti os afectase mi nueva vida.

—¿La querías? —me aventuro a preguntar.

—¿A Angélica?

Deja de lijar y me mira sin pestañear.

No ha soltado su sombrero de vaquero ni aun cuando estamos dentro de casa.

Asiento para que él continúe.

—Por supuesto, era una mujer increíble, pero no estaba enamorado de ella. No sé qué te habrán contado de nuestro acuerdo, pero me casé con ella porque era una gran amiga a la que solo pude ayudar de ese modo. Los gemelos eran menores de edad, Colden estaba muy solo con las responsabilidades... En fin, deseaba que tuviera una muerte lo más pacífica posible.

Pica en mi lengua la pregunta de si, por algún casual, su relación con Holly pudiera seguir existiendo. Por mucho que nos hayamos acercado en mi estancia en Lellos, siento que mi tío es un hombre que no procesa los sentimientos del mismo modo que el resto. A él le gusta guardarse para uno mismo sus preocupaciones.

Seguimos con nuestra tarea mientras él me cuenta alguna anécdota de los caballos. Una en

concreto, de Mango y Miles me hace reír tanto que tengo que soltar la esponja de lijar y sentarme en el suelo para tomar aire.



—Hasta que no relajes la tensión en las piernas, no podrás estar cómoda encima del caballo.

Las clases de montar con Colden también han sido otro habitual. No tenía tantas horas ocupadas desde que iba al colegio.

—Hago mi mejor esfuerzo, eres el único que no lo percibe porque, mira —señalo la mirada de Coco—, él está muy tranquilo.

Oigo su resoplido aunque no miro hacia él. Si lo hago, temo perder el equilibrio y entonces sería mucho peor.

—No es lo mío, Colden. Por más intentos que hago, no logro coger el truco.

—Todo radica en el foco mental que le pongas. ¿Qué sientes ahí encima? —formula.

—Miedo.

Mi cabeza no duda ni un instante para responder. Para mi sorpresa, me gana una carcajada por su parte.

—¡PAREJA! Es la hora del reto semanal.

Miles saca la cabeza por la puerta de la casa para avisarnos de que ha llegado la hora. Como si hubiera sonado el timbre del recreo, extendiendo los brazos hacia Colden para que me ayude a bajar del caballo.

—No hemos terminado —afirma.

—Pero es la hora del juego de mesa. No quiero faltar.

Con el tema del rechazo, a los gemelos se les ocurrió que, durante la media tarde, que es cuando mi cabeza más se pone a elucubrar ideas pesimistas, podíamos reunirnos todos y jugar a un juego de mesa. Cada día uno diferente. Hoy toca hacer mímica para descubrir la película. Las parejas las creamos al azar.

—Estás poniendo una excusa, pero por mis cojones que vas a aprender a montar a caballo.

Acepto su liderazgo; acto seguido apoya sus manos debajo de mis axilas, y me separa del lomo de Coco para llevarme hacia su pecho. Todavía no logro entender cómo tiene tanta fuerza y por qué me encanta rodear sus caderas con mis piernas. Nada tengo que decir sobre el modo en el que me hace sentir cuando posa sus manos en mis nalgas.

Lo beso cuando estoy lo suficientemente cerca y, como acto reflejo, restriego mi centro encima de su pecho.

—¿Qué tipo de obsesión tienes porque sepa montar a caballo?

—Mejor no te lo explico, princesa.

Muerde mi labio antes de besarlo con pasión.

Podría pasarme horas tirando de su pelo y escuchando como gime cuando lo hago.

—¡PAREJA! Es el segundo aviso.

El resoplido es al unísono. Siempre que el asunto se pone interesante entre nosotros, llega uno de los hermanos con alguna excusa.

—Venga, vamos antes de que salga a buscarnos —sostiene resignado.

Me deja en el suelo, y deja que camine delante de él.

En la mesa de la cocina, ya todos han tomado asiento. Edur es el que tiene los nombres de todos para formalizar las parejas.

—Por llegar tarde, seréis los últimos en elegir papel —detalla enfadado Eric.

Algún día entenderá que besar a su hermano es más interesante que jugar a mímica.

Seguimos el ritual de cada día y me toca a Wylan como pareja.

—Hoy comienzo yo —detalla Miles que le ha tocado Colden como pareja—, ¿estás concentrado?

—Listo —le asegura.

—Una mierda —rebate su hermano, pero no explica su comentario y comienza a hacer una imitación muy extraña.

—Miles, tío. No das buenas pistas —afirma Colden dudoso de lo que está haciendo su hermano.

Como no puede hablar, saca el dedo índice a modo de respuesta. De nuevo, hace un amago de imitación que nos deja a todos fríos. Si tuviera que apostar, diría que todos nos encontramos como Colden, perdidos.

—¿Princesa por sorpresa?—suelta ilusionado por haberlo descubierto.

—Venga ya, Colden —grita frustrado Miles.

Eric lo pellizca al escuchar su voz y vuelve a cerrar la boca y a intentarlo de nuevo.

—¿Buscando a Nemo? —intenta de nuevo.

—¿Cómo es posible que pase de Princesa por sorpresa a buscando a Nemo? Jugar con Colden es perder, el tío no ha tenido infancia —sostiene un Miles muy enfadado.

—Así que es una película para niños, eh.

Colden parece que ha cogido la pista que necesitaba, así que Eric vuelve a castigar a Miles por salirse de las reglas.

Mueve las manos simulando que está rezando.

—¡Ya sé cuál es! Como Dios de Jim Carrey.

—¿Qué dices? ES MAMMA MIA —le grita Miles completamente desesperado.

Sé que Colden no es un crack de este juego, hace dos días me tocó con él como pareja y quedamos los últimos del ránking, pero, siendo sincera, con las pistas que ha dado Miles ni yo misma hubiera acertado la película en la vida.

La mesa se convierte en un murmullo de abucheos y de risas a las que me uno muy feliz.

54. KRYSTAL

—¿Estás segura de que no prefieres esperar más tiempo?

—Sí, Nevan, es el momento de volver a organizar el proyecto.

El encargado de llevarme al pueblo en esta ocasión es un Nevan con una actitud de lo más inusual. Da un paso y pregunta por mi opinión, hemos tardado en salir de casa casi dos horas y el trayecto hasta el Cake lo ha hecho a una velocidad de tortuga.

Ha sido una semana de nuevas ideas, tengo en mente hacer un par de cambios que pueden ser buenos, y Colden ya me ha prometido que, en cuanto entre un rescate, iré con ellos. Las imágenes de ese momento fueron las que más impactaron, y también son las más atractivas para el negocio.

Me deja en la puerta, él tiene una mañana llena de tareas, entre ellas la de hacer la compra para dos semanas. Cuando llega a casa, son tantas bolsas de comida, que entre todos tenemos que ayudarlo a descargar. La comida de una casa con ocho habitantes no es una tarea sencilla, sino que se lo digan a Edur que los instrumentos de cocina que tiene son más propios de un bar que de una vivienda.

—¿Cómo estás, preciosa?

David tiene una forma de saludar muy cariñosa. Cada vez que alguien entra a su cafetería, los recibe con un abrazo.

—Mejor, han sido días duros pero ya estoy cargada de energía.

La sonrisa que me lanza la siento. Tengo ganas de abrir el portátil, meterme de lleno en las ideas nuevas y ver cómo funcionan.

—Me alegra que ese mentecato no te haya hundido. Tienes una luz especial como para que se apague.

Aprieto su mano.

—¿Te pongo lo de siempre? —pregunta cuando nos separamos.

—A riesgo de que se me obstruyan las venas, sí, por favor. Necesito uno de tus donuts y un café bien cargado.

He dormido poco esta noche y todo se debe a que Colden me ha mantenido entretenida buena parte de la madrugada.

Después de servirme, noto la mirada de David sobre mis movimientos, del mismo modo que hizo Nevan antes de venir.

No sé qué le ocurre a todo el mundo, parecen temerosos de que me vuelva a romper y no me gusta esa sensación. Odio que los demás me miren con pena.

La clave del ordenador táctil falla, así que tengo que escribirla de forma manual. Hay una actualización en curso, lo que utilizo como una buena excusa para darle un bocado al delicioso manjar que tengo delante.

Los donuts los hace el propio David y es una gozada lo increíblemente blanditos que están.

Consigo acceder a internet para cargar la página web mientras doy un sorbo al café.

La estética es una de las cosas que me gustaría transformar para darle un toque más personal. Los colores están bien, pero quizá el mensaje debe de ser redirigido.

Me dirijo de inmediato hacia los archivos, no recuerdo cuántos tengo cargados en la nube, por eso he traído el disco duro externo. Tardan unos segundos en cargarse; Las publicaciones en lugar de ser trece, como yo recordaba, marcan diecinueve.

El pánico sube por mi espina dorsal. Como se hayan desbloqueado las que tenía programadas estaré muerta. Los textos no estaban trabajados, solo las había dejado ahí para recordar el mensaje que quería transmitir.

Entro en ellas y, para mi sorpresa, las últimas seis no son conocidas.

Ni siquiera me suenan sus títulos.

«Un día en el rancho». Clico sobre ella y me aparece un vídeo de Miles hablando a la cámara. ¿Qué es esto?

Me tiembla tanto la mano, que cuando paso al siguiente vídeo y me encuentro con Eric narrando su lugar favorito en las caballerizas, casi aprieto al botón de «eliminar».

Reproduzco uno por uno. Son todo vídeos, cada uno con su esencia, y han debido de ser grabados con una cámara antigua porque tienen unos píxeles que la mía no porta.

El último vídeo reza el título de «Una tarea imprescindible, una ayuda necesaria». Quien aparece en mi pantalla es nada más y nada menos que un guapísimo Colden, nervioso al hablar y narrando la tarea tan compleja que llevan realizando los últimos años.

Me llevo la mano a la boca para evitar que el resto de comensales se alteren a mi paso.

Lo han hecho.

Han tomado ellos el relevo.

Sin poder creerlo, me dirijo a la bandeja de estadísticas. Los números, no solo se han desbordado en las primeras publicaciones con mis fotografías, sino que hay comentarios para poder comprar la imagen.

¡Comprar mis imágenes!

No había pensado en esa opción, pero puede ser una fuente de ingresos maravillosa para el

Rancho.

Los vídeos de los chicos tienen todo tipo de comentarios, desde la admiración a su físico, la petición de su número de teléfono, como preguntas de interés hacia el trabajo que realizan.

—¡Buenos días!

La voz de Brielle me hace saltar en el asiento. Estaba tan alucinada que me ha asustado.

—Krystal, ¿estás bien?

Las lágrimas de felicidad que ocupan mi rostro hacen que ella se acerque corriendo hacia mí y que David la siga unos pasos más atrás. Giro el ordenador hacia ellos. No sé cómo explicar que los Keller, no solo me han estado animando toda la semana, sino que han cogido las riendas del proyecto, creyendo en él, y han conseguido que en la bandeja de email haya un número treinta. Hay treinta personas interesadas en dejar su opinión, y quizá entre ellos, alguna posible ayuda.

Brielle es la primera que enfoca la vista en la pantalla. Le sale una sonrisa natural, cuando siente el cuerpo de su amigo detrás de ella, intercepta su mirada y comparten la sonrisa.

Me ha parecido un movimiento extraño. Como sí...

—¿Lo sabíais? —pregunto.

—¿Con qué cámara crees que han grabado esto? Los Keller, si los dejas, por ellos no tendrían ni teléfono móvil —dice Brielle muy orgullosa de haber estado implicada en el proyecto de alguna forma.

Quiero abrazar a todo el mundo ahora mismo.

Me levanto y lo hago, ¿por qué no? No esperaba que, en alguna parte del mundo, la gente fuese agradable conmigo. Que me diesen una oportunidad sin conocerme. Lellos ha sido un destrozo a mis recuerdos y una tirita a mi presente.

—¿Me puedes llevar a la finca? —pregunto muy cerca de la oreja de Brielle.

—Nevan me va a matar porque me ha pedido que esperase por él, pero sí, vamos. ¡Me muero hasta yo de ilusión!

—Grábalo todo, Bri —pide David mientras recojo todas mis cosas.

55. COLDEN

Escucho los gritos de emoción desde las caballerizas. Por cómo ha sonado el vehículo al entrar, ha debido de ser Brielle, pero esa voz suena como la de...

Busco a través de la ventana un indicativo de quién está tan feliz, y la encuentro a ella. Pletórica, abrazando a mis hermanos.

Dejo el cepillo en el suelo y salgo a paso tranquilo.

Soy un fanfarrón, lo sé, pero hay algo de especial en verla tan contenta desde la lejanía. Como si estuviera proyectando una película y supiera que todo va a salir bien, que el final feliz está próximo.

Se da cuenta de que me acerco y suelta a todos para venir corriendo hacia mí. No tengo tiempo de recibir el golpe, su cuerpo choca contra el mío y, como puedo, la subo hasta mis caderas.

—¡Sois los mejores! —grita emocionada.

—¿Lo has visto todo?

El pelo que cae salvaje ante ella me impide poder apreciar su cara, lo retiro con cuidado y me quedo clavado en su sonrisa.

No sé en qué puto momento creí que echarla de aquí era una buena opción.

—¡Has salido en internet! —Sí que está emocionada.

—No me lo recuerdes...

Me pongo en mi papel de gruñón mientras le hago cosquillas para que se ría. No me gusta la falta de privacidad, y mucho menos que los demás puedan opinar sobre mí solo porque han visto una foto o un vídeo. Pero ella se merecía esto y más.

—La bandeja de entrada ha explotado —anuncia.

Asher me llamó antes de ayer, justo cuando iba a subir a dormir, para decirme que las estadísticas de la web habían aumentado mucho desde el último vídeo. El mío había sido la explosión final. Él lo achacó al efecto que tiene mi sexy barba. No quise saber más detalles porque me sigue incomodando del mismo modo que lo hacía el primer día. He esperado como un campeón durante dos días soportando la sorpresa para que fuese ella quien se la encontrara, a su tiempo.

—¡Hija, me alegro tanto! —se escucha una voz detrás de mi cuerpo.

Krystal salta de mi cuerpo y se va corriendo con su tío.

Mi cuerpo se queda frío sin su calor.

—Nunca la he visto tan contenta —susurra Nevan acercándose a mí mientras la observa sonriendo como estoy haciendo yo.

—El sabor de la victoria, es un buen sabor, hermano.

Dejo de mirar hacia ella y me enfoco en él. Poso la mano derecha en su hombro y lo acerco en un abrazo.

Quizá mi meta no sea un gran proyecto millonario, o algo que los demás puedan alabar, pero, que sigamos todos juntos, tan unidos como cuando éramos niños, es la fortuna de mi vida.

Nevan me corresponde y me aprieta fuerte.

—Esto lo celebramos esta noche con una barbacoa —sentencia.

Ante nuestro afecto, los gemelos se acercan a nosotros igual de alegres.

—¿Puedo comprar nubes? David tiene en la trastienda —grita Eric emocionado.

—Joder, sí, y las horneamos al fuego —añade Wylan.

Cabeceo mientras niego. Aunque los años pasen por ellos, su efusividad nunca muere.



—Edur, ¡que no se quemen los chorizos!

—Miles Keller, como no confíes en mi cocina, te voy a pinchar con este de aquí —señala el juego de utensilios puntiagudos que tiene a su alcance—, y cambiarás de opinión.

—Miles a la parrilla, sí que sería irresistible —afirma él mismo.

Uno guiña el ojo al otro. Se convierte rápidamente en una batalla sin sentido. Me gusta ver a Edur en su salsa, despreocupado de lo que pueda suceder mañana.

Desde que Krystal llegó tiene esta actitud más días a la semana. Le viene bien tenerla cerca y hablar con su exmujer más a menudo. Los escucho cada noche tener una conversación telefónica. Al principio solo hablaban de Krystal, le contaba cómo había pasado el día, ahora hablan de ellos, de los proyectos que tienen en camino y cómo les ha tratado la vida durante estos años.

—Colden, haz los honores —dice el susodicho sacándome de mis pensamientos.

Saco las verduras para que Edur no tenga que hacer el esfuerzo.

Cuando Miles se refirió a «los chorizos» que estaba haciendo el gilipollas, como es habitual en él. En casa consumimos poca carne, nos gustan más las verduras y el pescado. Estar en contacto con los animales nos ha hecho tener conciencia de la industria de explotación. Samu es vegano, por ejemplo, y Nevan lleva un par de años comiendo lo menos posible de origen animal. En algún punto de nuestra vida sé que todos nos pasaremos al bando de Samu, pero esto no es una decisión de un día para otro, hay que ir creando conciencia y adaptándonos a ello.

La parrilla de verduras tiene una pinta exquisita. Krystal me guarda un sitio a su lado, y se queda encajada entre su tío y mi cuerpo.

—¿No hacemos un brindis? —pregunta Nevan ante la salida de los gemelos para poder echar la comida en el plato.

—Que haga los honores la empresaria del año —comento mirando hacia ella.

Quiero besar ese brillo especial que hay en sus ojos.

«Así de jodido estoy.»

Va a tener razón Miles y, en algún momento de toda esta historia, he caído hasta las trancas por ella.

Se levanta, toma el vaso de zumo de naranja y lo levanta en el aire.

—Gracias por ser la familia que necesitaba. Me habéis cambiado la vida, y no solo por el proyecto, sino porque esta casa, la que en algún momento tuvo mis recuerdos, se ha convertido en un lugar del que no me quiero ir, con un olor nuevo, menos agrio. Os quiero mucho a todos.

Veo cómo a Samuel le cae una lágrima y choca el vaso contra el de ella. Todos lo seguimos, algunos emocionados, otros felices, y otros, como los gemelos, hambrientos.

56.KRYSTAL

Eric y Wylan se fueron a comprar al Cake una bolsa de nubes para calentarlas en una mini hoguera.

Cuando regresaron, todos tuvimos que taparnos con mantas para no congelarlos. Me encantará descubrir cómo es el verano en Lellos, si la temperatura aumenta alguna noche.

—Nunca he comido las nubes de esta forma —afirmo temerosa de la reacción de los gemelos. Los ojos de Eric se amplían.

—¿Es una broma, verdad? —cuestiona.

—No. ¿Dónde quieres que haga una hoguera en Nueva York?

—Sería una puta pasada en medio de Times Square —añade Wylan.

—¿No es genial que vivas tantas nuevas experiencias con nosotros? —es Nevan quien toma la palabra, introduciendo su nube ya tostada en la boca.

—Ha sido diferente a lo que esperaba —declaro sin miedo a sentirme juzgada.

Me acurruco contra el pecho de Colden el resto de la velada. No es hasta que Miles se retira a dormir, que todos lo seguimos.

—Princesa, —susurra Colden en mi oído—, tengo que ducharme. Espérame en la cama.

No ha sido una pregunta, ni una oferta, ha sonado a mandato. Colden Keller no es solo rudo en apariencia y en su modo de trabajar, también lo es en la intimidad.

Asiento para no enseñar mis cartas.

Hoy no me apetece seguir sus órdenes, sino crear las mías propias.

Me dirijo hasta la habitación para que crea que lo voy a esperar allí y, cuando escucho el agua correr, cambio mi atuendo, busco el albornoz y corro hasta la puerta del baño.

He estudiado la rutina de los chicos; cuando cada uno se introduce en su guarida, no salen a menos que un rayo rompa el cielo en dos.

Colden no escucha la puerta, el ruido del agua cubre todos mis movimientos. Hace tanto calor, que el vaho complica mi entrada triunfal.

Me desprendo de la toalla, tomo aire con fuerza en dos ocasiones, y retiro la cortina para encontrarme con su cara de asombro, el pelo sobre su frente y gotitas de agua saltando desde su barba.

—¡Krystal!

Hace el amago de taparse con las manos, es un acto reflejo porque estamos solos, he puesto el candado, y ya conozco todos sus atributos.

—He preferido hacerte una visita en la ducha que esperar en la cama —le digo bajito pero con la suficiente confianza.

Entro en el plato de ducha con su ayuda y cierro la cortina detrás de mí. El agua, como supuse, sale ardiendo. Igual que me encuentro yo desde que esta mañana supe lo que había hecho por mí.

Colden es atractivo por fuera y por dentro, y lo quiero todo de él.

Absolutamente todo.

Tomo la iniciativa, me pongo de puntillas y junto nuestros cuerpos, con la diferencia de que estamos desnudos, y con el agua cayendo sobre nosotros.

El choque hace un sonido peculiar que causa una sonrisa por su parte.

—Si esto lo ves como un pago por lo de los vídeos, no quiero que...

—Shh —demando un silencio.

Ha llegado el momento.

Quiero a Colden abrazándome, acariciándome y de cualquier forma a la que se preste. Le doy un beso, este menos tierno, más pasional; hace que se quede sin palabras.

Restriega nuestros cuerpos y me hace ascender y descender por su erección.

—No es una buena idea en la ducha. En las películas todo parece más bonito —afirma.

Me río con tanta intensidad que tengo que separarme de él, atar los brazos a su cuello y dejar que guíe nuestros movimientos.

Cierra el grifo del agua y sale de la ducha.

—Era bonito —sostengo.

—Pero incómodo —añade.

Deja que mi culo se apoye en el lavabo y doy un respingo por la frialdad de la superficie. No me esperaba este cambio de temperatura.

—¿Estás segura de esto? Podemos seguir como hasta ahora.

—No quiero solo un toque, lo quiero todo Colden Keller. Te quiero a ti.

Es la primera vez que digo «te quiero» sin sentirme una imbécil, sin tener miedo de la reacción del otro. No tengo la necesidad de que él lo diga de vuelta, con sus actos, ha hablado claro de lo que significa para él.

Se acerca como un león a su presa y me besa como si el mundo se fuese a acabar.

Su respiración errática cae sobre mi cara. Su erección presiona justo en el lugar donde la quiero; sus manos suben y bajan por mi espalda hasta apretar mis nalgas.

—Si de verdad quieres, estoy más que listo, princesa. Podemos parar en cualquier instante,

¿de acuerdo?

—Mmm.

¿Parar? No entra dentro de mis planes.

No quiero ser una muñequita a punto de romperse, hoy solo me apetece ser, sin medir los pros y los contras.

Ya no soporto más la tensión que hay entre nosotros. Estiro la mano y cojo su miembro; se aparta un segundo, cierra los ojos y traga con dificultad.

—Esto es por culpa del olor a fresas —afirma.

Me siento una diosa cuando posa sus ojos en mí. Hay un brillo, un hambre, que no había visto en mi vida. Nunca me había sentido tan atractiva como cuando estoy entre sus brazos.

Muevo mi cadera hacia adelante, él se apoya en el ángulo perfecto, y rompemos de una vez por todas las barreras que había entre nosotros.

El sexo con Colden es tan nuevo, como placentero.

Me gusta que pueda retener mi peso, que no necesite el apoyo del mueble para moverme a su antojo, me pone a cien.

—Esto es el paraíso con sabor a fresa —vuelve a afirmar.

No soy capaz de reírme, el remolino de placer es tan intenso, que trepo por su pecho, me engancha a su cuello, y muevo las caderas en busca de mi liberación.

Antes de conocerlo pensaba que la gente sobrevaloraba el sexo, ahora me doy cuenta de que, cuando encuentras al compañero adecuado, todo cambia.

Hago que nuestros cuerpos choquen, dejo que los gemidos salgan de mi boca libremente y, cuando alcanzo el primer clímax, los brazos de Colden me rodean con fuerza.

Otra de las cosas que Colden Keller me ha enseñado es que, el juego, no se acaba en el primer *round*.

Cuando ve que mis piernas han dejado de temblar, me deja en el suelo para cambiar de postura. No se espera que, con las mismas, me arrodille ante él.

57. COLDEN

Krystal comienza a tiritar cuando el vaho del calor desaparece y deja a nuestros cuerpos fríos. La tapo con el albornoz y dejo que mi cuerpo se relaje mientras la abrazo.

Ha sido...

Más de lo que esperaba, como suele ocurrir con ella.

—Venga, vamos a la cama, el día ha estado repleto de muchas emociones. —Necesita dormir, y yo también.

Parece conforme con lo que le pido. Acerca sus labios a los míos. Es el primer beso tierno que nos damos en el día de hoy. Pausado, sintiendo la respiración del otro, sus manos apoyadas en mis mejillas.

Me quedaría aquí para el resto de la eternidad, pero estoy molido.

Soy el primero en salir del baño, lo hago con una toalla alrededor de mis caderas, toda mi ropa está en la habitación.

Freno en seco cuando me encuentro a Miles, con los brazos cruzados y en una pose de sargento que no le pega una mierda.

—¿Os parecerá bonito, no? —dice enfadado, o simulando estarlo.

Krystal se golpea contra mi espalda. Cuando escucha la voz de mi hermano, pega un pequeño grito. La cubro por completo, así que saca la cabeza para que Miles no vea nada.

—¿Qué haces ahí plantado? —pregunta.

—He tenido que ir a mear a la finca porque los tortolitos se estaban limpiando LOS DIENTES en el baño. Lo de frotar se os da bien, ¿eh? —parece indignado de verdad.

Hago el intento de soportar la risa, pero no lo logro, mucho menos cuando el ceño fruncido de Miles se pronuncia, y gira enfurruñado hasta su cama.

—¿Eso ha sonado como celos o es que me he vuelto loca? —Krystal sigue pegada a mi espalda.

—Ha sonado como que lleva demasiado tiempo deseando a alguien y se le está resistiendo.

En algún momento tendré que hablar con Krystal de la teoría que tengo a cerca de Miles y su amor secreto.

58. KRYSTAL

—Miles, no puedes beber el batido de esa forma, parece una escena obscena —apunto.
—Venga ya, ¿desde cuándo eres tan recatada?

—Desde que esa marca —señalo el batido de fresa—, ha pagado a la empresa tu sueldo de dos meses.

—Es escucharlo, y se pone un buen cuerpo...

Sonríe, separa el batido de su boca y posa tal y como le he dicho.

La mayoría de ofertas que han entrado, no son de patrocinios, sino de anuncios publicitarios. Los anunciantes exigen que sea alguno de los chicos quienes hagan la promoción, así que vamos cambiando según las prioridades de cada uno.

Hace unos minutos que le hice a Colden unas fotografías de un cinturón hecho a mano. Es de una tienda de un pueblo cercano, los pagos no son tan buenos como otras marcas de mayor impacto social, pero él se sentía cómodo haciéndolo, así que lo aceptamos.

Miles es el que se ofrece a hacer cualquiera de las publicidades, y Nevan está en negociaciones con una marca de vehículos que, si lo logramos, cerraríamos todo un año de deudas.

Los gemelos y Samu aún no han tenido que posar. Colden quiere protegerlos, ya que no son trabajadores al uso. Salen en los vlogs diarios que hemos comenzado a grabar. A la gente le encanta conocer el día a día que aquí se vive, y mucho más desde que ellos son quienes lo narran.

Pensar que todo esto lo ha creado Colden me hace sonreír cada vez que lo pienso, y que las mariposas de mi estómago revoloteen felices.

Hago varias capturas desde diferentes ángulos.

—Listo, en edición quedarán de cine —le confirmo.

—¡Eh!, jefa, esta cara no necesita edición.

Desde que han saltado a la fama como «los chicos de la montaña», así los comparten en redes sociales, a Miles se le ha subido el guapo un mil por ciento, si eso es posible.

—Tu cara no, pero las luces, sombras, los grados de color...

Odia que me ponga técnica, y en los últimos días, con la ilusión, lo he hecho en varias

ocasiones.

—¡Ha entrado una llamada!

La voz de Colden nos alerta a ambos.

Retiro el sombrero de la cabeza, es muy útil cuando necesito tomar fotos porque la sombra que aporta es la idónea, y corro al igual que Miles hacia las caballerizas.

Cuando entramos, Samuel ya está preparando los caballos y anotando las indicaciones que hay que seguir.

—«¿Es la zona de Colden o la mía?» —pregunta Miles.

Dependiendo de qué zona sea, uno es el que hace llamar a Marcos y el otro el que se dirige al lugar indicado para prestar la ayuda cuanto antes.

—«Colden».

Samu está más enfocado en ayudar a los chicos. Sé que Asher, el amigo de la familia, le ha propuesto que viaje con él a Londres para poder formarse en lo que desee, la robótica es su pasión, pero él no se ve dejando a su familia. Es un chico muy familiar, tímido y retraído, no por su condición auditiva, simplemente porque tiene este carácter.

—¿Vas a venir, jefa? —quiere saber Miles mientras lee las notas de Samuel.

—Sí, espero que Colden me deje ir con él.

No quiero tener que coger la furgoneta, es demasiado grande y no estoy aún segura de que pueda estar al volante por las inclinaciones de Lellos.

—Siempre le puedes pagar más tarde el favor.

—¡Serás idiota!

Hace que el guiño tenga un toque más macarra de lo que, por sí, ya es Miles.

Colden aparece con la ropa de rescate y echa un vistazo rápido hacia nosotros sin captar ningún detalle. Ya he entendido que, cuando se pone en modo «foco», es imposible llegar a él.

—Tengo que ir contigo, no me quedan imágenes del último rescate y funcionó muy bien.

Según los chicos, cuando la primavera ya está más asentada, la escalada aumenta en número y, por tanto los rescates, hasta ahora, ha habido una calma muy sosegada.

Asiente, deja que camine a su lado y me sube a Coco en una maniobra que tenemos de lo más trabajada. Mis clases han ido evolucionando, ahora solo me queda confiar en que no me voy a romper la cabeza cada vez que estoy sola ante el peligro.

Él sube detrás de mi cuerpo, espera a que Samu meta todos los papeles en las valijas del caballo, y salimos cabalgando de la finca.

—¿Qué tipo de rescate es? —grito más de la cuenta para que me escuche por encima del sonido del choque de las herraduras contra el asfalto.

—Una pareja que nunca había conocido Lellos. Es él quien está herido y ella ha entrado en pánico.

—¿Es grave?

—No lo sé, no ha sabido dar muchos detalles, la mujer. —Y parece que le pone nervioso ese hecho.

Rodeamos el pueblo y nos encaminamos hacia una de las montañas que no he conocido de cerca. Accedemos a ella por la misma senda en la que tuve el incidente con Chocolate, quizá por ese motivo ninguno de los chicos se ha atrevido a hacer de guía turístico por aquí.

La pendiente comienza a ser más pronunciada, y mi cuerpo cae de forma natural hacia el de Colden.

—Tendremos que buscarlos a pie, no llevaban geolocalizador de precisión.

—¿Y el teléfono móvil? —pregunto.

—Tardan demasiado en poder rastrearlo.

Coco lleva la cabeza hacia atrás, buscando un gesto por parte de Colden que le confirme lo que debe de hacer. Mueve la cadera hacia adelante y el caballo comienza pausado a caminar por donde le indica.

La ladera de la montaña está llena de vegetación, pero el silencio es tan angustioso que ambos nos mantenemos callados para poder apreciar los más mínimos detalles.

—Mira por el lado derecho, estaré pendiente del izquierdo —le digo a modo de ayuda.

A Colden parece que le gusta la idea, y así lo realiza.

No veo nada que llame la atención y, aunque las indicaciones de los heridos fueron vagas, Colden conoce como la palma de su mano esta montaña, no deberíamos de tardar mucho en...

—Me estoy empezando a poner nervioso —admite.

Antes de que pueda decir nada, se me ocurre usar el zoom de la cámara a modo de prismáticos. Solo Colden tiene unos y quiero revisar cada detalle de mi zona.

Las primeras batidas no son fructíferas, además de que el paso lento de Coco no ayuda a aportar nitidez.

En la siguiente vuelta un bulto rojo llama mi atención.

—¿De qué color iban vestidos? —pregunto.

—No lo han indicado, ¿por qué?

—Creo que eso de allí es una chaqueta.

Mueve con rapidez su cuerpo hacia allí y enfoca con los prismáticos el punto que le estoy indicando.

—Es una chaqueta, sí, pero no pueden estar ahí porque no hay una cavidad.

—¿Y cerca de esa zona?

Saca un mapa de la cesta de Coco. Lo extiende delante de sus piernas, buscando un espacio con mi espalda.

—Unos metros más hacia el norte hay una franja peligrosa en la montaña. ¡Avisa a Miles!

Suelto la cámara y busco el teléfono móvil para ponerme en contacto con él. Cuando responde a la llamada, Colden me indica las coordenadas exactas que el geolocalizador le indica para que acuda con Marcos.

La zona tiene un color más verde debido a la humedad. Colden desciende del lomo de Coco y me ayuda a hacer lo mismo; me retiro a un lado para no obstaculizar su trabajo. Desaparece de mi vista cuando la cima de la montaña anterior opaca su posición. Miles no tarda en llegar junto con el médico. Capturo el movimiento frenético de Marcos a la hora de ponerse la mochila, y de darle las indicaciones a Miles para que puedan trabajar en equipo.

Mira hacia mí, hace un gesto afirmativo, y sigo sus pasos con cuidado.

No me acerco más de lo necesario, con el *zoom* de la cámara capto el lugar del accidente. El chico está tendido en el suelo, ella llora desconsolada. Me parece una imagen dantesca para compartirla. Nunca estaré a favor de favorecer mi economía a causa del dolor ajeno, así que muevo el objetivo hacia las expresiones de Colden y el médico.

Coco, en esta ocasión y debido a la zona en la que están ubicados, se queda cerca de Miles, a la espera de que regrese su dueño. A ellos también les hago un par de fotografías.

El helicóptero llega media hora después de que nosotros hayamos alcanzado a la pareja; entre todos, consiguen mover la camilla sin incidentes. No es hasta que todo ha finalizado, que me apoyo en el pecho de un Colden muy sudoroso.

—Tengo que apestar —sentencia incómodo.

El calor durante el día comienza a apretar y han sido unas horas de agobio para todos.

—Me gusta tu olor a hombre rudo de las montañas.

Al reírse, su pecho sube y baja haciendo que mi cabeza bote.

—Parejita, me piro a hacer los papeles, ¿lo tenéis controlado? —pregunta Miles.

Se sube a Mango de un salto, su expresión parece cansada.

—Nosotros también nos vamos —afirma Colden.

Su hermano no espera a que lo hagamos, sale disparado.

—Y bien, —comienza Colden—, ¿has conseguido algo interesante?

Rodea mis caderas, me sube a Coco y nos deja frente a frente.

—He conseguido al chico de oro, ¿te parece poco?

La conversación sobre «qué somos», aún no ha llegado, bien es cierto que, ¿lo necesitamos?

—Tienes demasiada fe en mí si opinas de ese modo —sentencia.

—¿No eras tú el que decías que no se pueden abrazar los pensamientos negativos?

—Eso es una cosa —se acerca a mí, tanto que bajo el cuello para acercarme a su boca—, y otra muy diferente es el modo en el que tú me miras.

—¿Como el premio gordo de la lotería?

—Algo así.

Aprieto mis labios contra los suyos que solo se separan cuando sonrío y él besa mis dientes.

—Vamos, antes de que Miles mande un comunicado al resto del pueblo.

No me deja de fascinar el modo que tiene de hacer fuerza, y trepar por Coco. Cuando está en lo alto del caballo, extiende la mano para ayudarme a escalar.

¿Se sale de la era de los cowboys? No es para mí, lo juro, solo para una amiga.

59. KRYSTAL

—¡E S SÁBADO DE COW! —grita Eric en cuanto entramos en casa.

Colden deposita un beso rápido en mi cabeza y se va directo a la ducha, dejándome sola ante la emoción de los gemelos.

—¡Y Krystal tendrá que montar a Cow, del revés! —grita de vuelta su hermano gemelo.

Soy la que menos puntos reuní la semana pasada en los juegos de cada tarde, lo que me ha sentenciado como «la perdedora» y, por tanto, la que tiene que asumir el reto.

—El reto puede ser simplemente montar, no quiero romperme los dientes. —Hago el amago de hacerles cambiar de opinión.

—¡Venga ya! Tienes que asumir las consecuencias —rebate Eric.

Unas horas después me toca asumirlas. Edur se queda al cargo de la casa, y todos nos dirigimos hacia el bar en la furgoneta, Eric me recuerda en tres ocasiones, que tengo un reto por delante.

El letrero me llama la atención como cada vez que me encuentro con él. Han pasado dos meses y medio desde la primera vez que vine aquí y siento que ha transcurrido un tramo de vida, ¿qué irónico, verdad? En ocasiones el tiempo se diluye como arena entre los dedos, y en otros momentos parece que el reloj ha frenado su movimiento, un segundo se convierte en una vida.

—¿Lista? —Colden extiende la mano hacia mí, la tomo y empujo la puerta.

La voz de Alan Jackson cantando *Livin on love*, nos atrapa. Hace que entre con alegría y que Rory me salude con ímpetu al verme.

Todos tomamos asiento en las sillas marcadas. Colden es el último en llegar, ha ido a decirle a Rory las comandas.

Se sienta a mi lado, en la otra mano tengo a Wylan, Eric, Samuel, Nevan y Miles.

—Sois lo más, Keller.

Lo suelto sin más, me ha venido el pensamiento, y he tenido que compartirlo. Hay una risa conjunta que se rompe con el sonido de la bandeja de Rory al chocar contra la mesa. Esta chica está más fuerte que Colden, es de admirar.

—No lo digas muy alto, rubia, se lo creen demasiado rápido —me indica ella.

Se ha hecho hueco entre Eric y Wylan, y ambos gemelos miran hacia ella embobados.

Sé que Eric bebe los vientos por ella, pero ¿y esa mirada de Wylan?

Parpadeo, miro hacia Colden, no entiende mi mensaje telemático y le resto importancia. Son complicados de entender, solo espero que no haya un problema.

—Aquí tenéis vuestras cervezas, y batido de fresa y plátano para la empresaria del año.

Rory me guiña el ojo antes de dejar el vaso delante de mis manos. Tiene una forma de relacionarse muy similar a Colden, es de pocas palabras, sin embargo, sus gestos son mucho más importantes.

—Y bien, ¿quién quiere comenzar con la ronda de verdad o atrevimiento? —pregunta Miles.

—¡Venga ya, Miles! —dice Nevan.

Entre todos lo abuchamos justo cuando Rory sube el volumen de la música y el remix de *Sweet Caroline* comienza a explotar por los altavoces.

Este ritmo es muy diferente al original, el cuerpo te pide saltar, y eso hacen los gemelos junto con Miles. Salen disparados hacia la pista de baile. Nevan empuja a Samuel con él, lo logra, así que Colden es el último que falta por convencer.

—¿Me concedes este baile? —pregunto.

No me responde, se levanta, me coge de las caderas y vuelo hacia la pista de baile.



SWEET CAROLINE

Where it began, I can't begin to knowing

¿Dónde empezó?, no puedo empezar a saber

but then I know it's growing strong

Pero entonces sé que está creciendo fuerte

Was in the spring

And spring became the summer

Fue en la primavera
Y la primavera se convirtió en verano

Who'd have believed you'd come along

Quién hubiera creído que vendrías

Hands, touching hands

Manos, tocándose las manos

Reaching out, touching me, touching you

Acercándote
Tocándome
Tocándote

Sweet Caroline

Dulce Caroline

Good times never seemed so good

Los buenos tiempos nunca parecieron tan buenos

I've been inclined .To believe they never would

He estado inclinado
A creer que nunca lo serían

But now I Look at the night and it don't seem so lonely

Pero ahora, miro la noche y no parece tan solitaria

We filled it up with only two

La llenamos con tan solo dos

60. COLDEN

Hace una hora que Edur me hizo llamar, me citó en las caballerizas y llevo una hora, de reloj, esperando por él.

Cuando aparece, no lo hace solo, Krystal está a su lado con un brillo especial. Juguetón, el que solo saca cuando estamos los dos solos.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Me muerdo la lengua para no decir que llevo perdiendo un tiempo valioso.

Si no fuese por el semblante feliz de Krystal, pensaría que han hablado con Holly y que ha decidido regresar a Nueva York. Ahora mismo no parece una opción viable, pero el miedo siempre está.

—Tenemos una sorpresa para ti —dice Edur.

—¿Una sorpresa?, ¿para mí?

—Así es, y creemos que te va a encantar —añade Krystal colgándose del brazo de su tío.

Está guapísima con el sombrero y las flores decorativas que le regaló Brielle.

—Tienes que venir con nosotros —dice ante mi silencio.

Lo hago sin hacer preguntas.

Salimos del establo principal para acceder al antiguo, al que aún no está reformado y que es de menor tamaño.

—Hemos pensado —comienza Edur—, que como este lugar hay que tirarlo entero para remodelarlo, podríamos añadir un espacio nuevo.

—¿Qué tipo de espacio? —quiero saber.

Krystal se suelta de su tío. Abre la última puerta, la misma que esconde una despensa, y saca algo que está tapado con una manta.

Es un cuadrado, grande, mucho más grande que ella.

—Un espacio para ti —aclara con esa voz dulce que la caracteriza.

Retira la sábana y aparece, en un lienzo de madera, mi nombre: «Oficina de Colden».

—¿Esto es de verdad? —pregunto.

La emoción atrapa mi voz.

No me esperaba esto. Sabía que Edur y Krystal estaban haciendo planos, han contratado a un

arquitecto para que les aporte soluciones ahora que la economía del rancho parece ir a mejor, pero ¿tener mi propia oficina?

Es mi sueño.

—Ha sido idea de Krystal, a mí me parece la mejor del mundo, ¿tú qué dices?

—Joder, ¿qué digo? Me parece increíble, no hubiera imaginado esto en la vida.

Me acerco para tocar la pintura que cubre la madera, delicada y ruda al mismo tiempo. Es simplemente perfecto.

Los dedos de Krystal rozan los míos, me encuentro con que, la sonrisa de un inicio, se ha convertido en emoción en sus ojos.

—Gracias —susurro para que solo ella me escuche.

Desde que tengo uso de razón he sido yo el que cuidaba a los demás. Mis hermanos necesitaban una referencia, y gustoso lo he sido. Cuando mi madre falleció, no solo sentí su pérdida, también eché de menos tener un hombro en el que llorar, porque también lo necesitaba. Con Krystal he encontrado la pieza que necesitaba para tapar el hueco de mi corazón. Me entiende, y eso que dicen que es complicado, y tiene detalles que nunca nadie pensó antes.

—Te quiero —vuelvo a susurrar pero ahora muy cerca de su boca.

El beso es simplemente un sello de lo que está por venir y de lo que nos espera juntos.

EPÍLOGO

Después del éxito arrollador de la web, y de la venta de mis imágenes a particulares, George ha querido hacer un acuerdo conmigo. Le gustaría que fotografiara el techo de su bar, como hice el primer día, y que él pudiera explicar su significado.

Me pareció una idea tan bonita, que una semana después aquí estoy, de camino con Colden a ver cómo podemos enfocar la idea.

Hace seis meses que estoy en Lellos y todavía recuerdo cada una de las sensaciones que me rodearon cuando entré en este bar.

—Pero si es la pareja de moda, ¿cómo estás, Krystal? —me pregunta George cuando entro.

¿Cómo estoy?

Feliz sería la palabra.

Me costó tomar la decisión de no volver a Nueva York, no por la vida que dejé atrás, sino por la persona que se quedó a un océano de distancia. Echo de menos a Holly cada día, nuestra rutina, nuestras charlas de chicas, la mirada cariñosa que tenía cada vez que le contaba cómo había ido mi día. Hemos llegado a un acuerdo y vendrá a visitarnos el mes que viene.

Por otro lado, la universidad la finalizaré a distancia. Con el proyecto de la web, tengo poco tiempo libre, así que es lo más inteligente.

Colden toma mi mano cuando George nos indica por dónde podemos dejar nuestras pertenencias.

Las cosas con él han sido muy sencillas. Cada uno tiene una rutina muy marcada, él sigue trabajando a destajo en el Rancho y en los rescates, pero cuando llega la hora de desayunar, comer o cenar, deja todo lo que está haciendo para pasar un rato juntos.

Un tiempo todos juntos.

El resto de los Keller han sido gasolina para no dejar de sonreír cada uno de los días. Cuando estuve preparada, Samuel me ayudó a limpiar la casa de mis padres, recoger todas las cosas y llevarlas al trastero. En algún momento será la casa que ocupe con Colden. Por el momento no ha llegado ese tiempo, no estoy preparada para abrir esa puerta con un nuevo proyecto de vida, pero todo llegará.

Miles se ha hecho conocido en redes. Las publicidades se le dan bien. En lugar de subirle el

sueldo, él prefirió que el extra lo repartiera entre Nevan, Colden y él. Sigue sin tener internet en el teléfono, así que su rutina no ha variado. Solo lo hace cuando quiere ligar entre las turistas y les recuerda que es un sex symbol vaquero.

—¿Estás bien? —pregunta Colden cuando entramos en la habitación de rescate. La misma que nos arropó nuestra primera noche juntos.

Miro hacia las paredes, la litera no se ha movido, sigue siendo tan básica como el primer día.

—Sabes, la primera noche después de conocerte fue horrible —confieso.

—¿Me lo dices a mí que terminé con un dolor de espalda horroroso? —rebate él con una media sonrisa entre la perfecta barba que ha recortado esta mañana.

—Pensé que me odiabas —suelto muy confiada sabiendo que, ahora, después de todo, nada nos va a separar.

—Lo hice, eres demasiado guapa para ser real. Y ya sabes que las fantasías no me atraen en exceso.

—Eres un gruñón.

Poso un golpe seco sobre su pecho, me acerco a él, y me rodea con cariño.

—Y tú, una princesita pija de ciudad.

—Pero me quieres —sostengo.

Aplasta nuestras bocas y me gira en volandas por toda la habitación.

Nunca pensé que mi llegada a Lellos me fuera a cambiar la vida. Y lo ha hecho. Sigo teniendo miedo, sigo llorando cada vez que algo se sale de mi control, pero ahora sé que, tras ese bache, tras esa emoción negativa, tengo dónde sostenerme para volver a ver la luz.

Yo misma soy ese empujón final, puedo salir, luchar y vencer, aunque, qué bonito es compartir camino con personas que te cuidan y te protegen cuando no puedes saltar el obstáculo.

ANTES DE QUE TE VAYAS;

En la historia has conocido a un personaje, Asher, que puede que te interese saber que;
¡APARECE EN OTRO LIBRO COMO PROTAGONISTA!



Empieza a leer gratis en:

www.nereapantiga.com

Además, no te pierdas nada de lo que se viene. Puedes inscribirte en la newsletter o darle al botón de "seguir a este autor" desde Amazon.

AGRADECIMIENTOS

La historia de Krystal es una historia tan dura como real. Me ha costado dos años poner este punto final porque he sido ella. He tenido miedo, he llorado, no he sabido dónde me encontraba hasta que alcancé el claro de luz. Porque se consigue. Ninguna herida es eterna, aunque no seas la misma persona después de ella.

Mi primer agradecimiento es para mi madre. Ella fue la Holly de mi historia, el Colden, los Keller y el propio Lellos. Fue refugio, amor y cariño. Siempre está, en los momentos buenos y malos. Esta historia es tanto mía como de ella.

A riesgo de sonar egocéntrica, he de reconocer que tengo que poner una medallita a la Nerea Pantiga (escritora) que ha conseguido cerrar la historia. No ha sido sencillo porque he tenido que alejarme de mis experiencias para que Krystal tuviera las suyas propias.

De mi trayectoria, a estas alturas es el doceavo libro que escribo, éste sin duda ha sido el más complicado.

No me quiero olvidar de los apoyos fundamentales que he tenido en todo este camino; Mi padre, que nunca duda en ayudarme en hacer los cientos de envíos para que tengáis el mejor producto y a la mayor velocidad, además de ser también casa y refugio. A Raquel Tirado por ser amiga, apoyo y fiel acompañante de los caminos que depara este mundo de la publicación. A vosotros, que estáis pendientes de todos mis movimientos, ya sea a través de redes sociales o por correo electrónico. Y a mi querida Patricia Bonet que ha sido la que me ha dado ese empujón final para publicar esta novela, además de ser abrigo con su risa cuando las cosas han venido de culo.

Y, sin duda, a Carolina, mi Carol como yo la llamo. Ella es la encargada de que las tramas tengan el mejor resultado. La que me da un tirón de orejas cuando empiezo a divagar y es que, además de amiga, es una grandísima compañera de trabajo. Le he prometido que si me hago millonaria gracias a la ayuda de los Keller le pago un viajecito, así que, si estás leyendo esto, gracias por echarnos una mano.

Sonia Manzanal también ha sido la responsable de que mis chicos tengan la mejor cara posible. Correctora, compañera, y la mejor editora posible.

Y ahora sí, nos quedamos con la palabra «gracias» por apoyar mis historias una vez más. Por darles una oportunidad a mis personajes. Espero de todo corazón que te hayan robado alguna sonrisa al cabo del día.

Nos vemos muy pronto.